



Arautxa Comes

*Nunca
será como
siempre*



neo 

Nunca será como siempre

Arantxa Comes

Plataforma
Editorial



OceanofPDF.com

Primera edición en esta colección: enero de 2023

© Arantxa Comes, 2023

Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S.L.

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2023

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-19271-39-6

Diseño e ilustración de cubierta:

Marina Abad Bartolomé

Adaptación de cubierta y fotocomposición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

OceanofPDF.com

Indice

Prólogo

01.01

05.01

07.01

11.01

18.01

20.01

25.01

24.01

01.02

04.02

09.02

15.02

22.02

28.02

09.03

16.03

23.03

27.03

31.03

03.04

13.04

16.04

20.04

29.04

30.04

03.05

04.05

18.05

25.05

30.05

01.06

10.06

14.06

23.06

05.07

10.07

13.07

14.07

31.07

01.09

09.09

26.09

05.10

20.10

31.10

24.11

31.12

02.01

Epílogo

Agradecimientos

OceanofPDF.com

Para Mel, por todo.

OceanofPDF.com

*Youngblood thinks there's always tomorrow.
I miss your touch at nights when I'm hollow.
I know you crossed a bridge
that I can't follow.*

*Since the love that you left is all that I get,
I want you to know
that if I can't be close to you,
I'll settle for the ghost of you.
I miss you more than life.
And if you can't be next to me,
your memory is ecstasy.
I miss you more than life.
I miss you more than life.*

Ghost, Justin Bieber

Fuimos una vez, aunque no en aquel funeral que, como excepción a la regla, reunió menos personas que una fiesta de cumpleaños. Y es que, sincerémonos, el luto vuelve muy solidarias a las personas, incluso a esas que, de marcarte un monstruo de Frankenstein y abrir los ojos dentro del ataúd todavía abierto —¡está vivo!, ¡está vivo! ¿Imagináis?—, ni siquiera reconocerías porque jamás las conociste. Vamos, como una fiesta de cumpleaños cuando eres pequeño y tu familia decide invitar a más nonagenarios que críos dispuestos a ahogarse en una piscina de bolas.

¿Veis? Al final, todo se resume en cumplir años y perderlos de golpe en una sola jugada. Ah, y en que la gente no siempre está hasta que la muerte los separa. Hablo con propiedad y un pie en el otro barrio. El izquierdo, por desgracia, se me ha quedado atascado en una zanja.

Aquel día la gente se volvió muy solidaria. Además, quizá, nos volvió muy sinceros a algunos, porque no estábamos todos y no parecía importarnos. Sí, las lágrimas y el dolor y lo que fue y ya no será... Todo eso nos desequilibró las brújulas vitales. Lo entiendo, morir joven impacta más.

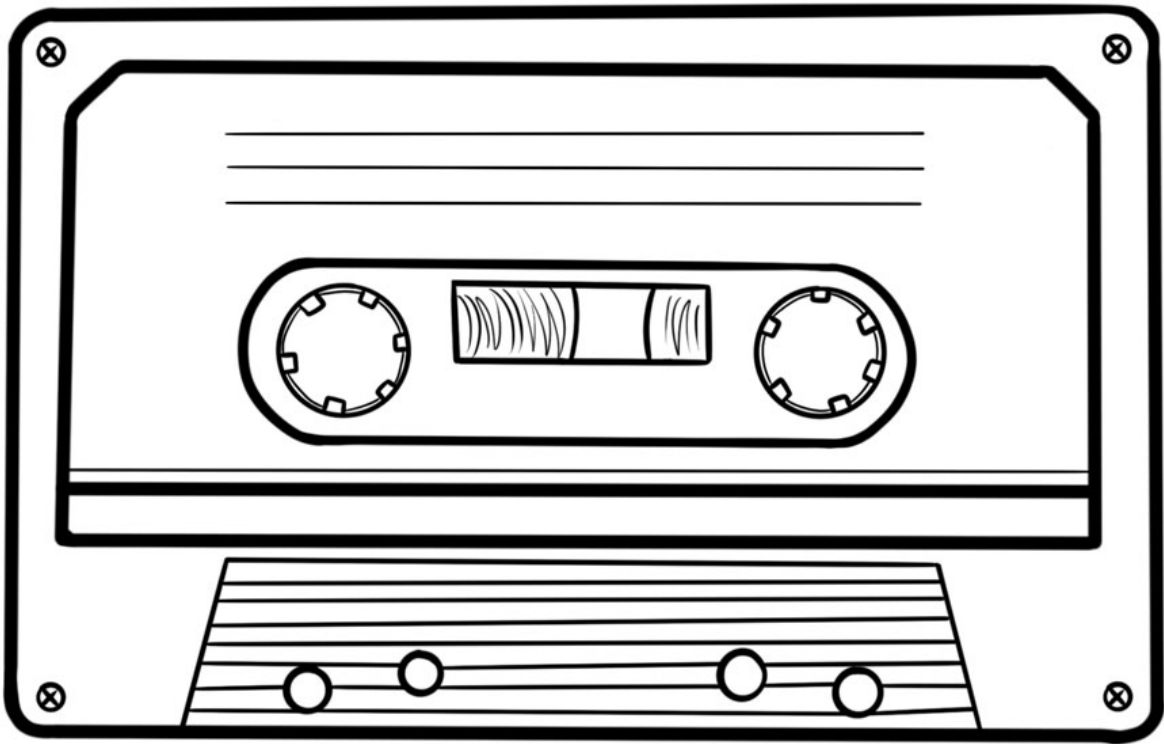
Pero hay cosas que aprendemos muy tarde. Ahora me gustaría poder deciros que hasta los nonagenarios de aquella fiesta de cumpleaños en la que, entre todos, soplamos mis ocho velas murieron jóvenes.

Siempre moriremos jóvenes porque el universo es infinitamente más anciano que nosotros. Una vida gigantesca que incluye las nuestras casi como un favor.

Uno que extraviasteis el día del funeral, algo que también me gustaría reprocharos a gritos, idiotas, de no ser porque hablar con vosotros me mataría un poco más, pero no del todo.

*Y ya me conocéis... O todo.
O todo.*

OceanofPDF.com



01.01

Cada Año Nuevo es irrepetible. A pesar de que siempre surge una teoría de la conspiración empeñada en terminar con la existencia humana tras la última campanada, todos los 1 de enero amanecen. Eso sí, nunca igual.

El sol caza en sus primeros parpadeos a quienes les importaron un bledo las uvas y madrugan aun siendo festivo. A quienes regresan a casa después de celebrarlo, pero han tenido que sentarse al borde de la dársena, con los trajes sucios como si se hubieran revolcado por la carretera y los zapatos a un lado, mientras mordisquean unas rosquilletas recién compradas en una máquina expendedora. A quienes despiertan sin más, con resaca o cuando ya es mediodía.

A Rebeca Roy, alias Beck, la pilla siendo un refrito terrible de todas esas personas y horas, con menos dignidad incluso que los borrachos *devorarosquilletas* que están a un empujón de caer al agua mientras berrean: «Tú me dejaste caer, pero ella me levantó», como si todavía estuvieran en la discoteca o fueran ellos, y no Daddy Yankee, los artífices de esa canción.

Hoy Roy podría ser un monstruo de Frankenstein si se lo propusiera, aunque sin ataúd.

El espejo alargado en el que está reflejada se habría roto, lo sabe ella y media Aconte, porque aún lleva puesto el vestido de Nochevieja, pero se durmió sin descalzarse esas botas mullidas de ir por casa que la novia de su madre le regaló por su cumpleaños —en pleno verano— y ahora acumulan una roña invencible. Desintegradas estarían mejor. «Y también lo estaría mi cara», piensa al descubrir entre sus rizos teñidos de turquesa que se ha convertido en una versión barata de Dos Caras. Una mitad muestra su piel oscura muy limpia, mientras que la otra parece el resultado de una mutación a mapache que ha salido mal y luego ha llorado durante la eternidad.

Lágrimas no, por supuesto, puro petróleo. ¿Con qué cojones se maquilló esta tía?

Y las emociones en carne viva solo espolean su... habilidad especial. Un eufemismo de primer nivel para lo que Beck pensó, en un principio, que eran alucinaciones provocadas por su ansiedad. Sin embargo, no alucina, pese a que solo ella posee esa curiosa percepción. Empezó tras aquel San Juan de hace año y medio y, desde entonces, es un sexto sentido que no ha parado de afinarse: sabe a quiénes pertenecen ciertas cosas, pues ve los nombres de sus dueños escritos sobre ellas como banderas de un lugar remoto, en el aire. Por ejemplo, a la altura del tirante de su vestido, que no oculta los dos lunares que parecen dos puntos en su hombro derecho, está

inscrito «Rebeca» de la misma forma que se tallaría sin destreza en la corteza de un árbol.

Si le preguntara a su abuela, católica, apostólica y romana, le diría que es un ángel anunciador o una bendición de la Virgen. Y, en el peor de los casos, la reencarnación del demonio.

Si les preguntara a los amigos que perdió... Bueno, Eva sigue a su lado y está segura de que pediría llamar a algún exorcista. Mara se reiría a pleno pulmón porque nunca supo hacerlo a medias cuando estaba bien. Florence y Nina la tildarían de mentirosa, una siendo demasiado realista y la otra poniendo los ojos en blanco. Andre habría curioseado como buen sagitario. Y Zan solo la habría contemplado y, nerviosos por sostenerse las miradas, habrían entrado en ignición. Le hubiera gustado celebrar esa Nochevieja con ellos, seguro que así no habría sido un completo desastre.

Los recuerda, sonrío y más nombres que solo ella ve destacan a su alrededor. Pestaña, las letras se difuminan y un grito desde el piso inferior la espabila:

—¡Rebeca, baja!

10:00h y la voz de Julia en modo despertador. Beck deja caer el vestido al suelo y se pone el pijama sin quitarse las botas. No sea que se facilite la tarea de parecer un ser humano decente.

Los 1 de enero en esa casa huelen a bollería, zumo de naranja y café recién hecho. Por eso ni Julia, ni Diego, ni Cerebro, el carlino más estúpido y adorable del planeta, se mueven de la barra americana sobre la que han dispuesto semejante banquete matutino.

—Estamos esperando a Sof... —La mujer se queda boquiabierta antes de ahogar una carcajada e intentar aparentar preocupación al decir—: ¡Cariño! ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Cerebro, no mires. —El hermano pequeño de Beck se inclina sobre la silla alta para intentar taparle los ojos al perro, que salta creyendo que la mano que se acerca a él le dará a probar un cruasán.

—No me he desmaquillado —responde Beck mientras toma asiento, los dedos inquietos sobre la barra porque puede que esté triste, pero una esponjosa ensaimada está haciéndole ojitos y, de tenerlos realmente, también se los comería.

—Toma —Diego alza al perro—, que también se te ha caído el cerebro.

El animal termina en el suelo antes de que Beck le propine una colleja a ese adolescente que está metamorfoseándose en una criatura avispada, curiosa y vengativa. El peligro constante de la pubertad, pese a que crecer está haciendo que cada vez se parezca más a su padre: la piel oscura, pero no tanto como la de él; los rizos definidos y de un castaño tan profundo como el de sus iris. Beck también tiene mucho más de su padre que de su madre —blanca, pelo caoba, bajita—, aunque de ella ha sacado los ojos grandes y las largas pestañas.

—Rebeca, por favor, el crío es él.

—De crío nada, mamá. Ya tiene quince años y cierra con pestillo la puerta del baño, si sabes a qué me refiero...

Y Diego, a veces un enemigo formidable contra su hermana mayor, pierde esa batalla cuando se le concentra la sangre en el rostro, la nuca y las orejas.

Julia le da una palmada a la mano extendida de su hija, una doble advertencia porque están esperando a Sofía y porque tanta inmadurez merece un castigo: Beck no alcanza la ensaimada de los ojos saltones, la que no lleva su nombre invisible para el resto porque todavía no le pertenece. Todavía.

—Pues Rebeca parece un mimo frustrado porque anoche Ángela la rechazó por enésima vez.

—¿Ángela Miralles? ¿La hija de la panadera?

—Diego, no —le espeta Beck. Esta vez pierde ella con las mejillas incendiadas.

—Como se ha cerrado las redes, no se ha enterado de que Ángela...

—¿Las redes?

—Ay, mamá, Instagram, Twitter...

—Diego.

Aliento que entonces se convierte en guijarros, esa es la voz de Beck al interrumpirlo. Esa es la presión que se ensarta en su garganta hasta hincharse como un globo aerostático a punto de reventar. La ansiedad cambiaformas que siempre encuentra el modo de transformarlo todo en crueldad.

—Hija, respira.

Beck no respira. Ahora detonan todos esos nombres, los ajenos y los propios, que se ha acostumbrado a ignorar. «Diego» en el tazón desportillado, «Julia» en el sacacorchos que ayer no se llevó a su fiesta de Nochevieja, más Diegos y más Julias y más Rebecas y algún Cerebro y un solitario Pedro en una cesta, porque la última vez que su padre los visitó se olvidó del paraguas. Y de eso debe hacer mucho tiempo porque Julia y Pedro llevan divorciados bastantes años.

—Estoy bien.

Es mentira, lo notan. Por Dios, Roy, respira, respira, respira.

—Lo siento —se disculpa Diego, que se toquetea los rizos oscuros, nervioso, y el cuello prestado de su camiseta le devuelve esa tierna juventud que los adolescentes enmascaran por supervivencia.

—Da igual, es verdad que no le gusto a Ángela. —Ese no es el problema, pero no quiere hablar de ello—. Tampoco es el fin del mundo.

Aunque los conspiranoicos podrían tener razón de una vez y así Beck no se sentiría rechazada por el anciano universo. Rechazada al igual que por todos sus amigos y las historias que, desde hace tiempo, ya no es capaz de escribir. Una escritora de pacotilla, eso es. Sola, bloqueada, rechazada.

Roy, Roy, Roy.

—¡Feliz Año Nuevo! —La entrada de Sofía, la novia de Julia, rompe un silencio ensordecedor—. Perdón...

—Tranquila, estábamos esperándote para desayunar —se apresura a decir Beck, con la ansiedad empujándola por la espalda—. Empezad, voy a pasear a Cerebro.

Muchos dicen muchas cosas: que se cambie primero, que alguien ha vuelto a Aconte, ¿Zan Wu?, que por favor no salga con esas pintas porque ya son las diez y cuarto y habrá gente por la calle. Pero Beck cierra la puerta al salir y el arrullo de las olas la alcanza, inspirando el salitre y la paciencia de Aconte.

Aconte, con el mar irrumpiendo en sus entrañas, quieto bajo los barcos fondeados y las casas unifamiliares o edificios de colores que se apiñan en un entramado irregular de calles. Escaleras que desnivelan los caminos y arcos que se transforman en pasadizos. Como si Venecia hubiese encogido, conservando su laberinto de cúspides desiguales y salpicado de plazas, agua y vegetación. Un pueblo que besa la espuma mediterránea más allá del paseo que recorre su cara este.

Al otro lado de la dársena, en paralelo a la casa amarilla de Beck, esta observa la fachada rosa en la que espera encontrar cierta ventana abierta y, en su alféizar, a Eva con un cigarro en los labios y haciéndole una peineta. Porque son idiotas y solo los idiotas decidirían saludarse así. Pero las

persianas de su habitación están bajadas y, en vez de sentir el peso de la soledad sumergiéndose como el mújol que brinca en medio del agua, la chica siente una inusitada calidez en la pierna.

Cerebro no ha aguantado y se ha meado en el sitio. Él sonríe con la lengua fuera, por supuesto. Ella se queja, se aparta y su bota chapotea cuando pisa con enfado.

Y unas voces doblando la esquina logran que Beck huya. Podría haber entrado en casa, aunque de nuevo prefiere no actuar como un ser humano decente. Por eso corre y, en cuanto puede, se detiene entre unos arbustos dentro de un arriate. El escondite perfecto donde, además, Cerebro puede terminar sus necesidades sin que vuelva a mearle la bota y la pernera del pijama.

Entonces, poco a poco, con el mundo encogiéndose hasta acucillarla, Beck se abraza las piernas, clavando la vista en el nombre de un cochino desconocido que no recogió la colilla que tiró al suelo. Se esfuerza por obviarlo, pensando en lo que ha creído escuchar antes de marcharse de casa.

—¿Zan ha vuelto? —se pregunta, por si no lo ha entendido bien y por regañar a ese latido que bombardea su pecho con más insistencia.

Pero Beck detesta las sorpresas, no hay nada que la ponga más nerviosa que la magia. Y la vuelta de Zan Wu le sienta como un truco final. De alguna manera, sofocante y estúpida, se da cuenta de que la magia de su ¿antiguo? amigo le molesta mucho menos que la del resto.

Beck y Zan se gustan desde los diez años, todos lo sabemos.

Y recordar a los amigos no debería molestar, claro que aquel funeral no resultó la mejor de las despedidas. Su grupo parecía una bola de plastilina tras juntar todos los colores creyendo que es buena idea y luego no hay marcha atrás. Pero a Beck le gustaba así.

Le gustaba que Mara y ella no se parecieran y, pese a eso, fueran mejores amigas. ¿Al final Nina y Andre la llevaron a aquel *skatepark* de Valencia? Sí. No. Menudo efecto Mandela. El caso es que no importa. No importa porque Zan se marchó, luego lo hicieron Mara y Andre, y finalmente Florence. Nina, Eva y Beck se quedaron en Aconte, pero ya nada fue igual. Y es que, con tanto color mezclado, la plastilina adquiere un aspecto terrible, como a vómito sólido, así que no debería sorprenderse del final de su relación.

Cómo perder a todos tus amigos en una noche. Menudo *hitazo*.

Un ladrido llama la atención de Beck, quien se incorpora al darse cuenta de que Cerebro ha defecado al lado de una señal: «Perros no. Respetad las plantas». Cerebro no las ha respetado ni un mínimo y, una vez más, decide huir y ser tan cochina como el desconocido de la colilla.

Abono es, al menos. Creo.

Corre para desgastar la presión de su garganta, para que nadie se fije en su cutre apariencia de Dos Caras, para romper los trucos de magia y quedarse con la realidad a la que no ha dejado de enfrentarse desde aquel funeral.

Normalmente, Beck cuida sus pasos, las calles que atraviesa, los lugares que no mira porque las personas en su vida desaparecen y solo le quedan nombres y recuerdos. Sin embargo, a veces pierde el control. Por eso se detiene donde no debe.

Frente a una humilde casa de color verde y contraventanas blancas, la entrada antes ajardinada convertida en una selva abandonada, hay una bicicleta blanca e impoluta.

Sí, hace un año y medio que todo cambió para todos, que algunos permanecieron en su pueblo natal y otros se marcharon por distintos motivos que, aun así, duelen por igual.

La gracia de desaparecer es que puedes seguir vivo, como un gato de Schrödinger. Quizá yo me pasé de frenada, pero Mara no.

Mara Blanch, sin necesidad de mirar dentro de la caja, sigue viva.

Beck ve el nombre de la chica sobrevolando el manillar, refulgiendo como si el sol intentara colarse entre sus grietas espaciotemporales para probar que, tal vez, no solo Zan Wu ha regresado a Aconte como un truco final.

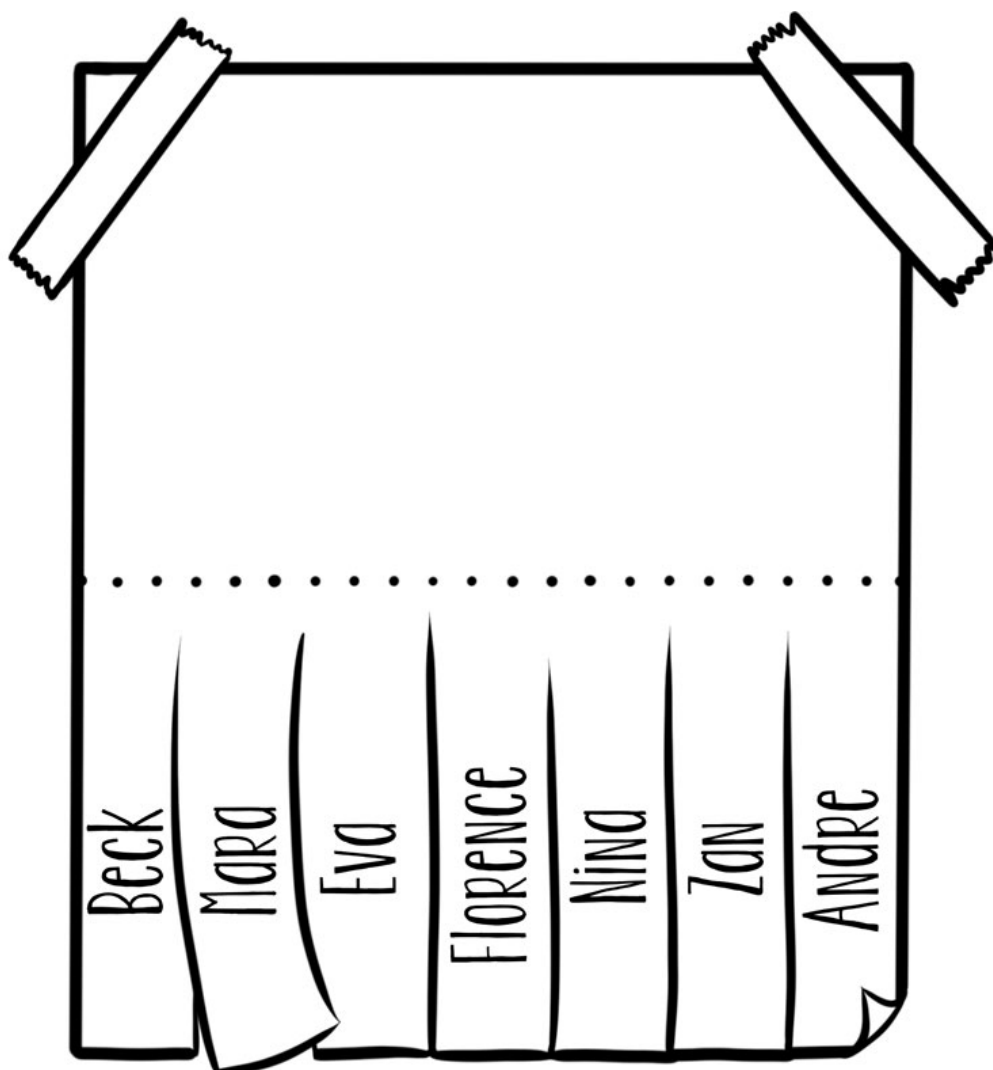
Abraca...

—Mara.

AbracaMara. Buen chiste.

Mara ha vuelto.

OceanofPDF.com



05.01

Si Mara Blanch fuera de verdad un truco final, el autobús no estaría traqueteando a unos metros de la rotonda que da la bienvenida a Aconte. Un mago no te promete hacer desaparecer un avión para que, luego, al tirar de la sábana que lo oculta, siga ahí, viajeros histéricos incluidos en su interior. Aunque el autobús, que exhala una última bocanada de gases a poco de alcanzar su parada, sí cumple el requisito de los viajeros histéricos, quienes

se quejan de que el conductor no los haya dejado en primerísima línea de playa.

Mucho menos Mara es una maga, con el rostro oculto bajo la capucha y tras una vieja bufanda que es todo lo que le queda de su viaje —huida— a Londres. Uno con ínfulas de hogar que al final se convirtió en el refugio de una superviviente. Llegó a Aconte hace cuatro días, pero ha estado yendo y viniendo como una cobarde.

Os lo juro, no ha cambiado nada, si hasta lleva las mismas gafas redondas y negras.

De saberlo, a Mara se le habrían escapado unas lágrimas. Cambiar, eso es lo que buscaba al escapar. Cambiar y no ser la niña tras la puerta cerrada con llave y los gritos de sus padres al otro lado. Por huir de ellos sacrificó lo bueno que tenía en el pueblo: sus amigos. Y lo hizo de la peor manera posible, casi en silencio, sin despedidas. No quiere volver a imaginar la cara que Beck debió poner al enterarse, porque las mejores amigas no terminan como ellas terminaron. Tras graduarse juntas, lo lógico habría sido entusiasmarse por la universidad, seguir yendo al cine con los bolsos llenos de chucherías y tumbarse en la cama de la otra para charrar hasta las tantas.

Una pena que la vida no sea lógica.

Los viajeros enfadados por la avería se amotinan contra el conductor y ella aprovecha para escabullirse. Magia avanzada porque lo hace sin bomba de humo ni fuegos artificiales.

Mara pierde de vista el paseo marítimo cuando se adentra en el aparente sinsentido de Aconte. Aunque es complicado conseguir los permisos para repintar al gusto sus fachadas policromáticas, las calles fingen mutar constantemente. Porque siempre hay un rincón, un arriate o un pasadizo que, en un segundo vistazo, ya no parece igual.

A conciencia, Mara evita acercarse a algunas viviendas del centro de la dársena hasta que llega a su casa. Es una experta en esquivar a los amigos de los que no sabe nada desde que se escapó, lejos de su familia. Los ha buscado, no lo negará, pero solo con la mirada, como si se hubiera convertido en alguien de la Otra Parte.

La Otra Parte, la mitad norte de Aconte, nuestros enemigos de la infancia.

Si Beck hubiese estado allí, Mara está segura de que habría resoplado, pues, sin duda, la mujer de mediana edad que la espera junto a su bicicleta blanca es una sorpresa. Una buena, por cierto, aunque Beck tiene ese humor de perros que jamás se le contagió.

No el de Cerebro, él podría ser una estrella cómica internacional.

—¿Lupe? —Mara se baja la capucha y la bufanda hasta la barbilla.

Ni siquiera se atrevió a avisar a su vecina de que volvía, a pesar de ser la única que ha estado al corriente de todo lo que ha hecho durante ese año y medio fuera. Y es que, si se hubiera arrepentido de regresar a Aconte en el avión, tendría que haber fingido estar contagiada de un virus zombi para que no le permitieran salir de Inglaterra. *Ella a Londres y el resto a Valencia* en modo vírico. Su posible regreso habría esperanzado a Lupe en vano, y a Mara le enseñaron que no podía ser la esperanza de nadie.

Aun así, el reencuentro es un abrazo con aroma a polvorones de almendra, pollo al horno y una pizca de naranja dulce. La Navidad que Lupe adora impregnada en ella y decorando un arco con hojas de pino y pastoras rojas en la entrada de su casa, adosada a la de Mara.

—¿Dónde has estado?

Lupe pregunta por esos últimos días, no por el último año y medio del que ya conoce bastante. La bicicleta blanca apoyada en el murete que rodea las malas hierbas de su parcela, un contraste penoso con la preciosa entrada

ajardinada de su vecina, ha delatado que Mara no acaba de llegar. Al fin y al cabo, tampoco carga maletas, solo una mochila maltrecha a la que le hace falta más de un lavado.

—Llegué el 31. No sabía... qué esperar.

Ni fuera ni dentro de su casa. Fuera: cómo sería Aconte sin ella, tal vez más feliz, tal vez la misma cantinela de un pueblo que inventa rumores, juzga los errores y hace creer que no es así. Dentro: dos personas dispuestas a lo peor.

A pesar de que Lupe le aseguró en cada llamada que sus padres se marcharon cinco meses después de su huida, más avergonzados por los cuchicheos que preocupados por la desaparición de su hija, Mara no quiso permanecer en su casa, casi vacía, sin la seguridad de que no emergerían entre la oscuridad. Solo su dormitorio se mantiene intacto, como un museo del terror, como un sitio maldito.

—Dejé la maleta en mi cuarto y me di una vuelta con la bicicleta. Luego decidí alojarme en un albergue de Valencia, no me apetecía encontrarme con nadie.

—Deberías haberme avisado.

—No quería molestar.

—Nunca molestas.

Mara sabe que no es cierto porque han vivido pared con pared, porque Lupe debió de escucharla crecer en un nido equivocado, donde los gritos se sucedían hasta que se tornaban morados en la piel. Solo entonces enmudecía todo ruido, y su vecina se atrevía a llamar al timbre y ser recibida por dos sonrisas tirantes que fingían no hablar de violencia.

—Coge tu maleta, cielo —le dice Lupe estrechándole los hombros—. Te quedas con Nacho y conmigo.

—¿Seguro?

—Ya sabes que Agustín se independizó hace dos años. Su habitación está libre.

Es inevitable que Mara no se resista más: ha estado demasiado sola y Lupe ofrece una esperanza auténtica que nadie con manos desesperadas apartaría.

—Además, hoy es la Cabalgata de Reyes.

—Lupe, no tengo seis años —ríe por lo bajo. Luego musita—: Preferiría no salir.

—¿Hoy?

Nunca. Mara se grabó en el corazón cada una de las prohibiciones que aprendió de pequeña.

Por suerte, lo aprendido puede desaprenderse.

—Mara —insiste la mujer, quizá asustada por que salga volando de nuevo. Un pajarillo que nace, se rompe y huye—, ¿por qué has regresado entonces?

Cero acritud y sin exigencias. Aun así, es una pregunta que pide algo más que una respuesta, la solución a diecinueve años de vida inmovilizada. Pero Mara no se habría marchado de Londres si no supiera que, por fin, está dispuesta a resolverla ahora que Aconte es un lugar tranquilo. Seguro. Por el momento, basta con una tibia sonrisa y la promesa de averiguarlo.

Bailan alrededor de la hoguera como si no quemara. Los más atrevidos también la saltan. La única verdad es que están borrachos y tan contentos que podrían explotar en medio de la playa. El Ayuntamiento no necesitaría gastar los fuegos artificiales y todos se convertirían en esas estrellas que el colegio les ha prometido ser en el futuro.

Eva es incapaz de seguirle el ritmo a Beck, contorsionándose hasta el punto de que Andre no reconoce si lo que chascan son sus huesos o la madera bajo las llamas. A su lado, Nina sonríe como solo ella sabe hacerlo: muy escondida en sí misma, donde nadie se percata de sus movimientos. Detrás del vaso lleno de zumo, porque una deportista disciplinada rechaza cualquier vicio, se permite exhibir una línea de dientes perfectos que Andre fotografiaría con la Polaroid que le pende del cuello a su amiga.

—Señorita.

Nina empalidece ante la mano extendida de Andre.

—Ni que te estuviera pidiendo matrimonio, tía.

—Parecido —masculla la chica como, de nuevo, solo ella sabe hacerlo: con la garantía de que te dará un puñetazo si la ocasión lo requiere.

Enseguida ríen. Esa es la ventaja de los mejores amigos.

Además, es una noche especial, no solo porque sean las Hogueras de San Juan, sino porque están celebrando su graduación tras aprobar la selectividad. En medio de la arena, elevan los brazos al son de la canción que martillea los pequeños altavoces sobre una nevera portátil. Entre el movimiento, alguien quieto: Mara.

—Ey —la llama Andre—, ven.

Nina sonrío, Mara sonrío y Andre siente que también lo hace, mientras hablan de lo que están dispuestos a hacer por un futuro mejor.

Y, de pronto, Mara no ve a través de los ojos de Andre, sino a través de sus propios ojos. La gente ya no le resulta tan divertida, y la música es tremendamente mala, y Beck está demasiado lejos pese a que podría dar dos zancadas y abrazarla.

¿Qué esperaba? Ella destruye y, solo entonces, desaparece.

Mara se despierta justo después del atardecer. Está en el presente, no celebrando su graduación durante aquel San Juan de hace año y medio, cuando por fin se escapó de las garras de sus padres y se fue a Londres. La última vez que tuvo la oportunidad de pasárselo bien con sus amigos. Aquella noche añoró de antemano las tardes con Beck, las coreografías de Nina, el entusiasmo de Andre, los silencios de Zan, las ocurrencias de Eva y las sonrisas de Florence, esas que la recorrían de arriba abajo como una descarga eléctrica y la dinamitaban por dentro.

Le cuesta ubicarse, aunque jamás habría escogido un intrincado cabecero hecho de bambú y unas ventanas sin persianas para su habitación. Cada inspiración alterada hace eco. Agustín, el hijo de Lupe y Nacho, siempre ha sido muy desprendido. Tal vez por eso tiene sentido que sea misionero y esa humilde estancia huela a nuevo y a nada.

Sin embargo, le gustaría reírse de Agustín y su austeridad pretendida. Ella gana. Dentro de la maleta y la mochila guarda tan pocas posesiones

que en la cómoda le van a sobrar cajones y en el armario, perchas. No es que hiciera un voto de pobreza, solo que Londres no era la ciudad en la que sus raíces querían probar suerte. De tanta lluvia se habrían ahogado. O quizá sí que hubiera un poco de pobreza, no de voto, porque su sueldo de camarera le daba lo justo y necesario para malvivir.

Al menos ha incluido la palabra vivir.

Unos golpecitos en la puerta cerrada y la voz de Lupe, una madre que de pronto tiene una hija más:

—¿Cielo? La cabalgata está a punto de empezar.

—Ahora salgo.

Primero: revisa su móvil, una agenda con muy pocos contactos. Fue una mala jugada deshacerse de todo su pasado, como si en caliente se tomaran decisiones acertadas. Al fin y al cabo, borrarlo por entero —a excepción de Lupe— también se llevó lo positivo, porque hasta ella podía permitirse el lujo de tener cosas buenas alrededor. En las redes sociales ha encontrado a algunos de sus amigos, pero, después de que los sacara de las suyas y las pusiera en privado, no se ha atrevido a seguirlos de nuevo.

Segundo: pega la oreja en la pared contraria a la cama. Al otro lado, su habitación. Y se vuelve a preguntar qué imagen tomarían los gritos de su familia en aquellos que solo los escucharan.

Tercero: se olvida de que es Mara Blanch y sale del dormitorio de un misionero con la intención de ser maga.

Melchor saluda y tira caramelos. Los lanza con entusiasmo, como si estuviera a diez metros de altura y no casi a ras de suelo sobre un intento de carroza. Todos los vecinos han colaborado en la cabalgata, porque Aconte es tan pequeño que cabe en una bola de cristal y los recursos del

Ayuntamiento son limitados. Aunque, de tenerlos, Mara sabe que el pueblo ayudaría igualmente, pues implicarse suma puntos en excelencia ciudadana.

—A lo mejor el año que viene me apunto —murmura, irónica, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—Estarías encantadora de paje.

Paja, diría Eva.

Mara trata de no cargarse el espíritu navideño de Lupe, pese a que subirse en una carroza le daría papeletas para convertirse en hija predilecta de Aconte, para dejar de ser la joven que se fugó de casa por mil motivos y ninguno correcto en cada rumor.

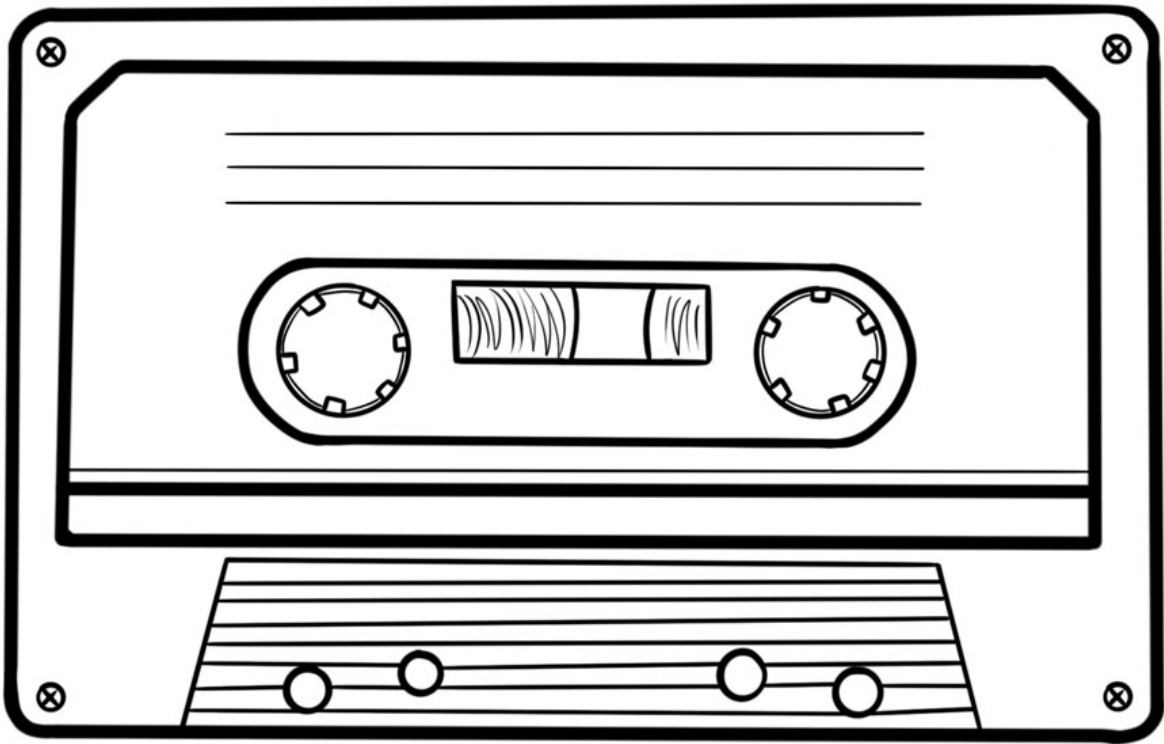
Por suerte, o por tremendísima desgracia, unas exageradas ovaciones al otro lado del paseo marítimo hacen que Mara clave la vista allí. No le queda saliva que tragar, solo un nudo áspero: Beck y Eva se desgañitan por Melchor, le piden caramelos y les importa bien poco ser el hazmerreír o la molestia de quienes están alrededor.

Cuando el destino hizo que Beck y Eva se conocieran, Mara está segura de que se retractó al instante, porque juntó a dos personas impulsivas con las mismas ganas de jarana que de ver el mundo arder.

Mientras llueve confeti de todos los colores, como si estuvieran en una película descaradamente cursi, Mara observa cómo se divierten, añorando lo importantes que fueron en su vida. Esa vida sin respuestas que quizá halle mucho más sentido con los amigos que faltan.

Al empezar de nuevo.

OceanofPDF.com



07.01

Plantar un árbol. Escribir un libro. Tener un hijo en forma de libro. Ganar un concurso y publicar. Graduarse. Huir. Morir. Despertar. La muerte sigue ahí, pero la vida también. Perder a casi todos sus amigos. Entrar en la universidad. Detestar su carrera. Renunciar. Ni escribir, ni tener más hijos en forma de libros, ni ganar más concursos, ni publicar. Entrar en la universidad de nuevo. Detestar su segunda carrera. Renunciar. Otro año sabático o, mejor dicho, una vagabunda para el sistema. La primera acepción de «nini en potencia» si existiera un diccionario capitalista.

06:00h. Frente al portátil, Beck ha escrito sus primeras palabras en semanas. Sueltas, disueltas. Le pertenecen una a una, aunque estas la desobedezcan porque el dolor no es inspiración, solo la bloquea.

Quizá esa es la razón por la que no ha vuelto a escribir, mucho menos a publicar. Quizá es que solo sabe ser sin ningún tipo de sentimiento, aunque sepultarlos no le ha devuelto todo lo que perdió. Todo lo que ya no logra hacer, pues hay algo más grande, más paralizante e invisible que los nombres que solo ella percibe sobre las cosas: la ansiedad.

A veces grotesca, a veces un silbido.

Detonante, en cualquier caso.

Puede que las personas que hacen mucho ruido por dentro estén destinadas a pasar desapercibidas por fuera. Al fin y al cabo, la Tierra se desgañita en el interior de una galaxia brutalmente silenciosa. O tal vez sentir demasiado transforme las emociones en un agujero negro, capaz de tragarse la existencia humana y el resto más allá. Rebeca Roy, una amenaza intergaláctica. No puede permitirse que el Pentágono la considere un peligro mundial.

Su móvil se ilumina y un recordatorio eclipsa el salvapantallas, *La gran ola de Kanagawa* surfeada por un Psyduck. «Psicóloga. 10:30h.» Una mano tendida antes de que Beck aprenda demasiado tarde que hay fondo en todo pozo. Y, si hay fondo, siempre se puede salir.

Ya en el coche, de regreso a Aconte, Sofía berrea una canción de Britney Spears porque, aunque no sea ni de su generación ni de la de Beck, los iconos desconocen el significado del tiempo. Aun así, la chica intenta disimular en balde una sonrisa burlona ante la efusividad de la novia de su madre.

—¿Todo bien con Sandra? —pregunta la mujer tras un último: «*Hit me, baby, one more time*».

—Hoy me hacía falta. —Es lo único que responde Beck. Si las sesiones con su psicóloga son privadas, esa intimidad se la lleva a la tumba—.

Gracias por recogerme. Sé que mamá y tú lo tenéis crudo los lunes.

—No se dan. Me encanta pasar tiempo contigo. ¿Qué harás el resto del día?

Retomar la escritura. Decidir de una vez por todas qué estudiar el curso siguiente después de que no sobreviviera a un mes de Periodismo, ni a un cuatrimestre de Historia. Deshacerse de su habilidad especial. Ser la persona funcional, productiva y adulta que la sociedad espera. Reconciliarse con sus amigos, ya que parece que todos están regresando. Zan, Mara... Si aparece Florence, canta bingo.

El nombre de Julia danza sobre un pañuelo azul encima del salpicadero. Beck es consciente de que su madre jamás le ha exigido nada. Ni intentar publicar de nuevo tras ganar aquel premio nacional hace tres años, con sus tiernos e inexpertos dieciséis, ni estudiar lo que sea, aunque lo odie simplemente porque «debe ser así».

—Eva y yo iremos a casa de Zan. Zan Wu —recalca, a pesar de que fue la misma Sofía quien les contó en Año Nuevo que el chico había vuelto a Aconte.

—¿Eva? ¿La sobrina pequeña del quiosquero?

Nombre, árbol genealógico y oficio familiar. Las tres claves infalibles para reconocer a alguien en un pueblo.

Chúpate esa, Pentágono.

—No. El hijo de Evaristo Lahoz, el dueño del Club Náutico.

—¡Ah! ¡Evaristo, tu amigo!

—Sofía, si aprecias tu vida, jamás de los jamases te dirigirás a Eva como Evaristo —ríe.

Porque a Beck le importa su apodo, no su nombre, por eso no rechaza que la llamen Rebeca. En cambio, Eva detesta su nombre, por eso solo se identifica con su apodo. La chica no le da más importancia al despiste de

Sofía. Al fin y al cabo, no habla mucho de las estrellas que la rodean ni tampoco de las que mueren en su interior. Y le queda claro que su madre lo respeta al dejarle ser quien hable de su vida personal cuando desee.

Aun así, en el retrovisor se reflejan unas carcajadas que, esta vez, se imponen a la música en la radio. Y Beck debe admitirlo: el arte no es lo único poderoso que nace de los seres humanos. Se puede trascender en el tiempo con lo que consideran nimio y no lo es. Esas risas. En el futuro, las recordará antes que a Britney Spears.

Un sacrilegio, pero se lo perdonamos porque está feliz.

Entonces vislumbran el largo muro que separa Aconte de la autovía, aislándolo del tráfico. Bordean la avenida exterior, pues el interior solo es accesible para peatones, y se internan en uno de los garajes que forman gran parte del subsuelo. Otro laberinto inmenso en el que Beck tantas veces jugaba con sus amigos.

El frío invernal le gana el pulso al sol valenciano, por eso aprietan el paso cuando salen por una de las entradas internas. Se despiden al poco, porque Sofía debe volver a su puesto en la agencia de viajes, y la chica decide pasar directamente a por Eva.

Mientras recorre la esquina del puerto que separa sus casas, Beck alza la mirada sin pretensión de encontrarse a su amigo sentado en una de las ventanas del segundo piso, pero ahí está: el cigarro apagado en la boca, unos apuntes en la mano y Nyapoleón, un gato que lo iguala en malicia, enroscado bajo su pierna flexionada.

—¡Eva!

—¿El móvil con el sonido activado para cuándo? Te he fundido el WhatsApp.

Beck le hace una peineta que él responde con otra, como siempre. Están en paz. El chico desaparece, aunque Nyapoleón no lo persigue. En cambio,

se incorpora, esas orejas extrañamente puntiagudas más en punta todavía, y la juzga desde su altura con los ojillos verdes entrecerrados.

Satanás no tiene trono porque Eva Lahoz existe y podría arrebatárselo. Aparece con algunos mechones ondulados de un suave pelirrojo remetidos tras las orejas y su habitual ceja enarcada, como si se la hubiese afeitado para luego grabársela más arriba de esos iris azul mar. Va en manga corta, el brazo derecho repleto de tatuajes aleatorios y las suelas de las Vans negras pintarrajeadas. Antes de guardárselo en el bolsillo, le da varias vueltas a ese bolígrafo con el que tiene la manía de rayar cualquier superficie. De tinta inagotable pese a quedar un mínimo, siempre es el mismo. Es lo que Beck intuye pues el nombre de Andre está inscrito en él. Y pueden haber pasado ya dos años desde que uno se lo quitó al otro.

—Hace frío, cogerás una pulmonía. No seas ins...

—¿Insanamente guapo?

—Insensato.

—Pero ¿quién coño dice «insensato»? ¿Gandalf y tú? —Eva saca un mechero Zippo nuevo, el anterior lo rompió de tanto abrir y cerrar la tapa, y se enciende un cigarro en el que ha escrito: «A mi salud».

—Más muerto hoy.

—Pero más vivo que mañana —ríe él—. Anda, vamos.

Eva le pasa un brazo por los hombros y la arrastra en dirección a la Otra Parte. Desde que tienen memoria, solo han existido dos razones para que cualquiera de su grupo haya acudido allí: Zan Wu y la piscina grande. Cuando eran pequeños, sus familias no les permitían alejarse demasiado de los lugares en los que podían vigilarlos. Además, aquella zona de Aconte quedaba lejos para sus infantiles piernas. Pero, pronto, bautizaron aquella mitad del pueblo como la Otra Parte, tras enemistarse con unos compañeros del colegio que vivían allí y les hacían la vida imposible. Al principio

jugaban, una competitividad desquiciada. Luego se les fue de las manos hasta el punto de involucrarse en alguna pelea.

Suerte que Zan conoció a Eva en clase y las calles no lo juntaron con Juanjo García y los imbéciles de la Otra Parte.

—¿Estás nerviosa por verlo?

—En tus sueños.

—En mis sueños solo aparece gente a la que me quiero tirar.

—¡Eva!

—Estoy seguro de que Gandalf no se escandalizaría si le hablase de foll...

Beck aprovecha la corta distancia entre ellos para propinarle varios codazos en el costado. Lo único que le provoca a Eva son cosquillas y que amplíe una sonrisa gigantesca para reírse a gusto, el humo del tabaco confundiéndose con el vaho, como un dragón satisfecho de haber ganado.

—Así, al menos, te olvidarás de Ángela. Qué capulla ha sido siempre, joder.

—Uh, no me hables de ella.

—Estará buena y todo lo que quieras, pero por dentro está más podrida que yo. —Otro suspiro con aliento de dragón. Una mirada de reojo—. ¿Y Mara?

—No me importa —suspira Beck, de nuevo pegada a su amigo porque es una estufa andante.

Mentira, no deja de evocarla: cada disertación sobre cine, cómo mezclaba de manera imposible a Chopin y Lana Del Rey en sus tarareos, las noches en las que tejía jerséis para todo el grupo como lo haría una madre orgullosa de sus seis hijos... Nadie olvida aquel de supuesto cachemir que casi le levanta ampollas de sangre a Nina por una reacción alérgica.

—Os estáis evitando. Desde mi ventana veo mucho, Rebeca, y Mara ha estado rondando la zona.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? ¿El año que viene?

—Pensaba que no te importaba. —Eva afila esa sonrisa voraz y su amiga resopla—. Pero te importará al saber que alguien más ha vuelto. —Una pausa expectante, otro codazo y nuevas cosquillas—. Florence Russo.

¡Bingo!

—¿Ya no está en Estados Unidos? ¿Por qué soy la última en enterarme de todo?

El hueco entre sus cuerpos se hace grande. Todas las cuestiones que dejaron incompletas hace año y medio entran en erupción y Beck apretaría las manos contra su cráter, porque arder no le aterra tanto como enfrentarse a sus cuentas pendientes.

—¿Beck? —Eva la mira por encima del hombro—. Lo hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

Contra todo pronóstico, la chica claudica y coge la mano que le tiende su amigo. Llegan a la frontera con la Otra Parte, cada vez más serios. No por el repentino regreso de quienes ya no pensaban ver a diario, sino porque Zan Wu lo ha hecho por un motivo trágico. La línea que los separa del territorio enemigo, ese que sus adultas piernas ahora alcanzan en cuestión de pocos minutos, solo es una esquina de la dársena donde los edificios siguen siendo esos a los que están tan acostumbrados.

Al final de una calle que conecta con otra zona de la dársena por unas escaleras, se detienen frente a una vivienda blanca y más moderna que el resto. No está decorada con los motivos navideños que algunos todavía no han quitado y apenas sobrevive una triste palmera en su entrada.

—¿Cuánto hace que no hablas con Zan?

—Dos meses, desde que viajó a China para el funeral de su madre. — Beck aprieta los dedos de Eva, avergonzada. Su último mensaje fueron unas condolencias—. Y tampoco lo llamaría «hablar». ¿Y tú?

—Dos semanas. He estado liado con la puta uni y... —Se muerde el labio inferior—. Somos unos amigos de mierda.

—Necesita tiempo.

—Tiempo no es sinónimo de estar completamente solo.

Avanzan a la vez como llevan haciéndolo desde segundo de la ESO, cuando el destino los juntó y luego se arrepintió. No ellos. La manivela de la puerta enrejada cede y atraviesan la entrada con dos zancadas. Tocan al timbre y confunden su estridencia con los coléricos latidos de sus corazones. Dos opciones: o se les sale por la boca o se les atasca. En cualquier caso, un horrible final que encontrarse sobre el felpudo.

—El cigarro.

Eva solo tiene tiempo de tirar la colilla apagada hacia la acera de la dársena. Ni siquiera Beck llega a reprochárselo porque la puerta tarda segundos en abrirse. No necesitan más que un resquicio para reconocer los rasgos asiáticos, la postura desganada y la indecente altura de Zan Wu. Hay algo diferente en él más allá de que le ha crecido el pelo, algunos mechones azabaches recogidos en un moño bajo, o que se le han perfilado las facciones. Quizá es el dolor, que ha tirado de sus comisuras hacia abajo hasta convertir su boca habitualmente seria en una curva. Quizá es la pérdida, que llena su mirada oscura de más oscuridad, que llena su pecho de respiraciones cargadas, que lo llena entero, aunque la pérdida supone perder cosas, no ganarlas.

Zan necesita más que un resquicio para reconocerlos. O, al menos, convencer a su cabeza de que están allí.

—¿Eva? —La puerta se abre un poco más—. ¿Beck?

—Hola, tío.

—Hola, Zan.

La ficción no hay que creérsela, incluso en el peor de los casos, idealiza la realidad. Por eso no es un reencuentro conmovedor, se mueven como barcos a la deriva. Zan sale, junta la puerta y se cruza de brazos en cuanto no hay nada que se interponga entre ellos. Eva suelta los dedos de su amiga y los hunde a la fuerza en los bolsillos de sus ajustados vaqueros. Beck da un sutil paso al frente con ganas de tocar a Zan, pero sin atreverse.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—¿29? No, 28.

—¿Y no avisas? —En la voz de Eva hay una viveza que aligera el desapasionado tono de Zan.

—He estado ocupado.

—¿Te instalas del todo? —interviene Beck, sin poder ocultar cierta ilusión, aunque parece un sentimiento fácil de malinterpretar, teniendo en cuenta que Zan ha regresado porque su madre no se recuperó de su enfermedad.

—Puede.

—¿Quieres dar una vuelta?

Bendito Eva. Para ser el contrincante número uno de Satanás, siempre intenta que las situaciones no se enrarezcan.

—No. —Aunque enseguida Zan rompe el hielo con el que se ha protegido al suspirar—: Hoy no.

—Avísanos, ¿vale? —Beck trata de fingir que el corazón ya no le truena porque sigue cerca de Zan y él, a pesar de tanta dureza, no se ha alejado.

—Claro. Gracias por pasaros.

—A ti por recibirnos.

—Y por ese culito siempre perfecto —añade Eva.

Hay que quererlo así.

Beck se atraganta con sus propios nervios, pero, cuando se gira hacia Zan, lo ve sonreír. Es una comisura tan estrecha como su mirada, aunque calma.

—Te he echado de menos —le confiesa Zan a Eva con una diversión tímida.

—Y yo a ti, tío. Llámame.

—Sí. —Zan retrasa unos pasos y le da un vistazo a la escueta distancia que aún lo separa de la chica. Parece dudar y algo se enciende en ambos. Se apaga rápido—. Hablamos, Beck.

—Lo siento —responde ella—, y por supuesto.

La sonrisa desaparece tras la puerta y salen de la parcela de la familia Wu en silencio. Bajando las escaleras, Eva parece aliviado, pero a los pies de Beck se arremolinan nombres acuciados por las ansias de estrangularla personalmente: sobre un chicle que casi es un fósil, sobre una piedra que no debería tener dueño, sobre el cigarro que Eva recoge enseguida.

—He sido una estúpida —murmura Beck.

—Primero, no te insultes. Segundo, tiempo. Tú misma lo has dicho. —Pero ella le da una patadita a la piedra que no debería tener dueño con pasos vagos—. Ey. Para. Mírame. Un minuto. Beck. Mírame. —Eva es pura gravedad. Un punto de atracción irresistible al que todo el mundo termina atendiendo, acudiendo, haciendo caso—. No has dado la impresión equivocada: te has alegrado de su vuelta porque es tu amigo. Yo también me he alegrado de verlo.

—Evidentemente, sois mejores amigos. Eso te da la posibilidad de piropear su culo en el momento más inapropiado y salir indemne.

—Vuelve a escribir, Rebeca, me asusta que hables como si en tu cabeza estuviera abierto el WordReference.

Reemprenden la marcha con un nuevo cigarro encendido, escrito en el papel: «El último», y más nombres silenciosos.

—Estaremos siempre que lo pida —dice Eva—. Y, en ocasiones, también cuando no lo haga.

Entonces Beck frena junto a una farola. En Aconte no está permitido colgar carteles en cualquier parte, por eso el folio perfectamente pegado al metal llama tanto la atención. Eva, quince centímetros más alto que su amiga, se inclina para leerlo:

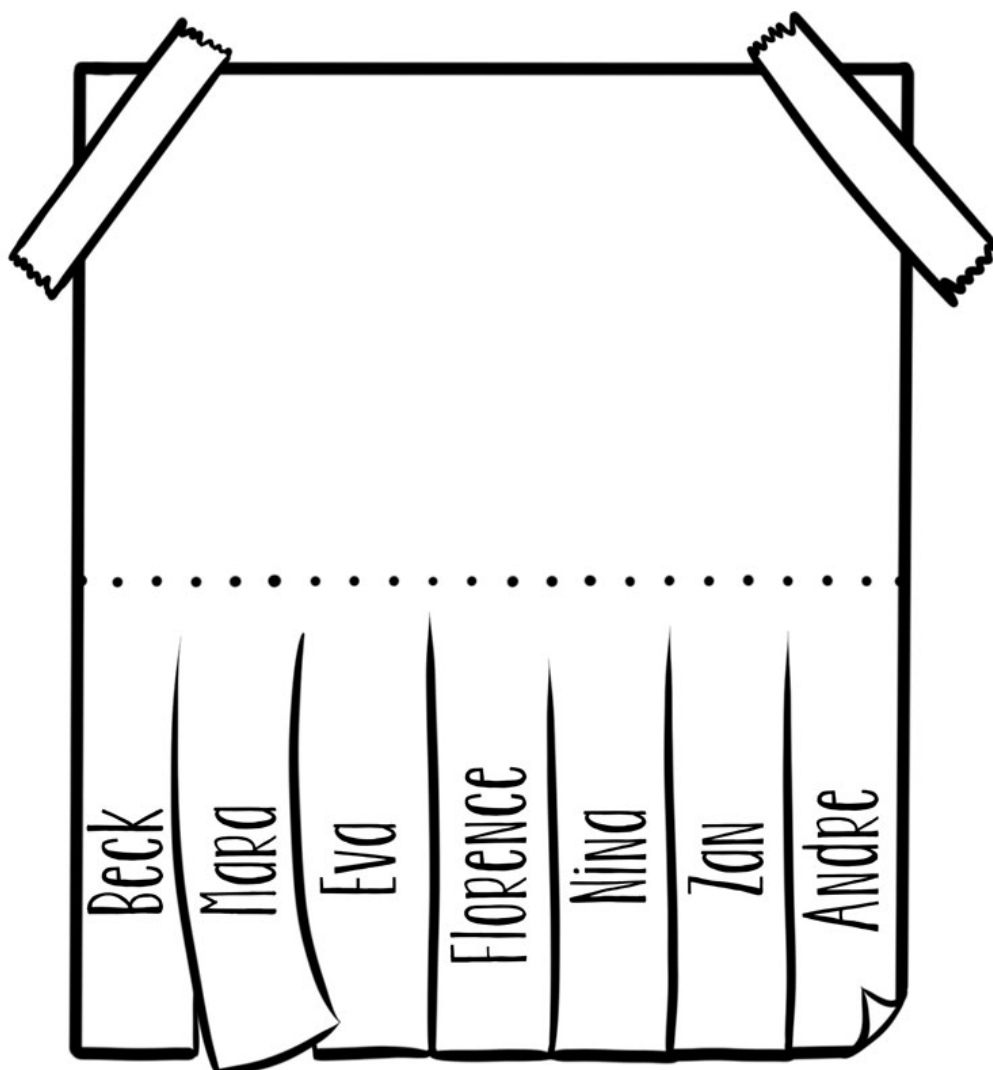
—¿Quién cojones ha hecho esto? Mola, ¿eh?

Parece el típico anuncio del que puedes arrancar un número de teléfono. Sin embargo, no es lo que aparenta. «Escógete y ponte en contacto», grafía recta y gruesa. Los títulos de cuatro canciones están escritos en las cuatro tiras de papel que solo precisan de un tirón para desprenderse.

Un mensaje cifrado, una llamada, el inicio de algo que no terminó.

Solo Beck puede leer el nombre de quien lo ha hecho.

OceanofPDF.com



11.01

Algunos bostezan, otros chillan, unos pocos tienen formas muy retorcidas de sacar de quicio a la tutora y solo dos adolescentes están quietos, casi aburridos pese a empezar primero de la ESO. Andrés Rojas y Rebeca Roy, por orden alfabético, los antepenúltimos en la tercera fila de dobles pupitres empotrados contra los percheros.

Ella siempre ha estado en A. Él siempre ha estado en B y encima repitió sexto de primaria. Claramente, dos especies incompatibles por motivos tan legítimos como que A fuera de «asnos» y B fuera de «burros». Pero a Andrés que todavía no es Andre, con los

ojos verdes bien abiertos, se le ha olvidado el lápiz. Pero a Rebeca que todavía no es Beck, con los rizos oscuros atados en dos coletas, se le ha olvidado la goma de borrar.

—¿Tienes un lápiz de sobra?

—¿Tienes una goma de sobra?

Ya está. Dos sencillas preguntas que destrozan la teoría de que los asnos y los burros no pueden evolucionar hasta sobrevivir ambos. Charles Darwin lloraría. Hay dos lápices, pero una sola goma, y a Andrés no le molesta compartirla, sí que Rebeca busque desesperada a Mara Blanch en las primeras filas, como si el material escolar fuese lo único que pudieran compartir.

—Andrés Roj... Roy... Royas. Rojas.

La jungla, o la clase, ha desquiciado tanto a la tutora que, de pronto, Rojas y Roy se han fusionado al pasar lista. El darwinismo muere y ambos se echan a reír a pleno pulmón, aunque eso conlleve la primera de muchas notitas a sus padres.

Andrés parpadea. Mara regresa a su cuerpo en la tercera mesa de la primera fila y mira en dirección a su mejor amiga. Luego, a quien más tarde se convertirá en un buen amigo.

Mara despierta. Tras aquella extinción de apellidos, Andre jamás volvió a llamar a Beck por su nombre, tampoco por su apodo. Roy. Sin más. Muy solemne.

Y ella ni siquiera recordaba cómo sucedió con exactitud, porque no es su recuerdo. Se lo ha robado a Andre en sueños y ahora, de alguna forma, también le pertenece.

Varios vecinos ya se han paseado frente a su casa; aun así, Mara solo ha podido comprobar que uno lo ha hecho por curiosar. Es mediodía y está intentando arreglar las plantas de la entrada vestida con una sudadera de borrego, una falda ceñida de cuadros amarillos y unas Converse blancas.

La jardinería nunca ha sido lo suyo. Su Santísima Trinidad fue, durante mucho tiempo, el cine, el *ballet* y la moda. Pero sus padres lograron que no se sintiera lo suficientemente buena para ninguna de las tres. Su sobrepeso como líder del resto de razones por las que nadie querría contar con ella. De todas formas, Mara no llegó a abandonar, viendo películas de madrugada,

bailando con las puntas cuando no había nadie en casa y confeccionando prendas pese al delgado busto de costura; un regalo de su abuelo que todavía ocupa uno de los rincones de su habitación intacta.

Quizá, si sus padres la hubieran diseñado al gusto, solo habrían mantenido el pelo rubio y los ojos azules.

Recordáis quién estaba obsesionado con los rubios de ojos azules, ¿no? Pues eso.

Mara tardó en comprender que sus padres no iban perdiendo la fe en ella por quién era, desde su cuerpo hasta lo más profundo, sino que jamás la tuvieron. Jamás la quisieron.

La música perfora emociones antes que tímpanos. Es sal sobre la herida y también cicatriz. Lee las líneas de la memoria como una pitonisa y no sabe guardar los secretos de quienes la escuchan. Por eso Mara siente, de repente, que *Skinny love* de Birdy resuena por toda la calle y no solo en sus auriculares. Que resuenan los recuerdos de sus magulladuras, y la cama sin colcha en invierno, y los objetos rotos, y más rota ella ante sus intocables padres, y otra canción sonando muy bajito en esos auriculares viejos que siempre cuidó porque no tenía mucho más que perder.

Se seca las lágrimas con los guantes sucios y arranca unas cuantas malas hierbas de la tierra seca. Parecen reproducirse a pesar de llevar tiempo muertas. Tal vez esa es la maldición de todo lo que muere mal, como los zombis o el hambre.

El sol palpita y Mara se quita la sudadera, aunque no hace tanto calor. Puede que se haya precipitado al querer adecentar una casa que no es suya. Algo que el vecindario sabe y quizá por eso la observen sin saludar: sus padres se marcharon, no la vendieron, y ella no tiene permitido usarla pues ni siquiera cuando parecía formar parte de esa familia le correspondía una minúscula porción.

Debería dar una vuelta en bici, despejarse y comprobar si alguien ha cogido canciones de los folios que pegó a las farolas o si todos han desaparecido porque, durante esos días, algunos vecinos los han quitado dado que está prohibido. Mara no quiere imaginarse a Beck siendo la que los arranca de cuajo, enfadada e incapaz de verla para dejar que se explique.

Cuatro canciones para cuatro nombres.

Loser, por la que Rebeca Roy escogió su apodo. Al principio, a Mara le desagradó el motivo de su elección: sentirse tan perdedora como Beck, el cantante. «*I'm a loser, baby, so why don't you kill me?*», canturreaba su amiga en cualquier ocasión.

Jesucristo García, porque cantarla es la única forma de que Eva Lahoz diga en alto su nombre. Es imposible resistirse a Extremoduro y no gritar: «¡Soy Evaristo, el rey de la baraja!».

Feeling good, la versión de Nina Simone para Nina Wu. No solo son tocayas, sino que, además, la segunda compitió en un nacional de gimnasia rítmica con ella y ganó sin discusión.

Y *Scar Tissue*, destinada a Andrés Rojas, porque estuvo obsesionado con los Red Hot Chili Peppers y ambos están bautizados con el mismo color.

No hay para Florence o Zan, pues aún no ha descubierto si han regresado a Aconte. ¿Será patético y por eso nadie la ha buscado? Mara siempre ha sido bastante peliculera: los pequeños gestos los vuelve grandes y los grandes, abrumadores.

Está decidida a intentar retomar el contacto de una manera más madura cuando una sombra eclipsa la luz. Guiña los ojos al alzarlos. Entonces se le seca la garganta y le tiemblan las piernas, también todos los sueños en los que *esa chica*, que está ahí, era muy recurrente.

—Hola —la saluda Florence Russo desde el otro lado de la puerta enrejada, conservando esa sonrisa ladeada que Mara siempre se esforzaba

por no contemplar hasta el punto de incomodarla.

O de que intuyera que ha estado colada por ella desde los doce.

—Flo... Flo... ¿Florence? —Nota que lo grita, así que Mara se quita los auriculares de un tirón para disimular que los nervios han organizado un banquete en su estómago. Para comérselo, claro.

—Te veo bien.

—Y yo a ti. Quiero decir... A nivel anímico. Te veo bien. Sí.

De nuevo, Florence sonríe con esos dientes inusitadamente blancos y engancha unos dedos enguantados en los hierros de la entrada. Está más mayor, y Mara se pregunta si también lo notará en ella. Porque hay más grietas, pero no solo eso.

—Al parecer, todos nos hemos puesto de acuerdo para volver a casa al mismo tiempo.

—¿Todos? —Mara frunce el ceño.

—Realmente cortaste lazos, ¿eh? Si quieres, podemos quedar un día de estos y te actualizo.

Como si perdiera pie, Florence termina de enganchar el resto de dedos en la puerta, aunque Mara siente que nada tiene que ver con su equilibrio, sino con que la busca de alguna manera. O quizá es que eso es lo que siempre ha deseado y ahora lo piensa, porque la casa de esa chica con la que nunca intentó algo más queda un tanto lejos de esa ruta.

—Ge... genial. —Mara se quita uno de los guantes con los dientes, aun así, coge su móvil con mano torpe—. ¿Me das tu número? Cambié el mío y borré toda la agenda al irme.

—Lo sé.

Cifra a cifra, Mara se olvida de respirar, aunque se obliga a tomar impulso para sondear la mirada oscura de Florence. Florence Russo, quien resultaba inalcanzable pues estaba en todos los lugares y en ninguno a la

vez. Jamás se decidía por un grupo de gente, por un pasatiempo, por un instrumento que tocar.

—Bueno, mándame un mensaje al WhatsApp y vamos hablando, ¿vale?

Lentamente, los dedos de la chica se deslizan por el enrejado y esta vez es Mara quien se siente tentada de alargar los suyos y buscarla. En cambio, abre la puerta y sale a la calle para preguntarle:

—¿Me puedes pasar el número de alguno de estos?

—Claro. Aunque de Beck y Nina hace tiempo que no sé nada.

—¿Y de Andre?

—¿Andre?

Florence lo nombra como si no lo conociera, o peor, no lo reconociera. Entrecierra los párpados, rastreando algo en Mara que a esta empieza a agobiarle. No sabe si es por ese gesto indescifrable o porque, antes de huir a Londres, encerró Aconte en una cápsula del tiempo y ahora esperaba desenterrarla y descubrir su interior ileso.

Pero nadie sale ileso ante el paso del tiempo.

—¿Puedes acompañarme a un sitio? Será un momento.

—¿A dónde?

—Mara, ven.

Y Mara vuelve a entender por qué Beck detesta tanto las sorpresas. Incluso cuando se presiente que son buenas, hay un regusto de inestabilidad, como si el mar te asegurara una ola, pero no su altura.

Aconte es el hogar de demasiadas cosas, pero los gatos siempre han estado allí, como ancestros cuyas colonias han terminado siendo amparadas por una protectora de animales. Y para recordar que ya hay alguien cuidándolos y que nadie debe expulsarlos, el Ayuntamiento colocó placas informativas en varias calles. Una de ellas, la Alquería de los Gatos.

Ninguna habla durante los pocos minutos que tardan en llegar a esa intersección, donde a Andre le gustaba sentarse y conversar con los gatos. A veces acariciarlos si estos lo permitían. Sin embargo, Andre no está allí, solo hay otra plaquita junto a la de la protectora que Mara nunca ha visto porque es bastante reciente.

—¿Qué...?

—Pensaba que lo sabías.

Andrés Rojas tiene una placa conmemorativa en Aconte, el lugar que lo recuerda por los gatos que se le acercaban y a los que ahora él acompañará eternamente. Mara deja de leer en algún momento la fecha de nacimiento y defunción, la frase emotiva que acompaña al nombre y los apellidos, como una segunda lápida.

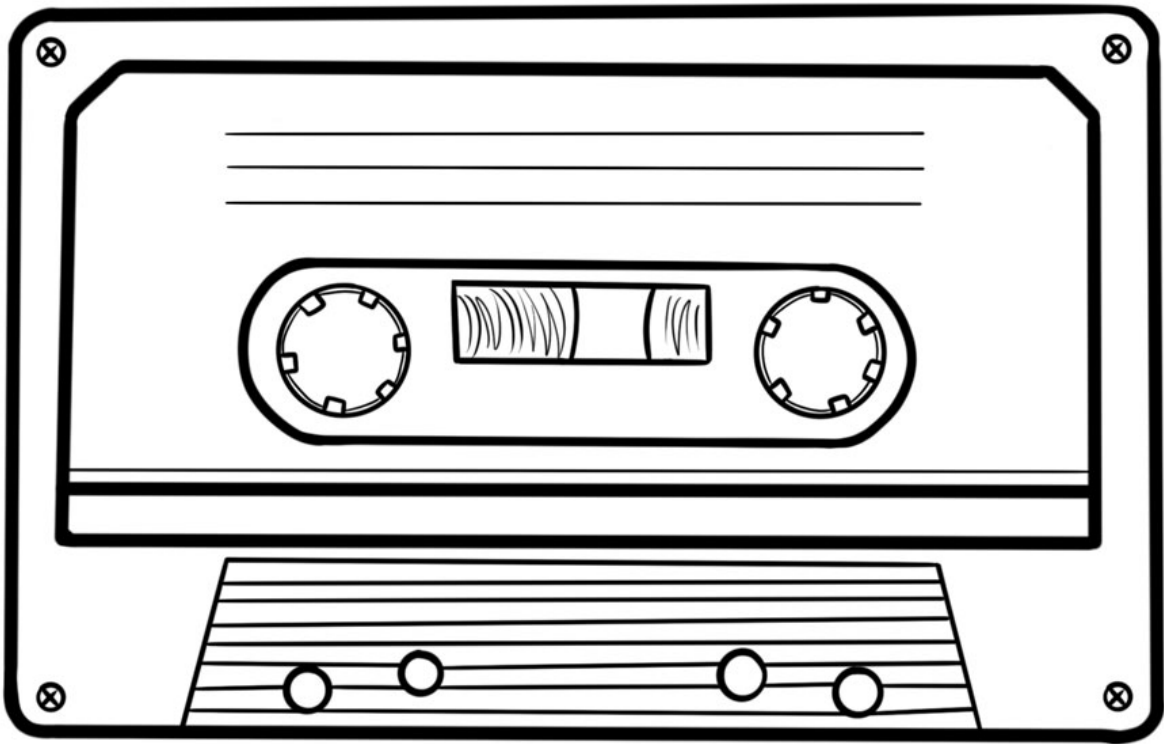
Florence no se acerca a ella. Tal vez sea mejor así, porque a Mara le pican la piel y los sueños. Esos en los que aprecia el mundo a través de los ojos de Andre y se apropia de recuerdos que luego cree inventados. Pero los sueños deben partir de algún punto real, al igual que las pesadillas.

Y esta empezó hace año y medio.

—Aquella noche de San Juan, después de que te marcharas a Londres, Andre y Nina tuvieron un accidente con el coche. Nina estuvo grave y perdió una pierna, pero se recuperó. Andre... Andre no.

Por fin alguien tiene la decencia de presentarme como la muerte manda. Soy Andrés Rojas, Andre para los amigos. Encantado.

OceanofPDF.com



18.01

Beck se ha desmembrado sobre la cama. Figuradamente hablando, claro, aunque siente que se desangra al enfrentarse a los objetos colocados encima. *Sin segundos*, la novela con la que ganó aquel premio nacional juvenil a los dieciséis años, parece hundirse en la colcha con el profundo peso de todas las palabras que ha sido incapaz de escribir desde el funeral de Andre. El jersey azul que Mara le tejó con trece es una maraña de lana más parecida al ovillo del que nació. El papelito en el que pone «Loser» ha cambiado de dueña, ya no es Mara, es ella. Hay unos cuantos objetos más que considera de valor, pese a que es uno hiriente porque el valor de algo también puede ser penetrante y desagradable.

A Roy le hace falta una Marie Kondo versión psicología.

El móvil le vibra en el bolsillo trasero de los vaqueros. Ver que es un mensaje de Eva le devuelve la esperanza de no tener que comportarse como una persona adulta otra vez. Discutir del pasado con un puñado de objetos tampoco duele tanto, pues no pueden responder. En cambio, las personas sí. Pero su amigo no le ha escrito para acudir juntos a casa de Nina Wu.

Eva

Tengo examen en una hora, te lo dije

11:00h

Beck

Pues te espero. Los exámenes no duran tanto

11:00h

Eva

Claro, como tú eres una experta en ellos 😏

11:01h

Beck

¿Por qué siempre tienes que ser así de memo?

11:01h

Eva

Siempre no, solo hasta las cinco de la tarde y son las once, así que me quedan siete horas de jornada laboral. Venga, si te portas bien, después del examen te acompaño en vez de tirarme a Sergi

11:02h

Beck

Que te den 🖐️

11:02h

Eso pretende el chaval 🐾

11:02h

Beck

...

11:03h

Eva

Espero que Nina no te muerda el culo. O sí, no sé, yo espero que Sergi me lo...

11:04h

Beck sale de WhatsApp sin terminar de leer el mensaje y se pasa una mano por los rizos turquesa. Por mucho que ha querido obviar los folios que Mara no paró de colgar en las farolas y paredes del pueblo, reponiendo aquellos que los vecinos quitaron definitivamente hace unos días, no lo ha conseguido. Sus canciones han anidado en su cabeza como una lista de reproducción en bucle. Escueta pero certera.

La primera vez que Beck y Mara cruzaron palabra iban a tercero de primaria y fue en el salón de Ángela Miralles. Como especies darwinianas separadas por A y B, ni siquiera se conocían por el nombre, sino por llevarse bien con la compañera que las había invitado a hacer los deberes en

su casa. Pero acabaron empachadas durante la merienda y, por la noche, se llamaron para confesarse que habían vomitado los dos paquetes de Tosta Rica, riéndose y dejando de lado los ejercicios de matemáticas.

Nostálgica, Beck coge el jersey azul. Desde luego que es mentira que el regreso de Mara no le importa. Se lo dijo a Eva porque juntos se convierten en dos estúpidos gallos de corral. Pero a Sandra, su psicóloga, le contó entre lágrimas que todavía no había ido a su casa pues la ansiedad despierta en ella un tipo de persona que no es. La desdobra hasta que su otro yo solo está lleno de rabia y de más emociones que no logra definir.

Y pensar en Mara, en su inesperada marcha aquella noche de San Juan y en todo lo que ocurrió después le da demasiado poder al pánico.

—¡Beck!

Julia, con la tez blanca un poco acalorada y vistiendo un chándal, abre la puerta y se encuentra a su hija abrazada al jersey, estrecho y deshilachado. Enseguida Beck tira la prenda encima de la cama, como si no hubiese situación más bochornosa.

—¿Ya no se estila llamar antes de entrar?

—El tono, Rebeca. —La mujer se cruza de brazos—. ¿Es el jersey que te hizo Mara?

—Entre otras cosas inútiles, sí.

—Nada de lo que hay ahí es inútil. Sobre todo, si lo dices por tu novela.

—¿Qué pasa, mamá? —Beck es pésima desviando balas, por eso su madre no desiste y gana el duelo.

—¿Vas a verla?

—Quizá. En algún momento. Ahora iré a casa de Nina.

—Uy, pues me acabo de encontrar con su madre mientras volvía de andar. Me ha dicho que Nina se iba a Valencia...

—¡Mierda!

—¡Esa boquita!

Beck vuela por el dormitorio para hacerse con su chaqueta bomber azul oscuro y el papelito de «Loser» casi en un mismo movimiento. Le da un beso a Julia, que le ordena —una orden en toda regla e indiscutible— que aproveche para pasear a Cerebro.

El perro la espera en la planta inferior con una sonrisa bobalicona, consciente de su suerte, y Beck no se detiene a colocarle la correa, solo la coge, al igual que a Cerebro, que se escurre un poco entre sus brazos cuando salen.

El frío se escarcha en su garganta con cada inspiración, pero Beck mantiene el ritmo, aunque su carlino parece pesar, de pronto, una tonelada. No acude directamente a casa de Nina, sino a la entrada del garaje en el que siempre aparca su coche adaptado. Necesita saber urgentemente si su amiga... si su antigua amiga también ha cogido su canción.

De haber corrido así en Educación Física, se habría ahorrado la mitad de los suspensos.

Una última rampa acelera sus zancadas y Beck debe frenar de golpe cuando se encuentra cara a cara con Nina y Zan, tal vez más sorprendida por verlo a él pese a que es lógico que estén juntos: son primos hermanos. Entonces tropieza y cae de espaldas contra el suelo, el perro sobre el regazo. Por supuesto, no es un buen final sin espectáculo, algo que Cerebro sabe y por eso empieza a mear, un chorrito arqueado que provoca que Beck abra más las piernas y los otros dos se aparten.

—¡Cerebro, otra vez no!

—¿Otra vez? —Zan alza una ceja y su comisura hincó una sutil sonrisa en su mejilla.

Porque Zan siempre ha sido de gestos escuetos, el aleteo de una mariposa que, sin embargo, desata sensaciones impredecibles en Beck. La teoría del

caos explicada en una sonrisa/reacción, pues ninguno ha considerado jamás que su relación sea algo pronosticable.

Aun así, ella no llega a interpretar si está ante el Zan de las sonrisas breves o ante el Zan que todavía no ha descifrado cómo lidiar con la muerte de su madre y el duelo le desordena las expresiones. Igual que a Eva durante el funeral de Andre, cuando se le escapó una risa que pretendía ser llanto. Quizá ese es el gaje del oficio como seres humanos: se nos confunden los gestos al sentir demasiado.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Nina, con tono grave, aunque al menos ha tenido la paciencia de esperar a que Cerebro terminase.

Beck se incorpora entre maniobras para no caer de nuevo, esta vez sobre el orín, y preparar su respuesta, también su valentía. Pues, del mismo modo que con Zan, hace tiempo que no habla con Nina.

—Tenemos prisa.

—Espera. —La voz de Beck termina en un gruñido porque Cerebro se resiste a que le ponga la correa—. Por favor.

—Prima —intercede Zan—, escúchala.

Su rechazo es comprensible. Después del accidente en el que Andre falleció y Nina perdió la pierna derecha, aquella fatídica noche de San Juan cuando todo cambió, Nina fue apartándose y, aunque Beck intentó permanecer a su lado, el silencio y la soledad también fueron aislándola hasta que se limitaron a existir por separado.

Qué ganas de darles una paliza y luego abrazarlas.

—Esto... Esto. —Beck extiende un brazo. «Loser» se ha convertido en una arruga de tinta y pasado sobre su mano—. ¿Has cogido tu canción?

Ahí está, ese ambiente irrespirable que a Nina siempre se le ha dado bien crear para protegerse de los demás y, en ocasiones, a los demás de sí misma. En parte una granada que lanza hacia sus enemigos. En parte una granada

que cubre con su cuerpo, porque el daño ajeno le ha enseñado cómo provocarlo también. La presión se diluye cuando la chica vacila con un gesto: intenta recogerse un mechón tras la oreja, pero no lo logra, pues los más largos solo le llegan hasta los pómulos.

—Es de Mara —aclarar Beck—. Mara ha vuelto.

—Lo sé, pero decidió hacer borrón y cuenta nueva después de marcharse. —Nina se cruza de brazos y aprieta, no para protegerse esta vez, sino para retener la misma sensación que embarga a Beck: reconocer que la vuelta de Mara significa mucho para ellas supondría exculpar sin más demasiados errores—. Además, nosotras ya no somos amigas. No nos debemos nada.

Esa última granada deja intacta la piel. Por eso es más doloroso cuando Beck implosiona y se rompe hacia dentro, aplastada por la fuerza de esas palabras que no han temblado en los labios de Nina, quien se despide secamente y entra en el garaje.

Entonces, sin poder evitarlo, Beck busca la mirada de Zan, ávido el hormigueo de extender los dedos y al fin cogerlo de la manga para asegurar el sentido de la gravedad.

—No se lo tengas en cuenta —murmura él, que no la toca, pero sí recorta un paso que lo obliga a agachar la cabeza para contemplarla bien—. Está nerviosa porque este domingo va a participar en una exhibición de gimnasia rítmica sin la prótesis. En el polideportivo, a las doce.

—¿Me lo dices para que vaya? —Otro aleteo de mariposa en el estómago. Beck se inclina para estar más cerca de él y Zan inspira muy hondo—. Si Nina me ve allí, entonces seguro que me morderá el culo.

—Has hablado con Eva.

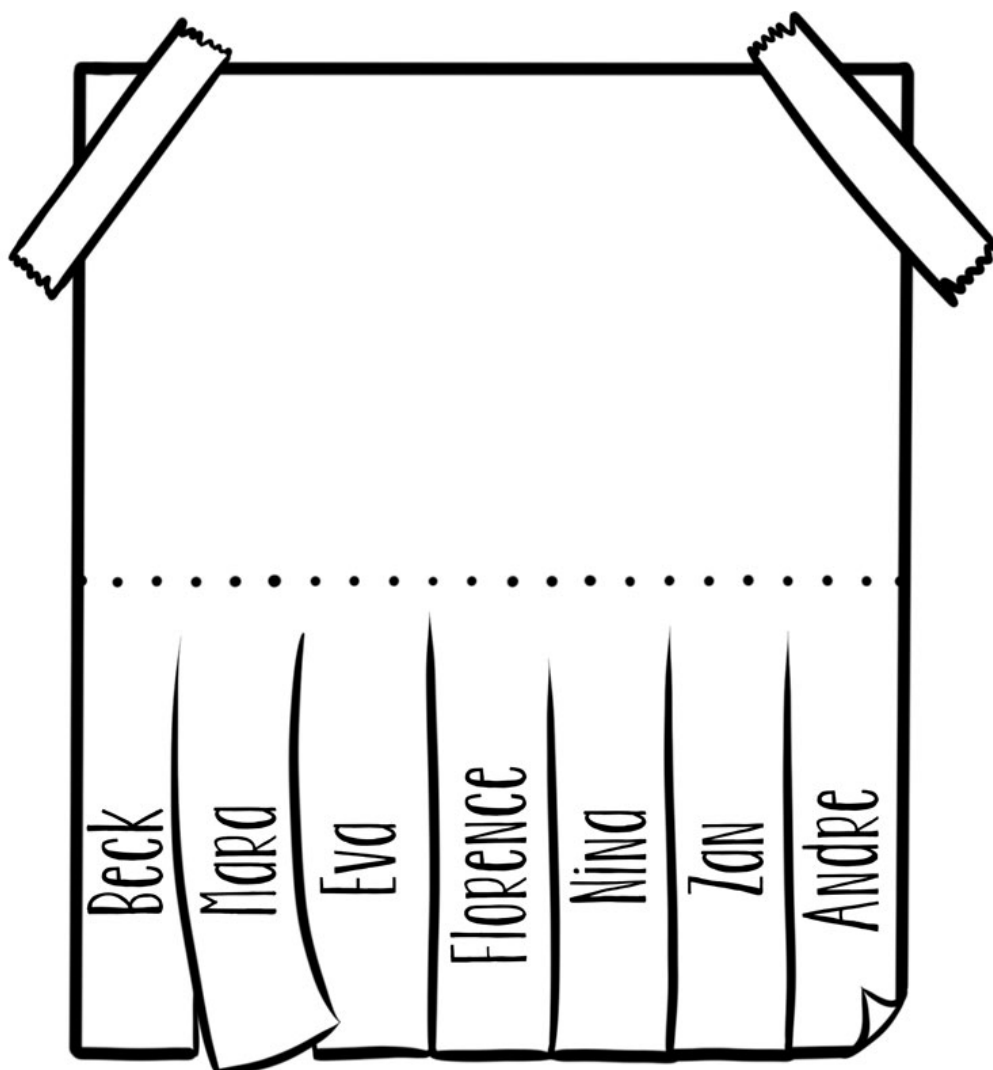
—Somos amigos, ¿no?

Beck se lleva las manos a la espalda para enredarlas con la correa, insegura por haber soltado una insinuación tan evidente con respecto a Zan

y no Eva. Y ese es el espíritu de la auténtica amistad: a pesar de que cada uno sobrevive a su particular fin del mundo, un día basta para transformar tantos meses separados en segundos. Por eso Zan sonríe de nuevo, breve y sin luto al decir:

—Nina cogió su canción. Nos vemos el domingo, Beck.

OceanofPDF.com



20.01

Andre dándole de comer a una cabra en una excursión del colegio. Andre soplando las velas del decimoquinto cumpleaños de Eva. Andre abrazando a Mara y a Nina en la playa. Andre sentado en el borde de una rampa con el *skate* sobre los muslos y las rodilleras arañadas.

Mara quiere pensar que no necesita las fotografías del álbum o del móvil para evocar a su amigo, pero lo cierto es que le cuesta reproducir todas las

formas que tenía de reír. O el tono exacto de sus ojos verdes, a veces los iris de un mortal, a veces los iris de un extraterrestre que no quiere pasar desapercibido. O esos silencios que llenaban partituras y por los que el universo callaba para escucharlo callar también.

¿Nadie le ha contado que es malísimo revivir los asuntos de los muertos? O, bueno, casi muertos. Todavía no tengo claro si Iker Jiménez me catalogaría como un fantasma.

En medio de la casa de muñecas en que se ha convertido su habitación, Mara intenta retener las lágrimas, sentada en el suelo. Alza los ojos azules hacia el maniquí polvoriento, en cuyo cuello cuelgan sus desgastadas puntas de *ballet*. Luego los desvía hacia la estantería en la que se mezclan libros y películas sin un orden exacto. Entonces apoya la cabeza en la cama y las estrellas fluorescentes, que una vez pegó en el techo a hombros de su padre, amenazan con dejarla sin respiración en quince segundos, como si se hubiera expuesto directamente al espacio exterior.

No se enorgullece de lo mal que le habló a Lupe cuando se enteró de que Andre había fallecido y Nina había perdido la pierna derecha. Fue injusta, pero el dolor vuelve irracional a cualquiera.

—¿¡Por qué no me dijiste nada sobre el accidente de Andre y Nina!? —le gritó Mara al regresar a casa. Ni siquiera Florence pudo detenerla.

—Cielo, me pediste por activa y por pasiva que no te contara nada sobre nadie.

—¡Que Andre murió, Lupe! ¡Que Nina iba para gimnasta olímpica y... y...! ¡Eso no se hace! —sollozó en alto, haciendo tantos aspavientos que le dio un calambre.

—Estabas muy afectada y acababas de llegar a Londres. No supe cómo actuar. Mara, pensaba que nunca volverías. Lo aseguraste tantas veces que...

—¡Ya ves para qué ha servido ahorrármelo! ¡Estoy aquí, y Andre no, y Nina...! Me siento culpable. Es mi culpa.

Y lloró hasta quedarse afónica. No dejó que Lupe la consolara hasta tres días después, cuando comprendió que obró como mejor pudo, metida en una situación complicada que ni le iba ni le venía. Le pidió perdón, Lupe también porque es una bellísima persona, y después permitieron que los días fueran deshaciendo la incomodidad. Cafés recién hechos en la cocina, maratón de películas, varios cotilleos vecinales...

El timbre rompe la quietud tensa que Mara ha preservado desde que ha entrado en su casa. Nadie resucita para castigarla, recluirla en su dormitorio o arrastrarla de vuelta a esa vida de la que logró escapar. Una telaraña que sus padres tejieron con maestría para que nunca olvidara de dónde proviene.

Mara se estira la falda plisada, se recoloca las gafas redondas y se arregla unos mechones mirándose en la nada, porque sus padres ni siquiera dejaron los espejos. Se pregunta por enésima vez, antes de abrir la puerta, qué pretendían al desocupar todo el interior a excepción de su habitación. ¿Sabían que volvería o es que no soportaron tocar sus cosas?

—¿Ensaimadas? —Es el saludo de Florence, quien le ofrece coger una de las cuatro que hay dentro de la bolsa de papel. Tiene la piel oscura de una mejilla manchada de azúcar glas.

—No, gracias. Ya he desayunado.

—Pero son las once de un domingo, ¿no almuerzas?

—Has llegado veinte minutos antes. Si me hubieras avisado...

—No te preocupes. Lupe me ha dicho que estabas recogiendo unas cosas en tu cuarto. ¿Necesitas ayuda?

No le sorprende descubrir que Florence sigue siendo tan enérgica como siempre, un torbellino que jamás se detiene. Mara la creía una flor de verano, porque en el resto de estaciones era imposible estar junto a ella sin

que desapareciera de repente. Un año más mayor, iba a otra escuela, a la bilingüe, con su uniforme pijo y un cigarro entre los dedos. Más nocturna que diurna, rebelde en cada aspecto. No parecía importarle nada. Quizá ese es el beneficio de pertenecer a una familia adinerada, o quizá es que Florence quería exprimir la vida y había poco espacio para los demás. Era fácil verla haciendo mil cosas, pero no contenerla más de unos segundos. El verano era lo único que conseguía frenarla, sin clases ni la monotonía impuesta. Y entonces Mara podía contemplarla más de cerca, pues la mayoría de veces quedaba con su grupo, o acudían a las mismas fiestas, o se tumbaba a su lado en la arena después de nadar o surfear. Fuese como fuese, en todas esas ocasiones, Florence la buscaba.

Sin embargo, ahora es invierno, y Florence permanece, y Mara es incapaz de pensar que no se esfumará sin previo aviso.

—¿Vamos? —responde Mara, emprendiendo la marcha y haciendo que la chica entrecierre los ojos, reticente, antes de asentir y seguirla.

De ninguna manera va a hablarle de Andre, de las fotografías que ha repasado como si la vida fuera un examen y ella no parara de suspenderlo. La verdad es que, si habla de él, llorará como ya lo hizo frente a la placa conmemorativa. Se ha librado por esta vez, es consciente; los torbellinos siempre vuelven a por más.

—Muy moderno eso de llevarme al polideportivo del pueblo en una primera cita.

—¿Cita?

—¿He dicho cita?

—Florence —ríe Mara. Siempre ha sido así de descarada con todo el mundo, por eso encajaba tan bien con Eva y, a veces, con el Zan más atrevido—. Si vamos a la exhibición de Nina, no me quedará más remedio que hablar las cosas cara a cara.

—¿Por eso has vuelto?

—¿Y tú qué?

Se detienen un instante, compartiendo el mismo gesto, las cejas en alto y una sonrisa audaz. Ninguna desciende la mirada, una sensación de ingravidez que persiste tentadora antes de convertirse en un vértigo incontrolado. Aunque Mara nunca se acostumbró al que le provocaba la presencia de Florence, cada vez que se quedaban a solas le era fácil adaptarse a su humor, a su manera aguerrida de vivir, con el espíritu desnudo y sin importarle que las equivocaciones duelan.

Florence todavía tiene la mejilla manchada de azúcar y Mara se pone de puntillas, alzando los dedos con intención de limpiarla. Entonces se contiene a centímetros y retrocede enseguida al notar que, tras el vértigo, vibra un magnetismo capaz de atraerlas sin remedio. Y Mara no quiere orbitarla con temor, sino adentrarse en ella. Tocarla en vez de imaginarse si se le erizará la piel cuando la acaricie lentamente. Con las manos y la boca.

—¿Tengo algo en la cara? —murmura Florence, casi rozando un ronroneo, pues está volviendo a jugar.

—En la mejilla. Azúcar glas —señala Mara, y la chica se pasa una mano por la contraria—. La otra. —Se toca el pómulo—. ¿Lo haces a propósito?

—¿Y tú? —Florence sonríe sin enseñar los dientes, cierra los ojos y se inclina hacia delante para que la alcance sin ponerse de puntillas. Aun así, Mara contiene el aliento, acalorada, y le pasa la manga de su grueso jersey por la cara—. Qué delicadeza. —Abre un ojo y se le escapa una carcajada que se intensifica ante el notable rubor de Mara.

Te entiendo, tía. Los mejores genes franceses e italianos se concentraron en Florence y esa es una combinación letal.

—Cinco minutos para llegar al polideportivo. Prometí ponerte al tanto cuando quedáramos y lo pienso cumplir —dice Florence, intentando diluir

cualquier asomo de nerviosismo y retomando el camino hacia el paseo marítimo.

—Al final te fuiste a Estados Unidos, ¿verdad? No puse una canción para ti en los folios porque pensaba que no estabas.

—¿Tengo una canción? Me gustaría saber cuál es. —Mara enrojece un poco más y Florence suspira para darle una tregua—. Sin rodeos, muy bien. —Se recoge la larga y ondulada melena en una coleta alta, como si se preparara para competir—. A Nueva York. Me marché de Aconte una semana después que tú.

—¿Y qué has estado haciendo allí?

—Ya sabes que mi padre es productor y que a mí me encanta la música. Suma dos más dos.

—No te creo. —Mara, incapaz de contener su admiración, acelera un poco para poder adelantarla y mirarla a los ojos—: ¿Quieres grabar un disco? ¿Voy a tener una amiga famosa?

Al instante, cierra la boca, dándose cuenta de que se ha referido a una amistad que jamás han verbalizado, aunque entre ambas siempre haya existido una conexión que, como mínimo, podría calificarse así.

—¿Estás bien?

—Te he llamado amiga.

—Somos amigas.

—¿Sí?

—Por Dios, Mara. —Esta vez Florence debe detenerse para reírse a gusto, con las manos apoyadas en las rodillas ocultas tras el largo vestido de flores que tanto contrasta con su cazadora negra y las botas militares.

—¡No te rías! Siempre has ido a tu rollo y... y... ¡No sé!

Mara va a explotar a lo grande y a ver quién friega después.

Florence finge que se seca unas lágrimas mientras se calma. El viento costero le revuelve algunos mechones, pero no parpadea, y Mara no cree que vaya a lograr sostenerle la mirada como antes, porque está seria de un modo insólito y le urge descubrir si hay más expresiones en ella que desconoce.

—Siempre hemos estado la una para la otra cuando lo hemos necesitado, ¿no? O hemos querido.

—Ha sonado raro, lo siento. —Mara se pega el puente de las gafas al tabique y se cruza de brazos—. Ya sabes cómo era mi grupo... *Nuestro*, cuando venías. Si es que podíamos llamarnos así. Míranos, cada uno por su lado. Y hay cosas que no puedo deshacer.

Está refiriéndose a mí, la muy idiota.

—Ni tú ni nadie. —Florence se acerca y se atreve a hacer contacto, poniéndole las manos sobre los hombros con la bolsa de ensaimadas de por medio—. Y ahora vamos a recuperar a Nina Wu.

—Parece una misión —ríe la parte más peliculera de Mara.

—¿Parece? Qué insulto.

Si os gustáis, pos liaros.

Se dirigen hacia el final del paseo, adentrándose en la Otra Parte, donde construyeron el polideportivo que tantos vecinos reclamaron pese a ser un pueblo pequeño.

—¿Y grabaste el disco?

—He vuelto para... grabarlo aquí. Jim, un amigo mío que también es productor, se ha venido para ayudarme —suspira.

—¿No estás contenta?

—¿Qué? —Por un momento las pupilas de Florence han devorado sus iris y todo se ha tornado demasiado oscuro para leerla—. Sí, sí. Mi padre está de acuerdo, Jim es otra historia. —Da una palmada que la sobresalta y

extiende los brazos—. ¡Fin de la cháchara! ¡Hemos llegado! ¿Preparada para afrontar tu destino?

Desde luego que no. Mara ha estado tan centrada en descifrar la verdad tras las palabras a medias de Florence que la entrada del polideportivo parece haber emergido de la nada. Ha estado mentalizándose desde que decidió acudir a la exhibición de Nina, pero ahora lo siente demasiado inminente.

—No tienes que hablarle enseguida. Vemos su actuación y luego la abordamos.

—Tengo ganas de vomitar.

—Pues suerte que no has comido ninguna ensaimada. Venga.

Florence le borra las dudas de un plumazo o, al menos, las entierra entre sus manos cuando la coge. Mara entreabre los labios al contemplar sus dedos unidos y se deja arrastrar al interior.

Las voces se mezclan hasta alcanzar el techo curvo. Directamente se sientan en las gradas, cerca de unos adultos que hablan sobre el equipo de gimnastas con discapacidad intelectual que está intentando clasificarse para el campeonato estatal.

—Nina ya no puede competir profesionalmente en gimnasia rítmica, pero ha estado impartiendo algunas charlas y participando en exhibiciones como esta para fomentar la diversidad en el deporte.

—Su sueño siempre ha sido ir a unos Juegos Olímpicos —murmura Mara, porque el eco allí podría ser un altavoz y porque en su pecho ya grita toda la culpa que retiene con un esfuerzo titánico.

—Después de rehabilitarse, su entrenadora consiguió que lo retomara para seguir ejercitándose y que no perdiera esa parte de ella. Lo que no sé es si Nina quiere profesionalizarse en otro deporte.

—¿Cómo te has enterado de todo eso si has estado fuera tanto tiempo?

—Preguntando —dice Florence sin más—. Perdón, he sido muy brusca. No pretendía dar a entender que no te has interesado...

—Tranquila. Tienes razón. No me he interesado.

Aunque Mara sí lo deseaba, también recabar el valor para no convertir todo Aconte en un villano. Habría sido tan sencillo como preguntarle a Lupe por sus amigos y mantener en un bote salvavidas a quienes jamás fueron un error. No lo logró, con el veneno de sus padres siempre inyectado, y ahora debe atenerse a las consecuencias.

Faltan diez minutos para que comience la exhibición y solo Florence sonríe con amplitud cuando Beck, Eva y Zan aparecen en dirección a las gradas contrarias.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Ni se te ocurra —masculla Mara con una mirada suplicante.

—Es ideal.

—Es una pesadilla. Todos a la vez... es demasiado. No hagas nada, por favor.

—Seré creativa. —Florence se incorpora, rodea su boca con las manos y grita—: ¡Ey, aquí!

—¡Florence!

—Estaba siendo sarcástica.

—Te odio.

—Me adoras.

Lo peor es que es verdad.

Y también que todas las miradas colisionan, como si unas hubieran peleado por acercarse y otras por alejarse. Mara ni siquiera puede alternarla entre ellos, centrada completamente en Beck, quien vuelve a la normalidad cuando balbucea algo que solo los chicos escuchan.

No, lo peor no es que Mara adore a Florence, ni que se observen como animalillos expuestos a las luces de un coche en medio de la carretera. Lo peor es que Beck aprieta la mandíbula y continúa su camino hacia las otras gradas. Zan levanta una mano a modo de saludo, mientras Eva les aclara que se reunirán después haciendo círculos con los índices.

—Qué desastre. —Mara se quita las gafas y hunde el rostro en sus manos.

Florence dice algo, pero Mara ha retrocedido un minuto en el tiempo para evocar a cámara lenta la mueca de Beck, la forma en que le ha dado la espalda. Siempre ha tenido miedo de que acabaran viéndola como ella se ve a sí misma, como sus padres consiguieron que se viera. Quizá es cierto que nunca nadie la querrá.

Entonces, sin preámbulos, suena *Feeling Good*. No es la versión de Nina Simone, sino la de Muse, aunque Mara levanta la cabeza, poniéndose las gafas torpemente, y se vacía de golpe al ver a Nina en medio del tapiz con el que han cubierto parte de la cancha de baloncesto. Se ha engominado el pelo corto hacia atrás y viste un maillot púrpura con diminutas lentejuelas bordeando algunas transparencias. En su brazo ha enroscado una cinta amarilla que libera en bucles frenéticos cuando suenan las primeras notas del piano.

Repta por el suelo, se sostiene sobre una pierna y eleva el muñón hacia el techo. La cinta vuela, regresa a su mano como si fuera un imán y cada movimiento va tomando impulso hasta que estallan con la música. Nina se mueve diferente, pero con esa determinación tan propia que se expande como una onda y resuena en el pecho de Mara, quien se va encorvando durante la actuación, hipnotizada.

El planeta se encoge hasta caber en el universo de Nina, apoteósico e inabarcable. Su cuerpo vuelve a moverse armónicamente, como si se

acomodara al vaivén de unas olas. Después de lanzar la cinta, se encoge en el centro del tapiz y estira el brazo con la seguridad de que regresará a sus dedos. La cinta culebrea al ritmo de los últimos compases, la recupera en el segundo justo para describir un círculo a su alrededor y cierra su actuación.

El final de la canción aún reverbera en el polideportivo, pero Mara reacciona al impulso que ha estado vibrando en sus fibras de bailarina, las que todavía la unen a su antigua amiga, y se incorpora con unos aplausos prematuros. El graderío la observa enseguida, al igual que Nina tras alzar la cabeza de sopetón.

El contacto dura lo poco que tarda el público en continuar con los aplausos y los vítores. Sin embargo, Mara descubre que, de momento, le basta con que Nina no le haya apartado la mirada como ha hecho Beck.

—Florence, vamos.

—¿Cómo? No, no. Esperaremos. No te escaquearás de esta.

—No voy a escaquearme, pero hoy no es el día.

Sin más insistencias, bajan las gradas y salen al exterior.

—Además, te debo una cita de verdad.

—Interesante. —Pero Florence añade, más firme—: En serio, ¿qué me he perdido?

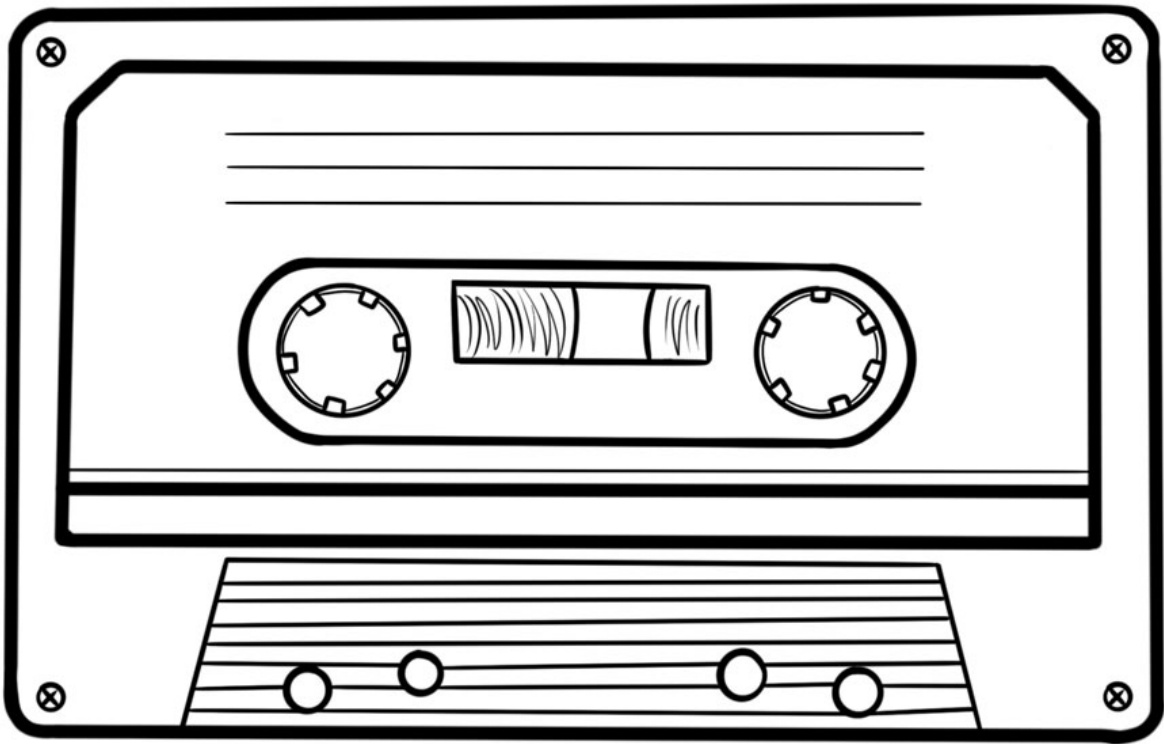
—Nada y todo. —Mara se encoge de hombros con una sonrisa tranquila y Florence, un torbellino que había prometido no dejarlo pasar otra vez, lo deja pasar, porque ahora sí se cree esa calma que, de alguna manera, también la fascina.

—¿Puedo sumarme? Estoy en modo Celestina.

Ambas se giran. Eva está encendiéndose un cigarro en el que ha escrito: «Por todos mis compañeros». Luego intercambian varias miradas que utilizan el mismo idioma antes de reencontrarse en un abrazo.

Todos siguen ahí, bajo la piel y cientos de vendas. Al averiguarlo, Mara se ha quitado la primera y ahora ve más. No pudo estar en Aconte y huyó, pero ha sabido regresar. Y, si ha sabido, es porque nunca se fue.

OceanofPDF.com



25.01

Desde hace año y medio, Beck solo existe para un número de personas muy reducido. Su familia, Eva y un puñado de criaturas más en las que debe incluir a Cerebro y Nyapoleón, porque, si no añadiera a los animales, ni siquiera le harían falta las dos manos para contar quiénes saben que sigue viva. Sin embargo, la exhibición de gimnasia rítmica cambió drásticamente el curso de su capacidad para ser invisible.

Ahora es real para unos cuantos más, aunque no unos cualesquiera.

Beck le había prometido a su madre que dedicaría el viernes a buscar los programas académicos que más le llamaran la atención, pero lleva dos horas metida en Instagram, eso sí, sin reabrirse su cuenta. Se ha paseado por el perfil de Eva, una cuadrícula de negros y grises en la que destaca

Nyapoleón, superficies rayadas con su bolígrafo inextinguible y algunos instantes borrosos por su falta de pulso. Un claro antagonista del *feed* de Florence: Nueva York desde todos los ángulos, ella desde todos los ángulos en Nueva York o conduciendo el Hummer que sus padres le regalaron a los dieciocho. También tiene publicados muchos vídeos cantando en estudios de grabación, azoteas y pisos sacados de un catálogo. Nina tiene fotografías de fotografías y algunas escaneadas porque, cuando su madre le enseñó a utilizar una cámara analógica, lo digital dejó de tener sentido para ella. Por desgracia, se le ocurre echar un vistazo a la cuenta de Ángela, pero hacerlo le recuerda su desprecio y el de sus amigas, una de las grandes razones por las que se quitó las redes sociales, así que termina en la de Zan. Desactualizada, fotografías dispersas en el tiempo de alguien a quien no le interesa tanta exposición. Aun así, Beck se detiene en algunas, ampliándolas y concentrándose en los detalles que siempre le han atraído de él, con las pulsaciones agitadas amenazando con dispararle al pecho.

Suena una alarma. 16:50h. El perfil de Mara sigue en privado, así que deja de lado su improductiva investigación, se calza las Vans azules y baja por las escaleras al son de los ladridos de Cerebro. Diego acaba de llegar a casa, sudado y con el raquetero a la espalda.

—¿Cómo ha ido el entreno?

Diego asiente con insistencia mientras bebe directamente de la botella de agua.

—Asqueroso —añade Beck.

—¿Adónde vas?

—A casa de Eva.

—¿Vais a hablar sobre Zan? —Él mueve las cejas una y otra vez—. Shui —hermana mediana de Nina, prima de Zan y amiga de Diego— me dijo en

clase que el domingo pasado fuisteis juntitos al polideportivo. Por fin has pasado página, Ángela me cae fatal. Y sus amigas, pfff, ni te cuento...

—Sois unos cotillas.

—Como no tienes redes.

—Y unos adictos.

Punto para Roy. La primogénita, claro.

—Hazme un favor —dice Beck, que se dirige de espaldas hacia la puerta con una sonrisilla—, no opinéis de las relaciones ajenas si lo que ocurre es que estáis ansiosos por enrollaros de una santa vez.

—¿Enrollarnos? ¿Quiénes? ¿Shui y yo? —responde Diego con un gallo, la tez oscura enrojecida por un motivo distinto al entrenamiento.

—Me refería a Cerebro y a ti. ¡Adiós!

Punto, set y partido.

La puerta cerrada, una frontera entre quien es dentro de casa y fuera de ella, vuelve a salvarla. No es cierto que haya pasado página, eso significaría que hay nuevas más adelante y la de Ángela todavía tiene los bordes afilados. No debió declararse por segunda vez en Nochevieja y comprobar que es cierto que la chica y sus amigas —Carmen e Irene— pueden ser más crueles en persona que en redes. Al menos a Beck le sirvió para darse cuenta de que Ángela tampoco le gustaba tanto y solo se había aferrado a aquello que consideraba seguro porque lo conocía.

A sus amigos también los conoce... Más bien los recuerda, por eso renquea en un despenadero cuyo final promete lo inexplorado. Ni pistas ni garantías. Porque durante la exhibición le dio la espalda a Mara, y no saludó a Florence, y solo le pidió a Nina una conversación, y se quedó en silencio junto a Zan hasta que se separaron después de que Eva se marchara. Caída libre y sin frenos, un desastre de sesos y emociones.

—Hola.

El pie de Beck se queda a un peldaño de entrar en el porche de la casa de Eva. Ha reconocido la voz, aun así, se gira hacia el inicio de las escaleras, pues le descuadra su presencia allí en un viernes por la tarde de un año sin más. Pero Zan Wu no es como los nombres etéreos de los que a veces puede deshacerse cerrando los ojos, o centrándose en lo que importa y no en lo que asfixia. Él no se esculpe en el aire, es tangible y está en Aconte definitivamente.

—Hola. No sabía que vendrías.

—Eva no te lo ha contado. —Zan sube un escalón.

—¿El qué?

—Habéis quedado para hablar con mi prima, ¿no? —Dos más arriba.

—Una respuesta que no responde. Prueba otra vez. —Ella no se mueve, es la mejor contención para que su desbocado corazón no se le salga como carne picada por cada poro.

—Ahí dentro te espera una sorpresa. —Zan se mete las manos en los bolsillos de los pantalones ceñidos mientras recorta el cuarto escalón, a uno de alcanzarla.

A Beck le resulta increíble que Zan siga despertando algo tan físico en ella. Algo que zanjaría bajando ese mísero escalón y pulverizando el último año y medio con todos los besos que una vez sintieron deberse. Lo desea, pero despedaza sus ganas y masculla:

—Las odio.

—Lo sé.

En el mismo peldaño, al fin, comparten aliento. Aunque, si respiraran a la vez la misma porción de ínfimo oxígeno que queda entre ambos, entonces uno se ahogaría. Sin embargo, son la excepción que confirma la regla: sobreviven en la corta distancia. El pecho de Zan asciende y desciende con la respiración cohibida para no rozar el de la chica, un poco encorvado para

mirarla bien. Así Beck, con la barbilla levantada, puede advertir a la perfección cómo hace una inapreciable tentativa de morderse el labio inferior. A ese paso acabará destrozándole los nervios.

—Pues has sido muy puntual —dice Beck subiendo del todo para que Zan, por una vez en su vida, sea el que deba alzar la cabeza hacia ella.

—Qué va. —Y él lo hace, casi con placer, con el flequillo sobre los ojos en un vano intento por ocultar las cejas arqueadas, su breve sonrisa a la intemperie. Luego la persigue en esa extraña carrera, donde se premian los movimientos más lentos—. Llegamos tarde —murmura, un tono profundo que se cuela tortuosamente entre los labios de Beck—, somos los últimos.

—¿Por qué hablas *tan* en plural?

Zan se encoge de hombros, dilatando esa sonrisa que ya debería haberse apagado, y camina hacia la puerta, aunque Beck se adelanta y llama al timbre antes de poner los brazos en jarras. Que Eva abra y se apoye en la jamba con aires de insolencia solo la tensa más.

—Eres un mentiroso.

—Ese era el plan.

—Una estupidez de plan.

—No será tan estúpido si has caído. Bienvenida a tu *interbeckción*, Rebeca.

—Un día de estos te mataré.

Y entran, Eva alzando las manos y fingiendo que lo ha ofendido la brusquedad de su amiga, quien se detiene en medio del salón. Desde el sofá, tres cabezas se vuelven: Florence, Mara y Nina. Los nombres en los objetos se hinchan como heridas infectadas, y entonces Beck repara en que ahora le haría falta el aire que, al final, Zan sí le ha robado en las escaleras. No puede hacerlo, no así, menos cuando Mara hace ademán de incorporarse y ser la que dé el primer paso.

Soy el único con tacto en la sala, pero también el único con manos incapaces de mover una servilleta. ¿Dónde están los poderes fantasmagóricos que me prometieron?

—Sé lo que estás pensando.

—No, no lo sabes —le espeta Beck a Eva, deslizando los talones sobre el mármol para encararlo.

Una anomalía es que ambos no se entiendan porque, desde que se conocen, se han movido en la misma dirección incluso cuando tomaban caminos diferentes. Eva repitió segundo de ESO y, hasta entonces, Beck solo sabía que era su vecino, el hijo del dueño del Club Náutico y el mejor amigo de Zan, pues el curso que los había separado, algo peor que A y B, los distanciaba irremediablemente. Sabía quién era, no *quién era*. Por eso, ya en el mismo curso, Beck descubrió que era el tipo de persona que te empuja a ser auténtico y preguntar más tarde por los pormenores. Ni perdón ni permiso ni nada. Fue una simple notita, después de que el chico no resolviera una ecuación en la pizarra, la que originó su amistad: «Y a mí que me caías bien por tu cerebro». Ante lo que Eva creyó un insulto, Beck le señaló la camiseta de zombis que vestía y, al pillar el chiste, encajaron y no hubo retorno.

Por eso es devastador que ahora uno no comprenda a la otra, quien deseaba que ese reencuentro sucediera, aunque no así. El grupo estaba dañado de fábrica. Si no funcionaron juntos al creerse amigos, ¿cómo va a funcionar de repente? ¿Por simple costumbre?

—Ha sido una encerrona —admite Eva.

—Desde luego.

—Sé que molesto. Me iré después de pedirlos perdón —dice Mara—. Fue una mala idea lo de las canciones, ya sabéis cómo soy. Bueno, supongo...

Beck quiere contestarle que pretende mirarla a la cara y no huir, que desea una explicación y también disculparse porque intentó ayudarla y no supo, que no quiere que vuelvan a ser las de antes, sino las del futuro, sin secretos ni desapariciones ni muertes, pero que está muy perdida en ella, aunque exista una salida.

—Está bien —suspira Beck en cambio—. No necesito una disculpa. — Sus ojos hallan un hueco en los de Mara, uno antiguo que se ha mantenido aun abandonado, pues su amistad, pese a todo, es a prueba de tiempo—. Cogí mi canción.

Desvían la mirada, más tímidas que incómodas, pero que Beck deje el pedazo de papel sobre la amplia mesa del salón aligera la gravedad, y los nombres en los objetos se desinflan, y todos se acercan un poco más.

—Ya te lo dije el domingo pasado: me pareció una idea brutal, Mara — interviene Eva poniendo su canción junto a *Loser*.

—Así que desapareciste para irte con ellas —refunfuña Beck.

—Intenté por enésima vez dejaros espacio a Zan y a ti para que os liarais. No hubo suerte.

—Normal, porque Zan y yo hace tiempo que nos liamos.

¿Qué?

Otro «¿qué?» general barre por un instante los meses y meses que los han transformado y separado de una manera que pocos creen reconciliable. La confesión abre más de una boca, porque era de dominio público que ambos se han gustado toda la vida, con más o menos intensidad según las épocas. Todos los de ese descoyuntado grupo han intentado juntarlos en más de una ocasión, como si fueran la personificación del destino y estuvieran indignados por su rebeldía, siempre indecisos y lentos.

—¿Y por qué cojones ninguno me lo ha contado nunca? —Eva mira al resto—. ¿Alguien más lo sabía?

Niegan con los ojos clavados en Beck, la barbilla en alto, y en Zan, completamente sonrojado.

—Os ibais a poner en este plan y...

—¡No te jode, Rebeca! Al menos tendríais que habérmelo contado a mí, soy vuestro mejor amigo. ¿De qué vais?

—¿En serio vamos a discutir por esta tontería? —vuelve a protestar Beck.

Tontería. La chica aprieta los dientes porque besarlo no lo fue, todo lo contrario, pero está segura de que a él se lo pareció y se lo sigue pareciendo. Zan está un poco más serio, aunque la contempla igual que siempre: directo, hasta lo más hondo, casi seguro de que llegará allí sin arrepentirse de lo que averigüe.

Por suerte, Nina y su impaciencia entran en acción. Quizá no al rescate de su primo y su antigua amiga, pero sí de ese sinsentido:

—¿Para qué querías hablar? Que conste: yo también creía que solo seríamos Eva, tú y yo.

—Quería preguntarte —carraspea Beck con un último vistazo a cada uno, más detenida en Mara, que aún la observa tras esas gafas que más de una vez se le rompieron y nunca pudo cambiar— si habías cogido la canción, si pensabas quedar con Mara.

—Sí y no. ¿Hemos acabado?

—Nina.

—Nos separamos y ya está, ¿de acuerdo?

—Eso no es verdad —le reprocha Beck.

—Pero nos separamos y ahora vuelves —Nina se dirige a Mara— y piensas que es sencillo recuperar lo que dejaste atrás. ¡Nada es como antes!

—Me he enterado de lo de Andre y lo tuyo...

—¿Ahora te has enterado? ¿Ni siquiera le preguntaste a Lupe por nosotros? —La rabia rezuma un sonido sordo y Zan da un paso con la intención de tranquilizar a su prima.

—No vamos a hablar de Andre —interviene Beck, dolida.

Ese no es el problema, ni siquiera deberían pensar en mí. O, al menos, no como lo hacen.

—Te sienta tan bien evitarlo. —Eva se cruza de brazos.

—¿Hoy te has propuesto fastidiarme el día?

—Sabía que no llegaríamos a ninguna parte —rezonga Nina, que los evita en dirección a la puerta—. Siempre igual: juntos, pero cada uno por su lado. Y habría estado bien si nos hubiéramos importado. Nunca fue así.

—No es cierto —susurra Mara.

—Tú también te alejaste, Nina.

—Por algo sería.

Cuando el portazo levanta una ligera brisa de invierno, Zan no tarda en despedirse y correr tras su prima. Las canciones alzan el vuelo y planean con delicadeza hasta aterrizar sobre las baldosas. Beck y Mara se arrodillan para recogerlas, hilando sutiles sensaciones entre ellas.

—Ha sido un error. Tu error, Eva.

—Perdón por querer solucionarlo.

—Ni siquiera lo sientes de verdad —masculla Beck al reincorporarse—, porque todo a tu alrededor te parece una broma o no te importa nada. ¿Ha sido lo suficientemente divertido? Enhorabuena.

La desgracia de haber estudiado la anatomía del otro es que conocen dónde pueden atacar para hacer daño. A Beck le arde en la garganta haber reaccionado así, pero tampoco se disculpa ni mira a su amigo al salir de su casa.

Un nombre. Dos nombres. Tres nombres. Solo un llanto entrecortado la sienta en unas escaleras de piedra ocultas entre varios matorrales. De alguna manera, todos han tenido razón, aunque no en las formas, y eso le duele más que nada. Beck se encorva, los dientes contra el vaquero y las ganas de desaparecer enganchadas en los pulmones como una garrapata.

—¿Estás bien? —Al igual que ha reconocido la voz de Zan, reconoce las manos de Mara sobre sus brazos.

Sí, siguen ahí, más lejos de los recuerdos, más presentes. ¿Es ingenuidad desear una reconciliación? ¿Es tan absoluta la muerte que incluso consigue estrangular lo que ha escapado a su toque?

—Mara —suspira Beck mirándola con las pestañas húmedas—. ¿Y Florence?

—Se ha quedado con Eva.

—He sido una idiota.

—Todos lo hemos sido, es una costumbre.

—Nina te diría que ese es el problema.

—Quizá —Mara se sienta en el suelo y se abraza las piernas—, o quizá perdonarnos nuestra imbecilidad sea justamente lo que nos convierte en amigos.

—Siempre tan positiva —resopla Beck, una sonrisa tibia. Luego, con los dedos entre algunos rizos, añade—: Ha sido demasiado.

—¿Que Zan y tú os liarais? Ya te digo. —Una carcajada débil, al menos, la comparten.

Si Beck descubrió con Eva otro significado de amistad, con Mara aprendió cómo ser una misma sin miedo, lo fácil que resultaba junto a la persona adecuada. Ambas eran polos opuestos con escasas probabilidades de encontrarse, de convertirse en la uña y la carne que terminaron siendo.

—¿Podemos quedar un día de estos? —pregunta Mara entonces—. No tenemos que forzarlo, solo estar... tú y yo.

—No me parece muy sano fingir que nada ha pasado.

—Quiero hablar de ello, de todo, pero creo que deberíamos empezar más despacio.

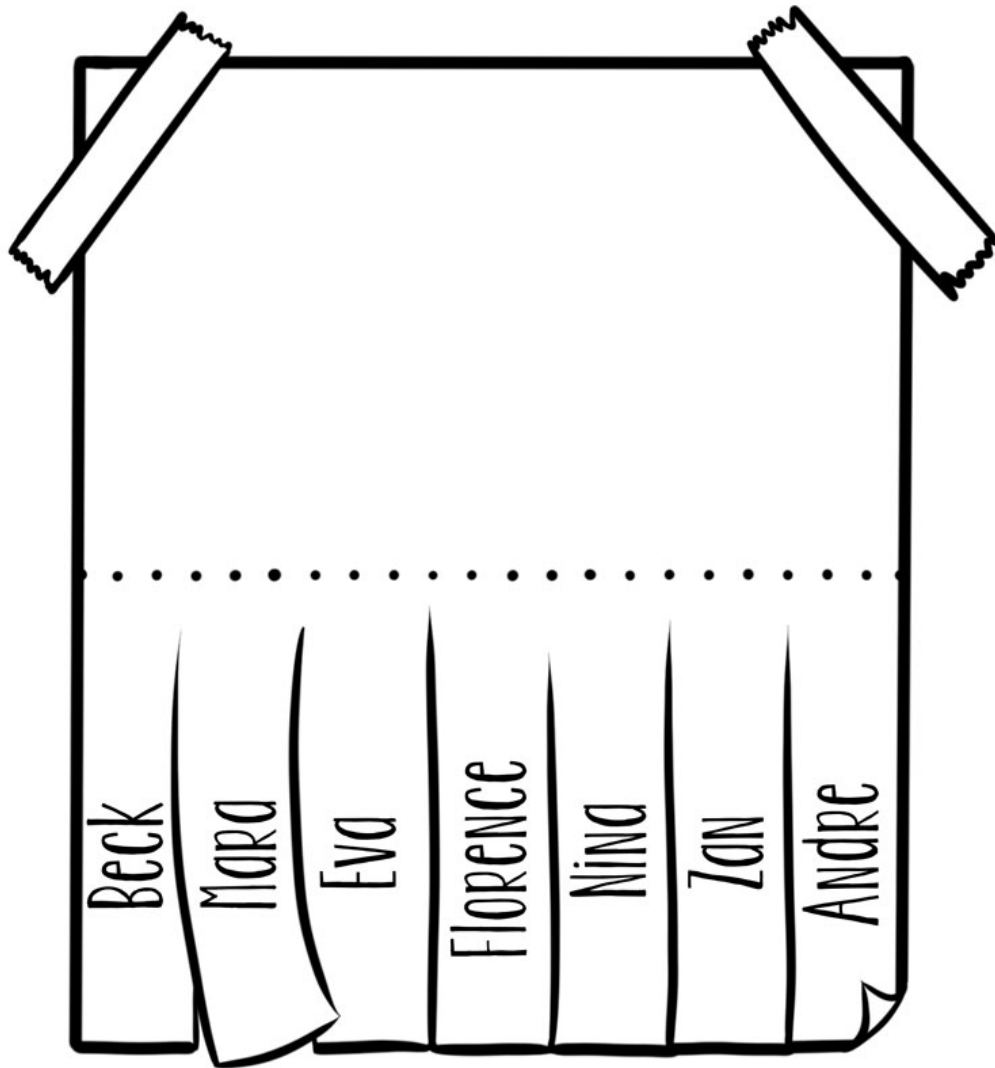
—¿Y si acabamos discutiendo como antes?

—¿Rebeca Roy temiendo enzarzarse en una discusión? Sí que has cambiado.

—Tú también.

Mara parpadea con lentitud, una, dos, tres veces. Beck las cuenta y tuerce un poco la cabeza sin entender qué ha podido sorprenderla. Todavía lleva esas gafas redondas y la melena rubia corta, pero, más allá de su aspecto, solo reconoce algunos puntos: el optimismo, la viveza, la humildad y una pizca de oscuridad que no ha podido eliminar del todo en su viaje. Y, de pronto, siente unas ganas tremendas de conocerla otra vez, de que la cautive como ya lo hizo de pequeña.

Entonces se da cuenta de que fue ella quien arrancó todas las hojas en blanco de su vida que creía no tener tras la de Ángela. Tal vez aún no pueda crear historias, pero la suya no tiene que inventársela. Solo vivirla incluso sin estar escrita.



24.01

Por suerte, Mara tiene una casa y muchos hogares. Por desgracia, no hubo suerte en que su casa también fuera hogar. Frente a la fachada amarilla, se pisa las puntas de las zapatillas, nerviosa, porque las casas siempre son paredes y techos, mientras que los hogares fluyen y pueden desaparecer. Y ambos, ese es el inconveniente, se pueden cerrar con llave.

Pero cuando Julia, la madre de Beck, le abre la puerta con esa sonrisa siempre tierna, Mara siente que ha regresado a uno de esos lugares de los que jamás quiso alejarse. Escapar.

—¡Mara, por fin! —El abrazo llega rápido—. Me alegra que os hayáis reconciliado. Te echábamos mucho de menos.

Al parecer, Cerebro coincide, porque se acerca a sus piernas con esos saltos danzarines que normalmente terminan con él en tierra. Le rasca entre las orejas y un ladrido confirma la sospecha. Mara sonríe, hay un gran poder en que te valide un ser más inocente que tú, y espera a los pies de la escalera mientras Julia regresa a la cocina, un intento de pastel de frutos rojos sobre la encimera. Más bien, la escena de un crimen.

No juzguéis las apariencias, sus postres son un despropósito por fuera y un manjar por dentro.

—Sube, sube. Está encerrada en su cuarto escuchando música, ¡cómo no!

Las puntas sucias de sus zapatillas vuelven a tentar con pisarse entre sí, porque, de pronto, Mara piensa que debería confesarle a la madre de su casi-no-antigua-mejor-amiga que todavía están intentando arreglarlo. Que el domingo anterior todos se dijeron verdades como puños y que algunas lograron desencajarles el corazón.

Aun así, Mara asiente. Peldaño a peldaño siente que viaja al pasado, cuando era más bajita, y las gafas le quedaban grandes en su rostro atacado por la pubertad, y llevaba el pelo largo hasta la mitad de la espalda, y su cuerpo era menos voluminoso, y tenía muchos amigos. Sin embargo, ya arriba, delante de un espejo que le devuelve su imagen completa, recuerda que no está regresando a su adolescencia. Ahora serán ellas, jóvenes extraviadas de una década arruinada que ya las considera adultas, averiguando si les depara algo más que el mismo cielo bajo el que viven.

Sobre la cómoda que separa los dormitorios de Beck y Diego, hay un par de fotografías nuevas y un girasol artificial gobernándolas en el centro. De momento, Mara reconoce ese hogar y le alivia que algunas cosas permanezcan, como surcos en las rocas a los que aferrarse por si acaso. Un año y medio puede haber supuesto un suspiro para ella, pero sería injusta si midiera el tiempo del resto de la misma manera.

La puerta de Beck está entreabierta y al pasillo llegan pinceladas de una canción con una calidad bastante pésima. Aunque ahora se siente una intrusa, a Mara le gustaba subir y recoger allí a su amiga antes de ir al cine o de atiborrarse de chucherías sentadas en un banco junto al mar. Solía encontrarla en el escritorio con los auriculares puestos y encorvada sobre una libreta, escribiendo historias que quedarían calcadas en sus vidas de lo mucho que apretaba el bolígrafo contra el papel.

—¿Hola?

Pero no hay libretas sobre el escritorio, el portátil está cerrado y en las estanterías se apelotonan un montón de libros, no el que publicó al ganar aquel premio nacional. La habitación de Beck tiene mucho de la niña de ocho años que, resignada, vio cómo la repintaban de rosa bebé y cambiaban los muebles como regalo de una comunión que parecía corresponderle más a su abuela materna. También de la Beck de diecinueve en las ilustraciones de sus personajes favoritos pegadas a la pared, o en las guirnaldas de luces que no han quedado tan estéticas como pretendía.

Con las piernas cruzadas sobre la cama, un armatoste de madera que podría agujerear el suelo por su peso, Beck da un respingo y de sus manos resbala un radiocasete infantil, micrófonos incluidos. Se sostienen la mirada, Beck más desubicada porque, si bien sabía que Mara llegaría, no esperaba que subiera a su cuarto como si jamás se hubiera marchado.

—¿Estás escuchando un... casete?

Mara ni siquiera recuerda haber utilizado uno en toda su vida, pertenecen al siglo xx de milagro. Por eso atiende con curiosidad cómo la chica detiene la música y, con una sonrisa traviesa, saca una caja de zapatos de debajo del somier. Dentro, filas y filas de casetes.

—Así es como Eva me pasa gran parte de la música que quiere enseñarme.

¿Es o no es un digno Satanás?

—¿Es coña?

—Ojalá —resopla Beck, una risita divertida—. Lo peor es que ni siquiera me apunta las canciones, solo escribe la fecha en que las graba. —Levanta una al azar, entre años y años, para que Mara pueda verlo bien: «19.09.2018»—. Suerte que existe Shazam.

—Entonces, ¿lo habéis arreglado?

—Esta es su disculpa. Todas las canciones van sobre la amistad y el perdón y ser un idiota. Mañana me disculparé sin falta, aunque no sea tan creativa como él.

—Puedes escribirle...

—Yo ya no escribo.

Un año y medio, más que un suspiro para el resto, un huracán que ha arrasado con la literatura de Beck, el deporte de Nina, la vida de Andre. Mara quiere preguntarle y decirle que comprende esa parálisis. Por ella colgó las puntas de ballet sobre un maniquí polvoriento, abandonó los hilos de costura, pausó las películas.

—¿Nos vamos?

—¿Eh? Sí, sí. —Mara no pregunta, no dice. Si todavía no han resuelto el pasado, ¿cómo va a interrogarla sobre el presente, a animarla con respecto al futuro?

Sin mucho esmero, Beck se recoge algunos rizos turquesa, en cuya raíz ya se advierte su castaño oscuro, en un moño alto. Luego se calza unas Converse negras y coge su mítica bomber, aunque primero se enrolla una interminable bufanda en torno al cuello. Mara sonríe al reconocer un poco más del hogar, porque Beck siempre ha sido vaqueros rotos de tiro más alto que sus amplias caderas, esa chaqueta de mangas anchas y bastante desorden en todo lo demás, mientras que ella cuida cada pliegue de sus faldas, esforzándose por combinar colores llamativos y mantener el *eyeliner* intacto.

Y de psicópata. Se lo hace sin levantar el lápiz.

Cuando bajan, Julia suelta un «ooooh» que pone los ojos de su hija mayor en blanco. En la cocina huele más a dulce, a pesar de que la escena culinaria del crimen ha empeorado sobre la encimera. El pastel de frutos rojos est  a punto para el horno... o para la morgue.

—Mamá, no.

—Mamá, s . —Cerebro ladra y la mujer sonríe, triunfante ante el apoyo del perro, que se gana una galletita en forma de hueso por escoger el bando correcto—. Encima del recibidor hay una bolsa, ll vasela a Javi.

— bamos a tomar algo. —Beck procura no rodar los ojos otra vez.

—Y sueles ir a la tasca de Javi. Solucionado. —Julia se pasa una mano por la barbilla, limpiándose la harina y ensuci ndose de nuevo con mermelada de fresa.

Ambas chicas salen a la calle con la bolsa pendiendo de la mano de Beck en un vaivén que imita al mar bajo los barcos amarrados. Al menos es un jueves de un enero bastante frío, por lo que, al ser entresemana, tendrán más posibilidades de no toparse con ninguno de sus conocidos y montar otra escena digna de un drama.

Mara echaba de menos inspirar hondo y que el salitre calmara su inquietud. A veces solo la playa podía salvarla, el horizonte lejos pero alcanzable.

Conocidas y extrañas, se dirigen al paseo marítimo en silencio, eso sí, no muy separadas. Como recién nacidas, reaprenden a estar juntas, los segundos más agradables a medida que reparan en que ninguna interviene porque ninguna quiere molestar a la otra. No recuerdan haber estado tan calladas nunca, incluso sus libros de texto y libretas se convertían en una vía para comunicarse sin llamar la atención durante las clases. Letras de canciones junto a dibujos, cotilleos y chistes. Al final del día, no quedaban ejercicios ni apuntes, solo un diario de quiénes eran mientras crecían sin saber cómo hacerlo.

—El mar a dos pasos es otra movida. En Londres tardaba más de una hora en llegar a cualquier playa cercana.

—¿Hiciste mucho turismo?

—Me metí a camarera en un *pub* de mala muerte e intenté no ahogarme en la miseria.

—Te reiría la gracia si no fuera porque te creo. —Beck mira hacia el cielo y la decisión que toma atraviesa su respiración—: ¿Por qué no le preguntaste a Lupe...?

Las Converse desteñidas y las falsas Vans de plataforma se detienen sobre un charco. En los últimos días ha llovido con cólera. La voz de Beck se diluye en vaho y la mirada de Mara traza una línea recta desde los ojos oscuros de la chica hasta Zan, sentado en el borde de uno de los maceteros rectangulares que recorren gran parte de la acera. Entre los dedos sujeta un cigarro, con las gafas de vista recogiendo los mechones que se le han desprendido del moño en la nuca y un delantal atado a la cintura, en cuyos

bolsillos ha enganchado tres bolígrafos y un cuaderno alargado. Levanta una mano al pillarlas observándolo, el entusiasmo exiguo.

—Hola —dice Beck cuando llegan a su altura, al instante nerviosa pues, al parecer, no sabe saludarlo de otra manera—. ¿Qué tal?

—Bueno, podría ser peor.

—¿Y eso? —Mara señala su delantal.

—Trabajo a tiempo parcial en Mar en Tasca.

—¿Con Javi? He venido a...

—Se me ha acabado el descanso. —Zan apaga el cigarro contra la suela de su zapatilla y se incorpora sin apenas alzar la cabeza—. Nos vemos.

—Va a ser incómodo —susurra Mara en cuanto el chico se adentra en el local.

—¿Más?

Ese es el inconveniente de querer a alguien, que las emociones se vuelven contundentes, brutalmente honestas, y nada las amortigua. Quizá, si averiguaran cómo no herirse al soltar los frenos, existirían a gritos.

No llegan a sentarse junto a una de las columnas que sostienen el techo de la terraza, pues Javi, propietario de Mar en Tasca y amigo de la infancia de Julia, sale abriendo los brazos como si hubieran pasado siglos desde la última vez que vio a Beck. Y, aunque la chica esboza primero un gesto de hastío, desde luego es impostado, porque acepta el abrazo con una sonrisa.

—Mi madre me ha dicho que te traiga esto.

—¡Por fin!

—¿Qué es?

—No tienes edad para saberlo. —El hombre se ríe a gusto, pero la carcajada se agota al reparar en Mara—. ¿Mara Blanch? ¡Entonces es cierto, has vuelto! —Cero sorpresas, nadie sobrevive al chismorreio en un pueblo—. Esto merece una ronda.

—Qué va, si...

—¡Decidido! ¡Os invito!

Jóvenes, extraviadas y sin un euro en la cartera. Pletóricas ante la perspectiva de ahorrar lo poco que tienen, se sientan, aunque enseguida recuerdan quién está trabajando allí. Esperando que sea el dueño quien les sirva las cervezas, Mara solo puede clavar la mirada en la mesa y Beck en Zan cuando este deja dos tercios y un cuenco de cacahuets entre ellas.

—Gracias —dice Beck a duras penas.

Un parco asentimiento, aun así, él le echa un vistazo tras las gafas de vista cuadradas, conteniendo otro de sus comunes intentos por morderse el labio inferior. Otro asentimiento, este más torpe, y se marcha. Con movimientos bruscos, Beck se quita la bufanda sintiendo que sus mejillas combustionarán.

—Te ha mirado. —Mara le da un sorbo al botellín con una expresión pilla.

—¿Qué?

—Perdón: he visto cómo te ha mirado.

—Una: da mal fario beber sin brindar. Dos: «He visto cómo te ha mirado». Por favor, Mara, déjate de películas. Te sientan fatal.

—Dice la que no lee.

—Yo ya...

Beck bebe sin brindar. Ha estado a punto de mentir: no escribe, sí lee. Lee con voracidad. A veces con la mente despejada y disfrutando, otras con la ira de no poder siquiera hojear su propia novela, volver a publicar sin angustia, comparándose hasta que no queda nada ella y mucho de otros escritores. Mejores, más enteros, más queridos, menos Rebeca Roy.

—Da mal fario. —De nuevo, Mara claudica e inclina la cerveza.

—Chin, chin.

—¿Y cómo es besar a Zan?

Entonces Beck se atraganta, ahora sí muy sonrojada y pensando en que seguro que también hay un rollo raro con la suerte si, además de no brindar, se escupe el primer sorbo. Carraspea, mientras Mara ríe, y se sonroja todavía más porque siempre le ha gustado esa risa sincera que hace olvidar todas las ocasiones en que sus padres la acallaron.

—Eres lesbiana.

—Y tú eres bi. ¿Esto es Barrio Sésamo o qué?

—Bueno, el creador confirmó que Epi y Blas son pareja, así que... Vale, lo pillo —se resigna Beck esta vez, otro sorbo que borre la imagen de Zan con gafas de vista y el pelo recogido para poder concentrarse... y para que le baje la temperatura corporal—. Pasó durante aquella fiesta de Halloween en casa de Florence.

—Ah, sí, que Zan y Eva celebraron su cumpleaños a la vez. —El primero del 30 de octubre y el segundo del 1 de noviembre—. Dos ejemplos perfectos de ser un buen escorpio.

—En fin, que habíamos bebido y creo que eso lo lanzó. Fue —Beck baja la voz— tímido. Que ya lo sabía, el contacto ajeno lo pone muy nervioso. Por eso no me lo esperé.

—¿Y cómo fue aparte de tímido? —insiste Mara.

—Raro. Debí besarlo fatal porque al día siguiente, ¡puf!, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Te molestó?

—¿Y este tercer grado?

—Es que no me lo contaste y debo ponerme al día.

—Por aquel entonces ya nos habíamos distanciado bastante...

Antes de huir a Londres, ambas se habían alejado la una de la otra por razones que todavía ninguna puede explicar. Mara no la culpa por aquello,

Nina y Andre se convirtieron en otro pilar importante junto al de Beck, que jamás se derrumbó. Siempre estuvo ahí incluso sin estar.

—No le pregunté a Lupe por vosotros porque, como os expliqué en la carta que os dejé, había decidido no regresar a Aconte. Nunca —explica Mara, al fin respondiendo a la pregunta que la chica no ha terminado de formular en el paseo marítimo. Luego le cuenta la bronca que le montó a su vecina por no tomar la iniciativa de hablarle sobre el accidente. Pese a que casi han superado aquella discusión, vuelve a sentirse miserable y añade—: Creí que sería más fácil así.

—No lo fue. —Beck le da otro sorbo al botellín—. En la carta solo explicabas a dónde ibas y por qué lo hacías sin despedirte, pidiéndonos que no nos preocupáramos, que Lupe sabría si estabas bien.

—Me arrepiento muchísimo.

—No te lo reprocho, solo fue... —suspira hondo— muy difícil de asimilar. Tenías tus motivos.

—Aunque no son una excusa del todo. Nina acertó de pleno al echármelo en cara. Lo que le ocurrió en aquel San Juan cuando...

—No hablemos de eso. No hablemos del accidente ni de Andre.

Como habréis notado, no soy el tema favorito de nadie. Ni vivo ni muerto.

Y Mara frunce el ceño porque Beck jamás ha esquivado los obstáculos, los destrozaba si hacía falta en busca de una solución, así que le cuesta verla así, con esa vulnerabilidad que a veces le hace detener la mirada sobre un sitio, como si apreciara algo horrible que el resto no es capaz de distinguir. Pese a ello, ya ha aprendido que no puede forzar la reconciliación, las verdades que han vivido y han callado durante todo ese tiempo separadas. Si quieren recuperar al menos una porción de lo que fueron, deben ir una a una.

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque Aconte y vosotros sois mi hogar —responde Mara con firmeza—, lo quieran mis padres o no. Bueno —solo faltaba ella por sonrojarse—, de vosotros sí necesito saber...

—Claro que queremos.

La respuesta inmediata provoca que parpadeen en sincronía, sorprendidas por lo que ambos corazones han dicho sin pedirle permiso a sus bocas. Y ha sido sencillo dejarse llevar y descubrir que no todas las emociones sin frenos duelen.

—Tengo una propuesta que hacerte. Sin canciones de por medio. Prometido.

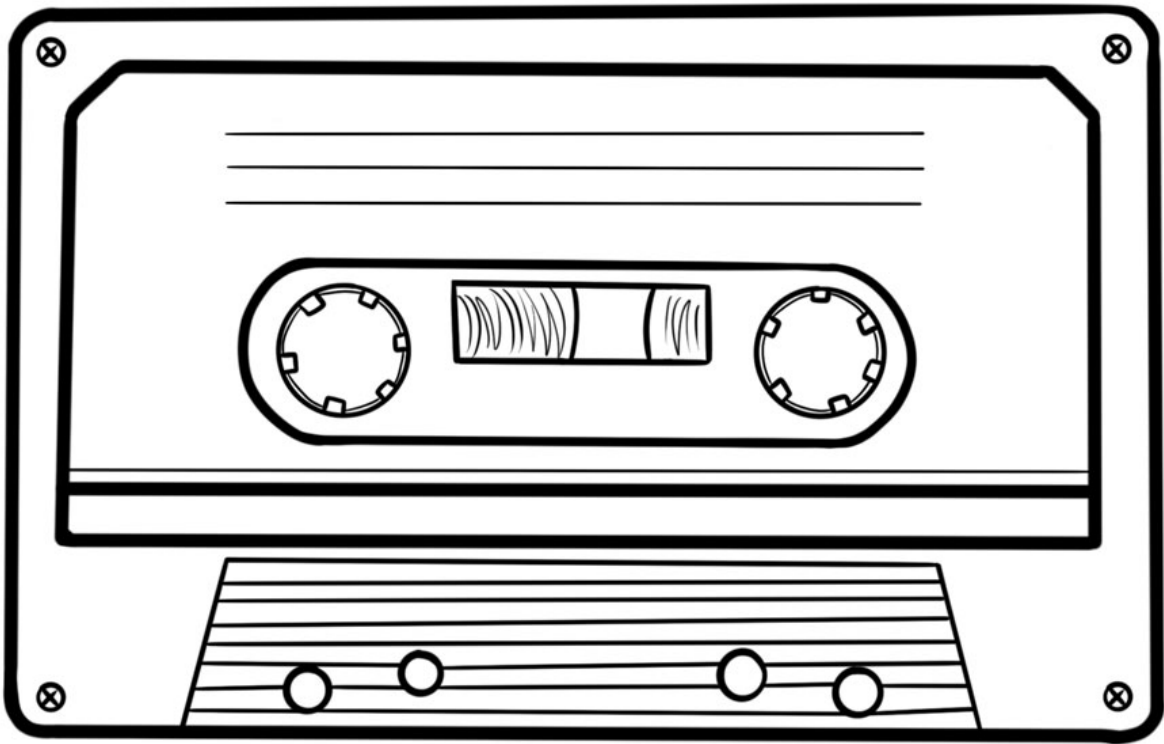
—¿Y encerronas?

—Debo reconocer que funcionan.

También que, de nuevo juntas, aún queda algo de esa niña que bailaba con el tutú a medio coser y las películas reproduciéndose entre la música clásica. De esa otra niña que escribía al ver hadas posadas en su balcón, siempre más viva en esos mundos que nunca habitó.

Sueños diferentes, idénticas al soñar.

OceanofPDF.com



01.02

Los nombres se han calmado. ¿Quizá sí son consecuencia directa de la ansiedad? En su última sesión, Beck se lo tradujo a Sandra como la vida dándole un respiro, porque no sabe nada acerca de ellos. En cambio, su psicóloga insistió en que estaba progresando y la chica quiso creerla pues ahora mismo, en el asiento trasero del Hummer de Florence, los nombres se han apagado un poco más: el de su dueña sobre el volante, el de Mara sobre sus gafas, el de su hermano pequeño sobre la goma que le quitó y se enroscó alrededor de la muñeca.

Ya ha ocurrido en alguna ocasión; sin embargo, esta vez parece diferente. Quizá porque sus amigos han regresado y tienen una segunda oportunidad para averiguar quiénes podrían haber sido si el destino no los hubiera

atacado. «No conviertas lo bueno en un parche, sino en algo real», le aconsejó Sandra, y Beck podrá haberse equivocado mucho con su salud mental, pero nunca ha considerado a las personas un mero salvavidas.

De momento, escurrida en el asiento de polipiel y con el cinturón de seguridad a punto de decapitarla, Beck se entretiene viendo cómo Florence tontea descaradamente con Mara y esta disimula que su suave risa, y las palabras revoltosas, y los movimientos sutiles de unas manos que saben dónde caer, no la derriten.

Florence es ilegal como ser humano.

—¿Esta eres tú? —Mara, ese tipo de copiloto que se toma el privilegio de subir el volumen y cambiar de canción si alguna provoca que arrugue la nariz.

—Sí, aunque ni siquiera es una maqueta.

¿Importa? Para nada. Acordes básicos de un piano que despiertan en Florence un timbre rotundo, los graves acariciando el fondo del estómago y luego, ágil, elevándose hasta erizar el vello de los brazos. Rompe con lo inflexible, viaja entre florituras que se adentran en las palabras y les rasgan el alma. A Beck se le olvida atender a la letra en inglés, su voz basta, y solo cuando Mara pausa la lista de reproducción con la boca abierta, rellena ese vacío que le sabe a poco:

—Madre mía —se yergue hasta que el cinturón la estrangula—, eres la hija perdida de Florence Welch y Marina Diamandis.

—Soy tocaya de una, pero creo que te has pasado con el piropo.

—Ni de broma —interviene Mara—. Podría estar escuchándote en bucle toda mi vida.

—¿Escucharme cómo? —Florence sonríe, ese pistoletazo que anuncia una de sus perversas salidas—. ¿Silbando, hablando, en la cama...?

—¡Cantando!

De nuevo, Beck se repantiga en el asiento, al borde de reír porque, aunque Florence siempre ha sido así de directa, ahora hay algo más intransigente con la timidez ajena, un placer muy concreto por ver las mejillas de Mara arder.

—Eso no se lo insinúan las amigas, ¿sabes?

—Te equivocas. La amistad es fundamental si quieres tener la confianza de insinuar algo así.

Touché, Florence Russo.

—¿¡Hola!? —casi grita Beck, de pronto más azorada que Mara—. Sigo aquí, ¿eh? Si queréis enrollaros, abandonadme en un arcén o vomitaré.

Nadie se enrolla ni nadie vomita, solo se ríen una vez más al igual que todas aquellas veces en la playa, cuando les mentían a sus padres y, con las mochilas llenas de bollería industrial y los móviles cargados, se tiraban sobre varias toallas mientras charlaban y escuchaban música. Recuerdan a la perfección el lunes en que Florence se cayó al mar vestida con el uniforme, o aquel primer atardecer veraniego que les hizo pensar que aún eran las siete y no las diez de la noche.

El tráfico de Valencia capital apenas les permite unos segundos a Beck y Mara para bajar del coche entre agradecimientos. Florence les guiña un ojo, aunque Beck está segura de que no se lo dedica a ella, y corren hasta la acera al son de unos cuantos cláxones impacientes. Casi les hace un corte de mangas.

—Ni se te ocurra —Mara la agarra del brazo—, bajarían y nos partirían la cara.

—Y nosotras se la partiríamos de vuelta. Nuestra primera detención, piénsalo.

—¿Seguro que soy yo la que se monta películas?

—Desde luego, no seré yo quien monte a Florence. —Beck le enarca una ceja.

—Me lo merezco por interrogarte respecto a Zan. —Y Mara añade encogiendo un hombro—: De todas maneras, Florence solo está cachondeándose de mí. Típico.

—Te crecerá la nariz.

Menos mal que Eva no está ahí para decir que preferiría que a él le creciera otra cosa.

Una carcajada más, débil pues están frente al gimnasio donde Nina entrena. No les costó enterarse de la calle en la que se encuentra. Al parecer, no solo Julia o Lupe tienen ganas de que arreglen las cosas, la madre de su antigua amiga, Alicia, se ha unido al club.

—Nos va a matar.

—No tardaremos en averiguarlo.

Mara señala la puerta en cuanto se abre y Nina, con chándal y el pelo cortísimo de la nuca salpicado de un sudor que le adhiere los mechones largos a la frente, se detiene al instante, su mal genio frunciendo esa expresión sosegada por el agotamiento.

—La guinda —rezonga—. ¿Has olvidado que es de mala educación hacer lo que no te gustaría que te hicieran a ti, Beck?

Usa su apodo, ya es un avance.

—Lo de aquel domingo fue una guarrada por parte de Eva, pero es que no nos abres ni la puerta de tu casa.

—Tampoco habéis llamado.

—¿Nos la habrías abierto?

—Por supuesto que no.

Y la persiguen en cuanto se aleja calle arriba. Sin duda, el tiempo no siempre es la mejor medicina, porque se ha asido al corazón de Nina y

nadie, mucho menos ella, ha ido desbrozando el dolor que ha terminado llenándola de resentimiento.

—Será un momento —insiste Beck.

—Os voy a matar.

—Lo sabemos —responde Mara, y Nina frena al escucharla, un tanto pasmada, aunque entre sus párpados rasgados sigue reluciendo cierto peligro—. Escúchanos y luego mátanos.

—Muy bien. —Se cruza de brazos—. Adelante.

—Aquí no. Tienes que llevarnos en coche a un sitio.

—¿Asesina y taxista? No me renta.

—Créeme, no te arrepentirás.

—Me arrepiento.

El viaje hasta la pista de hielo que se encuentra en uno de los pueblos colindantes a Valencia no ha sido fácil. Más bien, un intercambio de amenazas que, al final y cómo no, ha ganado Nina. Pero, tras saciar su competitividad, ha cedido. Ha cedido porque la curiosidad llama, porque ni una fuerte discusión ha logrado que Beck y Mara se distancien de nuevo, porque adoraba patinar junto a Andre en el *skatepark* antes del accidente y no lo ha vuelto a intentar después. Le pica más allá del muñón, el fantasma de aquello que tuvo.

Yo también echo de menos patinar contigo, Nina, pero no tiene por qué ser algo solo de los dos.

—Entremos.

—No voy a poder. ¿Sois idiotas o qué? —A Nina se le engarrota la ira y las ganas de señalarse la prótesis bajo el pantalón de chándal.

Y a las otras dos se les engarrota la seguridad durante un único segundo; también, el pánico por si se han excedido. Sin embargo, no la dejarán atrás.

Han regresado a la bifurcación en la que se separaron hace año y medio para tenderse una mano y no soltarla si nadie lo pide.

—¿Quién dice que no puedes? —responde Beck, con ese ímpetu por defender a quienes le importan.

—¡Da igual! Además, patinábamos... —El plural es algo más que se le atasca a Nina, que no logra tragar antes de rectificar con la voz ronca—: Patinaba en pista, no sobre hielo.

—Pero es invierno. —Mara hace un puchero.

—¿En serio? —masculla Nina, incrédula, desordenándose el pelo que se le ha secado con el aire acondicionado del coche—. Patináis y os escucho. Es mi última oferta.

—Ya veremos —canturrea Mara, una sonrisa de oreja a oreja mientras se dirige hacia las instalaciones junto a Beck.

Y Nina no puede escapar, tampoco quiere, pues desde que Andre se marchó, nunca lo ha sentido tan cerca como ahora. Él también la empujaba a cierta desobediencia, cuando competía en gimnasia rítmica, soñando con los Juegos Olímpicos, a la vez que deseaba deslizarse con sus patines de cuatro ruedas por las rampas, dejando que la inercia de una bajada la elevara sin necesidad de saltar. Eran unos críos, ella mucho más inconsciente porque, al final, era la única responsable de sus actos, de cualquier posible lesión, de cualquier posible oportunidad dilapidada en el deporte que la convertía en quien era.

Estoy aquí.

Una mano atraviesa otra, ni siquiera es un soplo de aire.

Estoy aquí si vives con ellas.

Al no escuchar sus pasos, Beck y Mara se giran y esperan. Esperan a Nina como Andre lo hacía por las noches, cuando se escabullía de casa, exhausta por los entrenamientos y las clases, pero resucitaba al ser una más

entre las olas y los grillos, frente a esos ojos verdes que solo aseguraban vivir. La sensación reconfortante de que basta con existir. Ahora ya no tiene la gimnasia, ni el patinaje, ni a Andre. Ya no se tiene a sí misma, pues aquel accidente de coche solo salvó una vida. No la de él, ni siquiera la de ella. Otra.

Y, pese a no tenerse, Nina se encuentra en esa amistad que aguarda a unos metros de distancia, que ha palpitado una única vez. Suficiente para comprobar que no ha muerto. Que reanimar es complicado, aunque más perderlo. Así que da varios pasos que la colocan a la altura de las otras dos. No hablan, solo mantienen esas sonrisas que hace unas semanas apenas eran unas comisuras tirantes.

Al entrar en el edificio, son cuatro. En el banquillo al lado de la pista, tres pares de patines.

—Os he dicho que no puedo.

—No quieres —puntualiza Beck atándose los cordones—. Cambiarás de idea cuando veas mi *triple axel*.

—¿Qué es? —Mara se sujeta a la barandilla con fuerza. Va a ser una catástrofe.

—Un salto que ni siquiera podrá empezar —responde Nina—. Diez euros a que no aguantas quince segundos sobre el hielo.

—Por diez euros, lo que sea.

Primera caída. Beck agita los brazos igual que una gallina asustada y cae de espaldas con todo su peso. Mara acude en su ayuda y, ahí va, la segunda caída, pues han tirado la una de la otra a la vez. Nina debe morderse los carrillos para no reír y darles el gusto de haber logrado que se relaje.

—Solo estamos calentando —avisa Beck con un gesto dolorido que no impide que se reincorporen y, aferradas con la euforia temblorosa en las rodillas y cada inspiración, se deslicen hacia el fondo de la pista.

Esquivar de milagro a una pareja que se piensa un dúo profesional las devuelve al hielo, esta vez entre risas. Para colmo, empieza a sonar *Hazme un muñeco de nieve* y la situación se vuelve todavía más surrealista, porque en la ciudad no nieva, y esa pista tendría más sentido si fuera una piscina, pues hay días de enero en los que incluso pueden vestir manga corta, y Anna buscó a Elsa hasta el final de *Frozen*, y Mara encontró a Beck con una canción.

—Os vais a congelar —gruñe Nina frenando delante de ellas, aun así, con los brazos extendidos porque le cuesta mantener el equilibrio.

—Has venido.

Nina inspira hondo, aquietando el dolor, porque Beck le ha dicho eso como si, hasta entonces, hubiera estado a miles de kilómetros y no a dos pasos. Aunque así ha sido, ¿cierto? Viviendo a pocas calles y no en los extremos de la Tierra, de todas maneras, glaciales al cruzarse, al intentar olvidar que fueron amigas y que las personas no siempre traen consigo únicamente lo bueno. Y Nina trae contraposición: las cintas mágicas zigzagueando y la rigidez, las rampas atravesadas a toda velocidad y las ruedas rotas, correr a zancadas y avanzar como pueda, los sueños que Andre iba a cumplir y la vida paralizada pero bien sujeta al cinturón de seguridad.

Una nueva canción. Suena *Take me out* de Franz Ferdinand a un volumen indecente y Beck y Mara vuelven a romper las reglas de la lógica —que están enfadadas, que hay mil explicaciones pendientes, que se dijeron barbaridades— al berrear al unísono:

—*So if you're lonely, you know I'm here waiting for you!*

—Qué conveniente. —A Nina, por fin, se le escurre una risa.

Ambas extienden los brazos, buscando a la chica que lanza granadas para proteger y protegerse, y la provocan al levantarse una vez más, al esperarla

una vez más, al deslizarse juntas una vez más. Contagiada completamente por su impetuosidad, Nina se da impulso con la prótesis mientras se concentra en no tambalearse siquiera.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Empatadas en batacazos, también en burlas y carcajadas. El pelo espolvoreado de hielo que, al instante, se derrite. Las mejillas y las narices rojas por el frío. No les importa que la gente las mire, que sean un completo desastre al patinar, mucho más elegantes en su última caída que durante el escaso tiempo que han conseguido permanecer en pie.

Son idiotas, las quiero mucho y yo no debería estar aquí. No debería, no debería, no debería.

—Creo que podría aficionarme —dice Beck sentándose en el hielo—. Al menos, haría algo con mi vida.

—Yo tengo que buscar trabajo por narices. —Mara la imita, los mechones desordenados en todas direcciones.

—Estudios y un trabajo —suspira Nina al erguirse—, parece más fácil que escoger un deporte en el que competir.

—¿Quieres seguir?

—Sí. —Y esa mera afirmación parece aliviarla—. Sí, claro que sí. Mis padres han pensado en atletismo. Quizá los 100 metros lisos o salto de longitud, pero necesitaría una prótesis especial para correr y... No sé, ya se han gastado muchísimo dinero en todo lo demás. —Se coge de la barandilla para incorporarse y añade—: Tengo sed, ¿os pido algo?

—Por favor.

Nina sale y se cambia el calzado antes de acercarse a la cafetería junto a la pista. Beck y Mara tardan un poco en hacerlo para sacar conclusiones:

—Ha ido bien.

—No me lo esperaba, la verdad —confiesa Beck.

—Podrías preguntarle por qué Zan está tan raro.

—Mara —un susurro que apenas mueve sus labios—, Zan está así porque...

Y le cuenta el motivo, uno por el que Mara no preguntó, que le hace agachar la mirada, culpable, hasta sus botas desatadas. Entonces Beck le dice que va a ayudar a Nina con las bebidas. No es una excusa para evitar la incomodidad, pero se le disuelve en la boca como una mentira.

—Ey, Nina, ¿puedes?

—De momento, solo estoy coja —bromea, y dejan los vasos de cartón sobre una mesa vacía al azar—. ¿Ha pasado algo? —Frunce el ceño, contemplando a una Mara que se demora en atarse los cordones.

Honestidad, eso fue lo primero que falló entre ellos.

—No sabía lo de tu tía.

—Ah, entiendo.

Se sientan y, al mismo tiempo, cada una entrelaza sus manos, apretando los errores para que no arruinen todo ese rato en el que han podido ser sin miedo a que estos las dominaran.

—¿Por qué está siendo tan fácil para vosotras? —murmura Nina—. Os miro y solo veo a Andre. Bueno... —Y su nombre se inflama sobre el cierre de la cremallera que muerde al callar algo más.

Beck se frota los ojos, fingiendo que le pican y que solo están las dos, porque le da la sensación de que otro nombre más estalla en el respaldo libre, borroso. No lo lee bien.

—No está siendo fácil —confiesa—, pero era más difícil sin vosotras.

—Mara se fue, también Florence y mi primo. Eva y tú... Yo... ¿Por qué ahora?

—Porque es mejor que nunca.

—Qué profundo —bromea Nina antes de darle un sorbo a su zumo—, una pena que ya no quieras escribir.

—No puedo.

—Ni yo patinar y ya ves. Me da rabia que tengas razón.

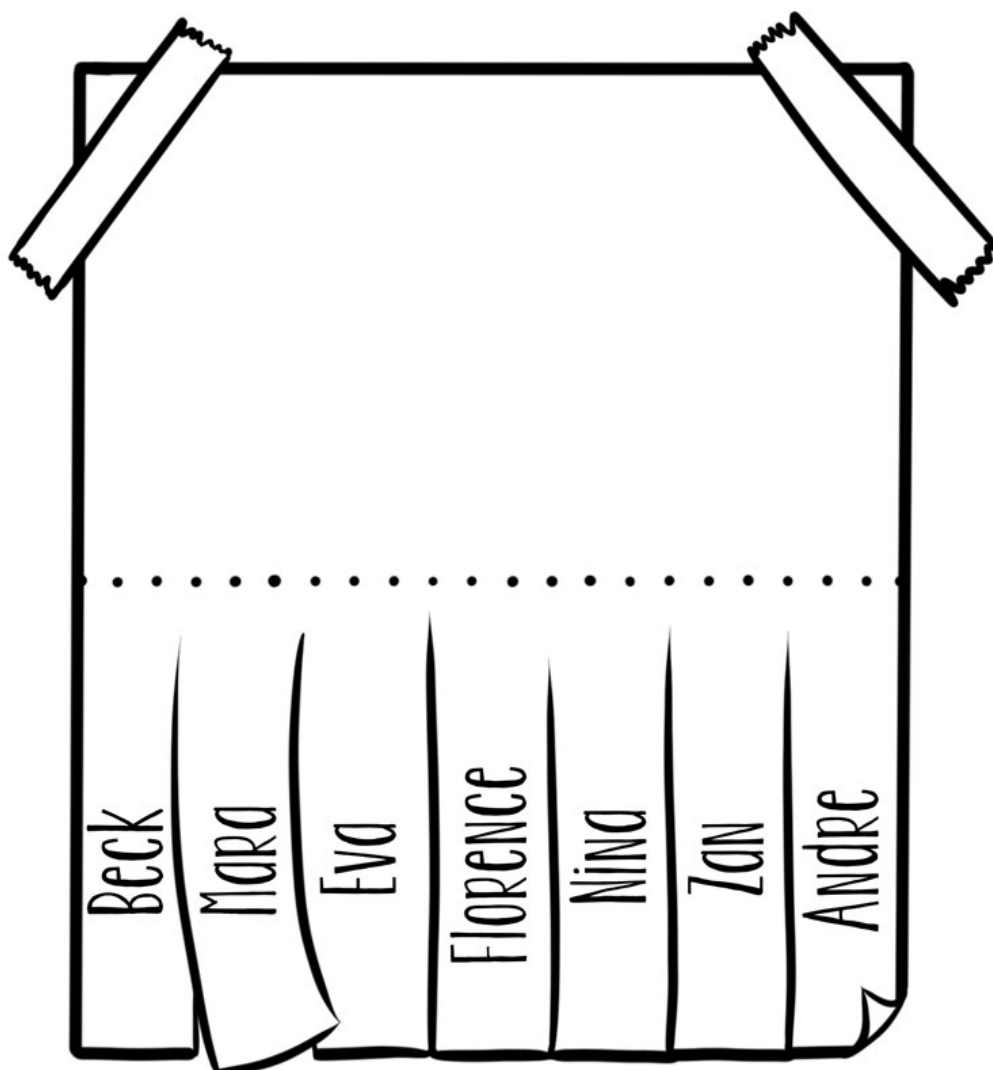
—¿Razón en qué? —Mara se acomoda por fin en esa silla supuestamente libre, el nombre borroso diluyéndose en el respaldo.

—En que vivir es más difícil sin vosotras.

Tejida la red de seguridad, respiran hondo sobre la cuerda floja, lo bueno del pasado más fuerte que lo malo.

Cuando salen de allí, solo son tres.

OceanofPDF.com



04.02

Existen dos instantes al día en que el mundo finge detenerse por alguien. Durante la madrugada, porque las personas corrientes no saben calcular el tiempo de la oscuridad, y al amanecer, porque el sol rosáceo es una herida de bala en el cielo que, orgulloso de su belleza, hace creer a quien mira que acierta el segundo exacto en que empieza a mudar al amarillo.

Ahora son las dos de la madrugada y la galaxia intenta que el mar sea amable con Zan, sentado entre las rocas de la escollera donde se encuentra el faro rojo. Sujeta una caña de pescar, a su lado un cubo y un salabre.

—Podría ser un asesino en serie, ¿sabes? —dice Andre desde lo alto, viéndolo como una criaturilla marina más que intenta camuflarse entre las rugosidades de las piedras.

—En este pueblo no hay nadie.

—Con más razón.

Como un sol del amanecer incrustado en la noche oscura, Andre sostiene el futuro sin moverse, con la vista clavada en el diminuto led verde que indica dónde está el corcho de la caña. La brisa remueve sus rizos castaños y hay cierta tensión en su vaga postura, como si se planteara zambullirse en el agua y comprobar si esa luz en medio de la nada lo guiará hasta un anzuelo o a algo mejor. En cambio, suspira y desciende a las rocas para sentarse junto a Zan.

—Estoy acostumbrado a pescar a estas horas.

—A lo mejor eres tú el asesino en serie, atrayendo a tíos buenos con tu... enorme caña.

—Uf —Zan niega con una sonrisa—, ya tengo mi dosis diaria de Eva, gracias.

—No sé cómo se aguanta a sí mismo.

Andre no hace ademán de chocar sus hombros, pocos son quienes pueden romper la distancia que Zan siempre establece para sentirse cómodo. Por eso suelta una risita y deja que el mar ruja de nuevo por encima de ellos, que sea su amigo quien hable si lo necesita, de lo que le apetezca:

—¿Problemas en casa?

—Conmigo. ¿Problemas en casa?

—La enfermedad de mi madre. Creo que... vamos a mudarnos.

Una vez más, Andre no fuerza los límites, no le pregunta por qué está allí solo y no pasando tiempo con ella. Si ver su endeble vida es un sinónimo de la muerte y por eso huye, o no ha huido en realidad pues tiene la esperanza de que sanará.

—Ojalá puedas estar en nuestra graduación, Zan.

Aunque falten meses, porque significará que su madre ha logrado recuperarse, que a ninguno le podrá lo complicado que es crecer cuando no entiendes tu alrededor ni nadie te lo explica.

Que a ninguno le podrá y jamás se separarán.

Cuando pestañea, las lágrimas al fin sueltas por sus mejillas, Mara ya no es Andre. La siesta se le ha ido de las manos y se yergue en la cama de golpe, como si alguien la hubiera pillado delinquir o soñando a través de un Andre remoto, reviviendo momentos concretos, algunos auténticos, otros inventados. Porque ella no estuvo aquella madrugada en la escollera, ni siquiera sabe si ambos chicos mantuvieron esa conversación.

Pues ya lo sabes, amiga.

Con la manga del jersey se seca el rostro y se convence de que ha sucedido porque Beck le contó qué había ocurrido con la madre de Zan. Y puede que algo de razón tenga, pero no toda: lleva adentrándose en los ojos de Andre al dormir desde que este falleció. Antes de enterarse, lo creía nostalgia, una muy desesperada como para imaginar quién era su amigo en cualquier circunstancia. Se había marchado a Londres y, cortada toda comunicación, lo iba a echar de menos. Era lógico. Ahora, por un segundo, que la fecha de su muerte y el comienzo de esos sueños coincidan le resulta aterrador. Un fenómeno sobrenatural digno de *Cuarto Milenio*.

Eh, a la cola de Iker Jiménez. Yo lo pedí primero.

18:02h marca el reloj digital que rescató de su antiguo dormitorio y al que solo necesitó cambiarle las pilas. Poco a poco, ese cuarto en la casa de Lupe va asemejándose más al de una joven de diecinueve años y menos al de un misionero; aun así, Mara no termina de invadirlo —eso siente— completamente. La escasa ropa en los escasos cajones, películas contadas en las contadas estanterías, el busto que le regaló su abuelo en una esquina, las puntas de *ballet* encima. Sobre el escritorio, algunos retales y su insufrible ordenador portátil, más lento en abrir un documento que un perezoso en bajarse de un árbol.

Todavía elude una decisión: vaciar su casa del todo y vender las pertenencias que han aguantado el polvo de más de un año pese a que caben, pero no quiere que quepan, en la habitación de Agustín el Misionero. ¿Y si el hijo pródigo regresa? ¿Y si Lupe se cansa de cobijarla al igual que sus padres se cansaron de ella incluso antes de nacer?

Mara se traga el resto de lágrimas porque, si reacciona, las avivará de nuevo. Se tensa sobre la cama, a pesar de todo ese silencio apacible que, hace un tiempo, solo debía romperse con los ruidos antinaturales de los

vecinos. O sea, de su familia. Vergüenza es lo que despierta en ella al recrear los insultos, los golpes en los muebles, el leve susurro que emitía su piel si aquellas manos que pegaban estrellas fluorescentes en el techo la agarraban demasiado fuerte. Debería sentir rabia, ansias de demoler esa casa que la vio decrecer hasta no ser siquiera una célula. Merece más y no esa cruda vergüenza, como si fuera la culpable, como si pudiera haberlo evitado.

18:30h. Aconte ya está sumida en una noche invernal. Mara, que no ha llegado ni a descalzarse antes de echarse en la cama, saca un fino fajo de currículums de un cajón y baja a la planta inferior.

—¿Vas a probar suerte? —dice Lupe, la melena rubia recogida bajo un amplio turbante y una mano cerrada en torno a la plancha que resopla vapor.

—Ojalá no me toque buscar trabajo en Valencia.

—Con tranquilidad, ¿vale? Me alegro de que estés aquí.

«Me alegro de que sigas aquí, de que pueda adelantarme si tienes ganas de marcharte de nuevo», lee Mara en su mirada. Lupe fue una de las pocas adultas que intentó ayudarla durante sus años en Aconte, la única con la que mantuvo el contacto después y nunca le pidió que actuara con una madurez imposible para su edad. Una especie de ángel custodio, porque pensar en ella como una madre lo complicaría todo.

Claro, es mucho menos complicado compararla con un terrorífico ángel de diez alas y dieciséis ojos.

—El dinero que ahorré en Londres no es suficiente para...

Mudarse y no molestar más. Conservar todas sus cosas y evitar que ese dormitorio del primer piso deje de parecer austero. Ella no merecerá la vergüenza, pero esa familia no merece su carga.

—No te preocupes —insiste la mujer.

Con los currículums entre los dientes, Mara asiente, coge su plumífero morado del perchero y sale a la calle mientras maniobra para ponérselo. De camino al quiosco, su primera parada, se observa en cualquier reflejo sin detenerse, intentando peinarse, quitarse las legañas, componer una sonrisa creíble que transmita seguridad y disimule esa típica modorra después de una larga siesta.

El pueblo ha chismorreado bastante sobre su regreso. Aun así, en cada establecimiento la contemplan con cierta curiosidad, preguntándole sin mucho disimulo para corroborar la veracidad de los rumores y no su profesionalidad. Al final, ese apático «ya te llamaremos» del que Mara no tiene fe.

La última hoja, porque sus dos cortas y nefastas décadas de existencia no le han permitido acumular más logros, la destina a Mar en Tasca. Su propietario ya contrató a Zan, pero quizá pueda apelar a su filantropía. Agustín el Misionero no debe ser el único con un alma caritativa en Aconte. Además, la invitó a una cerveza el día en que acudió con Beck y se alegró al verla, eso tiene que ser una señal providencial.

Entre las personas que deambulan por el paseo marítimo, Mara reconoce a una sentada en el bordillo de piedra, de cara al mar, con los bajos de su vaporoso vestido azotados por la brisa y la mirada oscura todavía más oscura al perderse en el horizonte. Nunca ha visto a Florence Russo de esa manera, muy seria, desafinada con el ajetreo del universo, tan quieta como ella misma ha permanecido sobre la cama. A sus ojos, siempre ha sido la sirena sobre una roca, embelesando a cualquiera con su canto y sus viajes y lo inalcanzable que resulta. No la roca bajo la sirena que, enquistada en la tierra, solo puede dejarse erosionar por algo más grande e impetuoso.

¿Desde cuándo la tiene así de idealizada? Mara va desmontando su error a medida que se acerca.

—Ey.

—Ey —Florence mimetiza palabras que le sirvan de escudo, al igual que la calada del poco cigarro que le queda, al igual que ese humor tras el que muchos se protegen (Beck, Eva, a veces Zan, antes Andre)—, ¿un paseo romántico en soledad?

—Al capitalismo se lo parece. —Levanta el último currículum—. ¿Puedo sentarme? —pregunta al darse cuenta del enrojecimiento en los ojos de la chica.

—Claro. —Otra calada mientras ambas terminan a un centímetro de que sus codos se rocen—. ¿Cómo fue con Nina? Siento no haber escuchado tu audio...

—¿Estás bien? —la interrumpe Mara, ahora preocupada pues la cazadora de Florence apenas debe abrirla, las manos rígidas por un frío que también le sonroja los pómulos.

—Una discusión con Jim —apaga el cigarro y lo deja a su lado—, ya sabes, mi *amigo* —retintín— el productor. No nos ponemos de acuerdo en ciertos aspectos y puede llegar a ser muy intenso.

A Mara no le gusta cómo suena «intenso», casi roto por una sonrisa que camufla... ¿un sollozo? Le cuesta descifrarlo y es su culpa. Siempre se ha creído lo que Florence muestra: una chica de familia adinerada que tiene todo a su alcance y, si no, se las arregla para conseguirlo. Fácil. O aparenta que así es.

—Mis padres también llegaban a ser muy *intensos*.

—No es lo que crees.

—¿Y qué es?

—Nada. —Sonríe, falso—. Él no quería venir a España y lo ha hecho como un favor. Entiendo que se enfade... Es decir, que discutamos porque no lo acordamos en los mejores términos.

—Un favor. Que se enfade.

—En serio, no es lo que crees. Ya estoy mejor. Me voy.

Antes de que se mueva, Mara la detiene por el brazo. Conoce a la perfección los esquemas de una huida: las respuestas malgastadas en una sola, las prisas, los gestos esquivos, los ojos muy abiertos para secar las lágrimas.

—No sientas vergüenza. Si ocurre algo...

—¿Vergüenza? —Florence la mira por fin con una ceja que se arquea inesperada—. Vete. O sea, quiero estar sola. —Posa una mano helada sobre la de Mara, entumeciendo emociones hasta el centro del pecho, y se apartan.

—Vales mucho, Florence.

—Y tú lo sabes bien después de tanto tiempo, ¿no?

Nina no es la única que guarda un puñado de granadas. Todos se han transformado en bombas de relojería, cuyos nuevos cables tientan con buena intención. Pero a veces la buena intención no es suficiente si se equivocan al cortar el cable incorrecto. Y Mara parece haber arrancado los de Florence de cuajo.

Solo lo parece, por eso Mara reconoce el último esquema de esa huida: justificar el daño porque, si nadie pregunta por el dolor, no se percibe tan real. Sin embargo, lo es, y no está dispuesta a que su amiga lo atraviese sola.

Escarba en los bolsillos de su plumífero para sacar un gorro y unos guantes. Ante el ceño fruncido de Florence, Mara le coloca el gorro, acariciando sus ondas de un castaño casi negro, y después le pone los guantes con una delicadeza tan tentadora que sus dedos terminan entrelazados. Se sujetan casi cinco segundos, ambas lo necesitan.

—Nina patinó, así que... cuando quieras, Florence.

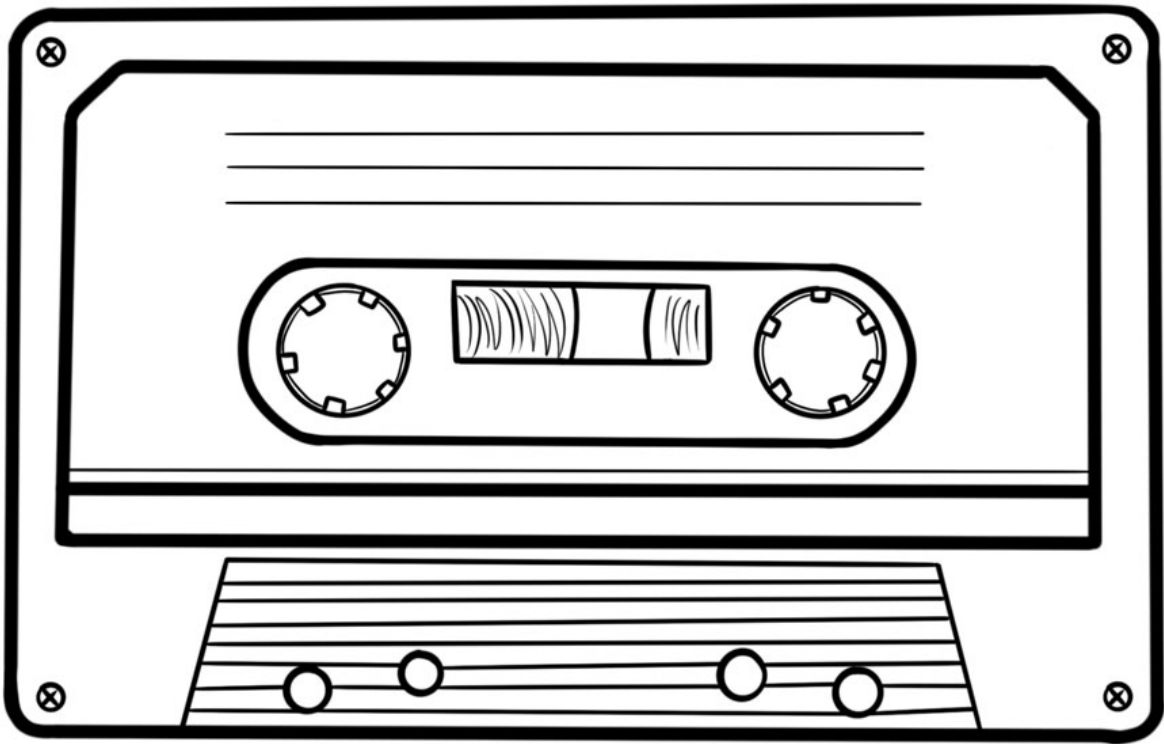
Mara se levanta con una sonrisa limpia de escombros, habituada a la guerra de verdades, al cambio en el interior de sus amigos, que lo eran y lo son, pues nunca serán los mismos que el día anterior, mudando las capas de su adolescencia en una constante e insoportable evolución.

El problema nunca fue que no llegaran a conocerse del todo, sino la impaciencia por hacerlo, dejando sus vidas en manos de quienes todavía estaban desentrañando las propias.

—Adiós, Mara.

—Hasta luego.

OceanofPDF.com



09.02

Las sonrisas son un vocabulario intrincado. No tienen una única acepción y, desde luego, la primera no es la felicidad. Por eso, aunque aprendieron a entenderse en silencio antes que con palabras, Eva le frunce el ceño a Beck cuando esta le sonríe tras algunos rizos desteñidos. Est n acostados en la cama de él, bocarriba, un AirPods en cada oreja y *Baltimore's Fireflies* de Woodkid sonando muy bajito pero muy adentro.

—*What is the price, am I supposed to pay? For all the things I try to hide?* —susurra ella, apenas cantando.

—*What is my fate, am I supposed to pray? That trouble's gone with the sunlight?* —responde el chico llevándose un puño al pecho, su sonrisa

afilada con cierta sorna—. ¿Estás intentando decirme algo? No estaría mal, ya sabes, las canciones solo funcionan entre nosotros.

Por las comisuras extendidas de Beck se escapa una mezcla de risa y resoplido. Nada más. Continúa con el rostro un tanto volteado hacia su amigo, los ojos entornados para leer su expresión al contraluz de una mañana que no logra vencer al frío.

Precioso. Ahora daos cuenta de que Nyapoleón no me deja en paz.

—Estamos bien, ¿no, Beck?

—Claro. —Se coloca de lado y Eva hunde más las cejas hasta ser una—. No creo que las cosas no te importen.

—Fuimos bastante imbéciles, pero, como siempre, yo gané.

En serio, Nyapoleón me ve. O lo que sea que puedan hacer los gatos negros de la brujería más sonada.

Nyapoleón está sentado en el alféizar, serpenteando la cola en un movimiento casi calculado, orientando sus orejas picudas hacia el espacio entre el escritorio y una estantería, llena de discos mezclados con casetes. Hay mucho más en ese dormitorio, Ikea parece haberlo vomitado directamente. Por eso, si se fijaran, se darían cuenta de que el animal lleva bastantes minutos concentrado en un único punto, en principio, vacío.

Suenan unos golpes en la puerta y ambos se yerguen. Nyapoleón deja de ser una pantera para transformarse en una bola de pelo con las pupilas dilatadas, a la espera de que le den un premio solo por existir. Evaristo se asoma por el resquicio a los pocos segundos y entonces se produce una paradoja, como si alguien hubiera viajado al pasado e interactuado consigo mismo, pues padre e hijo se asemejan hasta en la esclerótica. Pero ahí terminan las similitudes. El progenitor con mocasines y sus jerséis de cachemir atados sobre los hombros. El heredero con el armario a rebosar de ropa negra, algún granate, algún gris oscuro, y las Dr. Martens o las

zapatillas pintarrajeadas de siempre. El primero impoluto, el segundo recién salido de una pelea callejera.

—Necesito a mi hijo un momento. En nada te lo devuelvo, Rebeca — bromea. Incluso su empeño por ser gracioso sucumbe a la extrema cortesía, despertando en la chica un leve gesto que intenta duplicar las dosis exactas de diversión y elegancia.

Por desgracia, estos dos son más Sustancia X que azúcar, especias y muchas cosas bonitas.

Así que a Beck se le congela un rictus y no puede deshacerse de él, aunque Evaristo le caiga bien. Simplemente, el hombre se ha acostumbrado a tratar a todo el mundo con esa distancia que pretende ser cercana después de años agasajando a los clientes del Club Náutico.

La música se detiene y Eva se detiene también a pesar de que se incorpora, como si fuera un autómatas que por fuera obedece y por dentro se queda petrificado ante sus ganas de chillar que no, que no quiere moverse al son de nadie. Sin embargo, sale con la espalda un poco encorvada. No abatido, todo lo contrario, en guardia.

El resbalón de la cerradura emite un chasquido al no cerrarse del todo y, cuando Beck está a punto de levantarse para terminar de empujar la puerta, le llegan sus voces y cambia de idea. Nerviosa, acaricia el lomo de Nyapoleón, que ha ocupado el lugar de su amigo.

—Mañana vendrás al club, Eva. Cumple y ya está. Será un visto y no visto.

—Están enteradísimos de que llevas cinco años divorciado y que tu hijo ha resultado ser la oveja negra, no hace falta que me pasees más.

—A la gente le gusta ver que somos una familia unida.

—Pero ¿a quiénes vas a atender, a la Santa Madre Iglesia o qué? —Una pausa. Beck imagina que sigue sonando la música en su auricular—.

¿Vendrá mamá?

Un latido de más bombea unos cuantos nombres aquí y allá. Beck agacha la cabeza hasta que le duele el cuello y el gato le devuelve una mirada que, por primera vez en toda su vida, no juzga, sino que la cobija en esos abismos negros que han eclipsado sus iris verdes.

—Menuda familia unida, papá.

—La gente...

—La gente con pasta, ajá. —Un suspiro. Tal vez ahora Eva sí esté un poco encorvado por el cansancio—. Vivimos en un pueblo. Las apariencias son una gilipollez si ya lo saben todo.

—Esa boca —advierde Evaristo antes de añadir—: Y te equivocas. Justo porque lo saben todo debemos...

—Aparentar. Muy bien. Vale. Iré.

—Gracias.

Cuando Eva regresa al dormitorio, el rostro hundido por un enfado que prepara una nueva arremetida, Beck baja de la cama y se cruza de brazos. Él inspira, espira, inspira, más lento, espira, hasta que se agota. Entonces se miran otra vez y *Baltimore's Fireflies* no debe sonar por segunda vez, ya tienen respuesta al precio que se paga por ocultar las cosas, a los problemas que no se han ido con la luz del sol.

—¿Quieres que mañana te acompañe?

—¿Y que me toque explicarle a ese atajo de capullos que no te he pedido salir al fin porque soy arromántico? «No siento atracción romántica ni pretendo tener pareja, señores. Muchas gracias por asistir a mi TED Talk». Antes me saco los ojos y se los sirvo en bandeja. —Saca un cigarro, en él ha escrito: «Mátame, camión», pero se lo coloca sobre la oreja—. Qué manía con emparejarnos sin tener ni puta idea.

Coge el bolígrafo sobre el que se contrae el nombre de Andre y raya su escritorio. De no ser porque siempre lo reviste con vinilos que luego guarda plagados de firmas, letras de canciones y dibujos como dignas obras de arte, Beck lo regañaría.

—Venga —suspira el chico—, ve a casa de Nina antes de que se arrepienta.

—Puedo quedarme...

—No necesito un canguro emocional. Por mucho que a mi padre le pese que no sea el lobo de Wall Street, estudio Psicología, sé cómo funciona la movida.

Como si eso bastara...

—Además —Eva abre y cierra el Zippo, abre y cierra el Zippo—, quiero helado y la heladería está en dirección contraria.

—Hoy hace un frío de muerte.

—Ideal.

Camisetas sin mangas y helados en invierno. Botas altas y sopas ardiendo en verano. Una constante en Eva: hacerlo todo difícil y al revés. Quizá porque en su casa no lo pasa mal y puede permitirse el caos, o porque en su casa lo pasa tan mal que no sabe hacerlo de otra manera si no es absurdamente complicado. Igual con sus problemas, bien adentro cuanto más fuera necesitan estar.

Y es que Eva viene de evasión.

A Beck le resulta imposible acertar cuándo está mejor o peor si no se comunica. Si el problema es que oculta lo mucho que quiere a su padre y la creencia de que su padre a él no por falta de entendimiento.

¿Veis? No basta.

—A lo mejor tienes razón, Rebeca, y todo me importa una mierda.

Me dejan con Nyapoleón al salir y no puedo gritarle a Eva lo mal mentiroso que es.

Cuando Nina abre la puerta, los gritos de Shui y Mei, un revoltijo ininteligible de mandarín y castellano, reciben a Beck, quien aprieta los labios en una sonrisa torcida porque, pese a que el mensaje que Nina le envió tres días después de patinar sobre hielo no inducía al error («Ven a mi casa el sábado por la mañana»), lo último que quiere es molestar.

—Déjame adivinar: no están tus padres.

—¿Qué te hace pensarlo? —responde Nina con ironía, harta de vigilar a sus hermanas pequeñas.

—¿Los dos siguen trabajando en la empresa de tu abuelo?

—Sí. Intenta ahorrarte el túnel del terror. Directas a mi cuarto.

Mientras Beck se quita las zapatillas en la entrada, la nostalgia ralentiza sus movimientos, alegre de reconocer el aroma de esa casa que no pisa desde hace tiempo, o el cuadro de flores que la abuela paterna de Nina bordó junto a una frase en mandarín de la que no recuerda su traducción. Tampoco se ahorra el túnel del terror: en el salón, Shui y Mei pelean por apagar y encender el televisor, sus deberes esparcidos sobre la mesa.

—¡Hola, Beck! —la saludan al unísono.

—¿Diego aún está en el torneo? No me contesta a los mensajes —indaga Shui.

—¿Es que habíais quedado? —Beck alza las cejas, una expresión traviesa—. ¿A solas?

—¡¿Qué?! —La mediana de las Wu se sonroja hasta la raíz—. ¡No!

—Haced los deberes de una vez —les gruñe su hermana mayor. Una veloz reaparición que le arranca unas carcajadas a Beck mientras la arrastra

pasillo arriba, entre la decoración que aún la cultura española de su madre y la china de su padre.

Los recuerdos burbujan un poco más, como aquel día en que Beck se enteró de que Nina también era mestiza y las preguntas, que hasta ese instante ni siquiera se había atrevido a formular en casa, estallaron emocionadas a la par que inquietas. Los orígenes, el sentimiento de pertenencia... La abrumó tanto que Nina cerró la boca con un candado que tardó en reabrir.

Ni siquiera eran amigas. Roy la arrolló como un bulldócer.

El dormitorio de Nina es una instantánea que parece sencilla de memorizar por la sobriedad de sus muebles y cierta neutralidad en los colores, pero los detalles abundan. Una pared está repleta de medallas, mientras que varias guirnalda de fotografías Polaroid surcan el espacio sobre el cabecero metálico de la cama. Un puñado de libros acerca de gestión empresarial y sistemas de producción están perfectamente colocados en un estante, porque Nina estudia ADE en la UNED. Y, encima de la alta cómoda, hay algún trofeo y dos cámaras, una más vieja que la otra.

Cuando Beck se acerca para verlas mejor, intentando no tropezarse con los patines amarillos de cuatro ruedas que aparentan más una antigüedad que una vieja afición, sonríe al descubrir otras fotografías sujetas con pinzas a los trofeos o apoyadas en las cámaras: en la más actual, Nina y Zan posan con sus abuelos paternos. No parecen ni felices ni tristes, esa ambigüedad por la que nunca se pregunta descaradamente.

—Es del viaje que hicimos a China hace dos meses. Para el funeral de mi tía.

—Lo siento mucho —responde Beck volviéndose hacia la chica, todavía de pie y con los brazos cruzados—. Y siento no haberos enviado más

mensajes mientras estabais allí, es que no sabía si...

—No hubieras molestado —la interrumpe Nina con una ligera sonrisa. En ella, es mucho—. Tampoco tenía demasiado sentido que nos hablaras más porque mi tía —respira hondo, aún cuesta— falleciera. Ya habíamos perdido el contacto.

—Jamás debimos perderlo.

¿Qué están viendo mis ojos? Espera, ¿tengo ojos? En fin, están avanzando a zancadas y casi me entran ganas de llorar de felicidad. Experimento fantasmagórico: si lloro, tengo ojos.

Ambas se miran de manera fugaz, no sea que un comando de la Generación Z irrumpa por la puerta y las multe por tomarse su tiempo. Otra sonrisa, por fin compartida, y Nina gesticula hacia la cama para que su amiga tome asiento. Beck apoya el trasero en una esquinita, descubriendo nuevos ángulos desde los que contemplar el armario a medio cerrar, o la ropa deportiva colgada, o el escritorio ordenado, o una mochila de senderismo camuflada en un rincón.

La visión le arde al instante. El nombre de Andre refulge con tanta viveza sobre la mochila que, si pudieran ver a través de sus ojos malditos, nadie diría que está muerto. Gira la cabeza hacia las fotografías colgadas en la pared y las lágrimas acuden cuando se reconoce en algunas. También al resto de sus amigos, a las compañeras de gimnasia rítmica de Nina, el *skatepark* y girasoles y atardeceres y una hoguera que puede pertenecer a un campamento o a un San Juan.

A aquel San Juan de su graduación.

Ninguna de Andre. Sí de su *skate* o de sus zapatillas entre otras. No de esas sonrisas partidas que alardeaban saber mucho de la vida, ni de sus párpados entornados porque el sol siempre embestía contra la claridad de sus iris.

—¿Beck?

—Es la alergia.

—Estamos en invierno. Y, que yo recuerde, nunca has sido alérgica a nada. —Nina se ha detenido frente a ella. Sobre la mochila de senderismo, que ahora sujeta, el nombre de Andre está inscrito en el aire con tanta violencia que parecen los cuchillazos de un asesino en serie—. ¿Estás bien?

—Sí. Es que —media verdad no es mentira en ese caso— me he emocionado. —Un vistazo al muro de la fama, y no por ser los mejores amigos.

—Ah...

Aunque establecieron la norma de no hablar sobre Andre, como si el silencio pudiera engañar a la realidad, Nina va a romperla. No porque Beck le pregunte sobre la ausencia de fotografías de su mejor amigo, sino porque al fin compartirá lo que los padres del chico le dieron para que el grupo entero tuviera un recuerdo de él. Uno que ella ocultó.

—Esta mochila es de...

—Andre.

—¿Cómo lo sabes?

Ahora Beck decide mentir del todo. No es el momento de confesar que ve nombres en todas partes, pese a que tampoco es muy convincente:

—Era sagitario. —Era, era, era—. Y los sagitarios son muy aventureros. Vamos, todos sabíamos que Andre quería ver mundo.

—Ya. —Nina aprieta los labios cuando desengancha las hebillas, aparta el bolsillo superior y destensa el cierre—. Rocío y Fernando me trajeron esta mochila cuando... me recuperé del accidente. Está llena de cosas de Andre. Querían que todos nos quedásemos algo para recordarlo.

—¿Qué? —Por mucho que quiera reaccionar enfadada, Beck solo consigue vocalizar—: Ha pasado más de año y medio...

Sí suena un poco a reproche, a incredulidad absoluta, pues Andre pudo ser el mejor amigo de Nina, pero el resto también merecía conocer la existencia de esa especie de herencia. Aun así, Beck solo se acerca la mochila hasta que choca con sus rodillas. Unas lágrimas impactan contra los primeros objetos: una camisa de flores y unas gafas redondas con los cristales morados.

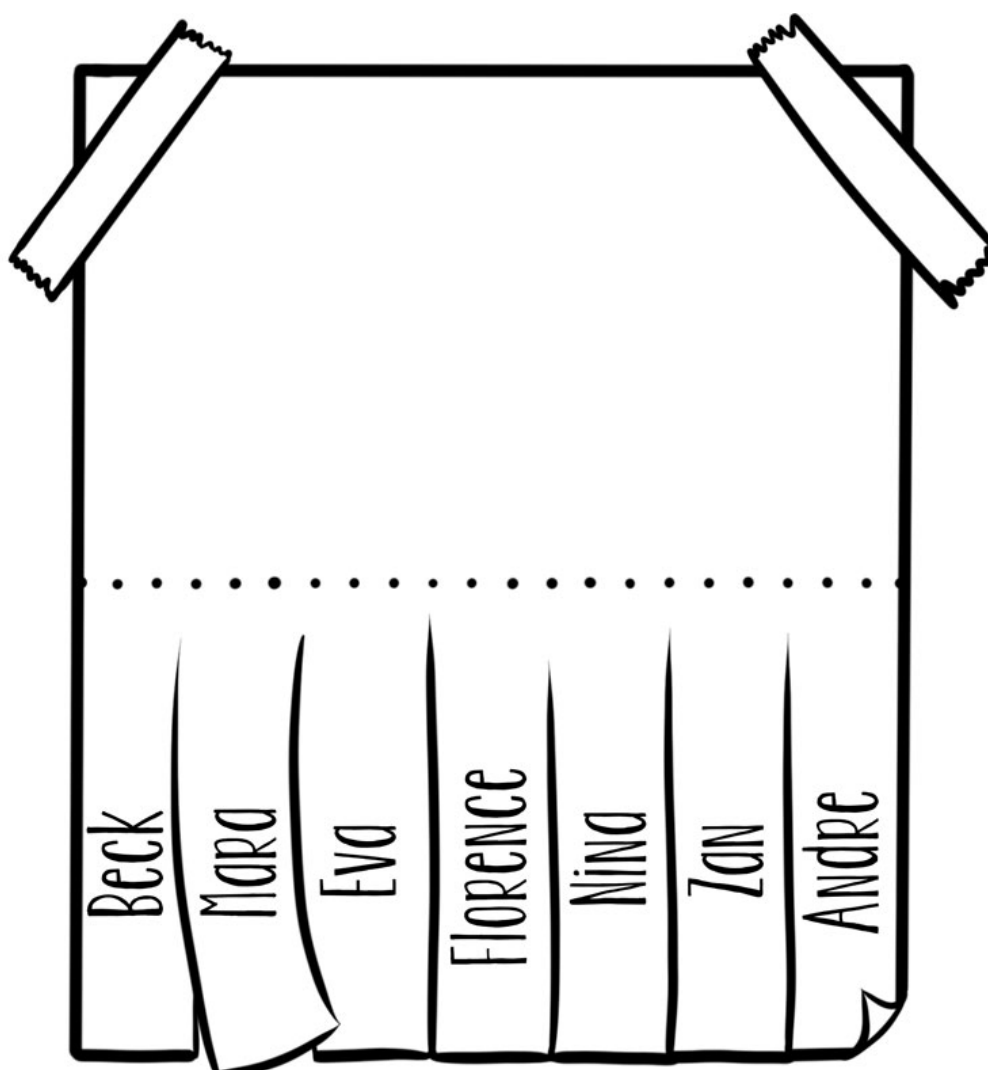
Tenía un gusto exquisito, no me lo negaréis.

—Lo siento mucho, Beck. Como tú, me sobrepasó. Entonces nos distanciamos y... no sé. Pero no he mirado dentro. No lo haría sin vosotros. Te lo juro.

Quizá es la segunda vez que Beck ve llorar a Nina. Durante la primera, había perdido un campeonato nacional de gimnasia rítmica que, además, le costó una lesión en la pierna derecha que padeció hasta que se la amputaron.

La mochila queda olvidada a un lado cuando una se incorpora para abrazar a la otra y apretujan sus cuerpos heridos. Pese al consuelo, no recuerdan aquellos momentos en los que Andre vivía con ímpetu, como si la muerte siempre hubiera estado lejos y fuera imposible alcanzarla con diecinueve años, demasiado joven. Andre permanece en sus memorias con la forma de ese dolor posterior al accidente de coche, no con la de un amigo cuya corta vida sigue valiendo el peso de un siglo.

Vivir poco puede ser una mierda, pero más que solo te recuerden muerto.



15.02

«Es sobre Andre».

El mensaje mágico que ha logrado reunir al grupo entero en casa de Eva otra vez, no sin respirarse cierta tensión. Nadie les comentó que los hilos rojos del destino sirven tanto para unir como para ahorcar. En Beck y Eva, la paz se termina de remendar, él repantigado en el suelo de su dormitorio y entre las piernas de su amiga, quien, sentada en la cama, está recogién-dole

algunos mechones ondulados y pelirrojos en una trenza de raíz. Sin embargo, en Mara y Florence el nudo se ha apretado tanto que es difícil de aflojar, encontrar por dónde estirar para deshacerlo. Solo Nina, que ya no parece en pie de guerra, ha alternado la mirada entre ambas hasta que le ha sido imposible ignorar más la atención inquisitiva de Nyapoleón.

Está oliendo mi esencia espectral en ti, Nina. Huye.

—Joder, me muero de hambre —se queja Eva apoyando los codos en las rodillas de Beck—. Podemos pedir algo y comer aquí. Mi padre no llegará hasta la noche.

—El turno de Zan ha acabado hace nada. Estará al caer —le dice Mara, sentada en el otro extremo de la cama.

—Por cierto, hoy es tu primer día de trabajo, ¿no? —recuerda Beck—. Sabía que Javi no se negaría. ¿Tienes ganas?

Resulta que el dueño de Mar en Tasca es tan filantrópico como Agustín el Misionero. Mara asiente, contenta de haber encontrado un trabajo por fin, aunque sea a tiempo parcial. Podrá aguantar un poco más sin vender todas sus pertenencias, conservando ese pedazo de ella misma y, por ende, de sus padres.

Uno que quiere y no quiere. No es tan sencillo olvidar un amor que no le dieron, pero que siempre imaginó y sigue deseando, como una náufrega condenada a la sed, consciente de que no le sirve el vasto mar pese a ser agua. ¿Hay algo de ella que no sea de ellos?

—¿Qué os pasa a vosotras dos? —De Eva a Florence y Mara.

—¿No te molesta que trabaje con Zan? —De Mara a Beck.

A un unísono digno de un coro góspel. El intercambio de miradas rompe todos los hilos rojos con curiosidad y confusión.

—Nada —responde Florence enseguida, jugueteando con los múltiples y diferentes anillos que suele llevar. Un vistazo a Mara, que traga saliva

aunque ambas lo sienten en la garganta—. Estoy en sequía, ¿vale?

—¿De follar?

—¿De componer música, pedazo de salido!

—Entonces, de lo otro bien, ¿no? —Eva sonríe con esa avidez de más caos y Beck lo coge de la barbilla para alzarle la cara en su dirección—. Paciencia, Rebeca, ahora te toca contestar a ti. ¿Por qué Mara piensa que trabajar con Zan puede molestarte? ¿Celosa?

—¿De qué exactamente? —Beck se agacha un poco más hacia su amigo, con expresión amenazante, y este le responde lamiéndole la nariz—. ¡Eres un guarro! —Se aparta entre risas que se van apagando a medida que contempla a Mara con seriedad—. ¿Por qué lo piensas?

—Es que... hay algo raro entre vosotros y no quiero estropear —gesticula señalándose y señalándolos— esto.

—¿Algo raro? No empecemos. Pase lo que pase entre nosotros, que nada va a pasar —añade porque Eva vuelve a mostrar ese gesto insolente—, sería un problema de los dos. Zan también es tu amigo. En fin, que lo somos. No dejamos de serlo, ¿verdad? Amigos.

A Florence se le escapa una risita y Mara la comprende enseguida, pues ella le preguntó lo mismo el día de la exhibición de Nina. Torpes, avergonzados, como si nunca se hubieran equivocado, como si realmente partieran desde cero. Sí es un nuevo punto, pero el mapa que ya trazaron juntos está lleno de rutas, desvíos y zonas vedadas. Imposible de borrar.

De pronto, suena el timbre y Eva se incorpora mientras dice:

—Esto no termina aquí, amigas.

Solo acaba de empezar, añadiría de ser un narrador competente. Por suerte en ese caso, ninguno está al volante de sus propias vidas, así que ¿cómo van a ver el futuro?

Ese es mi papel aquí. Ver cómo la cagan y daros mi opinión.

Los dos chicos del grupo tardan menos de medio minuto en aparecer. Sin embargo, a Mara le basta para pillar la rápida y cómplice mirada que intercambian Beck y Nina, quizá sobre la razón que los ha congregado allí. Luego la de Florence clavada en ella, bien hondo, de esas que buscan la solución a todos los acertijos. «Se va a llevar una decepción», piensa Mara recogiendo unos mechones rubios tras la oreja. Ella es una incógnita en sí misma.

Pero resulta que no es una mirada que busca, sino que encuentra y, después de presionar, acaricia. Por el pecho de Mara se descuelga un estremecimiento que chapotea en su estómago. No ayuda que Florence sonría de medio lado, orgullosa de haber detectado el instante exacto en que le ha despedazado los nervios para tocar sus trizas una a una.

—Esta vez intentad no dar portazos si discutimos —bromea Eva cuando llega junto a Zan. Lo coge de los hombros por detrás, casi lo ha arrastrado hasta allí.

—Gracias por el servicio de transporte, ya puedes soltarme.

—¿Y joderme semejantes vistas? —Eva le da una palmada en el culo y esquiva a tiempo un agarre de su amigo.

—Te has librado por los pelos —dice Zan.

—¿Estos? —Se pasa una mano por la trenza, todavía mordaz—. Me la ha hecho Beck. Gratis, claro, a lo mejor a ti prefiere cobrarte en...

—¡Tengo prisa! —lo interrumpe Mara incorporándose. Beck le susurra un agradecimiento que, aun así, no baja la temperatura de sus mejillas—. ¿Qué teníais que contarnos?

—Pues... —musita Nina, la vista en sus pies—. No os enfadéis.

Mal comienzo para un grupo que intenta sobrevivir a los años y los secretos como una roca pesada en arenas movedizas. Pero quizá el silencio y las discusiones hasta ahora los han curtido en paciencia, porque no la

contemplan con los reproches en ristre. Al contrario, esperan y siguen sabiendo hacerlo cuando ella dice:

—Me he callado una cosa desde que... Andre falleció.

Uno.

Dos.

Tres.

Eva susurra:

—El tema prohibido.

Beck interviene:

—No en este caso.

Andre piensa: ellos un paso más cerca de mí. Yo un paso más lejos de aquí.

—Escuchadla.

Nina se levanta de la silla del escritorio y se acerca a la mochila de senderismo sobre la que, sin que ninguno se haya percatado, Nyapoleón se ha acostado, conquistándola para hacer honor a su nombre. Sorprendentemente, el gato se aparta sin resoplar ni juzgarlos, afectuoso cuando roza con la cola una de las cinchas.

En el centro del corro, un círculo más parecido a aquella bola de plastilina imperfecta que eran, Nina coloca la mochila y empieza a hablar de esa especie de herencia que ni siquiera les correspondía, que los padres de Andre decidieron que lo fuera porque nadie esperaba tener que recibir nada de él tan pronto.

Ninguno le recrimina lo mucho que ha tardado en contarlo. Tampoco qué habría sucedido si Mara no hubiera regresado y siguieran distanciados, porque la mochila, en el instante en que Nina Wu la aceptó y ahora mismo, se siente similar a una carga. Ni alegría ni alivio ni curiosidad. Y la chica decidió responsabilizarse y zambullirse en la muerte de Andre con ella

puesta, las hebillas bien cerradas a pesar de asfixiarse en medio de la angustia.

—Lo siento —dice Nina al final con lágrimas que limpia en el hombro de Zan cuando la abraza. Es tan alto y ella se vuelve tan diminuta que desaparece entre parpadeos.

—¿La preparó Andre o sus padres? —A Mara le tiembla la voz mientras se acerca a la mochila con pasos dubitativos.

—No me lo dijeron... o no me acuerdo.

—¿Importa? —Florence se pone a la altura de Mara. Un paso más y pueden tocarla sin estirar los brazos—. Quiero decir, sea como sea, no era para nosotros.

—O sí.

—Ahora lo es.

—¿La abrimos?

Respiran hondo a la vez. Algunas sonrisas revelan que sobrevivirán a este nuevo horizonte. Entonces Beck coge a Nina de la manga:

—Creo que deberías ser tú quien saque todo lo que hay dentro. Al fin y al cabo, sus padres te la dieron a ti. Erais mejores amigos.

—¿Seguro?

Un asentimiento general. Hay cierta ceremonia y mucho respeto en cómo Nina abre la mochila, el resto alrededor como si velaran a Andre. Lo primero que se ve es la camisa de flores y las gafas moradas. Luego sacan una chaqueta vaquera llena de parches, un juguete para gatos, una cantimplora abollada y un mechero Zippo iridiscente.

—¿Es tuyo? —le pregunta Zan a Eva.

—No —responde Beck, que se gana una única mirada de muchos ojos y cero pestaños. Es de Andre, pero solo ella ve su nombre, así que titubea antes de dar con una excusa—: Si lo fuera, tendría garabatos.

—Andre también lo pintarrajeaba todo. Pero ¿fumaba?

—Qué va —ataja Eva enseguida, cogiéndolo—. Es chulo.

Hay un marco hecho de conchas con una foto. Salen todos, tirados en la playa con la piel rebozada en arena y las sonrisas claras como la espuma de mar. Agosto, los quince años de Rebeca Roy recién cumplidos, por eso no faltaba ni uno. Un poco borrosa, aun así, se les reconoce. De pronto, en la habitación de Eva huele a salitre y a refrescos y a crema solar.

—¿Esa soy yo? —se sorprende Florence señalando una cabecita con el pelo oscuro recogido en una coleta alta—. Madre mía, qué enano parecía Andre.

—Pero está de espaldas, ¿no? —ríe Nina.

—¿Qué dices, tía? —le suelta Eva—. ¿Tú has visto qué cara? Era guapo, el muy cabrón.

La risa de Nina muere cuando aprieta los labios. Solo Mara y Beck reparan esta vez en las piezas desencajadas. Se miran y miran a su amiga. Entonces algo muy callado dentro de cada una hace contacto y encaja, pero terminan fingiendo la normalidad del resto. Es mejor así. De momento.

Una bandera LGTB, unas ruedas rojas de recambio para el *skate* y un ejemplar muy manoseado de *Corazón de tinta*. Entre las páginas se escurre una carta que ninguno logra atrapar al vuelo. Es Nina quien la recoge y acaricia la solapa cerrada con las yemas.

—A lo mejor es personal. Ni siquiera la abrieron sus padres.

—Andre no está aquí para...

Casi habían conseguido que desapareciera.

—Dale un vistazo, Nina —tercia Beck—. Si consideras que no deberíamos leerla, no lo haremos, pero nos arrepentiremos si lo dejamos estar. Además, llevamos media hora juntos sin discutir, yo no desaprovecharía la ocasión.

—Haced caso al diccionario andante, cuando se pone en modo Gandalf es muy sabia —bromea Eva, aunque razón no le falta a la chica.

Con las pertenencias de Andre entre los brazos, atienden a la forma en que Nina rasga la solapa y despliega un único folio sin más preámbulos. Intentan leer el papel al contraluz del mediodía; sin embargo, Nina se echa a reír.

—Tengo miedo. ¿Es capaz de reírse así?

—Nina —Zan obvia el chiste de Eva—, ¿estás bien?

—Regalos.

—¿Cómo?

—Es una lista de regalos de cumpleaños.

No una cualquiera. Asistir a un concierto de M83, probar todas las patatas fritas de Valencia, tatuarse, recorrer la Ruta 66 en furgoneta, preparar una paella gigante, ganar una partida de *paintball*...

—«Ir a una tienda de segunda mano con estos, vender e intentar no comprar nada».

—«Celebrar mi cumpleaños y apagar las velas de una sin que nadie más sople».

—«Una última conversación con Felisa antes de hacer el Interrail. Si es con ellos, mejor».

—¿Qué locura es esta?

—¿Quién es Felisa?

—¿Os habéis dado cuenta de que...?

Intentan dejarse hablar entre gestos y Nina levanta una mano, pidiendo la palabra como si estuvieran en clase:

—¿Os habéis dado cuenta de que nos incluye en sus planes? —Siempre hay un «grupal», «con estos», «todos». Contempla el folio con añoranza,

pero también frunciendo el ceño—. Nunca me habló de esto. ¿Vosotros sabíais algo?

—Para nada. —Zan se encoge de hombros y relee algunas partes por encima de la cabeza de su prima—. Parece que lo escribió en diferentes veces. —La tinta negra, luego azul, dos frases seguidas en rojo—. A lo mejor...

Dilo. Siempre fuiste de los más avisados.

—A lo mejor fue notando que el grupo no estaba bien y quería hacer todo esto antes de que se terminara el colegio. De que... nos separáramos.

—Es mucho suponer, ¿no? —Florence, siempre tan racional para ser artista—. Tú y yo nos graduamos un año antes.

—Pues a mí me gusta pensar que fue así —murmura Mara doblando la esquina del folio para verlo bien, o quizá para rozar la letra de Andre por si sus huellas también pueden leerse—. No estaría mal regalarle algo.

A diferencia de Zan, Mara no añade otra razón por la que la tildarían de peliculera: tal vez sueña recuerdos de Andre a modo de cuentas pendientes y, si cumplen la lista, dejará de hacerlo. Pero incluso a ella le resulta descabellado si lo piensa más de dos minutos seguidos.

Entre Fantasmas tiene nuevo protagonista.

—¿En serio? —responde Beck, una sonrisa socarrona que vacila. Los demás tampoco se muestran muy contrarios a la idea, ni siquiera Florence después de lo que Mara ha dicho—. Es en serio.

—¿Por qué no? —Eva extiende los brazos—. No sabemos si Andre escribió todo esto porque nos estábamos yendo a la mierda, pero son planes que están de puta madre y nosotros... estamos juntos de nuevo.

—Sería guay. No todos estuvimos en su funeral. Nunca pudimos despedirnos como él se merecía —reconoce Nina, un tanto ahogada, pues

ella fue una de las que no pudo ir al estar ingresada en el hospital—. Cumpliría veintiuno en noviembre, tenemos casi un año entero.

—Un regalo por persona. No vale repetir —propone Zan.

Con el entusiasmo todavía comedido, le sacan una fotografía a la lista y la envían al Consejo de Guerra, su grupo de WhatsApp, reflatándolo. Cuando meten a Mara con su nuevo número de teléfono, ninguno comenta que el de Andre ya no está. Aun así, en el ambiente no se incrusta el dolor, sino la sensación de que sigue vivo junto a ellos.

Solo entonces, los objetos del chico desuelan menos. De hecho, Beck y Eva se acuestan en la cama de un salto, uno con las gafas moradas y la otra con la camisa de flores, comentando el día en que Andre apareció en clase vestido de esa guisa y calzando chanclas con calcetines. Ahora sería tendencia. Zan los observa de reojo, disimulando que lo hace mientras hojea *Corazón de tinta*. Florence utiliza el juguete para gatos con Nyapoleón. Entretenidos, Mara aprovecha para arrimarse a Nina y susurrarle:

—Siento mucho lo que pasó antes de...

—No te culpo.

—Nina, si no fuera...

—Shhh. ¿Quieres que Beck se entere?

—Debería.

—¿De esta manera? —Nina se rasca la nuca, el pelo le ha crecido—. Lo hablamos a solas, ¿vale? Y cuéntaselo a Beck, aunque busca un momento mejor. —Cierra el bolsillo superior de la mochila y añade—: Y no hay nada que perdonar, Mara. Sé que me he portado fatal y he dicho cosas horribles que no pienso, pero lo sabes, ¿no? Me alegra mucho que consiguieras irte a Londres y hayas podido volver cuando te sintieras... a salvo.

A salvo. Mara mentiría, no está a salvo de sí misma. De la imaginación que esboza a sus padres reapareciendo y llevándosela lejos con una

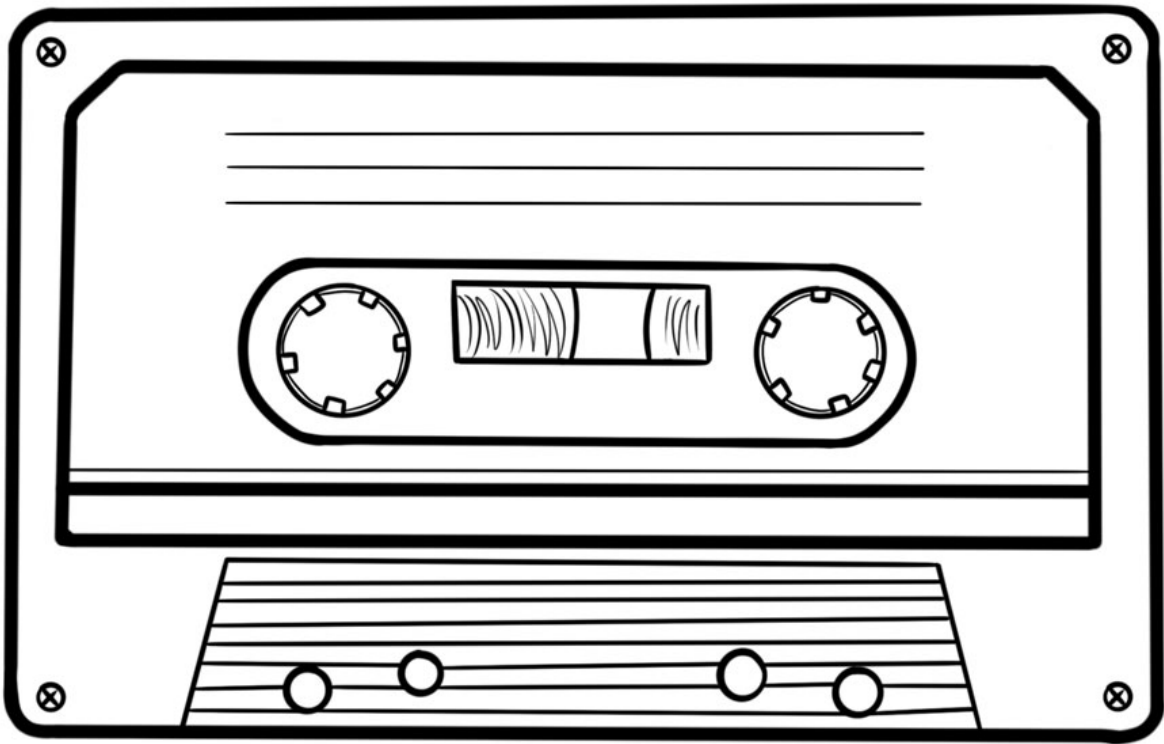
brutalidad que no ha olvidado. Desde que llegó a Aconte, la necesidad de pedir ayuda, esa siempre acallada pues jamás se atrevió a contar lo que era invisible para el resto, solo ha crecido.

Debería pedir ayuda ya.

Pero acaban de revivir a Andre.

Sí, habrá un momento mejor.

OceanofPDF.com



22.02

Por fin Beck nota que sus pasos no pisan el mundo que ayudó a demoler, sino que crea uno nuevo a medida que avanza. Que se merece inventar ese lugar en el que encajar, quizá pertenecer, a pesar de todas las equivocaciones. Se apunta mentalmente esa sensación, está segura de que a su psicóloga le parecerá un triunfo.

Tampoco lo dirá muy alto, puede que ni siquiera lo diga, pero ha escrito. Dos, tres párrafos... Líneas sueltas que se han resbalado de sus dedos hasta impactar contra el teclado. Un campo de letras sembrado con lentitud aunque próspero, como si algo carente de voluntad entendiera de repente que vive y entonces viviera. Así ha sido su escritura por la mañana, ciento setenta y cuatro palabras en dos horas después de dieciocho meses.

Poco y mucho.

Marchitarse rápido y crecer aún más deprisa.

Mientras pasea a Cerebro, Beck relee por enésima vez la lista de regalos de Andre. No puede creerse que su amigo pensara en algo así, aunque mucho menos que vayan a cumplirla en parte. Han pasado seis días y nadie se ha decidido todavía por un regalo, ni nadie ha hablado en el chat grupal.

Tal vez se hayan precipitado. Andre siempre tuvo alma de pegamento y está claro que sigue uniéndolos. Sin embargo, Beck espera no ser la única con ganas de compensar todo ese tiempo separados, movidos por el rencor y las dudas.

Quizá demasiadas, porque de repente repara en que está en la Otra Parte, exactamente en la calle de Zan. Acusa a Cerebro con la mirada, pero este gira la cabeza hacia ella con la lengua descolgada y los ojos desorbitados. Esa sonrisa bobalicona.

Inocente pero no mucho.

—¿De qué vas, Cerebro? Vámonos.

Un estirón de correa, el perro se sienta. Otro estirón, el perro se acuesta. Beck se acuclilla y lo señala amenazadora.

—No me hagas cargarte, porque pesas un quintal y aprecio la integridad de mi espalda. Vamos. —Nada—. Te dejo aquí, ¿eh? —Suelta la correa—. Cerebro —dice a medio camino entre un susurro y un gruñido.

Un ladrido.

—No quiero, ¿de acuerdo?

Beck parpadea. ¿Ahora no solo ve nombres, también traduce el sonido de los animales? No está preparada para marcarse un Doctor Dolittle, el universo ya le ha gastado demasiadas bromas pesadas. Sin embargo, dos frases más en mandarín, o eso deduce ella de todas las veces que ha

escuchado a los Wu usarlo, le hacen volver la cabeza hacia la esquina de la calle.

Zan y su padre están en la entrada de su casa, entre las plantas que adornan la pequeña parcela. El primero con una mano sobre la puerta enrejada y el segundo con un brazo extendido hacia el interior. En ambos, la misma dosis de cansancio y enfado. Pese a que es obvio por todo lo que han sufrido, a Beck le impresiona lo mucho que Tao, el padre del chico, parece haber envejecido.

Recuerda perfectamente el día en que lo conoció, cuando su madre la llevó a la zapatería que el hombre regentaba con su mujer para comprarle unas deportivas nuevas. Tenía nueve años y Zan le sonaba por ser el primo mayor de Nina. El niño estaba haciendo los deberes en un extremo del mostrador y se contemplaron a la vez, él con una indiferencia que mutó al sonrojo en cuanto ella le dedicó una amplia sonrisa.

—Las últimas —dijo Tao enseñándoles aquellas zapatillas cuyas suelas se iluminaban a cada paso.

Y a Beck le pareció que se las había guardado expresamente antes de que se agotaran. Se lo agradeció con tanta efusividad que le arrancó un gesto amable y otra combustión espontánea a Zan.

—Quiero vivir aquí —le espeta Zan. Luego añade otra frase en mandarín que suena a recriminación porque, además, su padre aprieta los labios—. Me voy a trabajar.

La puerta metálica restalla y Beck reacciona de golpe, pues debería haberse marchado en el mismo momento en que los ha visto discutir. Coge las piernas traseras de Cerebro, pero solo logra arrastrarlo medio metro. Y, como aquella vez en la zapatería, Zan y Beck se miran en el mismo segundo, milimetrado, como si estuvieran destinados a colisionar a la vez

para no perturbar el sentido estricto del tiempo. Un instante que solo ellos han roto y, por lo tanto, solo ellos pueden anidar.

Zan pasa de largo. Ni un escueto saludo. Una indiferencia que ya dominaba desde pequeño, pero que ahora no conserva nada de inocencia. Pretendida, dolorosamente pretendida.

Lo siento por Roy: no va a ser agradable.

—¡Espera!

Entonces Cerebro se incorpora y alarga las piernas tanto como la chica, que comete el desliz de detener a su amigo por el brazo. De pronto, Zan tiene las mejillas de ese rojo incandescente que a Beck empezó a gustarle provocar desde el inicio, no esta vez, pues él se deshace del agarre con una sacudida.

—Más tarde, Rebeca.

—¿Estás bien?

—De lujo.

—Puedo escucharte y...

—Estoy seguro.

Una ironía tan brutal que a Beck se le escapa un jadeo. Frena, y Zan aprieta los labios más fuerte de lo que ha hecho su padre. Se miran de nuevo, no dentro de ese instante único para ambos, por eso desgarra cuando el chico se despide así:

—¿Ahora te interesa mi vida?

Por culpa de esos dos últimos meses de silencio. De esos dos últimos mensajes en un chat que ninguno volvió a abrir después. Un «gracias» para un «lo siento muchísimo». Una mala amiga, eso ha sido y eso es. Lo fue con Mara y con Nina. Lo ha estado siendo con Eva. Con Zan.

Sin excusas, los nombres a su alrededor se convierten en fuegos artificiales que le duelen en la piel porque detonan demasiado cerca. Solo

quemar y ciegan y aturden con el estruendo de la verdad.

Mala aquí y allá.

Mala en todo.

Cuando llega a casa, se le olvida quitarle la correa a Cerebro. Se le olvida que no vive sola. Se le olvida que la vida depende de su cuerpo. Los pulmones en colapso y los músculos tan engarrotados al encogerse sobre la cama que llega un punto en que no los siente. Ni siquiera la voz de Julia, la de Sofía, incluso la de Diego. La de Andre, que también la culpa.

No te culpo.

Suda, pese al invierno. Se abandona a un sueño sin sueño, pese al dolor.

Le duele la mandíbula de tanto apretar cuando respira por la boca. Beck parpadea varias veces, sus pestañas se han apelmazado con las lágrimas. Los nombres son brasas.

El móvil se ilumina con un mensaje de Zan. «Estoy aquí abajo. ¿Podemos hablar?» Es de noche. Las 00:15h concretamente. Coge el móvil. Está calzada. Aún lleva la chaqueta. Baja al salón. Ni rastro de su hermano pequeño. Su madre y Sofía están acomodadas en el sofá frente al televisor. Apagado. Dos copas de vino en la mesa central. Sus miradas en ella. Ella en ninguna parte. Todavía. Espera.

Cada instante desmenuzado porque así se siente siempre después de un ataque de pánico, como si todo se hubiera desperdigado en fragmentos diminutos y tuviera que remendarlos sin una guía. Como si apenas pudiera tragar el entorno si no son migajas.

—Cariño —Julia extiende una mano—, ¿estás mejor? ¿Qué ha pasado?

Los dedos de madre e hija se entrelazan y las piezas del mundo empiezan a encajar mejor. A fluir de nuevo en una corriente sin trompicones. Sofía se mantiene al margen, pero Beck le dedica un frágil gesto que trata de ser

tranquilizador porque la considera parte de esa diminuta familia. Porque la mujer también ha subido los peldaños y acariciado sus rizos y susurrado que no está sola.

—¿Crees que Sandra me adelantará la cita? —La chica se frota los ojos irritados—. ¿Podemos permitirnos que vaya a su consulta cada dos semanas y no solo una vez al mes?

—Por supuesto. Lo que necesites.

—Es que hacía tiempo que no...

Que la ansiedad no le mordía el cuello y la inmovilizaba como un animalillo que aparenta estar muerto para esquivar el peligro. A Beck siempre le ha asustado esa sensación porque, pese a que le resulta sencillo fingir, nunca nada le ha asegurado poder regresar a la normalidad.

—Zan está fuera. ¿Puedo salir un rato?

—¿Habéis discutido?

—No lo llamaría discutir.

—No me hace gracia que te obligues, Rebeca. —Su madre le da un apretón—. ¿Y si esperas a mañana o cuando te encuentres mejor? Es tarde y...

—Él también lo está pasando mal. Todos. No sé.

—¿Seguro?

—No me apetece alargarlo más.

—Llámanos si necesitas algo. Sus padres me dieron permiso para darle una colleja desde aquel día en que robasteis una sandía en los campos de las afueras para merendar.

Beck suelta una risita afónica y le da un beso en la mejilla. De nuevo aprecia que su madre confíe en sus decisiones. Tras la catástrofe, necesita sentir que logrará reconstruir sus paredes, barrer los escombros y recolocar lo caído, no que será incapaz y por eso deben envolverla en plástico de

burbujas, creyendo que así la protegerán. Su interior es ciudad de tempestades, debe convivir con ellas y aprender a rehacerse.

Y, para Beck, solucionarlo con Zan es rehacerse ahora mismo.

Bajo la madrugada de Aconte, Zan frunce el ceño al reparar en la vulnerabilidad de su amiga: los hombros caídos, los ojos enrojecidos, nada de esa impetuosidad que los empujaba a patinar por los garajes o tirarse en bomba a la dársena pese a estar prohibido.

—Lo siento —le dice él—. Lo he pagado contigo y... Lo siento mucho, Beck.

—¿Damos una vuelta?

—Por favor.

No salen al paseo marítimo, es viernes y estará lleno de gente. Al contrario, se internan entre las callejuelas hasta detenerse en la frontera entre una y la Otra Parte. Su Suiza particular, territorio de treguas. Resguardados en uno de los pasadizos con forma de arco, se sientan en el suelo con las espaldas pegadas a la pared. El farol en el techo se ha fundido, así que la luz anaranjada del exterior solo les acaricia los perfiles.

Mejor me esfumo un rato.

—¿Mucho curro?

—Mara ha ganado nuestra apuesta de quién rompe menos vasos. —El chico se suelta el moño en la nuca y los mechones lisos se le esparcen sobre los hombros—. No quiero que me allanes el terreno.

—Nos estoy allanando el terreno. —A Beck se le contagia una de las sonrisas breves de Zan—. Yo también lo siento muchísimo. Por todo. —No le pregunta por qué estaba discutiendo con su padre, va directa a la raíz—: Llegó un momento en que no sabía cómo tratar el tema de tu madre, ni si querías tenerme a tu lado.

—Claro que te quería —cogen aire a la vez, nerviosos— a mi lado.

Porque el cáncer de Huan se agravó hace dos años. Porque él y sus padres tuvieron que mudarse a la capital y traspasar la zapatería para tener mayor acceso a los servicios médicos. Porque ayudaba cada vez más en el negocio e iba distanciándose de Aconte, hasta que el dolor lo alejó del todo. Porque no pudo asistir a la graduación de sus amigos ni al funeral de Andre. Porque su madre falleció y viajaron a China para que sus restos descansaran en el hogar.

—No te apartaste, yo te aparté. Os aparté. Entiendo que al final fuera complicado, pero no sabía qué quería o cómo hablaros. —Zan apoya un codo en su rodilla flexionada y se tapa la boca—. Un día me apetecía estar con vosotros y que insistierais, y al siguiente solo necesitaba estar con mi madre porque... —Ahora los ojos ocultos tras los dedos y el flequillo—. Porque, al principio, pensaba que se recuperaría, Beck, y cuando más tarde entendí que no lo haría... Joder.

Termina de hundir la cabeza entre sus brazos, estos sobre las piernas. Ella acerca una mano a la espalda encorvada del chico, pero la suspende a centímetros. Le vuelve a picar la piel, la urgencia de tocarlo y confesarle que le encienden sin piedad las ganas de averiguar si sigue besando lento, si por eso será más vehemente en todo lo demás. Sin embargo, es Zan quien busca el contacto y Beck desliza la palma por su espalda, tan despacio como él se inclina entonces hacia un lado, acercando sus rostros.

A centímetros una vez más, Zan posa la frente en el hombro de Beck tras ese habitual intento de mordisquearse el labio inferior. Y ella, al fin, respira hondo con el corazón a trescientos por hora. ¿Si le rozara el labio inferior en vez de la espalda, descubriría todo lo que nunca ha traspasado la línea de sus dientes?

—Gracias por contármelo —susurra la chica, dilapidando todos esos pensamientos abrasadores que no deberían haberse colado—. Estoy aquí,

¿vale? No es mucho...

—Lo es. —Zan levanta la cabeza y la mira—. Yo también estoy aquí. Para ti.

—No te preocupes, mi situación...

—Es igual de importante. Sin comparaciones.

—Soy la número uno en compararme —Beck intenta sostenerle la mirada en la oscuridad sofocante—, está difícil.

—Hay pocas cosas imposibles.

—¿Taza de Mr. Wonderful o sobre de azúcar?

—Hoy he servido muchos cafés —ríe Zan incorporándose.

Y Beck atraparía su risa como luciérnagas, y solo abriría las manos para volver a escucharla sin que se escapara entera. ¿Cómo ha podido pensar todo ese tiempo que Ángela le había llegado a gustar más que Zan? Gustar, gustar. De toda la vida. Irremediable.

Oh, no.

Oh, sí.

—Te acompaño a casa.

—Estamos más cerca de la tuya.

Sin embargo, Zan le tiende las manos y Beck vuelve a dudar, a pesar de ser la segunda vez que él ha querido volatilizar la distancia entre ambos. Se las aferra, concentrada en no chocar contra su cuerpo cuando estira porque, si lo siente de arriba abajo, se desmayará. Cohibida, creyendo distinguir en Zan una sonrisa atrevida, clava la vista en el suelo.

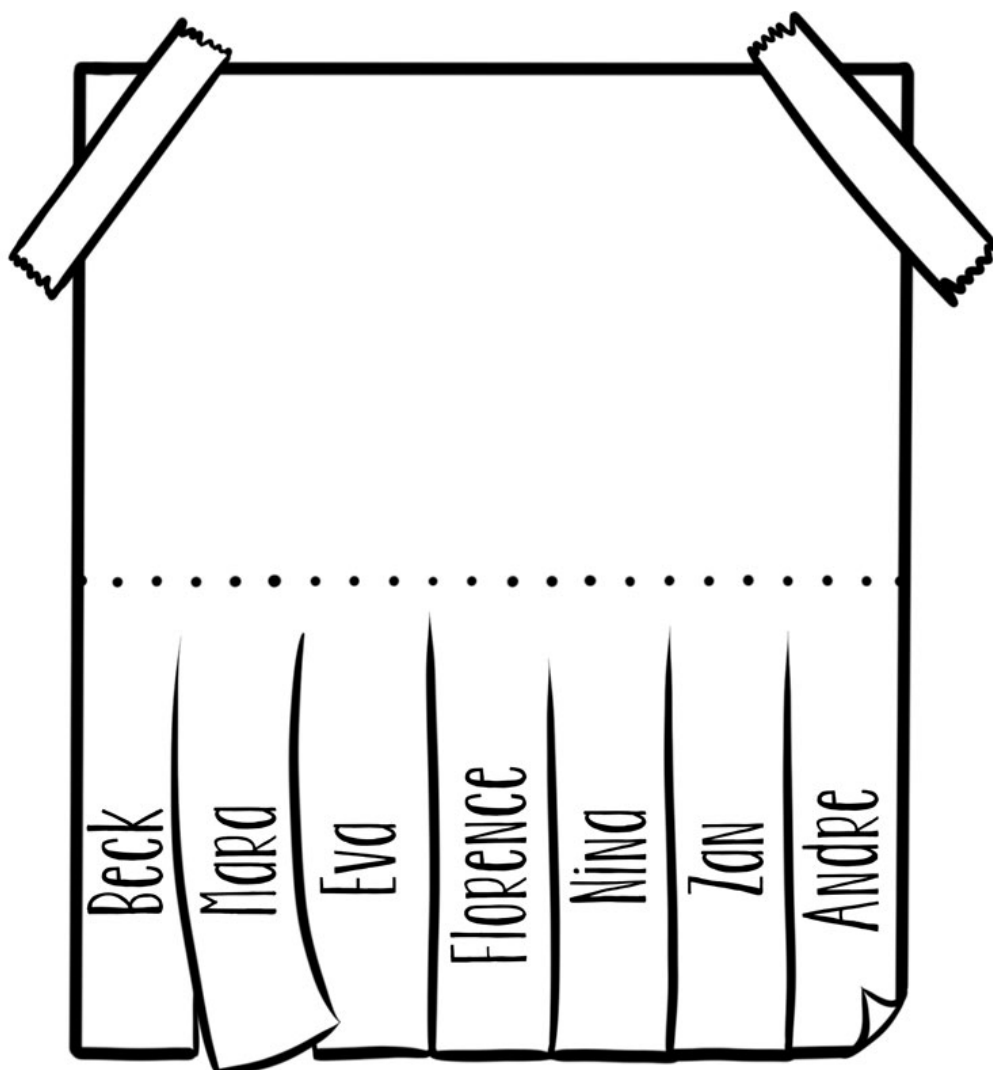
—¿Algo interesante ahí abajo?

—No sabes cuánto.

Porque no reluce ni un nombre. Ni en el chicle prehistórico pegado al adoquín, ni en la goma de Diego alrededor de su muñeca... Nada. Con el pulgar, Zan le repasa el dorso de la mano una vez. Un viaje solo de ida.

Pero ha ido.

OceanofPDF.com



28.02

De haber tardado dos horas más en nacer, Mara Blanch habría sido hija de un 29 de febrero. Bajo el brazo, la posibilidad de convertirse en una criatura sin explicación durante cuatro años. Su propio día le habría enseñado qué forma tiene la libertad al soplar las velas el 28, el 1 de marzo o nunca. El truco tras la existencia misma. Muy poco mágico, pero también menos doloroso.

Sin embargo, pertenece a un ordinario 28 de febrero. Tan bien ubicada que sus padres jamás la perdieron de vista.

Al menos, Beck la ha felicitado por WhatsApp:

Beck

¡Feliz cumpleaños, amiga! 🍰 Todavía te queda mucho para el siglo 😊

00:00h

¿Qué esperaba del resto? ¿Que volvieran a ser los mismos sin más? La tristeza embarga a Mara, a pesar de que es consciente de que ni siquiera podría pedirles que se acordaran de su fecha. Entonces el móvil vuelve a sonar. Es del grupo de WhatsApp, donde Beck ha copiado el mismo mensaje.

Beck

¡Feliz cumpleaños, amiga! 🍰 Todavía te queda mucho para el siglo 😊

00:01h

Y, aunque separados por las horas, llega el resto:

Consejo de Guerra

Beck

¡Feliz cumpleaños, amiga! 🍰 Todavía te queda mucho para el siglo 😊

00:01h

Florence

Happy bday! Siempre sabia y preciosa. ¿La receta? 😊

00:30h

Beck

Ligar contigo, está claro 😊

00:31h

Mara

¡Muchísimas gracias, chicas! Hoy tengo libre, espero que nos veamos 💖

00:34h

Zan

¡Felices 20, Mara!

07:10h

Nina

La tanda madrugadora: ¡feliz cumple, Mara! 🎉
🍷

08:58h

Eva

¿Quién cojones se acuerda de los cumpleaños de los demás tan puto pronto? ¡Felicidades, tía, bienvenida al club de *veintegenarios de Aconte!* ¡De aquí a cavar un hoyo!

12:11h



Ha habido otros mensajes y tantos emoticonos obscenos por parte de Eva que Mara relee la conversación con una sonrisa. ¿La verdad? También le preocupa que todos la hayan felicitado solo porque Beck ha tenido un buen gesto, pero intenta aferrarse a lo importante. Ya se había preparado para la soledad de ese día y, en esos términos, sus mensajes son el mejor de los regalos. Ni siquiera piensa en que quiere celebrarlo. Sí en la ausencia de alguien.

Feliz cumpleaños, AbracaMara. No se me olvida.

Además, Lupe ya le ha hecho soplar las velas a mediodía y desenvolver su regalo: un libro sobre el cine de la última década. Y es jueves, el quiero y no puedo de los días, porque estar a un paso del fin de semana no libra a nadie de sus obligaciones. Javi y su corazón filantrópico la han librado de las suyas, pero no al resto.

El timbre suena dos veces, típico de Beck, y Mara abre enseguida. Quizá nacer a dos horas de un día que desaparece cada cuatro años la dotó de una terrible impuntualidad. Por eso hace cuarenta minutos que se ha sentado en el sofá con el abrigo sobre las piernas, perfectamente arreglada.

Nada que ver con que esté muy nerviosa.

—Mara, hoy es tu cumpleeee. Sé muy feliz, Maraaaa —canturrea su amiga moviendo las manos.

—Los Simpson y bailecito, una buenísima combinación para conquistarme.

—¿Debería contárselo a Florence? Una tirada de caña más y me bajo del barco.

—Solo bromea —ríe Mara cerrando la puerta con llave.

—Te compro que ligar con chicas es difícil, pero lo vuestro... ¡Vamos, es absurdo! Te ha gustado toda la vida y estoy segurísima de que tú a ella

tamb...

—Gracias —la interrumpe de golpe, ambas paradas frente a la esquina que da a la dársena—. Por salir a cenar conmigo, me apetece mucho.

—Ser nini tiene sus ventajas. Es broma. —Beck le da un ligero empujón con el hombro—. Me perdí tus diecinueve, y ya sabes lo que me gustan los cumpleaños.

—Pero sin magos.

—¡Arg! Por favor.

Retoman el camino, aunque Mara sigue sin saber a dónde van: su amiga ha insistido en que sea una sorpresa. Beck se ha retocado el tinte turquesa y se ha puesto un vestido corto de terciopelo negro —barato, una imitación— que ha enterrado bajo su chaqueta bomber azul oscuro. Sus medias tupidas tienen una carrera en el muslo y un pequeño desgarró en la rodilla. Siempre cierto empeño en aparentar un poco desarreglada, como si pretendiera mostrar que le falta algo.

—Estás de coña —dice Mara en cuanto se detienen frente a Mar en Tasca—. No tentemos a que Javi me ponga a trabajar en el último segundo.

—*Oh, my sweet summer child.*

A Beck no le gustan las sorpresas si son para ella, por eso empuja a Mara hacia el interior del establecimiento con una enorme sonrisa. Sus amigos gritan: «¡Sorpresa!», en torno a una mesa del fondo que han adornado con globos hinchados irregularmente. La avalancha de confeti que lanzan planea sobre ellos y aterriza en los platos o dentro de los vasos. En la pared han colgado unos banderines de colores en los que pone: «Feliz cumpleaños, Mara».

—Casi me da un infarto.

—Hostia, ha descubierto nuestro regalo —bromea Eva, el primero en darle un abrazo.

—A mí lo que me sorprende es que a Beck no se le haya escapado. —
Nina, la siguiente en saludar.

—Me subestimáis.

—¡Chupito cada vez que Rebeca parezca un puto diccionario andante!

—Acabaríamos borrachísimos y mañana me toca currar —le responde Zan a su amigo, poniendo una mano sobre el hombro de Mara—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, Zan.

—Estáis acaparándola. ¡Fuera, venga, sentaos ya! —Pese a que le hacen caso, Florence se abre paso entre varios soniditos de besos que ruborizan a la cumpleañera—. ¿Sorprendida?

—Para bien.

Florence la coge de la mano mientras Mara intenta no perder pie, los dedos extendidos para no tocarla más de la cuenta. La regla de los cinco segundos aplicada a ellas: rozarse, pero nunca profundizar. Separarse en cuanto el contacto deja de parecer casual. Además, sigue existiendo una extraña tensión entre ambas y que Florence actúe como si no lo notara le molesta un poco.

Mara se sienta en la silla que está en medio de Florence y Nina, bajo los banderines. Al otro lado, Beck le sonríe entre Eva y Zan, quien viste de negro como norma de la tasca, pues debe de haber terminado su turno ahora mismo. No va a preguntar por la silla desocupada que preside la mesa, recordar que Andre podría estar allí de no ser por su culpa le retuerce el estómago.

Y chupito cada vez que se culpen de lo que no tienen culpa.

—¡Felicidades, Mara! —celebra el dueño del local cuando llega con una jarra de cerveza, una botella de vino blanco y otra de agua. Ella se lo

agradece antes de que continúe—: Qué contento me pone veros juntos otra vez.

Menos Andre.

En serio, basta. Acabará por acompletejarme la muerte.

—He preparado un menú que os va a encantar —añade Javi desapareciendo por las puertas oscilantes de la cocina.

El vino para Florence, el agua para Nina y la cerveza para el resto. Con los vasos servidos, los alzan y Eva grita:

—¡Más muertos hoy!

—¡Pero más vivos que mañana!

De llorarme a cachondearse en cero coma. Esta gente no es normal.

—Y por ti, Mara —ríe Nina mientras brindan.

—Vamos a obviar que has brindado con agua y eso da mala suerte —comenta Beck—. Ya sabéis, se relaciona con desear la muerte a otros comensales.

ESTÁN MUY OBSESIONADOS.

—No me preocupa —responde Nina—, yo ya la esquivé una vez, así que me ha saltado en la lista.

Zan se atraganta con la cerveza, Eva se ríe a carcajadas, porque es la personificación del humor negro, y las otras tres se quedan boquiabiertas hasta que Mara logra responder a la referencia:

—*Destino final*. Adoro esa saga.

Y brindan de nuevo, esta vez acompañado de un «el que no apoya, no folla» y un *Sant Hilari* que los obliga a beberse el vaso entero de una. Los platos se van vaciando a medida que llegan. Echaban de menos esa conexión que los unió teniendo poco en común al comienzo: el pueblo, el colegio, la edad. Nada reseñable. Luego se convirtió en una red intrincada, a veces de seguridad, a veces de caza, que no han podido romper ni aun

separándose. Ni aun creyendo que se detestaban por todo lo ocurrido, por todo lo que no llegaron a hacer.

De pronto, las luces se apagan y Javi sale de la cocina con una tarta de zanahoria inundada de velas, entonando *Cumpleaños feliz*. No han acordado si cantar «te deseamos, Mara» o «te deseamos todos», así que el equilibrio cosmológico se tambalea cuando, desafinados menos Florence, no berrean el mismo verso, poniendo de luto a toda la música del planeta.

—¡Pide un deseo!

Los móviles apuntan a Mara, en cuyo rostro reverbera la luz de veinte pequeños fuegos como veinte pequeñas posibilidades. Llegó al mundo un 28 de febrero, por fin lo comprende, nada ordinario. A lo ordinario no se le rodea con las mejores y las peores personas. Lo ordinario no conseguiría quedarse solo con las primeras, las que ahora esperan a que sople unas velas que significan algo más que celebrar su nacimiento.

Cuando Mara Blanch sopla, no desea nada, nada que marque el futuro. Y, sin él, también lo hay.

—¡Y falta lo mejor!

En algún momento, Beck y Florence se las han ingeniado para sacar dos regalos enormes de alguna parte. Mara se incorpora con lágrimas en los ojos. Cree reconocer uno de ellos y, por asociación, adivina qué contiene el otro. Muda, desenvuelve el paquete que han dejado sobre la mesa. Es un costurero.

—No te preguntamos si todavía conservabas el de siempre, pero no estaría mal jubilarlo —dice Nina—. Este es una pasada, tiene de todo. Mira, mira.

De madera, con varios compartimientos llenos de hilos, agujas, dedales... Emocionada, Mara quita el papel del otro regalo que está de pie

en el suelo. Sus yemas acarician la suave tela que recubre un busto de costura ajustado a sus medidas.

—El que tu abuelo te regaló no lo jubiles, ¿eh? —se anticipa Beck—. Sabemos que le tienes mucho cariño. Pero pensamos que con este estarías más cómoda para diseñar tu ropa.

—Me encanta.

Mara intenta apretujar a todos sus amigos en un abrazo y comprende algo más: estar sola en Londres no la hacía más libre. Cerca de ellos, respira sin miedo, sin que le duelan los pulmones y existir. Ojalá cupiera alguien más entre ellos.

Quepo, aunque no como me recordáis.

—¡Otra jarra, Javi, por favor! —pide Eva.

—¡Que mañana trabajo! —protesta Zan.

—No te preocupes, te despertaré a primera hora llevándote el desayuno a la cama. —Eva lo besa en la mejilla—. Y si quieres más, ya sabes. —Le guiña un ojo.

—Yo creo que funcionaría mejor con otra persona —dice Nina con una sonrisa y una sacudida de cabeza hacia Beck.

—¿Os pagan para ser tan pesados? A Zan ni siquiera le gustó besarme. —Beck toma una enérgica bocanada antes de morderse el labio inferior, arrepentida por lo último que ha dicho. Mira a Zan y sus mejillas candentes, mira a Eva y su ceño fruncido, mira a Nina y su arrepentimiento en la mirada—. Bueno, quiero decir... ¡Tengo pis!

Nadie consigue detenerla. Al parecer, todos se han vuelto expertos en huir. Eva destensa el ambiente con otro chiste, o fingen que el nerviosismo de Beck no se les ha contagiado, y Florence se escaquea saliendo a fumar. Sin embargo, Mara es la experta entre expertos y su bomba de humo no llegan ni a olerla. El invierno intenta enmascarar el salitre en el aire, pero

enseguida lo siente sobre los pómulos, como si Aconte estuviera sumergida en su propio mar y sus habitantes respiraran bajo un agua que no perciben.

Florence está sentada en el muro del paseo marítimo, igual que aquella noche, aunque con sutiles diferencias: su abrigo es más calentito y contempla el horizonte con una leve sonrisa que se acrecienta cuando Mara se acomoda a su lado.

—*Déjà vu.*

El francés impecable de Florence siempre ha sido el placer culpable de Mara por encima de su castellano o italiano, aunque la enamoraría de cualquier forma, porque ha sido capaz de dominar un idioma único más allá de las palabras, de la voz.

—¿Estás incómoda conmigo? Desde aquel día... En fin, incluso los demás lo han notado.

—No hiciste nada malo, Mara. Siento si fui borde. Es que me cuesta exponerme. —Una calada lenta—. Las cosas con mi música no están yendo como me gustaría.

—¿Por Jim?

—Por Jim. —Pese a que Florence contesta, el sonido se ha resistido sobre sus labios—. En Nueva York no conseguía inspirarme y... aquí tampoco. Jim opina demasiado, todos lo hacen, pero nadie me escucha.

—Tu padre es productor, tienes bastantes recursos, ¿no?

—Y por eso no quiero quejarme. No quiero parecer desagradecida.

—No lo eres, pero creo que me cuesta entenderte.

—Porque no tienes todas las pistas, Mara.

—¿Y por qué no me las das?

—Darte.

Traviesa, Florence le cambia el significado a las palabras y Mara juega a que sabe hacerlo, por eso medio sonrío, para que comprenda hasta dónde es

capaz de llegar y confíe en ella.

—Podemos ayudarte.

—¿Con qué?

Florence se acaba el cigarro, lo apaga, lo engancha en los cordones de sus botas y la observa. Luego se inclina y entonces Mara solo puede ver su rostro contorneado por la noche y el resplandor de las farolas. Nada más.

—Con tus canciones. —¿También sabe jugar con el aire que respiran?—. Su producción. Todo.

—¿Cómo?

—Para eso tendrás que darme alguna pista, Florence.

—¿Solo una? ¿Solo eso?

—Podemos negociar —susurra Mara, sin aliento, alzando una mano para recogerse unos mechones. Pero es Florence quien termina haciéndolo, dejando que las puntas de sus dedos le acaricien la piel tras la oreja con una suavidad estremecedora.

Un segundo. Florence se acerca un poco más.

Dos segundos. Tientan la distancia por si acaso.

Tres segundos. Se confiesan las ganas con dos sonrisas.

Cuatro segundos. A Mara se le empañan las gafas, es terrible jugando con el aire que respiran.

Cinco segundos. Rompen la regla de los cinco segundos.

Seis segundos. El presentimiento de que van a perder el control en su primer beso hace que sonrían más.

—¿¡Y si nos bañamos en pelotas!? —De repente, Eva aparece y se cuelga de sus hombros, interrumpiéndolas—. No miraré, lo juro.

—¡Eres la persona más inoportuna del planeta! —Beck lo aleja de ellas con un estirón.

—«Inoportuna». ¡Chupito!

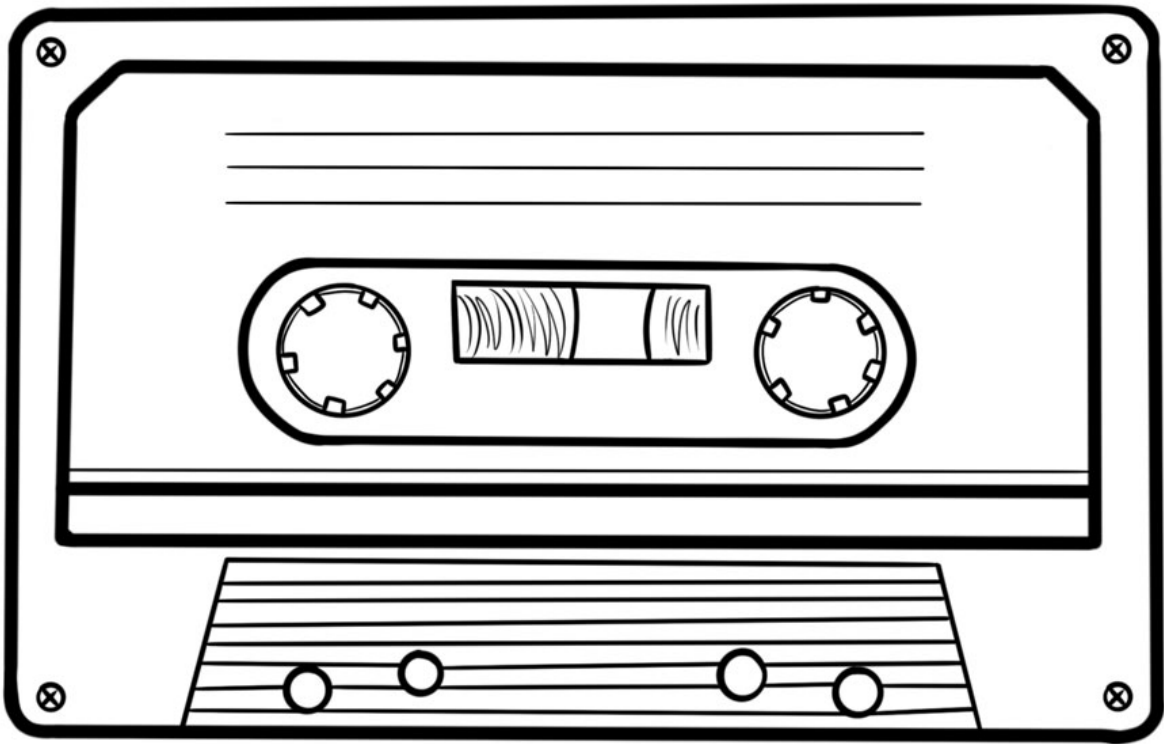
—Javi ya ha cortado la tarta. Cuando queráis —las avisa Beck, que le lanza una mirada cómplice a Mara antes de arrastrar al chico de vuelta a la tasca.

—Soy horrible negociando, Mara. —Florence se humedece los labios mirándola otra vez—. Tú ganas.

—¿El qué?

—Todo.

OceanofPDF.com



09.03

Lo bueno y lo malo nunca duran para siempre. Los nombres siguen siendo incandescentes, pero meras filigranas sobre las cosas, y Beck daría lo que fuera para que todo continuara así. En calma. Bien. Haber aumentado las sesiones con la psicóloga está ayudándola, aunque también haberse reconciliado con sus amigos.

No quiere pensar cuándo la balanza se desequilibrará, cuándo lo bueno se agotará y romperá en lo malo. Tampoco se conforma, está decidida a aprovechar esa segunda oportunidad. Es la forma más clara que ha encontrado de propinarle una patada en los mismísimos a todas sus inseguridades y pensamientos intrusivos.

02:00h, y Beck se da la vuelta en la cama para mirar por el borde. Sobre un fino colchón en el suelo, Eva duerme, una batalla campal de ondas pelirrojas y miembros enredados en una colcha que ha visto mejores días. Es absurdo el calor que llega a pasar el chico, ahora con una camiseta sin mangas y los costados abiertos hasta la cintura, enseñando la barbaridad de tatuajes inconexos que le pueblan el brazo y las costillas del lado derecho: un ojo que llora; media mariposa; una concertina minimalista sobre una reja; un casco de astronauta; *misfit* muy cerca de *sinner*; una serpiente enroscada en el hombro; ese que unos aseguran que es un aguacate, otros un cactus y él un pene, cuando pidió la órbita de la luna alrededor de la Tierra... Todos tan oscuros como si estuvieran recién hechos, o como si se los hubiera repasado con el bolígrafo imposible de Andre.

Al fin y al cabo, durante la época en la que Eva se tatuaba casi cada semana, jugaban a distinguir cuál se dibujaba con permanente para acostumbrarse y cuál era real. Beck probaba a adivinarlo desde lejos y luego terminaba presionando los dedos contra su pálida piel hasta que alguno se emborronaba.

Entonces Eva resopla, un mechón haciéndole cosquillas bajo la nariz. Beck extiende unos dedos y se lo aparta con cuidado de no despertarlo, aunque, por supuesto, ya lo está.

Satanás nunca duerme.

—No vamos a salir juntos, Rebeca —la voz ronca, los ojos cerrados—, ya sabes que hace tiempo decidí que no quería tener pareja. Deja de meterme mano.

—Uno: no te meto mano —susurra ella—. Dos: podría hacerlo sin que saliéramos juntos. Tú te acuestas incluso con las piedras.

—Si cada vez que duermo en tu casa lo hago a ras de suelo, te aseguro que sí. —Entreabre un ojo, también los labios en una sonrisilla perversa—.

¿Es que quieres probar? Desde que has desistido con la idiota de Ángela y ha vuelto Zan, estás desatada.

—Ni muerta. —Beck se repliega bajo la manta con los brazos bien escondidos. El chico es capaz de arrastrarla hasta su improvisada cama solo para fastidiarla.

—Una pena, porque vamos a compartir sitio en el infierno y la eternidad allí es una mierda.

—¿Lo dices por experiencia?

—Mucha experiencia.

—Eres insoportable.

—Y con ese piropo te doy las buenas noches. —Eva le da la espalda—. Otra vez.

Beck ahoga una risa, refrenadas las ganas de amenazarlo con una paliza porque acabarían a carcajadas y despertando a medio Aconte. Vuelve a girarse, de cara al enorme ventanal que da a una terraza cerrada por dos arcos de piedra.

Entre las sábanas, encuentra el *walkman* que su amigo le ha regalado para poder escuchar sus casetes más cómodamente. Ser rico provoca que uno haga y compre estupideces. Aunque, cuando se pone los auriculares enmarañados y aprieta el *play*, Beck debe reconocer que le alivia la sensación de lentitud, que no sea inmediato rebobinar o pasar a la siguiente canción, que escoger un casete, cerrar la tapa y presionar los botones sea casi un ritual. Le gusta que la música habite en un lugar destinado solo a ella, que la cinta se agote, que las voces y los instrumentos tengan textura. Le recuerda que la vida es así, imperfecta y finita pero intensa.

El casete etiquetado con la fecha del viernes que acaban de dejar atrás empieza con *1999* de Love of Lesbian. Muy apropiado, aunque bastante extraño, pues Eva suele grabarle canciones que desconoce. Y esa banda aún

debe recordar aquel concierto en que los invitaron a subir al escenario, Andre y ella disfrazados de Amantes Guisantes, y solo pudieron berrear: «Hoy voy a hablaros del amante guisante...», antes de quedarse afónicos definitivamente.

Sobre el almohadón, la pantalla de su móvil se ilumina y Beck se yergue como un resorte cuando lee por encima un mensaje de Zan. Y no en el chat del grupo. Lo abre con nerviosismo porque no se lo esperaba. Es el segundo fin de semana fallero, y tanto a él como a Mara les han ampliado el horario en la tasca. Pese a que Aconte no cuenta ni con cinco fallas, sus charangas y cohetes suenan como las cuatrocientas de la capital, así que ambos avisaron de que iban a estar bastante desaparecidos hasta que terminaran las fiestas.

Zan

Ey

02:16h

Beck

Monosilábico. Debes de estar hecho polvo

02:16h

Zan

No he servido a donantes de hígado, eso te lo aseguro 😁

02:17h

Un selfi un poco desenfocado. Zan está en la entrada de su casa, rodeado de plantas, levantando dos dedos, algunos mechones recogidos en una diminuta coleta en lo alto, las gafas de vista puestas y una de sus escuetas

sonrisas. También más pálido de lo normal, la mirada cansada —aunque ha mirado al objetivo, a ella—, los hombros caídos.

La chica teclea casi sin pensarlo.

Beck

¡Es insultante que creas que esa es tu peor cara! 🙄🙄

02:19h

Zan

No dirás lo mismo después de Fallas

02:19h

Espera, ¿me estás llamando guapo?



02:19h

Beck

Eso te gustaría

02:20h

El chico sale de WhatsApp y Beck se tumba, mirando el chat abierto, con el dedo sobre la pantalla para que no se apague. ¿Ha vuelto a fallar, a presionarlo, a no entenderlo? Ni ella se entiende, ¿cómo no va a...? El hilo de sus pensamientos se corta, Zan está volviendo a escribir.

Zan

Perdona, me estaba poniendo el pijama

02:24h

Beck

No te imagino con pijama

02:25h

Zan

Ahora entiendo el mensaje de Eva

02:25h

Beck

¿Qué mensaje? 😐

02:26h

Zan

Hace unos diez minutos me ha dicho que estabas muy salida y que has intentado meterle mano

02:26h

Beck se arranca los auriculares y se gira hacia el suelo con los labios apretados. No le va a meter mano, le va a meter un guantazo. Pero ahí está Eva, con su móvil entre los dedos y la respiración pausada de quien duerme bien a gusto. Con un resoplido digno del Nyapoleón más enfurruñado, la chica se acuesta otra vez y coge el móvil. El silencio la ayuda a pensar, aunque nota los nervios concentrados en cada punto de su cuerpo.

Beck

¿Te lo has creído?

02:28h

Zan

Rebeca, por favor

02:28h

Aun así, sube un poco en la conversación: «No te imagino con pijama», una frase que encaja en dos sentidos muy diferentes. Casi puede escuchar el burbujeo de su sangre, la subida inminente de una fiebre mortal.

Beck

Te imagino con ropa. ¡Y con pijama!

02:30h

¿A eso lo llamas pensar, Roy?

Zan

¿También es cosa de tu imaginación que pienses que no me gustó aquel beso?

02:30h

El móvil se le cae en plena cara. Beck lo levanta enseguida y descubre que le acaba de mandar el emoticono del payaso. Entonces Zan vuelve a salir de WhatsApp. Definitivamente. Y ella, en vez de explicarse, se desahoga. Escribe y borra, escribe y borra, escribe, escribe y escribe como nunca. La verdad y los muchos secretos que calla. Lo que dejó de sentir para volver a hacerlo. Confiesa como el más arrepentido de los penitentes y luego, como el peor de los Judas, pulsa los mensajes.

Eliminar para todos.

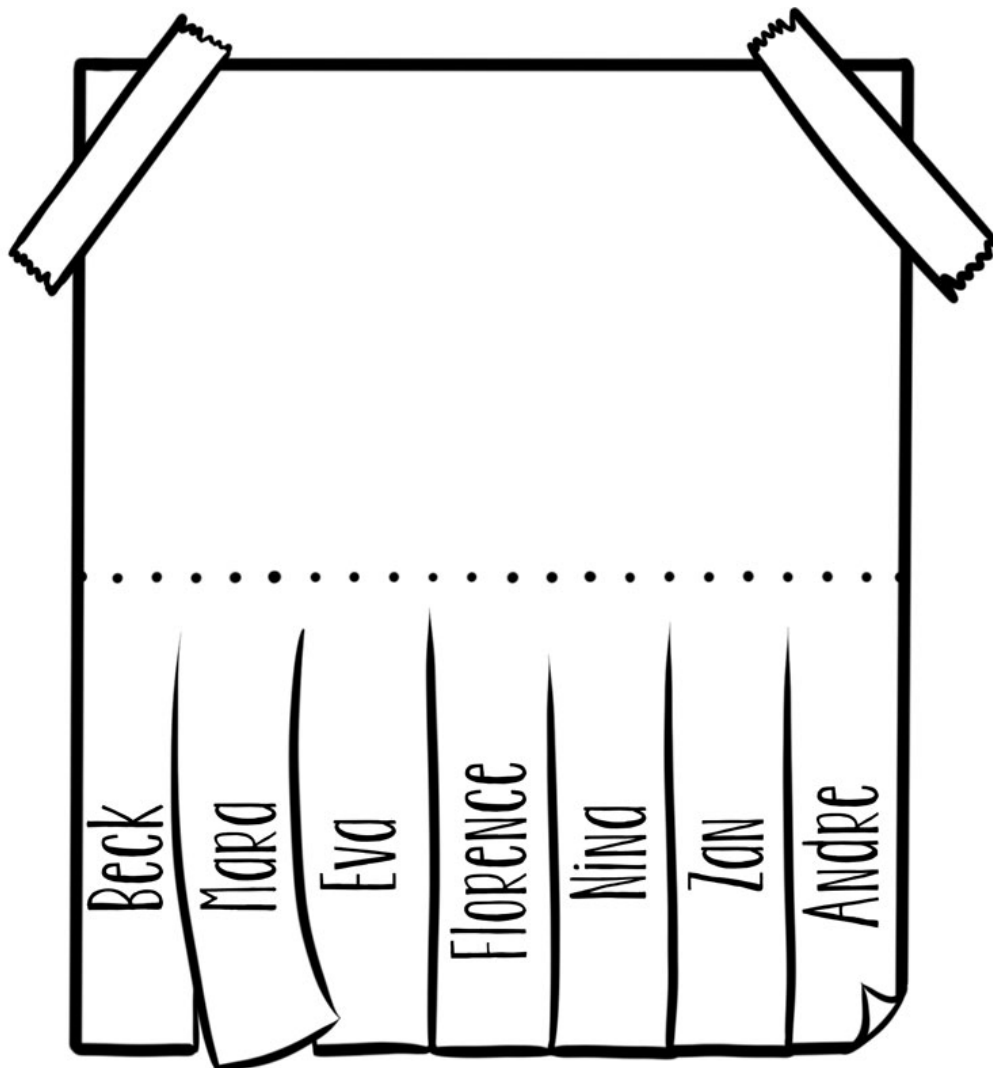
Beck

Eliminaste este mensaje 02:35h

Eliminaste este mensaje 02:37h

Eliminaste este mensaje 02:39h

[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)



16.03

Todo está en el cerebro, no hay nada en el corazón. Bueno, sí, la posibilidad palpitante de seguir vivo. Pero ya está, ni sentimientos, ni el ímpetu del destino, ni nada de lo que las historias aseguran que hay. Es un órgano más que impulsa la sangre y nos mantiene en el mundo. No es la emoción misma la que apretuja sus paredes, sino la química.

Andre tiene catorce años y hace dos horas que ha dado una clase de Biología, donde le han repetido cómo funciona por dentro y cómo la magia se rompe por fuera. Tampoco es que desee convertirse en un niño elegido, ya ha visto la primera temporada de Digimon y le parece demasiado trabajo, responsabilidad, sufrimiento. Y él no quiere sentir que se va

hasta un punto de no retorno, sino viajar lo justo para vivir aventuras y luego descansar tranquilo. Aunque ahora mismo no sabe expresarlo con palabras.

Por eso siempre acude a la Alquería de los Gatos, la calle donde estos se reúnen y sus maullidos hablan de una vida que no necesita explicación. Andre se ha sentado en el muro que separa la calle de un tramo de arbustos y tiene la mochila a los pies, cuya cremallera se ha roto por guardar tanto libro de texto. El único gato completamente blanco que ronda la zona, bautizado como Cojín por lo suave y mullido que es, está hecho un ovillo sobre su regazo.

—¡Eh, Andre!

Eva ha girado la esquina, todavía lleva puesto el chándal del colegio. Por alguna razón que desconocen, solo en Educación Física deben vestir igual: camiseta blanca y pantalones azul marino con dos rayas rojas y blancas a los lados. Su amigo se ha doblado las mangas cortas hasta los hombros y se ha apartado las ondas cobrizas con una diadema.

—¡Y estás con Cojón! —Eva acaricia el lomo del animal.

—Cojín.

—Cojón. En fin. Te has ido antes de la última hora, ¿te encontrabas mal?

—Algo así. —Andre se encoge de hombros y observa la ligereza con la que Eva se sienta a su lado, un gato más que mira al ser humano con los ojos entornados y mucha indiferencia. O hastío—. ¿Te han dejado salir con el chándal?

—No, pero me apetecía cabrearlos.

La rebeldía y Eva Lahoz nacieron a la par, pero algo está cambiando en ese equilibrio pactado. Su rebeldía a veces está tan hambrienta que deja poco del chaval risueño y paciente que suele ser. Andre no cree que sea por el divorcio de sus padres, sino por eso que llaman la vida misma: que modifica sin avisar, que pide comprensión sin instrucciones. Un acertijo sin solución. Una putada existencial.

Al fin y al cabo, eso le está ocurriendo ahora a Andre. No entiende su cuerpo ni sus sentimientos, rodeado de adultos empeñados en señalarle mil y una causas cuando la respuesta nunca es tan sencilla. Ni única.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Que qué te pasa?

Andre contempla a Eva antes de responder. Ese cigarro intacto sobre su oreja, que solo utiliza para escandalizar a Aconte y que, más tarde, quizá sea el primero de muchos que fume. Ese gesto perpetuamente socarrón de haber roto demasiados platos. Esos ojos azules que por fin lo miran elevando las cejas.

—A ti te gustan los chicos —murmura Andre.

—También. ¿Y a ti?

—Creo. ¿Pasa algo?

—¿Con qué?

—Si no lo sé.

—¿Te jode no saberlo? —pregunta Eva entrelazando los dedos y estirando los brazos entre sus piernas abiertas.

—Aún no. O siempre será no. Eso tampoco lo sé.

—¿Alguien de clase te ha dicho algo? El mierda de Juanjo García, hijo. Voy a partirle la...

—No ha sido él. Ni nadie. Es... todo. En general. Que no entiendo. No sé.

—Tío, es raro verte así.

Desubicado. Confuso. Y tiene razón. Del grupo, Andrés Rojas fue el que nació riendo, como si estuviera a gusto con las reglas del mundo porque jamás osarían arrinconarlo. El que une a las personas con naturalidad y a nadie le molesta que no pida permiso. El que deshace los problemas, seguro de que ninguno va con él. El que tiende una mano, no te coge del hombro y después abraza. El que destroza la monotonía y ni siquiera espera un agradecimiento.

—Dame tu brazo —le pide Andre.

Cojín se despereza y se interna entre los arbustos cuando Andre se gira sobre el muro, cruza las piernas y saca un bolígrafo de tinta negra. Eva solo cede cuando le insiste entre aspavientos, extendiendo el brazo derecho en su dirección. Con la mirada de un cirujano, Andre le pasa los pulgares por el antebrazo y destapa el bolígrafo con los dientes. Se inclinan a la vez, sus frentes se rozan un instante, varios rizos castaños enganchados a los pelirrojos, y sonríen sin mirarse, aunque lo notan.

Andre traza en la piel de Eva. Nunca se le ha dado especialmente bien dibujar o escribir, pero todo lo que conlleve tinta que permanece en el tiempo ha sido siempre un punto de anclaje para él. Ahora se amarra a su amigo a través de un sencillo dibujo, encontrando la paz que ni siquiera le han podido ofrecer los gatos.

Antes de apartarse, alzan los ojos y Eva acribilla los nervios de Andre con otra de sus descaradas sonrisas. Sí, a Andre también le gustan los chicos, aunque no sabe si Eva es prueba suficiente, porque solo Rebeca Roy es capaz de contemplarlo sin pestañear ni sonrojarse.

—¿Esto es una... polla? —pregunta Eva con el brazo alzado hacia el sol para verlo bien.

—Es la órbita de la luna alrededor de la Tierra. —Andre lo coge de la muñeca, saca el móvil y enfoca el dibujo—. Te paso la foto. Un recuerdo.

—Para qué, no me voy a duchar jamás.

—No seas guarro.

—Tengo muchas formas de serlo.

—Idiota.

Mientras Andre le envía la fotografía, un silencio que se vuelve cómodo, Eva le pregunta:

—¿Por qué la órbita de la luna?

—Porque su recorrido es en sentido antihorario.

Contrario a las agujas del reloj. Rebelde. Otra mirada. Dos sonrisas a destiempo que, sin embargo, se ensanchan al entenderse.

—No me porto así por el divorcio.

—Lo sé —responde Andre, convencido.

—Este será mi primer tatuaje.

—¿Para fastidiar?

—Claro. —Eva intenta arrebatarse el bolígrafo, pero Andre lo esquivo—. Tienes trescientos Bics, ¿qué te importa? —Un puchero mal fingido.

—Este no. Más adelante. El que yo quiera, aunque siempre será mío.

—Y estará bien. Lo que tú quieras, digo.

Cuando se vuelven a mirar, Mara parpadea y, de repente, solo está ella en la Alquería de los Gatos. Un nuevo parpadeo y...

El estallido de un cohete. Pasan unos pocos segundos hasta que resuena el siguiente y Mara se ubica. Otro de esos sueños demasiado reales, como extirpados de Andre. Tal vez debería hablarlo con alguien, confesar que se siente extraña al despertar después de meterse en el cuerpo de su amigo, porque las situaciones no tienen nada de onírico y se quedan en su interior con el toque de un recuerdo propio. Además, cada vez se incrustan más, más nítidos y contundentes.

Mara se pone las gafas de vista y desbloquea el móvil. En la pantalla, saltan unos cuantos mensajes: diez del Consejo de Guerra, dos de su jefe y uno de Florence. Va directo al chat de la chica, sintiendo un brote descontrolado de mariposas en el estómago porque no existen correas para ese tipo de insectos.

Florence

¿Qué haré sin ti estos días?

06:30h

Se han visto poco y han estado hablando mucho por WhatsApp.

Mara

Rescátame si me aplasta una falla o cientos de borrachos 🤪

06:32h

Florence

Tienes a Zan

06:32h

Mara

A Zan no le quedaría bien una armadura 🤪

06:33h

Florence

¿Me toca el rol de caballera y a ti el de princesa? Podría cumplir con los dos

06:34h

Mara

Estoy segura

06:34h

No añade un: «Demuéstramelo». Se le hunde un suspiro en el pecho, el móvil y las manos pegados a él para que las mariposas, carnívoras de las emociones, no hagan trizas su firmeza. El supuesto recuerdo de Andre se desvanece abatido por otro: aquella tarde en que estaba tumbada en la

playa, *Siren* de Young Summer en sus oídos y las olas más allá, creando una sinfonía singular contra los insultos que su madre le había gritado antes de salir de casa. Recién salida del agua, Florence se recostó a su lado, la piel oscura que el bikini no tapaba contra la arena, diciendo algo que Mara no escuchó porque, cuando se quitó los auriculares, enmudeció; pero se acercó mucho más a su cuerpo, siendo mechones fríos y aliento salado por el mar. La sirena que siempre vio en ella.

Florence

Puedo rescatarte de la tasca o de la habitación del misionero cuando no trabajes. Si te apetece...

06:36h

Mara

Aviso que estaré reventada

06:36h

Florence

No haremos nada que te canse más

06:37h

Mara

Rendiría

06:38h

Traga saliva y su pulgar sobrevuela el mensaje, dispuesta a eliminarlo a pesar de que su amiga ya lo ha visto. ¿Era tan obvia hace años? No recuerda

que sus palabras fueran tan lanzadas. Nunca se recuerda bien, en realidad.

Florence

Demuéstramelo

06:39h

Las mariposas vibran en los labios de Mara cuando escapan al exhalar por fin ese suspiro contenido. No es que Florence se haya atrevido a más, es que ha pensado exactamente lo mismo.

Florence

Practiquemos. Asómate al balcón, princesa 🍷

06:41h

La colcha cae al suelo cuando Mara se destapa. Sin importarle las legañas, la cara paliducha y desmaquillada, los mechones despeinados o la sudadera de London a medio remeter en la cinturilla de unos pantalones de pijama desgastados, abre las contraventanas y saca medio cuerpo fuera, intentando que el ímpetu no le dé el empujón de gracia.

En medio de la calle, Florence espera con los auriculares puestos. Una leve brisa ondea los bajos de su largo vestido, las botas militares alzándola como un junco de tallo oscuro. Sujeta una bolsa de papel llena de ensaimadas. Tiene una mejilla manchada de azúcar glas y sonríe con unas ganas ilegales para la hora que es. Debe de hacerlo a propósito, ser irresistible, y Mara hace un esfuerzo colosal por sobrevivir al microinfarto, por sobrevivir al susurrar:

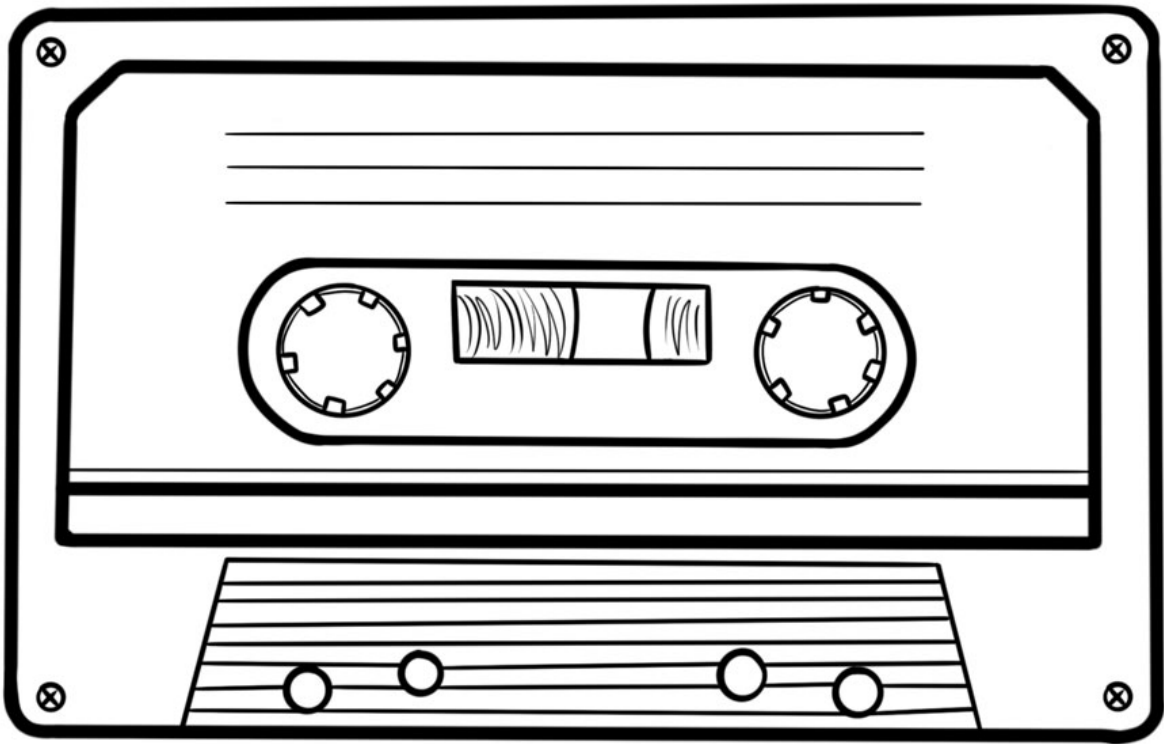
—Me gustas. —La boca pequeña, la osadía gigantesca.

Los segundos vuelan. La princesa arriba, recién despertada de un sueño sin sabor a maldición. La caballera abajo, tan aguerrida que no se quita los auriculares ni finge que no toma aire para decir algo en alto. Bien alto.

Sin embargo, otro cohete silencia la voz de Florence. ¿Pregunta, responde, coincide? Mara no consiguió interpretar el movimiento de su boca aquella vez en la playa, tampoco lo hace ahora, pero las mariposas se le disuelven en el estómago al considerar, de repente, que quizá Florence sí sepa interpretar el movimiento de la suya.

Que haya entendido ese «me gustas» como si se lo hubiera susurrado a centímetros.

OceanofPDF.com



23.03

Ir a un concierto de M83 con todos.

El primer regalo de Andre apesta a alcohol barato, tabaco y algo similar al vómito. O a pis. No tienen muy claro si un concierto de M83 sería así, al fin y al cabo, tampoco van a escuchar exactamente a M83. A las puertas del Black Note, una sala de Valencia, algunos esperan a que Mars Girls empiecen a tocar.

—Pase lo que pase, tenemos que estar juntos a medianoche para escuchar *Midnight City* —dice Eva, la cerveza que sostiene en alto con un punto menos de estabilidad porque ha extendido un amenazante índice hacia sus amigos—. O no tendrá puto sentido.

Mars Girls no se parecen ni en una nota a M83, pero tienen una versión de *Midnight City* y a Florence se le ocurrió que, quizá, esa podía ser su reinterpretación de uno de los regalos que Andre escribió en su lista. Aunque no vendría mal un poquito de honestidad: no tenían opción de asistir al concierto de uno de los grupos de música preferidos de Andre y les ha tocado improvisar.

Bien traído.

—Voy a saludar a las chicas, ¿vale? —dice Florence, colega de la banda que esa noche pretende quemar la capital con su *rock y post-grunge*—. A cambio de chivarme su *setlist*, me han pedido conocer a Mara.

—Las ventajas de liarse con Florence Russo, chavales —bromea Nina.

—Que no nos hemos liado —gruñe Mara con una sonrisa inevitable.

—Aún —canturrea Beck.

—Toda la razón. —Es lo último que dice Florence mientras coge la mano de Mara y la conduce hacia el bar, coreada por los gritos y los silbidos del resto.

Echar de menos a esta gente es una droga.

Cuando las pierden de vista, Nina se acomoda en el bordillo junto a Beck, que está recogiendo el pelo de Eva, sentado entre sus piernas, en una coleta desgredada. Es algo que hacen a menudo, aunque al final él gane más que ella —cosquillas, masaje, un peinado nuevo—. Frente al chico, Zan también está sentado en el suelo, con las piernas dobladas y el exterior de sus zapatillas tocando el interior de las botas de su amigo.

—Sed.

—A sus órdenes, mi capitana —responde Eva, que levanta un botellín sin mirar hacia dónde lo dirige mientras Beck trata de amorrarlo entre risas—. ¿Ya? ¿Y ahora? ¿Ya? Avisa, ¿eh? No quiero equivocarme de agujero...

—¿Eres tonto o qué? —sigue riendo la chica—. Si te suelto el pelo, se deshará todo y no pienso volver a empezar.

—Vale, vale. Espera.

Eva inclina la cabeza hacia atrás, una sonrisa que no esconde su malicia, y Beck se encorva más hacia él:

—Ni se te ocurra.

Pero sucede: un lengüetazo en plena nariz, eso se gana ella al caer por enésima vez en la misma trampa de siempre.

—Toma nota, Zan. Así se consigue que Rebeca Roy te meta mano.

—Para destriparte —rezonga esta, intentando golpearlo con los codos.

Mientras forcejean, Beck no puede evitar mirar a Zan, directa a los ojos como no se ha atrevido desde que han subido al coche de Nina. Si le echaba vistazos, su nombre estallaba sobre la ropa, pero también el emoticono del payaso y los mensajes que eliminó. Él ya la está contemplando, los dientes cerca del labio inferior, la mirada tan oscura que Beck podría reescribir con tiza en su superficie los motivos por los que actuó así. No han vuelto a hablar desde aquella noche y eso le está retorciendo los temores con saña.

—Anda, trae. —Nina le quita la cerveza a Eva y le da de beber a su amiga.

—¿Ves? No es tan difícil. —Beck le ata la coleta y estira de la goma para que chasquee en su última vuelta.

Un latigazo inútil contra el demonio.

—Me gusta lo difícil —gimotea Eva.

—Uf, no vuelvas a poner esa voz, me ha dado repelús y todo —dice Nina fingiendo un escalofrío—. Pero ya que te gusta tanto complicarte la vida, ven. —Tira de la chaqueta del chico mientras se incorpora—. Ayúdame a esquivar borrachos y pedir agua en la barra.

—Y a ti te gustan los sablazos, tía. A la próxima te regalaré una petaquita para que te la llenes de agua y no pagues cinco euros por una botella.

—Agua bendita es lo que necesito para aguantarte.

Unos cuantos aspavientos más por parte de Eva que llaman la atención de la calle entera y desaparecen. Quedan tres. Quedan dos. Beck hace ademán de incorporarse, pero Zan cae entre sus piernas antes de que despegue el culo del bordillo.

—¿Ha terminado el servicio de peluquería? —Esta vez él no la mira, aunque en su perfil se advierte una comisura elevada, efímera.

—No.

—Pues estoy en tus manos.

Unas muy sudadas, para tormento de Beck.

—¿Puedo? —tantea, con los dedos muy cerca de las puntas del chico. Siempre preguntan para que Zan no se encoja y después se sienta culpable, como si pedir permiso para tocar a alguien fuera ilógico.

—Digo yo que será preciso que me toques.

—Y era yo la que estaba salida.

Beck no le da la oportunidad de contestar, hunde los dedos en su melena azabache y se la peina con varios hormigueos trazándole la piel. Un estremecimiento aterriza en su boca y se la muerde como él nunca llega a hacerlo. Zan tiene el pelo suave, muy diferente al áspero de Eva, como si la textura de unos mechones pudiera describirlos. Zan, en calma, quizá demasiado para su quietud interior, el aliento sutil que calienta donde se posa. Eva, arrollador, quizá demasiado para su caos interior, tan vivo al vivir con intensidad que su energía se transmite sola.

—Perdona por lo del WhatsApp. —Beck empieza a trenzar un lado, también esa disculpa que ha callado hasta que lo ha tenido delante.

—¿Porque a una pregunta seria me respondiste con el *emoji* del payaso?

—No me vas a creer, pero...

—Claro que te voy a creer, Rebeca.

Zan gira la cara ligeramente y se miran. Vuelven a habitar ese instante que originaron con diez años, donde el resto del mundo queda en otro plano y nadie ni nada logra acceder a ellos. Beck podría agacharse un poquito más, pero aun así Zan debería romperse el cuello para alcanzarla y ella no cree que su boca merezca tanto la pena. Sigue pensando que a él no le importó aquel beso que supo a alcohol, a refresco burbujeante, a noche cerrada, a caramelos de Halloween, a ellos.

—Se me cayó el móvil en la cara y te lo envié sin querer. Con la nariz.

—¿Y los mensajes que borraste?

—No, ahí entré en pánico.

Es absurdo lo que puede llegar a hacer una simple risa. Por la de Zan, Beck se agacharía del todo a riesgo de ser ella quien se rompa el cuello, porque ya tiene comprobado cómo suena, pero no cómo se nota contra los labios. Otro estremecimiento le desciende más allá del vientre, la idea de que Zan la agarre por las piernas y la siente en su regazo. ¿Cómo será tenerlo pegado al cuerpo más de diez segundos, cuánto pesará sobre el suyo? Sin embargo, Beck permanece en el sitio, haciendo una segunda trenza con la firme intención de que sus nudillos no rocen la oreja del chico, quien vuelve a girar la cara hacia el suelo.

—¿Estás bien?

Las pestañas nunca caen de la misma forma al cerrar los párpados y Beck se ha pasado mucho tiempo interpretando los gestos de los demás. Por eso reconoce cómo caen las de Zan, el velo que cubre a los muertos más queridos.

—Hoy no me apetecía venir —suspira Zan. A veces es complejo escoger las palabras adecuadas—. Si no llega a ser porque Eva ha estado dos horas

esperando delante de mi casa...

—¿Qué te hace sentir mal?

—Todo.

Su madre. Andre. Que le hagan caso. Que no se lo hagan. Que la vida sea una eterna pregunta. Que tampoco pida respuestas. Zan se encorva y Beck tiene que estirar los brazos para que el final de la trenza no se le escape. La ata rápidamente y se levanta para sentarse frente a su amigo, ahora ella metida entre sus piernas, sin importarle que los adoquines estén húmedos y pegajosos.

—Puedes irte. No es ninguna obligación.

—Pero hay algo... Siento que debemos hacer esto por Andre.

Vuelven a ser tres.

Error. ¿Una ouija para que pueda explicarme?

—Te entiendo —musita Beck aproximándose unos centímetros más—. Hay... algo que no le he contado a nadie. —Los nombres rezuman fuego y ansiedad—. Ahora sí que no vas a creerme.

Cuéntaselo, Roy. Debéis contaros qué os ata a mí.

De repente, las risas y los gritos regresan con tal fuerza que ambos alzan la cabeza a la vez. Están tan cerca como aquella noche en Aconte, sus bocas incluso más. Zan se la mira. Beck se la mira. Se miran a los ojos de nuevo. Él frunce el ceño y ella suelta un sonoro suspiro por el que se ruboriza hasta que le arden las orejas. Por fin Zan se atreve a cogerle la mano con un pequeño tirón que los deja a una pequeña distancia, pese a que el mundo sigue chillando a su alrededor.

—Te quedan muy bien las trenzas. —Y Beck tiene razón: con un lateral recogido y el resto del pelo echado hacia el lado contrario, Zan tiene ese aire que pide ser descifrado.

—Gracias a ti, pero no quiero hablar de ellas.

—¿Y si no hablamos?

—Me parece bien.

—Vale.

Sube la temperatura cuando sus alientos chocan.

—Vale.

Tan encima el uno del otro, ya no ven nada. Solo se guían por el tacto, y Beck está a punto de suplicarle que no se detenga tras ese beso que ni siquiera se han dado aún.

—Vale.

Un grito inconfundible de Eva los interrumpe. Beck y Zan se separan lo suficiente para que nada se malinterprete. Por supuesto, Eva no sospecha, pero Nina lo intuye enseguida y dibuja esa sonrisa hábil de quien ha estado toda la vida observando en vez de destacar.

—¡Veinte minutos para la medianoche! Vamos, vamos —insiste el chico estirando de Zan hacia el Black Note.

Ya no hay más miradas entre Beck y Zan, como si esa intimidad que han creado entre los dos se hubiera disipado con la facilidad que no han sentido al construirla. Sin embargo, ella no le da importancia y, mientras se levanta cogiendo los botellines de cerveza, le dice a Nina:

—Tu primo no se encuentra bien. Después de la canción, creo que debería irse a casa.

—¿Y tú? Tampoco te veo muy bien.

—La ansiedad.

—Os llevaré con coche. Eva puede volver con Florence y Mara.

—Genial.

El local donde Mars Girls está a punto de empezar a tocar es neón rojo y azul. Es mucha gente entre las barras y las mesas altas. Es un techo surcado por tuberías negras y unas paredes diseccionadas por letreros luminosos,

carteles y fotografías. Es un espacio amplio que finaliza en una tarima. Sobre ella, la banda —una cantante, una guitarrista, una bajista y una batería— observa a su público con avidez de reventarles los tímpanos y no dejar ni una voz en pie.

En primera fila, los amigos se reúnen, sonriendo en nombre de alguien que no está allí. La cantante finge que se enciende un cigarro: el sonido de un mechero, expira humo invisible, carraspea. Y, sin presentación, canta los primeros versos de *Alguien en mi cabeza* junto a los acordes de una guitarra eléctrica.

La batería golpea varias veces y la guitarra se torna tan sucia como la voz. Bajo la tarima, todos cantan a la vez, una marea enloquecida porque la música de Mars Girls es peligrosa en su contagio. Las notas retumban en los pechos cuando abren la boca para desgañitarse, enfermos de algo que recordarán durante los próximos días incluso en el más profundo silencio.

Tras *Alguien en mi cabeza*, se presentan como grupo. Tras la sexta canción, *Ciudad salvaje*, están a un minuto de la medianoche. La expectación se arrastra entre los cuerpos que todavía vibran como las cuerdas hasta hace un momento. Aguardan a que Aida, la cantante, vuelva a hablar, pero quien agarra el micrófono con los dedos enredados en una de las baquetas es Myriam, la batería:

—Las ciudades salvajes se reconstruyen solas después de quemarlas. Esta va por quienes también lo hacen a medianoche.

Y se cumple el primer regalo de la lista de Andrés Rojas.

Al unísono, la banda empieza a tararear el famoso primer arpeggio de *Midnight City*. Luego la batería vuelve a romper los esquemas de la voz y el resto de instrumentos arrancan lo que muchos piensan un himno. Pero la sala no se espera que Aida permanezca callada, ni tampoco que sean seis amigos los que canten el principio al ritmo de unas notas dilatadas:

—Waiting in the car. Waiting for the ride in the dark. At night the city grows. —Y a los seis se une todo el público y la banda entera para gritar—: Look at the horizon glow!

Beck y Mara se cogen de la mano mientras saltan, sacudiéndose las emociones pesadas y chillando algo más que una letra. Todo el miedo, las inseguridades, el futuro. Beck cambia de pareja, Eva la abraza y la eleva del suelo. Se gritan con las narices casi pegadas antes de que ella dé varias vueltas sobre sí misma junto a Florence. Salta más, ahora al lado de Zan y Nina, que se han desprendido de su seriedad y timidez para hacerse escuchar.

Por un momento, olvidan a Andre, disfrutando los minutos que crecen y crecen como la ciudad de la que M83 escribió una vez. Después alguien piensa que ese debería ser el instante de Andre, que debería estar allí y no callado en un nicho mientras ellos se lo pasan bien. Y la tristeza se esparce, paralizando los movimientos hasta que se apocan en un balanceo. Despega en Mara, planea en Nina, aterriza en Beck.

Mierda.

El mismo arpegio del inicio cierra y el público irrumpe en aplausos. El grupo de amigos también lo hace, torpes cuando se vuelven a mirar sin la pasión de la música en los ojos, sin la alegría de Andre. Solo sonríen para ocultar sus emociones al tiempo que Mars Girls anuncia un descanso de diez minutos.

—Nina —le dice Beck—, voy a por agua y nos vamos antes de la segunda parte, ¿vale?

—Vale —le susurra esta, una respuesta que apenas se escucha entre el alboroto.

Sin detenerse a pesar de que Florence y los demás están dándole la enhorabuena a la banda, Beck continúa hasta llegar a la barra. El pulso le

aprieta en las muñecas y se centra en algo más que no sean los nombres. En las risas, las luces, el alcohol expuesto en la pared-espejo. En su voz un tanto afónica al pedirle una botella de agua al camarero. Cuando está sacando la cartera para pagar, su nombre no brilla, suena:

—¡Rebeca!

A sus lados, se parapetan Carmen e Irene, las mejores amigas de Ángela Miralles, la chica que le dio calabazas dos veces. Ellas no tienen reparo en recordarle la última vez:

—Qué pena lo que pasó en Nochevieja, ¿eh?

Ángela le hizo una cobra a Beck y entonces esta decidió que buscar algo más con la que había sido su compañera de clase era inútil. Pero Ángela esconde algo peor que Eva nunca dejó de mencionarle.

—No te pudimos etiquetar en las fotos, ¿te has desinstalado todas las redes sociales?

Y ya no puede rehuir más el motivo por el que se las borró. En gran parte, por culpa de ellas. Desde que Carmen e Irene supieron que a Beck le gustaba su amiga, la acribillaron en cada red social, dejándole indirectas en comentarios, dándole «me gustas» para luego quitárselos y, más tarde, volvérselos a dar. Una persecución que casi rozó la paranoia, si no fuera porque esas dos jamás han disimulado sus formas de acosar a los demás.

—¿Qué haces aquí sola? ¿O estás con Mara? Hemos oído que ha vuelto. ¿Es cierto que se fugó a Budapest por un tío?

Lo que saben lo tergiversan para convertirlo en un mal rumor. Lo que no saben, se lo inventan.

—Pero ¿no es bollera?

Irónicas, intolerantes.

—Estoy con mis amigos —las interrumpe Beck dejando las monedas justas en la barra y cogiendo la botella de agua como si fuera una pelota

antiestrés.

—¿No quieres ver a Ángela? —Carmen le corta el paso.

—¡Mira, ahí está! —Irene sacude la mano en su dirección.

A Ángela le cambia la expresión en cuanto repara en Beck, aun así, la saluda:

—Hola, Rebeca.

—Hola. —Sus miradas se cruzan, y en Ángela apenas hay algo de lo que se puede encontrar en sus mejores amigas. ¿El problema? Que gira la cara ante todo lo que hacen, siempre la ha girado. Y ponerse de perfil ante situaciones injustas la vuelve culpable también—: Ya me iba, así que...

—Nooooo —finge lloriquear Carmen—, tengo ganas de ver a estos, sobre todo a... Ostras, no, lo siento.

Será imbécil.

Iba a nombrar a Andre. Beck inspira hondo, sin embargo, los nombres que centellean no regresan a sus pulmones. Suplicante, le lanza una mirada a Ángela que pide ayuda. Esta, una vez más, no se la ofrece, y Beck debe pensar con detenimiento en las razones por las que alguien así llegó a gustarle. Quizá su físico, el pelo largo y negro, los ojos azules. Quizá porque nunca se portó mal con ella directamente y no sabía ver que tampoco se portaba bien al callar. Y, vulnerable, sin sus amigos cerca y Andre muerto, se aferró a lo conocido.

Pero querer a alguien, sea como sea, no debería doler.

—Largo.

Un gruñido, el de Eva, que se interpone entre Beck y las otras tres. Ella lo coge de la manga, pensando en la innumerable cantidad de veces que le aconsejó alejarse de Ángela, mirar a alguien mejor, a quien la mereciera de verdad.

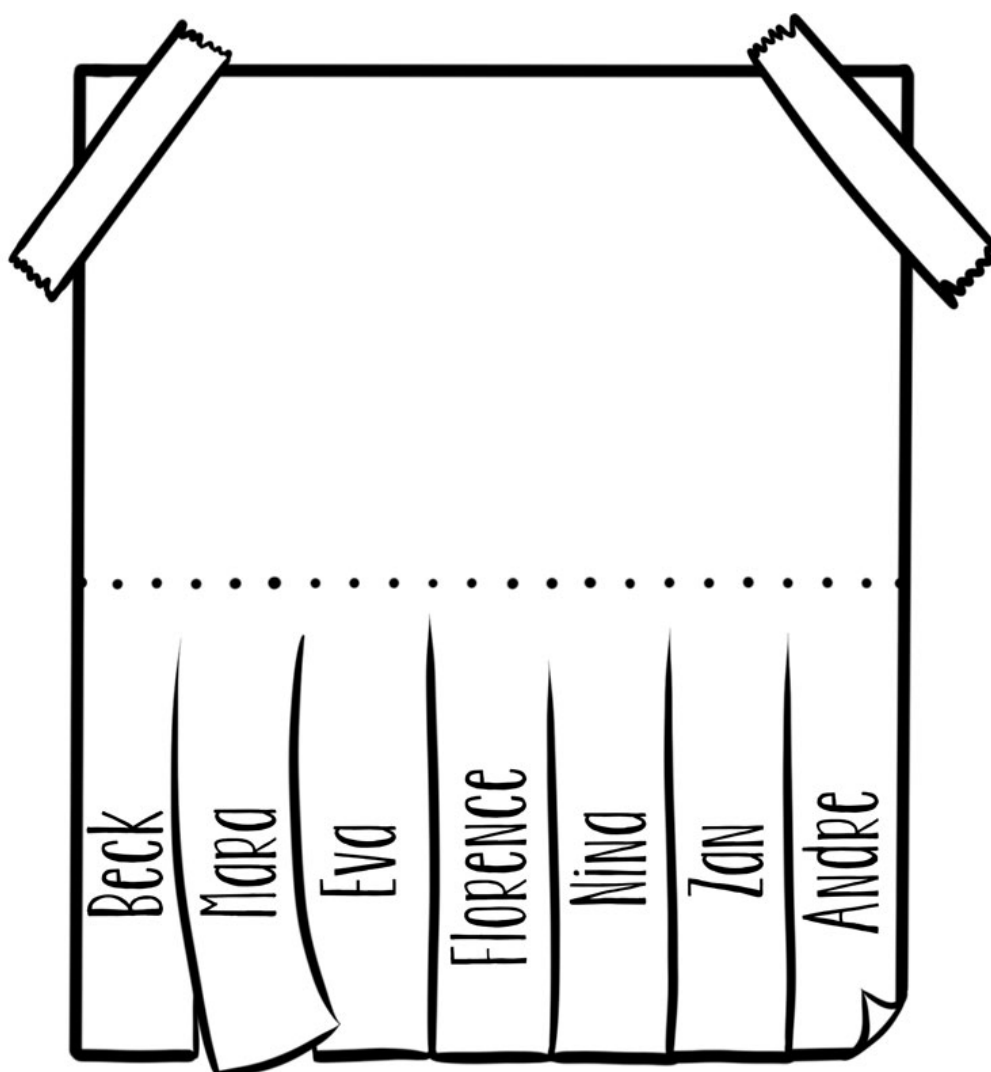
En un visto y no visto, Beck está detrás de todos sus amigos, llorando como no ha querido mientras escuchaba *Midnight City*. La música de Mars Girls suena de nuevo, pero solo puede sentir los dedos de Mara entre sus dedos. La mano de Nina al final de su espalda. Cómo Florence abre un camino entre los sonidos y los cuerpos que empujan y las luces que parpadean.

De pronto, están fuera. Aire fresco. Los nombres borrosos, cada vez más tenues.

De pronto, están dentro del coche de Nina, siguiendo al de Florence. La cabeza de Beck sobre el hombro de Zan, el pulgar de él trazando círculos en su dorso, viajes de ida y vuelta. Su otra mano todavía cogida a la de Mara, fuerte. En el copiloto, Eva despotrica hasta que se le acaba la voz.

Hasta que sienten que han convertido el primer regalo de Andre en un error más.

OceanofPDF.com



27.03

Dicen que una vida cuenta con muchas vidas. La última de Mara tiene trece semanas en Aconte y once junto a sus amigos. Una recién nacida a la que le duelen las encías y se moriría de estar sola. Crecer debería incluir un manual de montaje.

Diría que morir es sencillísimo para quien muere, claro. Pero soy el ejemplo exacto de que no.

15:30h. En hora y media entra al trabajo. Ha aprovechado toda la mañana para usar por fin la máquina de coser que Lupe desenterró de su garaje. Cuando (sobre)vivía con sus padres, Mara utilizaba la que heredaron de su abuela materna mientras no hubiera nadie en casa. Si uno solo de sus progenitores escuchaba un respingo, los gritos resonaban más. Por eso tiene algunas yemas encallecidas. Las agujas silenciosas siempre han encontrado huecos blandos donde hundirse.

El busto de costura que le regalaron en su cumpleaños, el pecho voluminoso y la cintura ancha, sostiene lo que en el futuro será una sobrecamisa rosa de pana. Siente la necesidad de confeccionarle algo a Florence, pero sacude la cabeza, a sabiendas de que no es una simple modelo en su mente. Hay un poco de querer vestirla, de que su amiga se desvista porque quiere vestir algo suyo, de que sus creaciones toquen su cuerpo como ella no se atreve. De tocarla al tomarle las medidas. De tocarla sin excusas. Punto.

Al retroceder unos pasos para tomar perspectiva, Mara no solo enreda los dedos en la cinta métrica, sus pies también lo hacen al tropezar con una de las cajas que no ha vaciado y tiene que dar algunos saltitos para no caer de bruces.

Varios DVD se deslizan fuera de la caja. Aún le quedan bastantes cosas en su casa. Las estrellas fluorescentes siguen adheridas al techo, como su familia en muchos de sus pensamientos y pesadillas. De ambos es complejo arrancar su presencia. Quizá por eso no ha despegado las estrellas, o porque es el único buen recuerdo que tiene junto a su padre y aún busca ese amor entre el polvo y las mentiras.

La chica se apresura a recogerlos, pues no ha decidido todavía dónde colocarlos. Si venderlos, si donarlos. Mar en Tasca le da la oportunidad de no ser una parásita anclada a la mujer que la acogió, pero no le servirá de

mucho para independizarse o pensar siquiera en estudiar algo. Tampoco sabría decidirse ahora mismo: el ejemplo perfecto de que no se puede pretender que una adolescente tenga clara la hoja de ruta para el resto de su existencia es Beck.

Con el WhatsApp abierto, Mara busca el chat de su amiga, cuyos mensajes cortos y audios incluso más parcos acaban en el domingo anterior, cuando hablaron de lo que sucedió en el Black Note. Una explicación que Eva chilló durante el viaje de vuelta y que Beck volvió a darle con leves pinceladas: los dos rechazos de Ángela y su inexcusable indiferencia, el acoso de Carmen e Irene, lo implacables que le resultaban las interacciones en las redes sociales.

Mara

Ya casi es abril. ¿Cómo va el tema de la uni?

15:41h

No reincidentará en el tema de sus antiguas compañeras de colegio si Beck no quiere.

Beck

Mi madre me ha recluso en la habitación hasta que, como mínimo, tenga una opción 🤖 🤔

15:43h

Es una forma de hablar, no para Mara. Catorce años. La tarde de un viernes. Ambas habían quedado para ver una película en el cine y Beck pasó a recogerla antes de ir a la parada de autobús. Mara no llegó ni a cruzar el umbral, sus padres la habían castigado quitándole las llaves y encerrándola dentro de su propia casa. Una mala nota, vestir prendas

ajustadas, respirar, ha olvidado la razón. Pero Beck no se marchó, se sentó sobre el felpudo sin barrer y Mara también lo hizo al otro lado de la cerradura. Así se quedaron, hablando durante horas con una puerta de por medio. Una a la intemperie, la otra atrapada por el odio de quienes supuestamente debían cuidarla.

A Mara le tiemblan los dedos un instante.

Mara

¿Y cómo van esas opciones?

15:46h

Beck

¿Qué tal te suena: Grado en Estudios
Hispanicos?

15:46h

Mara

Que te pega, pero no va de escribir 🤔

15:47h

Tres «escribiendo» y cinco minutos después.

Beck

Quiero volver a escribir. Y seguir publicando 🙄

15:52h

Mara

Y lo harás. Estoy segura 🤍

15:52h

Mara

¿Por qué escogiste Historia al dejarte Periodismo en vez de esta carrera?

15:52h

Beck

Porque en ese momento me habría marcado un *Fahrenheit 451* 📖

15:53h

Mara

¿Y qué ha cambiado?

15:54h

Beck

Mmm. ¿Más sesiones con mi psicóloga?
¿Vosotros?

15:54h

Mara

Estaré encantada de leerte, Rebeca Roy, Nobel de Literatura

15:55h

Beck

No te pases. ¿Y tú cómo vas?

La respuesta es un audio larguísimo, más bien un pódcast, al que Beck responde con mensajes, más bien biblias, porque es cierto que echa de menos escribir. O tal vez es que la amenaza de su madre se extiende a cualquier tipo de distracción y grabar un solo audio puede costarle ver la luz del sol en los próximos días.

16:15h. A Mara le habría gustado dar una vuelta con la bicicleta por los campos que envuelven Aconte. Todavía recuerda aquella sandía que robaron para merendar, o cómo se escabullían por el camino de tierra que conduce al pueblo vecino para disfrutar de sus fiestas. Sin embargo, no cree que le dé tiempo, así que decide llegar antes a la tasca como buena trabajadora que es. O buena masoquista.

El mar está revuelto, pero Mara adora su rugido, que le recuerde al ser humano que está a un tsunami de perder la razón. En uno de los maceteros del paseo marítimo, como Beck y ella ya lo encontraron una vez, Zan está sentado con las piernas extendidas, las gafas de vista puestas y un cigarro entre los labios.

—Aguanta, te queda menos de una hora —le dice sentándose a su lado.

—Ey. Hola.

—¿Un mal día?

—No me apetece mucho hablar —responde él suavemente, expirando una bocanada de humo.

A la chica no le molesta su silencio. Con sus amigos, siempre lo ha sentido cómodo. Es la prueba irrefutable de que son lo que son, pues puede estar junto a ellos sin temer las palabras, sin temer lo que esconden. Aun así, ha estado sola todo el día y, por lo tanto, callada. Culpará a su soledad

si Zan le dedica una de sus incisivas miradas. O a que escuchar no es lo mismo que hablar.

¿Todas las veces que nos echaron de clase por charrar? No fue cosa mía, señoría.

—He estrenado vuestros regalos de cumpleaños. Me alegra tener un busto que se ajuste a mis medidas. ¿Os costó mucho dar con uno? Ahora en Internet puedes comprarte hasta un M16, pero como me sobran los dedos de una mano para contar cuántos personajes gordos he visto en películas, pues claro... Me alegra, pero me sorprende. —Mara se encoge de hombros y, al segundo, aclara—: Que mueran los cánones, no que la gente pueda comprar armas tan fácilmente.

—No tan fácilmente.

—Supongo que no.

Sonríen hasta que a ella se le escapa una risotada y a él, ese escueto sonido que siempre sonroja a Beck, como el gas de un refresco recién abierto. Y, dado que Zan la contempla con interés, Mara continúa parloteando sobre que la noche anterior apenas durmió porque empalmó tres películas seguidas: drama, terror y romance. Sobre que el romance es terrorífico, y el terror puede hacerte llorar, y el drama lograr que te tapes los ojos.

—¿Has pensado en estudiar algo de cine? —Zan apaga el cigarro contra la acera.

—O Corte y Confección. Cuando tenga dinero... Creo.

—¿Y cuándo supiste que querías irte de Aconte?

Mara frunce el ceño y se miran de nuevo. Solo hay franqueza y cierta urgencia imposible de entender sin preguntar más.

—No quería, debía. ¿Por qué...?

—¡Zan! —lo llama Javi—. ¡Ah, y Mara! Entrad, venga. Se acumula la faena.

La conversación deja pendientes las dudas, pero ambos ceden, porque Mara no comprende que a Zan no le molestaría que insistiera, y Zan no lo dice en alto porque vuelve a ser ese laberinto donde se pierde a sí mismo. Un dédalo de primera.

La comunicación debería ser una asignatura obligatoria.

Y que se acumule la faena en la tasca de un pueblo costero durante una primavera fría debe cogerse con tantas pinzas que se vaciaría la cesta. Por suerte, el tiempo pasa igual y, cuando se hace la medianoche, las calles no arden ni se reconstruyen como Mars Girls cantaron, Mar en Tasca solo cierra y Mara recibe un mensaje.

FLORENCE

¿Puedes venir a mi casa? Por favor

00:03h

Sin emoticonos. Sin más explicación. Tan seco que Mara debe carraspear y tarda en despedirse de Javi porque tiene los ojos azules clavados en la pantalla. Es una hora extraña, pero no más que la petición. La casa de Florence está cerca, así que no se lo piensa mucho cuando le responde que va enseguida y, de paso, le envía otro mensaje a Lupe para que no se preocupe.

El miedo es descarado: nunca tiene reparos en descuartizar un cuerpo hasta que este solo supura preocupación. Mara aprieta el paso, sintiendo un nudo en la garganta, porque es una hora extraña y una petición extraña, pero ella las reconoce de su propio pasado. Cuando escapaba de los insultos, de los golpes contra la pared, de las zarpas cerradas en torno a su muñeca.

Ya en el portal del enorme edificio, en cuyo ático vive Florence, este se abre antes de que pueda llamar al telefonillo. Un joven de unos treinta años está a punto de chocar contra ella, aunque se disculpa con los dientes apretados y un acento forzado al utilizar un castellano que no domina.

La certeza se le clava en la nuca. Mara entra en el ascensor con los pies inquietos, porque sospecha que casi ha tropezado con Jim, el amigo productor de Florence. Y Florence jamás ha llegado a hablar bien de él. Es más, nunca habla de él, solo lo menciona.

No parece tener mayor importancia, pero también Mara solo mencionaba a sus padres.

El timbre del piso no suena, penetra el espacio, y la angustia emerge. Por si es una llamada al lobo, por si Florence no responde, por si está imaginándoselo todo, pues se ha acostumbrado a vivir atemorizada. Sin embargo, la puerta se abre. Florence tiene los ojos enrojecidos y arrastra los pies cuando se hace a un lado, como una sirena arrastraría su cola mientras se asfixia sobre la arena.

—¿Qué ha pasado?

El dúplex es todo lo que un catálogo de decoración querría sacar en portada, aunque Mara no se detiene a comprobar si cada mueble continúa igual que en su memoria. Persigue a su amiga hasta el amplio salón, abiertos los ventanales que permiten la entrada del frío. El viento marino sacude las cortinas y algo más. Algo pesado que necesita desaparecer por algún lado.

—Estoy cansada —susurra Florence, sentada en el sofá, jugueteando con todos sus anillos.

—¿Es por Jim?

La pista. La pista que le faltaba a Mara y de la que Florence le habló durante su cumpleaños en el paseo marítimo, donde ya lloró una vez. Quizá

más. Y la música nunca la había herido porque hasta entonces jamás había tenido la boca de un hombre.

—No está de acuerdo con nada de lo que quiero hacer para el disco. Dice que no tengo ni idea. Dice... demasiadas cosas.

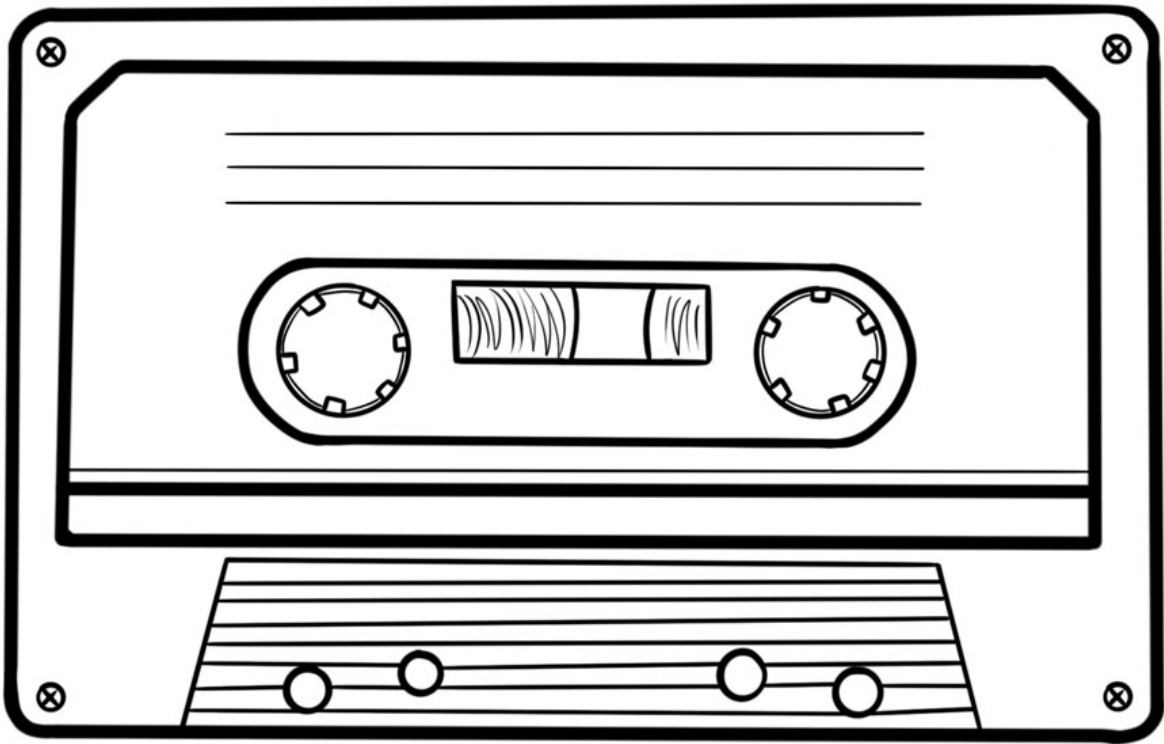
Y Florence vuelve a llorar. Mara posa una mano sobre su rodilla, contemplándola, dispuesta a que encuentre un refugio en ella si decide mirarla también.

—No me gusta cómo ha estado tratándome, pero menos todavía no saber qué hacer. Nunca lo había visto así, quiere controlarlo todo. Esta última discusión ha sido fuerte y mis padres no están y...

Otro sollozo que rompe y las rompe. Definitivamente, Mara entiende que Florence nunca habla de Jim y solo lo menciona si se tercia, pues ni siquiera querría nombrarlo.

—Aquella noche me dijiste que no sintiera vergüenza de lo que estuviera ocurriéndome y me enfadé, pero... ahora sé a qué te referías. Esto, Mara, esto es lo que quería contarte.

Pues la vergüenza deberían sentirla quienes hacen daño y no quienes lo reciben, pensando que es lógico saber reaccionar y combatir un dolor para el que no se nace preparado.



31.03

Frente a la guirnalda de fotografías que Nina tiene colgada sobre el cabecero, Beck siente nostalgia incluso por los momentos que no ha vivido. Porque no estuvo cuando su amiga ganó su primera competición autonómica de gimnasia rítmica —la imagen de una Nina mellada que levanta un trofeo junto a sus compañeras—, ni el día en el *skatepark* cuando un tipo creyó que las leyes de la física podían romperse y lo que acabó rompiéndose fue el brazo —la imagen de una Nina firmándole la escayola a aquel héroe con cero neuronas—. Sin embargo, ahí está, una sensación que hace sonreír, derritiéndose como ese mediodía que por fin tiene el toque cálido de la primavera valenciana.

Mara y Nina están sentadas en el suelo jugando al UNO, contemplándose como dos bandidas harían en un wéstern. Beck es una pobre alma a la que no le gustan los juegos de mesa y olvida las reglas tras participar cuando no le queda más remedio. Ahora mismo le cuesta recordar por qué Nina «está chupándose seis» y se queja de que la otra está haciendo trampas:

—Saco las instrucciones.

—Pero que no lo pone —ríe Mara—. Es así de toda la vida. ¿A que sí, Beck?

—Beck no sabe ni jugar al parchís.

—¡Eso ya es insultar!

—No seas mala perdedora, Nina.

—Soy deportista.

—Menuda excusa.

Tiene muy mal perder.

Y el mazo termina recogido. Beck vuelve a escudriñar las fotografías, mientras Mara se sienta en la cama revisando su móvil y Nina conecta el suyo a unos altavoces para poner música.

Un domingo que suena a *bitches broken hearts* de Billie Eilish y huele a los platos que Lian y Alicia, los padres de Nina, están cocinando. Por el resquicio de la puerta, se cuela el intenso aroma de las especias y las diferentes salsas, una pizca de picante y también de acidez que ya notan deshacerse en la lengua. Hay algo hecho al vapor, pero a Beck le rugen las tripas con solo escuchar cómo saltean los ingredientes, por eso dice:

—Echaba de menos la comida de tus padres.

—Os ha tocado gastronomía china. Ayer mi madre preparó arroz al horno.

—Esta casa es el paraíso —suspira Beck dejándose caer de espaldas contra la cama. Un ligero vistazo hacia Mara, que sigue con la nariz pegada

a la pantalla—. Oye, ¿pasa algo?

—¿Qué? No. Nada. —Mara bloquea el móvil antes de meterlo en su bolso con una indiferencia que no convence. Beck no ha olvidado lo mal que se le da fingir, pero Mara solo debe escoger entre alguna de sus otras preocupaciones para no hablar de Florence, sus mensajes y todo lo que está sucediéndole con Jim—: Nina, ¿por qué no tienes ninguna foto de Andre?

—Porque me cuesta mirarlo a la cara.

Literalmente. Cuéntales lo que pasa, Nina.

—A mí también —musita Mara, escarbando en su estuche de maquillaje—. Es que... sueño desde su punto de vista.

—¿Desde su punto de vista? ¿Es algún rollo cinematográfico? —Beck frunce el ceño.

Mara no le responde, coge un *eyeliner* azul y le eleva el mentón sin mirarla. Ella no llega a insistir porque le acerca la punta a los párpados y los cierra en un acto reflejo.

—No me parece raro —apunta Nina.

—Sueño momentos de él con otras personas. Como si fueran... sus recuerdos.

—Te los imaginas.

—O no.

—Me estáis asustando —susurra Beck, aunque lo dice justamente ella, a quien los objetos le chivan los nombres de sus dueños.

—Relaja o me saldrá un churro —le ordena Mara—. Cuando entramos a la ESO, el primer día, Andre te pidió un lápiz a la vez que tú le pedías una goma. Te sentiste muy rara, porque era alguien nuevo y encima repetidor. Luego la tutora se equivocó con vuestro apellido y...

Beck abre los ojos de golpe y su amiga chasquea la lengua antes de susurrar: «De milagro». Pero el milagro es que sepa exactamente qué

sucedió entre ambos aquella mañana, antes de que la profesora cometiera el error por el que Andre jamás volvió a llamarla por su nombre.

—Te lo conté.

—Qué va.

—¿Y desde cuándo sueñas así?

—Desde —Mara inspira hondo— el accidente.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando? —Nina se cruza de brazos.

—Es una locura, lo sé.

—Espera —dice Beck. No puede ser coincidencia que, a raíz de la muerte de Andre, vea nombres y Mara sueñe así. Por primera vez, tiene una pista, por inverosímil que resulte, acerca de su habilidad. No es fruto de su ansiedad, aunque esta la espolee, es otra cosa mucho más complicada de aceptar—. Yo... yo también...

Sin embargo, la puerta se abre y una Alicia entusiasmada entra sin previo aviso:

—¡Chicas! —Su sonrisa decae un poco—. Uy, ¿interrumpo?

—¿Necesitas algo, mamá?

—Ayudad a Shui y Mei a poner la mesa. Es una pena que Florence no pueda venir. ¿Y Eva?

—Vendrá al café. Tiene que estar con su padre en el Club Náutico por un evento —responde Beck.

—Perfecto. Pues el tío y Zan están al caer, así que ¡venga!

Por suerte, Alicia se marcha antes y usan esos segundos de tregua para recobrase de una confesión que se queda más que pendiente. Nina apaga la música en su móvil y salen de la habitación. En cuanto alcanzan el salón, se obligan a apartar los misterios y enfundarse el disfraz de tres chicas normales.

Poner la mesa y doblar las riñas infantiles de las hermanas pequeñas de Nina no es tarea fácil. Solo Zan consigue calmarlas un poco cuando llega porque, al parecer, tiene ese efecto en cualquier ser humano.

—¿Estás mejor?

Beck se gira y hace un malabar para que no se le caigan los palillos que estaba a punto de colocar en la mesa. Ha escuchado a Zan tan pegado a su oído que el cuerpo entero le palpita, reclamante. Pese a que se han quedado solos en el salón, la chica se inclina hacia atrás, agarrada al borde de la mesa, porque él ni siquiera hace ademán de apartarse un milímetro. Al contrario, posa una mano en la parte baja de su espalda para sostenerla con ligereza, como si no la tocara.

—Sí. —El mantel se frunce bajo los dedos de Beck al apretar un poco más. Se muere por enredarlos en el pelo de su amigo y atraerlo hacia ella—. Ángela nunca ha sido mejor que Carmen o Irene...

—¿Tanto te gusta? ¿O te gustaba?

—No tanto. Solo caí en el «más vale malo conocido que bueno por conocer».

—Pero a mí me conoces. Entonces, ¿soy malo?

—No tanto.

Beck quiere sonreír, aunque acaba mordiéndose el labio inferior para reprimir las ganas de mordérselo a Zan. Y el chico le mira la boca de una manera tan descarada que, por un momento, se olvidan de dónde están, de que los sentimientos de ella todavía evolucionan en desequilibrio, de que a él lo agobia el contacto ajeno e inesperado.

Pero Beck se siente en equilibrio junto a Zan.

Pero Zan no siente que Beck sea una forastera en su piel.

—¡Cuidado! —avisan Nina y Mara antes de entrar en el salón con unas bandejas llenas de vasos y dos jarras de agua.

Entrenados para alejarse, ambos fingen que hacen hueco en la mesa y que no han estado a punto de besarse. Una vez más Nina intenta reprimir una burla por lo obvios que son: su primo ni siquiera ha apartado la mano de la espalda de Beck. Eso sí, lo intenta sin mucho esfuerzo, porque dice:

—Dejad algo o luego no tendréis hambre.

Los colores cálidos adquieren un nuevo tono cuando Beck y Zan se ruborizan. Entonces Mara lo entiende por fin y no dejan de bromear hasta que todos están sentados a la mesa y la comida cobra el protagonismo.

Comer se convierte en una batalla encarnizada por vaciar los platos. Está todo tan rico que hasta les entran ganas de llorar de alegría. Lian riñe a sus tres hijas cuando entrechocan los palillos metálicos para hacerse con el último *jiaozi*, pero las risas van enmudeciendo cuando Tao, el padre de Zan, murmura:

—Echaremos de menos estas reuniones.

—¿Por? —Nina es la única que verbaliza su confusión, alternando la mirada entre sus padres y su primo.

—¿No se lo habéis contado? —les pregunta Tao a su hermano y su cuñada.

—¿El qué? —insiste Nina. Su padre suspira, su madre aparta la mirada—. ¿Zan?

—¿Os mudáis a China? —deduce Shui, entristecida.

—Es lo mejor —responde el padre de Zan sin que este intervenga todavía.

Y, aunque cree que es porque Nina empuja un poco la mesa al incorporarse de golpe, a Beck se le escapan los palillos ante la angustiada sorpresa. Después demuestra lo mucho que detesta la magia cuando realiza una nefasta maniobra de escapismo al musitar: «Perdonad, tengo que ir al baño», pero sale del piso.

Ya en el rellano, con la puerta cerrada, Beck se percata de que se ha marchado descalza. Los calcetines no son lo suficientemente gruesos y el frío le perfila la planta de los pies, también el dolor que no deja de crecer al pensar en lo que Zan no le ha contado ni a su prima.

La puerta vuelve a cerrarse cuando el chico sale, los cordones de sus zapatillas sin atar. Beck intenta decirle que regrese, que tranquilice a Nina, que enseguida se disculpará por su inapropiada reacción. Sin embargo, al entreabrir los labios, el silencio le sabe salado por unas lágrimas repentinas.

—No quiero irme a China, Rebeca —confiesa Zan con los brazos un poco abiertos, aunque en ellos no quepan todas las explicaciones que desea dar.

—No tienes que justificarte, solo... —Se acuerda de aquel día en que Cerebro la guio hasta la casa de Zan y escuchó una discusión a medias entre padre e hijo. Una por la que no preguntó y ahora se arrepiente—. Solo me habría gustado saberlo porque somos amigos, ¿no? —Él asiente—. ¿Sobre esto discutíais tu padre y tú aquella mañana? —Él asiente otra vez.

—Sin mi madre, mi padre no está cómodo en España. Quiere estar junto a sus cenizas, en familia. Y yo... Es complicado. También quiero estar con ella y estar aquí, donde nací. Con vosotros. Conti...

—¿Qué cojones está pasando?

Cuando Zan se gira hacia las escaleras, hacia un Eva recién aparecido con esa expresión de romperle la cara a cualquiera, las lágrimas que le resbalan por el cuello son incluso más gruesas que las de Beck.

—Más mentiras —gruñe Eva bajando un peldaño.

—No te vayas —le ruega Zan.

Si bien es Beck la que consigue dar unos pasos y alcanzar la mano de su amigo antes de que se marche. Y la rabia en Eva se encoge hasta ser solo pena, una que le hace apretar los labios y los dedos de ella entre los suyos.

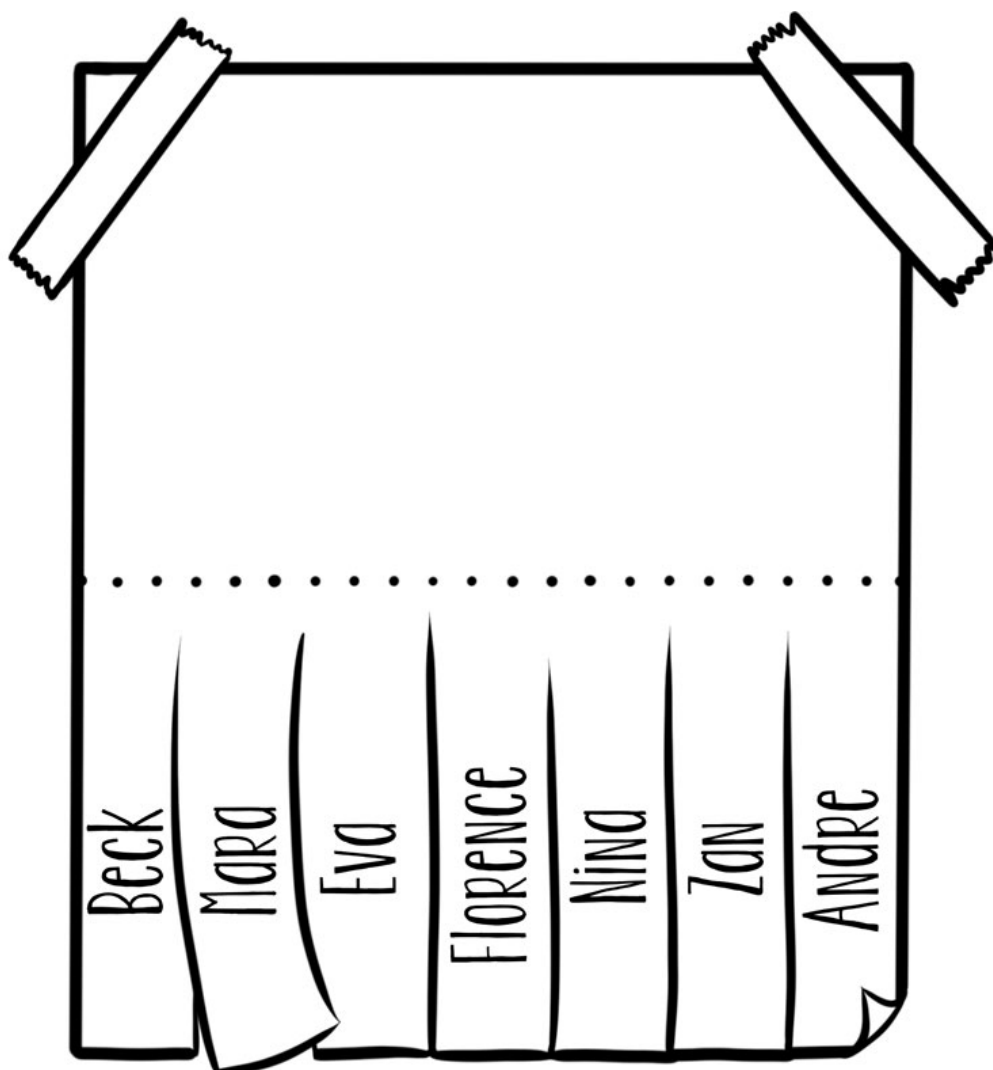
—Siento mucho habérmelo callado. Siento mucho... todo —añade Zan, un ser desvalido que todavía no ha aprendido a actuar después de que le hayan arrebatado tantas vidas importantes. La de un amigo que ya no sonríe frente a todo, la de una madre que ya no apaga la luz antes de dormir.

Beck tira de Eva y junta sus cuerpos hasta que los tres se sujetan para que ninguno se derrumbe. Hay un cruce de nuevas disculpas y respiran hondo, la calma recuperándose, cuando Nina y Mara se unen a un abrazo que ha tardado demasiado en llegar.

—De uno en uno, ¿vale? —solloza Beck, los ojos cerrados para concentrarse en sus amigos y no en los nombres—. Y estaremos bien.

Porque al fin estáis empezando a entenderlo.

OceanofPDF.com



03.04

Jamás se acostumbrarán al mundo porque es imposible descubrirlo del todo. Aprenderlo del todo. Una cantidad indecente de primeras veces, pues siempre habrá emociones nuevas, lugares escondidos, personas que se cruzarán en el camino sin avisar. Cada evento con su propia órbita, sus propios desencadenantes, sus propias posibilidades infinitas. Y a Andre le apasiona ese vértigo, la sensación de caída libre ante lo desconocido.

Ahora mismo, con los pies enterrados en la orilla, con las olas chocando contra sus tobillos desnudos, con el verano haciendo jirones el atardecer, con sus amigos tirados

sobre un puzle de toallas, siente el impulso de nadar y nadar hacia el horizonte. Quiere averiguar si todo es eterno y puede perderse sin un sitio al que regresar.

—Guapísimo —le dice Nina al sacarle una foto con su cámara Polaroid, envuelta en una toalla por la que se escurren algunos ríos de arena seca.

—Seguro. —Andre sonríe y se acerca a su mejor amiga para ver el resultado.

Naranja. Azul. Marrón. Él de perfil. Los ojos verdes al frente, el cuerpo recto, el espíritu más allá. Siempre da la impresión de que se escapa. El chico se inclina y apoya la barbilla en el hombro de Nina mientras esta dice:

—¿Mañana vamos a patinar? Retomo los entrenamientos pronto y...

—No será fácil que te escapes por las noches.

—Exacto.

—Pero —giran la cabeza para mirarse— ¿no deberías descansar? ¿Y si te lesionas?

—Sería mala pata.

—Graciosilla.

Ese es el peligro que enfrentan algunos: tener tan claro lo que quieren hacer en la vida que deben cuidarse de que su ruta no se tuerza. A Nina no se le puede torcer ni la muñeca, ya es una suerte que encuentre huecos en su apretada agenda para salir a patinar —sin que sus padres o su entrenadora se enteren— y reunirse con sus amigos. Andre es todo lo contrario a ella: quiere jugarse el pellejo si hace falta para recorrer mundo y no irse de él con las manos vacías.

Una desgracia que al morir uno no se lleve nada. Solo deje.

Quizá por eso Andre no se ha puesto a nadar aún sin echar la vista atrás. Sonríe más ampliamente cuando Florence tararea la canción que está escuchando a través de los auriculares de Mara, quien la contempla como si nunca hubiera visto nada igual. Cuando Eva se pavonea de unos músculos que no tiene y Beck finge admirarlos. Cuando se gira de nuevo hacia Nina, echando de menos a Zan, y ella muestra más de lo que suele ocultar. A veces tímida, a veces cabreada, pues no debe de ser fácil tener los días calculados al milímetro para conseguir su sueño de ir a unos Juegos Olímpicos.

Entre todos, logran que Andre desee quedarse, dejar mucho de él y para ellos antes de marcharse. Primero a otros países y luego del planeta, muy viejo y muy marchito porque habrá vivido a muerte.

Quizá por eso hace tiempo que piensa en preparar dos mochilas: una de viaje y otra de recuerdos.

—¿Por qué sales jodidamente bien en todas las putas fotos, tío? —pregunta Eva observando la fotografía a la luz del ocaso.

—Tú tienes otros fuertes —ríe Beck.

—Punto para Roy —contesta Andre.

—Solo lo dice porque los conoce bien. —Eva mira a su amiga y eleva las cejas.

Ella le enseña el dedo corazón, pero solo provoca que él añada:

—Como a mí me gusta.

Las carcajadas hacen el mismo eco que las olas al romper, y Andre los observa uno a uno hasta que se detiene en Mara. También la ayudará a marcharse de Aconte, ella sin dejar ninguna mochila. Lo que todavía no saben es cómo.

Y Mara también contempla a Andre como si fuera una pintura, muy real en los sentimientos, pero siempre separados por un lienzo.

Separados por un parpadeo. Mara despierta. Sobre ella, las copas de las palmeras se mecen al son del viento envalentonado por un cielo gris. A su izquierda, Nina está sentada con los brazos estirados hacia atrás y las manos apoyadas en la toalla. A su derecha, Florence canta muy bajito *All the things lost* de MS MR con una sonrisa plácida, tal vez porque de fondo se escuchan las risas de Beck y Eva.

Al erguirse un poco, Mara se da cuenta de que la han tapado con una cazadora negra. La de Florence. Huele a jazmín y, bajo ella, se han mezclado el calor que siempre desprende el cuerpo de su amiga y su propio calor, el que tuvo que fingir que la arropaba de pequeña hasta que logró crearlo.

Cerca de la orilla, Eva está persiguiendo a Beck y todo apunta a que los dos acabarán dentro del agua y cogiendo la pulmonía del siglo.

—¿Dónde están Zan y And...?

Mara se calla de golpe y se agazapa cuando ambas chicas se giran con el ceño fruncido. Sigue en la playa de su pueblo, pero en otro tiempo. Unos años más tarde. En *su* presente. Por un instante, se ha tejido un hilo entre el sueño y ella que no se ha roto hasta que ha preguntado. Zan aún está trabajando en Mar en Tasca. Andre no está con ellos, tampoco viajando como siempre deseó.

Estoy bien muerto. Bueno, ahí, ahí, a punto de caramelo.

—¿Has soñado con él? —inquiére Nina.

—Sí... Con aquel día en la playa, cuando estuvimos echándonos fotos con tu Polaroid y nos pareció que Andre estaba muy raro. Tú ibas a empezar la temporada de entrenos y...

—Y Andre se preocupó por si me lesionaba patinando —termina Nina con un asentimiento.

—¿De qué habláis? —se interesa Florence.

—De nada.

Las culpables se miran de reojo sin apenas disimulo. Ellas mismas tienen esa conversación pendiente.

—Oh, no era una pregunta al aire. Os he escuchado. ¿Estás soñando con Andre? —Esta vez Florence mira a Mara, que está sentándose sobre la toalla poco a poco con la intención de alargar el momento de responder.

—Sí y no.

—¿A qué te refieres?

—Si vamos a hablarlo, Beck debería estar aquí —añade Nina.

—Beck debería saber demasiadas cosas —musita Mara.

—¿Aún no se lo has contado?

—¿El qué? —insiste Florence.

—Tú tampoco lo sabes. —Mara hunde la barbilla entre sus rodillas recogidas contra el pecho—. Solo Nina, Zan y yo. Quizá Eva.

Y un servidor.

—¿Tan grave es?

—Es... importante. Pero primero debemos ayudar a Zan.

Los secretos se apelotonan y ya se sabe la expresión: tarde o temprano, toda la mierda sale a flote. Callarse solo ha traído problemas, pero Mara no acierta cómo poner en orden su historia, la que también afectó al resto. Si el pasado importa en el ahora.

—Y os lo agradezco.

Zan se detiene tras ellas con una sonrisa pasajera y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones negros. Nina le pide que se siente en su sitio mientras avisa a Beck y Eva de que ya ha acabado su turno.

No aprovechar interrupciones para evitar temas. Otra asignatura obligatoria. Todos suspendidos.

—¿Cómo ha ido?

—Corte en la palma, pero sin bajas que lamentar —responde Zan con una mano vendada en alto. Se sienta cruzando las piernas y se levanta las gafas de vista para recogerse los mechones que se le han soltado del moño.

—Ha sido muy valiente, soldado. —Mara le hace un saludo militar que despereza otra breve sonrisa.

—Me supo mal perderme la comida en casa de tus tíos, Zan —le dice Florence con una mueca triste al tenderle un cigarro que el chico acepta—. No está siendo una buena época.

—¿He acaparado la atención con mis problemas? —bromea—. Si necesitas ayuda...

De repente, Eva aterriza sobre él con un abrazo que los tumba prácticamente fuera de la toalla.

—Estoy empezando a sentirme desplazado, ¿eh? —protesta Eva, que no suelta a su amigo mientras se yerguen—. Os enrolláis sin mí, montáis dramas sin mí, fumáis sin mí... ¡Y eso que yo os lo he enseñado todo!

—¿Decías de acaparar la atención? —ríe Florence encendiéndose un cigarro. Luego deja el mechero entre ellos para que Zan se encienda el suyo y, de paso, Eva se una con uno en el que ha escrito: «Poca diversión».

—Vais a matarme con tanto humo —tose Nina.

—Un poco más muerta hoy —dice Beck.

—Pero más viva que mañana, ya, ya.

La pausa desenvuelve un silencio necesario mientras se reacomodan encima de las toallas, donde hace un rato han hecho un pícnic, esperando a que Zan saliera de trabajar.

—¿Has hablado con tu padre? —le pregunta Mara.

—Hemos discutido —responde el chico. Una calada que ahoga unas palabras para que broten otras—: Le he propuesto quedarme en Aconte. La zapatería está vendida y la hipoteca está pagada, así que solo tendría que hacerme cargo de los gastos.

—Suenas como un adulto. —Eva simula una arcada, por supuesto, acostado y con la cabeza en el centro del círculo.

—Es que es adulto —dice Florence dándole un golpecito a Eva en la frente—. ¿Tienes que pedirle permiso a tu padre? Ya eres mayor de edad.

—Sí, porque quiere poner la casa en venta. Ese dinero nos vendría bien y...

Siguen hablando, pero Mara no puede evitar evadirse un poco, pensando que al fin entiende por qué Zan le preguntó frente a la tasca cuándo supo que quería marcharse de Aconte. Ni ella lo supo ni él lo sabe, pues la decisión de irse a Londres, de quizá irse a China, la forzaron y la fuerzan otros.

¿Qué sentiría ella si sus padres vendieran la casa donde creció entre paréntesis? ¿Sería una carga menos? ¿Terminaría de entender dolorosamente que jamás perteneció a esas paredes? Puede que una mezcla, muy diferente a la de Zan, pues a él su casa le recuerda otro tipo de pérdida, aunque fue feliz la mayor parte del tiempo.

—Encuentra un momento tranquilo y sé sincero con tu padre —le aconseja Beck.

—Ya lo he sido.

—Pues más. Cada uno está dando con la forma de seguir adelante y conservar el recuerdo de tu madre. Para él, es volver a China. Para ti, es continuar viviendo en vuestra casa de Aconte.

—Tienes razón —responde Zan. Con un suspiro, deshace la última bocanada de humo—. No tenía muy claro qué hacer, China también es una parte de mí.

—Puedes pirarte cuando quieras —comenta Eva—. Ni España ni China se van a mover de su sitio. Bueno, espero.

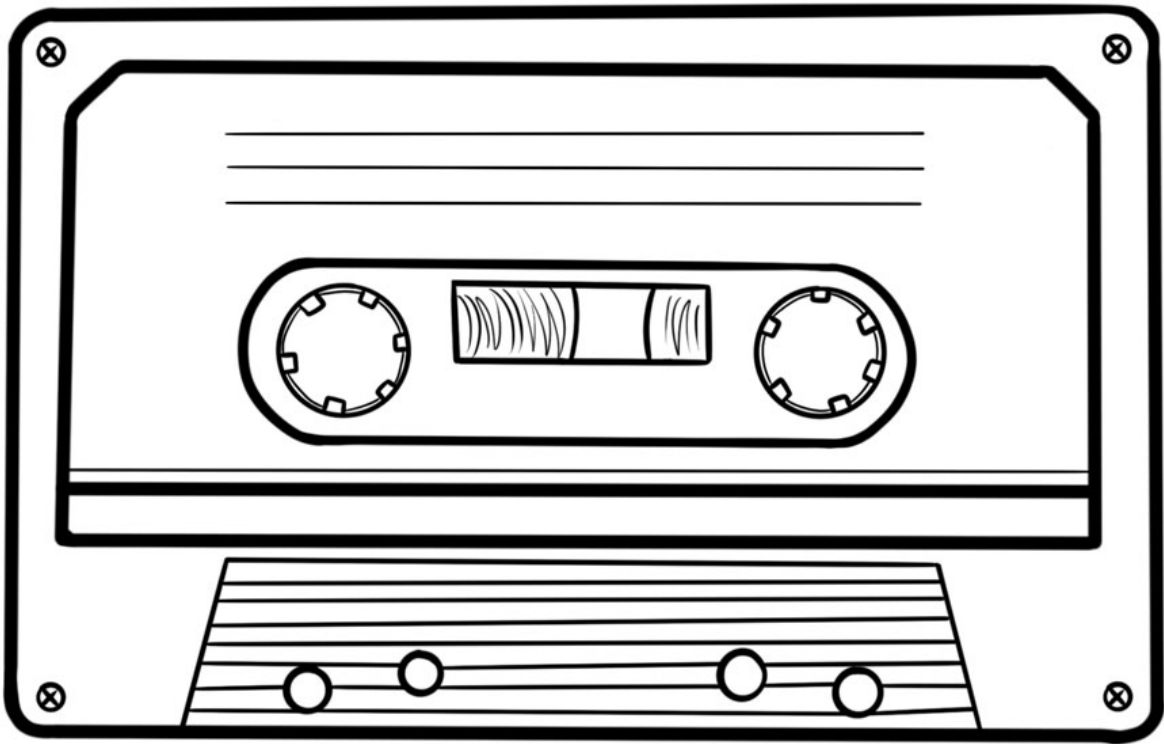
Una sonrisa grupal.

—Verdad —asiente Zan. Los mira uno a uno, deteniéndose un tanto en Beck—. Gracias por ayudarme. —Otro suspiro—. He elegido un regalo de la lista de Andre y me gustaría que lo hiciéramos pronto. Por si acaso.

Por si acaso acaba yéndose irremediabilmente.

Un regalo que es de todos y para uno. Algo que Andre dejó antes de marcharse muy joven y muy sano, porque de vivir a muerte solo pudo quedarse con la última parte.

OceanofPDF.com



13.04

Ganarles en una partida de paintball.

Hay paz bajo la cama, en medio de un monte incomunicado, más allá de la exosfera. Pero no solo hay paz en lo deshabitado, eso es fácil, que el vacío haga todo el trabajo de calmar las guerras. También hay paz en el estruendo, en las risas y los sollozos, en las grietas cuando algo se rompe.

Hay paz en que un grupo de amigos esté poniéndose unos monos de camuflaje, brazaletes de colores, guantes y máscaras protectoras. Equipo azul y equipo rojo. Tres contra tres. Uno como espectador, nadie lo ve, y el árbitro de la partida atento para que nadie haga trampas o incumpla las reglas:

—El seguro y el tapón del cañón siempre puestos si no estáis jugando u os han eliminado. Nunca os quitéis las máscaras dentro del campo de juego, ni disparéis si no estáis a siete metros de distancia del contrincante.

Van a competir para divertirse, para regalarle algo a un amigo que está, aunque no como desean. Sonríen con una rivalidad sana bulléndoles en las venas. «Ganarles en una partida de *paintball*», así lo escribió Andre en la lista y así han aceptado esa única condición. Ganar.

Equipo rojo: Rebeca Roy, Nina Wu y Zan Wu.

Equipo azul: Mara Blanch, Eva Lahoz y Florence Russo.

Espectador: Andrés Rojas. ¡Presente!

El monitor/árbitro: Arturo, al que han apodado «Arturito» en secreto porque *La casa de papel* ha hecho mucho daño.

El terreno de juego está cercado por una valla y simula ser una especie de vertedero abandonado. Hay un coche, varios muros derruidos, bidones de gasolina, casetas de madera, neumáticos apilados, palés, chatarra e incluso un pequeño barco de pesca. Bajo las botas de todos, se entremezcla la tierra anaranjada con brotes de hierba y piedras de muchos tamaños. Varias lomas desnudas aumentan la dificultad desnivelando el campo.

—Existen dos bases. La del equipo rojo es la caseta con una equis blanca pintada en la puerta. La del equipo azul es el barco al otro extremo. El primer equipo que toque la base contraria o elimine a todos sus adversarios ganará. Al mejor de tres.

—Vais a morder el polvo y aquí hay de sobra —amenaza Eva a sus contrincantes.

—Mejor muérdeme tú la bota cuando os venzamos —replica Nina.

—Encantado. —Él amplía su sonrisa y la chica pone los ojos en blanco, un poco sonrojada.

—Ah —añade Arturito—, si os eliminan, levantad la mano y gritad: «¡Baja!», para que sepan que no deben dispararos mientras salís del terreno. Tenéis cinco minutos para dispersaros y pensar una estrategia antes de que suene el silbato. ¿Preparados?

—¡Sí! —gritan calándose las máscaras y cruzando la puerta enrejada.

A Beck le gusta que su máscara roja le limite la visión y que, entre objetos que no le pertenecen a nadie y lejos de Aconte, el lugar esté desierto de nombres. Se reúne con los primos Wu frente a su base. Han echado a suerte los equipos y el azar ha querido que ambos estén muy igualados. Porque Beck sabe que será un efectivo promedio, pero equilibrará la balanza con la vehemencia de Nina y la calma de Zan. Mara y Eva serán un desafío, porque se emocionarán hasta el punto de creerse en una película y ya se sabe: enfrentarse a un fanático nunca acaba bien. Menos si son dos. Además y por desgracia, cuentan con Florence, la verdadera definición de *six pack*: fuerza, habilidad, precisión, inteligencia, la osadía justa y la sangre fría recién sacada del Polo Norte.

—Bueno, como ya os he dicho, yo no puedo correr mucho por la prótesis —les susurra Nina.

—Puedes centrarte sobre todo en defender la base —le propone Zan.

—Tenemos que ganar por narices —masculla Beck—. Pensad en el premio.

—Que Eva no esté restregándonos su triunfo durante años.

—Exacto. —Beck se lleva un índice a los labios—. Lo que voy a deciros puede sonar un poco loco, pero el gato de Eva se llama Nyapoleón por una razón.

—¿Estás insinuando que intentarán imitar una táctica de ese señor?

—Se puso muy pesado cuando lo dimos en el colegio.

—Dios, Beck, cómo admiro tu paciencia con Eva. Y a Mara ni siquiera le hace falta un empujoncito para ponerse peliculera. Aceptará.

—¿No creéis que Florence se lo olerá? —pregunta Zan.

—Florence estará dispuesta a darnos la primera victoria si así...

—Descubre de qué pie cojeamos —ríe Nina al tiempo que su primo niega con la cabeza—. ¿Qué? —Ríe más—. Me la habéis dejado botando.

—Sea como sea, la solución es copiarlos —concluye Beck—. No lo preverán.

Y el silbato resuena por todo el terreno.

Y Beck acierta de pleno.

Ninguno cruza la mitad del campo. Desde el flanco izquierdo, Nina consigue una perspectiva perfecta para derrotar a Mara y enseguida se une a Zan, quien ha intentado vencer a Florence de la misma manera por el flanco derecho, pero se le ha escapado. Entre los dos, consiguen eliminarla tras varios obstáculos, mientras Beck sube a la loma antes que Eva y lo abate con tres balazos.

Otro silbato. Una victoria.

—¡Nyapoleón, va por ti! —grita Beck, eufórica.

—Putos copiones. ¿Estás de coña? —se queja Eva poniéndole el tapón al cañón y activando el seguro.

—Conozco todos tus secretos —le dice ella en cuanto lo tiene a su altura, rascando uno de los impactos de pintura roja en el mono de él.

—No todos, saldrías corriendo. —El chico no añade nada más hasta que están a un lado del terreno y puede levantarse la máscara—. A no ser que me pidas cumplir alguno contigo.

Rebeca Roy es la única capaz de contemplar a Eva Lahoz sin pestañear ni sonrojarse. Hoy no. Hoy pestañea dos veces.

Al cabo de diez minutos, el silbato vuelve a sonar. Segunda partida. Los seguros y los tapones quitados. Las máscaras bien puestas. Las armas apuntando al frente para que las bolas de pintura caigan y el cañón las escupa. Esta vez es una escabechina que termina con el equipo azul humillando al rojo. No solo Florence consigue tocar la base contraria, sino que, a la vez, Eva dispara a Nina, la última de sus adversarios que quedaba en pie.

—¡Ha funcionado! —se emociona Mara, dándole un abrazo a Florence que esta corresponde sonriendo y pasándole una mano por la cintura.

—Mira cómo aprovechan —canturrea Beck.

—¡Uno a uno! —recuerda Nina, la reina del mal perder—. Quien gane esta, gana todo.

Y su fiereza se contagia. Se han olvidado incluso de por qué están allí.

—Tengo una idea —le dice Nina a su equipo—. Hay algo en las normas que Arturito no ha mencionado. Y, mientras mantengamos la distancia de siete metros, no creo que me descalifique.

—¿Estás segura?

—Sobrevivid. Yo os aseguro que no tocarán la base.

La partida de desempate dura más. Pasos de plomo, bien escondidos, el silencio apenas interrumpido. El primer «¡baja!» llega de los labios de Zan. El segundo lo gritan Beck y Florence al unísono, después de dispararse y acertar al mismo tiempo.

Cuando los dos que quedan del equipo azul están a punto de alcanzar la base contraria, no esperan los disparos. Ni siquiera averiguan desde dónde han llegado. Eva grita: «¡Baja! ¡Mierda!», al ver la pintura roja y fresca que ha impactado contra su brazo. Mara se cubre enseguida tras una pila de neumáticos, mientras Nina rueda por el suelo, saliendo de debajo del coche junto a la caseta.

Ocultarse bajo él parecía peligroso, pero Arturito no lo ha prohibido y Nina sabía que era el mejor escondite.

Las chicas no dejan de apuntarse y el resto contempla el desenlace con los nervios a flor de piel. Dos bandidas de un wéstern otra vez, como cuando jugaron al UNO. Siete metros de distancia. A la vista y sin ningún obstáculo.

—Aquí no puedes hacer trampas —aclaró Nina deteniéndose frente a la equis blanca en la puerta.

—Supéralo. Luego buscamos en Internet si te gané al UNO con todas las de la ley igual que voy a hacer ahora. —Mara sonríe.

—Serías una guionista dignísima. Una pena que vayas a perder.

Y Nina traga saliva, de pronto, recordando a Andre. Que están allí, divirtiéndose, gracias a él. Sin él. Jugando en su lugar lo que jamás podrá jugar. Ganando lo que él jamás podrá ganar, tal y como escribió en la lista. A no ser que...

Nina.

—Andre. —Ella no le responde al espíritu de su mejor amigo, solo es una idea—: Andre quería ganarnos al *paintball*.

—¿Es alguna técnica de distracción?

—Es una forma de regalarle exactamente lo que pidió. Ganarnos. ¿Me pillas?

Mara frunce el ceño antes de entender qué le está proponiendo. Entonces sonríen tras las máscaras, aun así, notándolas la una en la otra porque la felicidad tiene ese poder.

—A la de tres.

—Una...

—Dos...

Yippee Ki Yay, motherfucker.

A siete metros, Nina y Mara se disparan a la vez. Y ambos equipos pierden a la vez. Y ambos equipos quedan empate a la vez. Y solo alguien gana cuando suena el último silbato.

—¿Qué habéis hecho? —les pregunta Beck en cuanto llegan hasta ellos.

—Ha ganado Andre.

—¿Cómo?

—Andre quería ganarnos al *paintball*. Es el único al que no hemos vencido en ningún momento y nosotros hemos quedado empate —Mara se encoge de hombros—, así que Andre es el ganador.

Gracias.

—Me parece perfecto —coincide Florence.

—Tía, por comerle la boca a Mara, incluso te lanzarías a una piscina de tiburones —resopla Eva.

—Ya lo he hecho. Nadar con tiburones, no lo de comerle la boca a Mara. Aún.

—¿Y si nos comemos los bocadillos? A este paso cometeré canibalismo.

—Beck rescata a Mara de que en su rostro parezca que ha estallado una bola perdida de pintura roja.

Y juntos salen de un terreno de juego donde no queda ni el alma de un solo jugador.

El atardecer se derrama suave sobre el merendero. Acostada en uno de los bancos, amodorrada después de todo lo que han comido, Beck sigue deleitándose con un paraje vacío de nombres. Los árboles, la brisa, nada de eso le pertenece a nadie. Solo uno se inflama, como una cerilla a punto de apagarse, cuando Zan se acucilla frente a su rostro, las manos apoyadas en el banco y la barbilla sobre los nudillos.

Cerca, con el oxígeno siempre exiguo, en ese instante único que habitan y deshabitan, a Beck le cuesta sostenerle la mirada mientras susurra:

—¿Dónde están los demás?

Zan no le responde enseguida, puede que el viento se haya llevado su pregunta:

—Echándose fotos.

Tal vez él le ha leído los labios.

Tal vez ella deba besárselos para comprobarlo.

—Sin duda, hemos sido los mejores. Y sin practicar.

—¿Mi prima al final de la última partida? Lo más épico que he visto desde *Infinity War*.

—Ay, es que tú eres más tranquilito, Zan Wu. Ya sabes, pescas solo, lees cuando nadie te mira... No te van las emociones fuertes.

—Me van, pero no con cualquiera. Cuando quieras te lo demuestro.

Tal vez solo es cuestión de no plantearse cuándo, ni dónde, ni por qué.

—Entonces, ¿te lo has pasado bien? —Beck cambia de tema para salvar su cordura.

—¿Es una pregunta trampa para que te hable de mi padre?

—Claro. —Sonríe, y Zan también lo hace sin importarle que su sonrisa dure más que nunca.

Tal vez ella deba acariciarle las comisuras para empezar por algún lado.

—He hablado con él. No hemos discutido. Está pensándose.

—¿De verdad? —La emoción tiene un timbre especial en Beck—. Ojalá puedas quedarte. No quiero que nos separemos otra vez... No ahora.

Se pierden en la mirada del otro, sin timidez, y comparten el mismo estremecimiento que promete deshacer sus cuerpos, efervescentes.

—¿De ellos o de mí?

—De ellos. De ti. —Esta vez Beck susurra tan bajito que debe humedecerse los labios para recordar las palabras que ha dicho.

Tal vez él deba humedecerle los labios para recordar sus palabras también.

—No voy a besarte aquí, Rebeca.

—¿Por qué?

—Porque no podré parar y ya sabes qué nos espera si nos pillan.

—Pudiste en aquel Halloween.

—Paraste tú.

—No, paraste tú.

—¿Este es otro empate? —Zan enarca una ceja, la sonrisa ladeada—. Porque me gustaría que lo hablásemos, ya que la otra vez no lo hicimos.

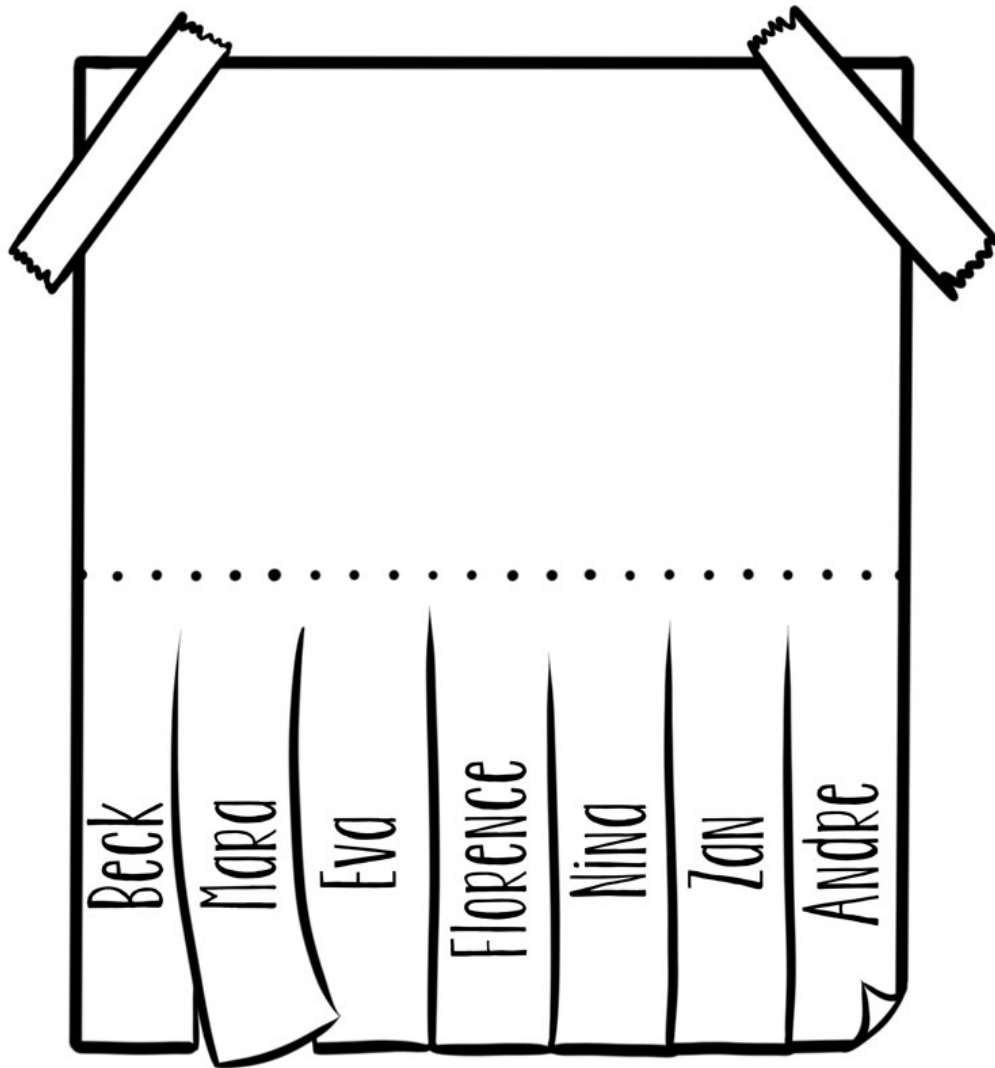
—Vale —accede Beck, que lo imita y enarca una ceja para provocarlo, para desestabilizarlo tanto como él la desestabiliza a ella—. Todo desempate necesita unas reglas.

—Para romperlas.

Los demás regresan al merendero, pero ni Beck ni Zan se alejan como han hecho en otras ocasiones, rápido, avergonzados. Siguen mirándose a pesar de las bromas y los cuchicheos. Siguen venciendo el espacio que los separa rozando sus manos, sin necesidad de excusas para tocarse con esa sutilidad que no los moverá a la próxima. A la próxima, no habrá control.

Una promesa tácita.

OceanofPDF.com



16.04

Despertar en una cama diferente es raro, porque ni siquiera entiendes dónde estás durante los primeros segundos. Por suerte, cinco dedos entrelazados con los suyos conducen a Mara hasta un cuerpo que reconoce enseguida. Florence duerme a su lado, el colchón viscoelástico creando un molde perfecto de su figura bajo la colcha. La tranquilidad se despereza plácidamente con el sol, muy diferente al enfado y la pena que tensaron la

noche anterior. Y es que la situación con Jim, aquel que Florence creía un amigo que la ayudaría a producir su disco, ya ha cruzado más de una línea.

A Mara se le atascaron las preguntas y los consejos al leer los mensajes y escuchar los audios de Jim. Se le estremeció la piel de una manera desagradable al pensar que todo lo que le ha recriminado y hecho sentir a Florence por móvil también ha sucedido en persona. Como cuando acudió a esa misma casa aquella medianoche, con el viento aullando a través de las ventanas abiertas y su amiga hecha pedazos. Cansada y avergonzada como jamás debería estarlo.

«Déjale claro que no necesitas su ayuda, que los amigos no se tratan así», le dijo Mara. Pero conoce perfectamente lo mucho que puede apretar la dependencia en algunas relaciones, lo que duele darse cuenta de que te ha engañado una fachada en la que confiabas.

Las palabras siempre son complejas. Ambas lo saben pues han jugado durante mucho tiempo a que tienen un significado diferente al aprendido. Pueden estar afiladas, ser certeras, herir físicamente. Culpabilidad, inferioridad, egoísmo. Jim no ha parado hasta que Florence ha creído que no podría hacer música sin su ayuda, sin sus contactos, sin intervenir en cada letra y nota.

—Buenos días —susurra Florence acurrucándose de perfil hasta casi encajar el rostro en el cuello de la chica. Huele al jazmín de su perfume.

Mara se quedó a dormir porque no quería dejarla sola, pero ahora no se levanta porque quiere besarla.

—¿Has descansado?

—Sí, por fin. Gracias a ti. —Florence desenreda los dedos para posarlos en la cadera de Mara, que aprieta los dientes para que no vea cómo traga saliva, inquieta, sedienta. De ella—. Respira.

—¿Cómo?

No hay respuesta, tampoco es la razón por la que se miran. Rota la regla de los cinco segundos, ahora deben averiguar cómo son cuando se tocan más allá de una leve caricia, de un abrazo, de unas manos cogidas.

Florence se estira, como si se pusiera de puntillas pese a estar acostadas, pues alcanzar a Mara nunca ha sido sencillo. Sus labios se rozan un instante y Mara jadea, las ansias y los nervios. No mejora cuando Florence sonríe de lado, los ojos negros clavados en sus pupilas para entenderse en un mismo color, en silencio.

De pronto, como siempre entre ellas, la electricidad crepita y Mara debe contener otro jadeo al sentir las yemas de la chica colándose bajo su camiseta, arrastrándose por sus curvas hasta hundir las manos para aferrarla, estirar y ponerla a su altura. Aun así, no en igualdad de condiciones. Mara siente que Florence podrá derruir años de dudas y distancia con un solo beso. Le suplicará que se detenga, porque no se lo creará. Le suplicará que siga, porque está agotada de imaginársela así: en la misma cama, vestida con un camisón de tirantes, su boca pidiendo la suya con idéntica urgencia.

Pero el beso no llega, todavía queda piel que recorrer. Florence desliza la mano por la espalda de Mara, vira hacia el vientre y mete la punta de los dedos bajo la banda del sujetador. Entonces frunce el ceño al decir:

—¿Has dormido con esto puesto? Menuda tortura.

—Anoche se me olvidó —protesta Mara más bajito, aunque se le cuela un leve gemido por culpa de Florence y sus dedos ardiendo—. O quizá te estoy poniendo a prueba.

—Soy experta en quitarlos.

Mara no comprende cómo sobrevive a que Florence le responda eso mirándola a los ojos. A su sonrisa partida avisándola de que no parará. A que rompa el contacto para besarle el hombro desnudo por la camiseta

desbocada, mientras pellizca los ganchos y los corchetes. Enseguida se sueltan y los tirantes le resbalan por los brazos. Y Florence, cumpliendo su palabra, no para: tira del cuello de la camiseta y del centro del sujetador para apartarlos sin quitarlos del todo. Recorre uno de sus pechos, primero con la lengua, luego con la mano, antes de ascender y morder la barbilla alzada de Mara, que esta vez jadea mucho más alto.

En cambio, Mara decide empezar por debajo, surcando los muslos de Florence con las palmas bien abiertas, llevándose consigo la tela de ese condenado camisón hasta que encuentra sus bragas. Engancha un pulgar en la goma, dispuesta a todo, cuando sus bocas se abren para besarse al fin. Entonces la alarma de un móvil las sobresalta y Mara cae de bruces contra el suelo.

Estaba complicado caerse de una cama de 200x200, pero ella demuestra que todo es posible y que el sentido del ridículo es para cobardes, porque ahí está: despatarrada sobre una alfombra de trescientos euros, el pijama a medio quitar, el pelo deshecho, la respiración alterada y *Baby Shark* a todo trapo.

—Despertarse con esa canción también es tortura —dice Florence clavando el codo en el colchón para poder apoyar la cabeza en un puño.

—Tuvo que cambiármela Mei cuando comimos en casa de Nina. Está obsesionada. —Mara coge su móvil y apaga la alarma. Luego se pone las gafas e intenta fingir que ver bien ese camisón que ella misma ha arrugado ya no la excita.

—¿No es un poco mayor? ¿Qué tiene? ¿Doce?

—Entre que se ha viralizado y que Mei apunta a maestra del mal, no sabría decirte —ríe Mara levantándose—. Oye, tengo turno y no puedo saltármelo. ¿Estarás bien?

—¿Vendrás después?

—¿Quieres?

—Prefiero otras cosas ahora mismo, pero sí. —Florence se recuesta y sus dedos juegan con el lado que ha dejado vacío. Las sábanas aún deben estar calientes.

Mara niega con una sonrisa que no se aclara en expresar todo lo que siente, mientras coge su mochila y entra en el baño. No se observa enseguida en el espejo. Se lava los dientes y la cara con agua fría, aunque de su piel no desaparece el rastro de Florence, los puntos exactos que todavía exigen más.

Podría olvidarse de toda responsabilidad, regresar a la habitación, tumbarse sobre Florence y demostrarle del todo que eso es lo que quiere. Que ha querido mucho de ella desde que tiene doce años y la vio por primera vez en aquella parada de autobús, vistiendo el uniforme perfectamente, pero con el gesto aborrecido de quien desea huir.

Una necesidad que solo se refuerza cuando Mara se quita la camiseta del pijama y se abrocha de nuevo el sujetador. O tal vez sea Florence la que olvide toda responsabilidad, irrumpa en el baño, la arrincone en la ducha y...Vuelve a lavarse la cara con agua fría.

Con el conjunto negro de la tasca puesto, el rostro al fin pálido y la melena rubia peinada, Mara sale y se encuentra a Florence sentada en la cama, contemplando el horizonte azul que los amplios ventanales dejan ver.

—Le diré que se vaya. En cuanto llegue, le diré que se vaya —repite Florence sin girar la cabeza.

En ese momento, Mara piensa que es mejor que no haya sucedido nada entre ambas. Siempre ha querido a su amiga, pero bien, con su historia siendo un círculo cerrado y no la pescadilla que se muerde la cola, al final devorándose a sí misma por pura desesperación.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Solo quiero que se acabe y descansar.

De pronto, miradas y sonrisas escuetas, casi cohibidas. Mara se sube un poco en la cama para besar la frente de Florence, quien le roza el antebrazo. Un toque tibio que se distingue del resto pues ahora no pide una cercanía que encienda, sino que simplemente proteja.

—Voy sola a la puerta.

—No me hagas esperar mucho.

Mara retrocede de espaldas, Florence será lo último que vea al girar la esquina. Cinco segundos mirándose, reinterpretados en un idioma que perfeccionarán a besos la próxima vez. Baja las escaleras, recorre el salón y sale por la puerta principal.

09:50h. Entra en diez minutos. Suerte que el dúplex está a unos metros de Mar en Tasca. Cuando ya ha descendido el primer tramo de escaleras, el ascensor se abre en el último piso y Mara se detiene en el descansillo, un tanto escondida.

Enseguida reconoce al joven que se planta frente a la casa de Florence con un juego de llaves en la mano. No parece contento, ni siquiera serio. Es un rostro impertérrito, un cuerpo carente de corazón, una boca augurando palabras vacías que pesan como miles.

Jim entra en el piso y Mara se coge de la barandilla. Saltarse su turno por enrollarse con la chica que le ha gustado toda la vida le resultaba una razón atrayente, pero saltarse su turno para ayudar a una amiga le parece una razón necesaria.

Mara, sube. No te lo pienses más.

Y siente como si unas manos se hundieran en su espalda y la empujaran hacia arriba. Llama al timbre con insistencia y espera. Espera. Espera. Llama de nuevo, los brazos cruzados para sofocar sus latidos.

Se escuchan unas voces.

Unos pasos.

La cerradura.

Cara a cara, él y ella. A Mara le parece que Jim es un ser humano cualquiera, con los ojos claros, los lados de la cabeza rapados y los labios gruesos. Pero no hay que fiarse de las apariencias, por eso las personas se distinguen por dentro, por lo que dicen y hacen.

—¿Qué coño quieres? ¿Quién eres? —le espeta Jim en inglés.

Mara preferiría no entenderlo, tampoco lo necesita para apoyar a Florence. Y, aunque por desgracia lo hace a la perfección, entra sin responder, zancada tras zancada. Su amiga está en medio del salón, ocultando su camión tras una enorme chaqueta de lana.

—¿Mara?

Se detiene junto a ella. Es su lucha, pero no la enfrentará sola. Pase lo que pase ahora y después, Mara no se moverá hasta que ese tipo se marche de allí.

—Estábamos teniendo una conversación privada —gruñe Jim, sus rasgos impasibles deformándose por fin en una mueca irritada.

—Mara se queda —responde Florence—. El que se va eres tú.

—¿Qué?

—Estoy harta de ti. Me has tratado fatal desde que llegamos a España y te recuerdo que el proyecto del disco es mío. No tuyo.

—Hasta ahora no te habían molestado mis consejos. No seas exagerada.

—Jim da un paso al frente y ambas no pueden evitar retroceder uno.

—Exagero, me pongo histérica, lloro demasiado, te agobio, soy estúpida si no te hago caso, soy ingenua si me encargo de mi propio trabajo... Todo eso me has dicho y más. —Florence lo señala, adelanta un paso y esta vez es él quien retrocede dos—. Eres un amigo nefasto y me duele haberme dado cuenta tan tarde. Por mí, claro, tú puedes irte a la mierda.

—¡No sabes qué cojones estás diciendo! —chilla Jim, y Mara coge la mano de la chica en un acto reflejo que pronto se vuelve protector.

—¡Por supuesto! Soy demasiado joven y ambiciosa, ¿no? ¡Vete o llamo a mis padres!

—Menuda rabieta —rechista él mirando hacia el techo.

—No es lo que buscas, te lo aseguro —le espeta Florence, más contundente, apretando los dedos de Mara con la fuerza que destila su tono—. Lárgate pensando lo que te dé la gana. O mejor, corre a salvar tu carrera, porque mi padre te la hundirá en cuanto se entere de esto.

Jim mide la amenaza sin moverse y, al final, suspira antes de murmurar:

—¿Si me voy te callarás de una puta vez?

—Claro que no.

Aferradas todavía, Florence y Mara se juntan mucho más mientras observan cómo el joven se dirige a la habitación de invitados con los puños rígidos. Escuchan una cremallera abrirse, el tintineo de unas perchas, el rumor de la ropa, los insultos tras unos dientes apretados.

—Volverás arrastrándote —gruñe sin mirarlas al salir del dormitorio. Miserable y cobarde—. Puta loca.

Florence se abalanza hacia delante con la intención de replicar, pero ahora Mara sí se interpone para detenerla. Merece más que una contestación, que el karma exista y la justicia funcione. Sin embargo, es mejor no darle motivos para retenerlo, para que la situación empeore.

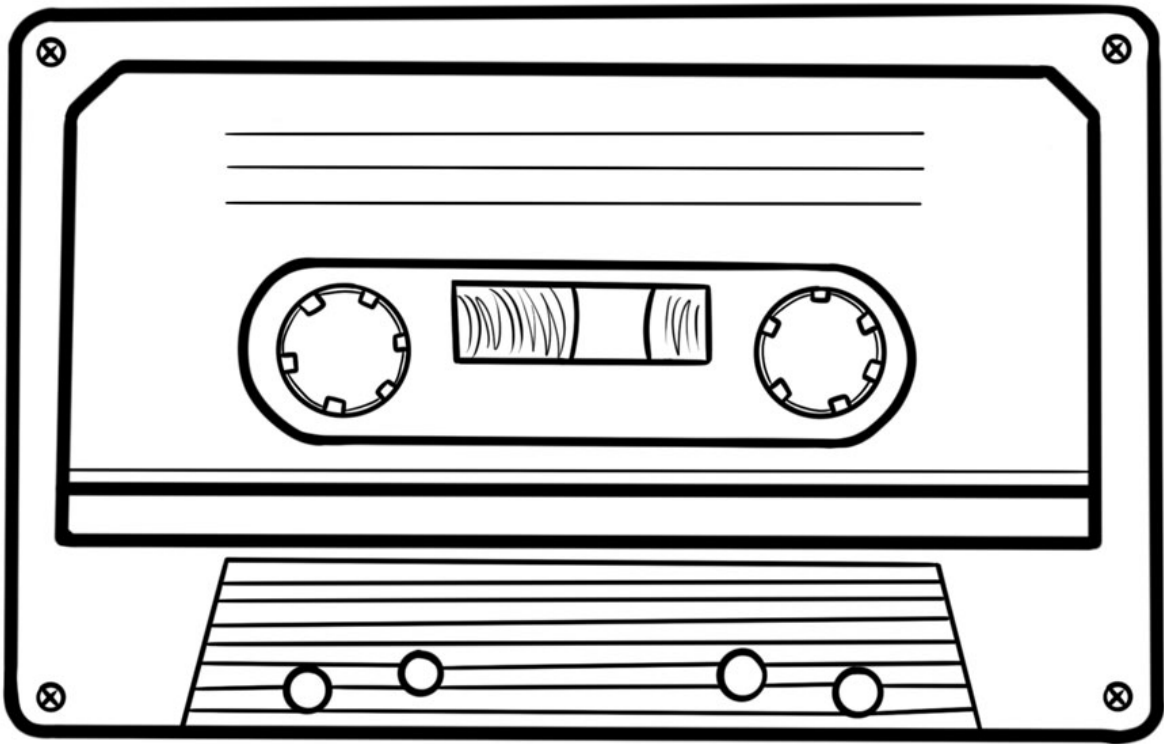
Con un ademán brusco, Jim tira las llaves dentro de un cuenco sobre el aparador y cierra de un portazo. Solo entonces Florence se deshinch, las piernas tan temblorosas que se dobla hasta arrodillarse en el suelo. Mara acompaña su movimiento y la recoge entre sus brazos.

Juntas son capaces de cambiar el final.

El mundo.

Todo.

OceanofPDF.com



20.04

Dicen que el ser humano está hecho de materia estelar, pero Beck se siente más cerca de la tierra que nunca. Y está contenta. Hace unas horas que ha amanecido y bosteza por todas las que no ha dormido, sentada frente al escritorio.

La razón no es el insomnio. Empezó siendo el ejemplar de *Corazón de tinta* que Andre guardó en su mochila, cuyas páginas devoró hasta que se dio cuenta de que eran las tres de la mañana y de que su propio corazón le pedía escribir. Primero a mano y luego, cuando le dolieron los dedos de tanto apretar, en el ordenador, con ímpetu y a riesgo de romper alguna tecla. Entonces le llegaron varios mensajes de Zan.

Zan

¿En pie?

04:14h

Beck

Estoy escribiendo 🧐

04:15h

Zan

¿En serio?

04:15h

Beck

¿Quieres que te lo lea en un audio?

04:16h

Zan

¿Te apetece?

04:16h

Beck

Mucho 🍷

04:16h

Y Beck susurró línea tras línea, párrafos inconexos que tenían sentido en su caos. Un relato corto, versos sin métrica ni rima, el diario de una persona que enumera pensamientos como una lista de la compra. Literatura o no,

Beck siguió escribiendo y siguió leyendo sin temor a la reacción de Zan, a compararse con otros una vez más. Disfrutó y recordó por qué comenzó a escribir para comenzar de nuevo. Para reconciliarse con las palabras.

A las cinco y media de la mañana se despidieron. Zan le envió un selfi tumbado en la cama, la melena revuelta como el flequillo sobre los ojos, una pequeña sonrisa que inundó el pecho de Beck y, honestamente, le electrizó hasta la última fibra. Ella le respondió con otra fotografía, en su opinión, nada digna: con pijama, los rizos turquesa medio recogidos en dos moños altos, su sonrisa torcida por un cansancio feliz.

El caso es que continúa despierta, releendo todo lo que escribió y la conversación de WhatsApp, contemplando la foto del chico como quien se va a la guerra. Él también le envió algún audio con la voz amodorrada, rumorosa, y a Beck le hace cosquillas en el estómago pese a escucharla por tercera vez. Porque es Zan y porque es Zan hablando de su arte.

Unos pasos en las escaleras hacen que cierre el portátil, esconda el móvil en su bolsillo y se meta bajo la colcha antes de que su madre abra la puerta poco a poco y murmure:

—Cielo, ¿estás despierta? —No responde—. ¿Rebeca?

—Hmm...

Buenísima actriz. 10/10. De Óscar.

—Sofía y yo vamos a llevar a Diego al campeonato de tenis. Recuerda que no volveremos hasta las cinco o seis porque es en Castellón. Evaristo me dijo que puedes comer en su casa.

—¿Para asegurarse de que Eva estudia?

—También.

Julia suelta una risita y se acerca a la cama. Besa a su hija entre los rizos y se los acaricia después. Beck no quiere abrir los ojos por si su madre lee en ellos que ha estado en vela toda la noche. Y así espera hasta que su

familia sale de casa, imaginándose lo que tardarán en llegar al garaje y coger el coche.

Cinco minutos después, Beck se incorpora de golpe y extiende la colcha para tapar las sábanas arrugadas. Es indecente la energía que puede tener tras veinticuatro horas despierta.

¿Materia estelar? Materia alienígena.

Las ventanas abiertas cuegan el frío lluvioso de abril. Beck sale a la terraza desperezándose y enseguida, al otro lado de la dársena, ve a Eva sentado en la ventana de su habitación con un libro de texto sobre las piernas dobladas. Nyapoleón está acurrucado bajo ellas y extiende las orejas en cuanto el chico le hace una peineta a su amiga. Esta le responde de igual manera y el móvil le vibra en el bolsillo.

Eva

¿Has vuelto a escribir?

08:53h

Beck

Stalker

08:53h

Eva

¿Mi culpa? La tuya por hacer todo con las persianas subidas

08:54h

Eva

Me alegro, tía, ahora cuando vengas a mi casa me cuentas más

08:55h

Beck

¿Preparado para que sea tu canguro? 🐨

08:55h

Eva

Seré un alumno aplicado, prometido

08:55h

Beck

¿De verdad o es otro de tus jueguecitos?

08:56h

Eva

Conmigo piensa mal y acertarás, Rebeca 🔥

08:56h

—¡Nos vemos ahora! —le chilla él entonces.

—¡Vale! ¿Llevo algo?

—¡Con tu culo basta!

Las carcajadas resuenan por todo el puerto. Un mujol salta en medio del agua, tal vez enfadado como la vecina que los riñe por ser tan escandalosos y descarados. Solo así se esconden en sus respectivos dormitorios, las risas ahogadas pero aún en sus labios.

Por supuesto, Cerebro también quiere formar parte de la jarana, por eso entra en la habitación de Beck ladrando con su habitual sonrisa bobalicona. La chica está cogiéndolo en brazos para que la ayude a decidir qué ponerse cuando su móvil vuelve a iluminarse. El grupo del Consejo de Guerra.

Florence

¿Podemos quedar hoy en alguna casa? Quiero contaros algo

09:00h

Suena serio, seco. Beck sabe que no debe interpretar sin más el tono de los mensajes, pero ojalá su don con los nombres evolucionara y le chivara también cuáles son las emociones que embargan a sus dueños.

Al final, todos han comido en casa de Eva. Florence no ha hablado enseguida, ha esperado a estar cómodos en el salón con cafés e infusiones entre las manos. Su expresión ha ido mutando conforme relataba lo ocurrido con Jim. Ninguno la ha interrumpido, intentando mantener a raya los gestos de rabia e impotencia. Al terminar, le han dado un abrazo y han regresado a sus sitios pensando que, si bien ellos se han equivocado mucho a lo largo de todo ese tiempo separados, jamás habrían sido capaces de ser tan malos amigos. Tan malas personas.

—Qué cabrón. Quería llevarse el mérito, claramente —dice Eva encendiéndose un cigarro con la frase: «*Fuck the system*».

—En Nueva York no se portaba así.

—Lo siento mucho, Florence. —Beck mira un momento su café—. Me alegra que al menos Mara pudiera ayudarte.

—Quería contároslo, pero no sabía cómo. Es que nunca he tolerado que me traten de esa forma. No pensaba que me ocurriría. Y me daba vergüenza que la gente creyera que se lo estaba permitiendo, que podría haberme dado cuenta desde el principio y haber reaccionado...

—No es sencillo —le responde Mara pasándole un brazo por los hombros.

—¿Se lo contarás a tus padres? —le pregunta Nina, que manosea su taza humeante, inquieta.

—Sí. Al fin y al cabo, ellos confiaban en que me ayudaría con el disco y por eso lo acogieron en casa. —Florence inspira hondo y los observa, cada rostro preocupado y triste—. Estoy mejor, en serio.

Otro abrazo. Alguna broma que arranca varias risas sinceras y templada el ambiente.

—¿Y el disco? —se interesa Zan sentándose en uno de los sofás, junto a Beck.

—De eso quería hablaros también. —Por fin brota en Florence esa sonrisa reconocible, bonita y honesta—. Vosotros me ayudaréis.

—¿Cómo? —suelan algunos.

—Ya os lo dije: he estado bastante atascada con las letras, y Mara me ha dado una idea buenísima. Veréis, quiero que este disco sea personal, muy mío. Pero, a día de hoy, para hablar de mí también debo hablar de vosotros. Quiero que tenga un pedacito de cada uno.

—Insisto en nombre de todos: ¿cómo? —repite Beck.

—Seréis parte de la producción, todo creativo y cosas que se os dan bien, os lo aseguro. Y me gustaría que lo hiciéramos en Francia. La familia de mi madre tiene una casa de campo allí y me parece el lugar perfecto.

—¡Justo ahora que vienen exámenes! —se queja Eva.

—Llévate los libros detrás —le propone Zan.

—¿Estás segura, Florence? —Nina los interrumpe, inclinándose hacia delante—. Es tu proyecto, algo importantísimo... Todo tiene que salir perfecto.

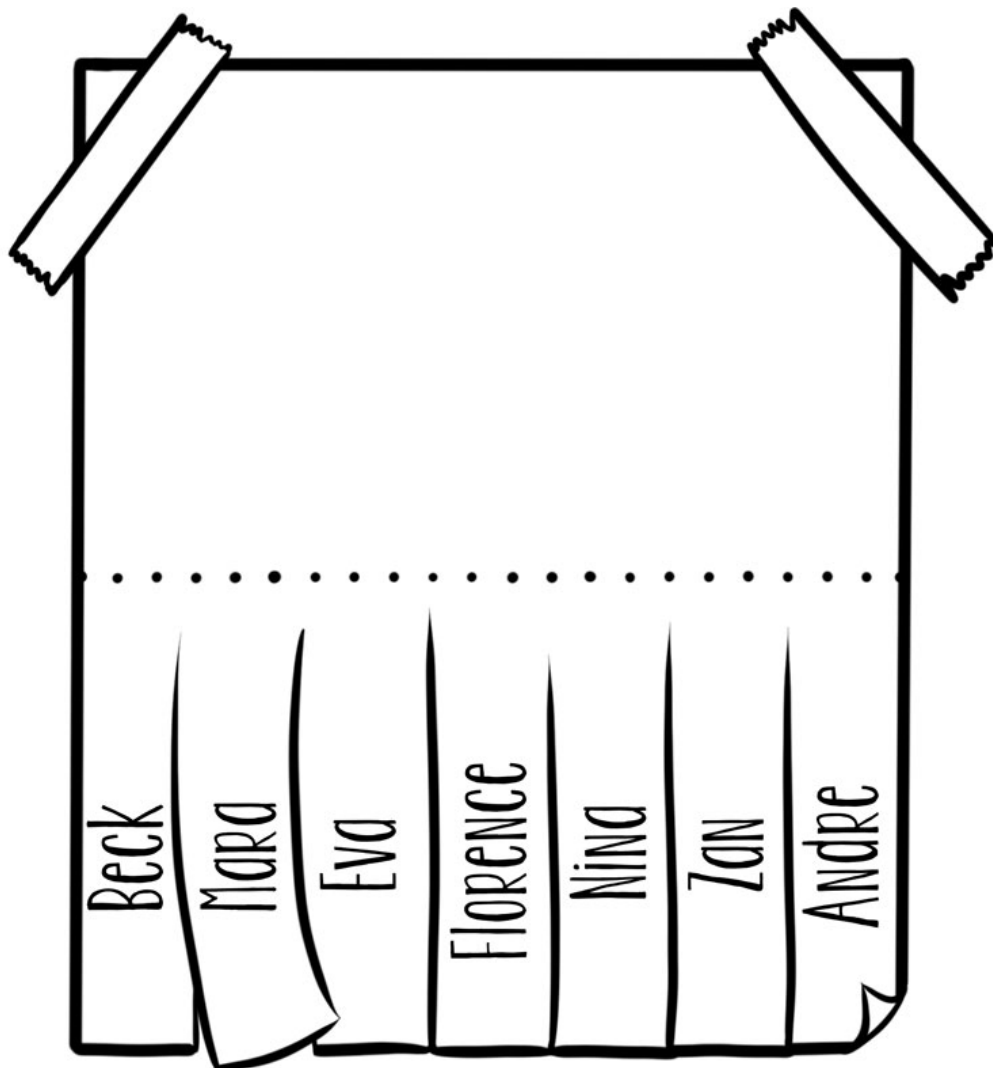
—Y saldrá. A vuestro lado, saldrá.

En silencio, se observan como si ya hubieran decidido que podrán viajar y ni siquiera han discutido una fecha.

—Bueno, al menos estaría bien saber exactamente en qué vamos a colaborar —tantea Eva—. Porque habrás estado atascada, pero —una de sus caladas lentas— el disco tendrá nombre, ¿no?

—Por supuesto. *Hambre*.

OceanofPDF.com



29.04

Dejar atrás la frontera. Respirar un mismo aire que, a su vez, no se siente igual. Como si entrar en un país diferente significara cruzar a otra dimensión, donde el tiempo es elástico y se puede cambiar, borrar. Donde los pequeños pueblos parecen más encantadores, más naturales entre la vegetación salvaje que quizá oculta hombres de barba azul, muchachas con caperuzas rojas y bestias encerradas en castillos imponentes.

Mara creía que ya había experimentado esa sensación cuando fue a Londres. Libre de sus padres, le parecía que el cielo nublado siempre descargaría una lluvia deseada, que las callejuelas se abrirían en mercadillos difíciles de ver en una sola vez. Al principio fue así, hasta que la soledad se enraizó en ella, extraña, y la lluvia empezó a ensombrecerle el humor, y las callejuelas emitían un eco desagradable. Era culpa de su dolor, claro, no del lugar. Ahora Francia anida en su corazón, pues está rodeada de una familia que nunca más le soltará la mano.

Suena *Sweet Home Alabama* porque, en algún momento de la madrugada, alguien ha dicho que es una canción imprescindible, cabeza de cartel, de cualquier *road trip*. El alba despunta más allá de las montañas nevadas y Florence pone el intermitente para detenerse en un área de servicio.

—¿Por qué en Francia huele tan bien? Como a... flores —susurra Mara para no despertar a los que se han dormido.

—Muchas gracias por el piropo. —Florence sonríe.

—He dicho «flores» —ríe un poco más alto, y un gruñido a sus espaldas hace que se gire hacia los asientos traseros.

En la última fila, Nina duerme con dos cámaras colgadas al cuello: una analógica y la Polaroid. A su lado, Beck entreabre los ojos con la frente apoyada en la ventanilla. En la segunda fila, Zan sigue dormido con los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia delante. En cambio, Eva, quien ha gruñido, se aleja del hombro de su amigo con cara de malas pulgas.

—Lo siento —le dice Mara—. Pago los cafés.

—Y tanto —responde él, un tono grave sacado del infierno.

Y sexi, seamos sinceros.

Cuando Mara sale de la cafetería con cinco cafés y un té encajados en una bandeja más similar a una huevera, encuentra a sus amigos sacándose

fotos y jugando en unos columpios delimitados por varios neumáticos.

—¡Los *espresso* doble para los escorprios de la casa! —Eva y Zan—. Americano. —Florence. Irónico—. Café con leche sin mucha leche. —Beck le guiña un ojo—. Un té verde. —Nina, deportista responsable—. Y cortado para mí, por favor y gracias.

—Quedas absuelta de todos los cargos. En nombre de blablablá o no sé qué. —Eva le da un sorbo a su café hirviendo y suspira una bocanada de vaho que contemplan como si el mismísimo Satanás se hubiera personado ante ellos.

¿Qué os digo siempre?

Mara se coloca detrás de Beck, que se ha sentado de nuevo en el columpio y se balancea con el móvil en una mano y el vasito de papel en la otra. Escrudina la pantalla por encima de su hombro y se sorprende al descubrir un perfil de Instagram totalmente vacío.

—*Baby_loser* —lee el nombre de usuario de Beck—. ¿Te has reabierto Insta?

—Es una cuenta nueva. No sé, me apetece compartir algunos recuerdos y que mi madre no crea que me he fugado a Marte.

—¿Y las otras redes? ¿Volverás a hablar de escritura?

—Poco a poco. Eso sí, bloquearé a quien me moleste.

Comparten una sonrisa y, en cuanto se terminan las bebidas, regresan a la furgoneta Volkswagen amarilla. Queda hora y media para llegar a la casa de campo, pero al menos el grupo ya se ha despejado después de pasar toda la noche en carretera.

—¿En serio no habéis visto *Pequeña Miss Sunshine*? ¡Si es chulísima! —comenta Mara, que en cuanto descubrió que Florence había alquilado ese vehículo para el viaje se acordó enseguida de la película.

—Es antigua —replica Eva.

—¡Es de 2006!

—Podemos hacer maratón un día de estos —propone Zan.

—Me pido *A 47 metros*.

—Oh, no, Beck sigue obsesionada con las pelis de tiburones asesinos —se burla Nina.

Más risas y más películas. Mara aprovecha para sacar la cámara réflex de su mochila y grabar. Al fin y al cabo, forma parte de la idea que se le ocurrió para *Hambre*: una especie de minidocumental sobre cómo empezó a producirse el disco. Luego Florence pensó en el resto, en que sus amigos la ayudaran, el viaje de una semana a Francia, pasar tiempo juntos y seguir sanando lejos de todo lo que les ha hecho daño.

Sorprendentemente, ha sido sencillo programarlo en un tiempo tan escaso. Convencer a sus padres dependió de grandes promesas: aprobar los exámenes, cubrir futuros turnos en Mar en Tasca, escoger por fin una carrera, escoger por fin una disciplina deportiva... La solución a los problemas de casi dos años gracias a siete días de arte y libertad.

Sus padres, Lupe y Javi el Filántropo son unos benditos, porque está claro que no se han creído semejante oferta.

Trazados más sinuosos, montañas nevadas que parecen gigantes petrificados, árboles que hacen techo... Si ahora los asaltara un leñador con un hacha ensangrentada después de haber asesinado a Stacy, la animadora, y Mike, el *quarterback*, ninguno se extrañaría. Quizá Nina lo fotografiaría antes de huir, pero tampoco dudaría en que así comienza cualquier historia de terror: un grupo de adolescentes incapaces de ver el peligro en una casa de campo alejada de toda civilización.

Sin embargo, la casa de campo no está rodeada de niebla, ni devorada por enredaderas marchitas. Una elegante entrada enrejada da paso a un camino de tierra flanqueado por un jardín de primulas, jacintos y tulipanes. Al

fondo, hay un edificio de dos plantas, de piedra limpia y pálida coronada por un tejado a dos aguas. Las ventanas con parteluces comparten el color celeste de los postigos. Frente a la puerta principal, enorme y de madera robusta, los espera un hombre con boina, piel curtida y oscura, gafas ovaladas y una sonrisa que engancha una pipa.

—Es el hermano mayor de mi madre, mi tío Remy.

—Por favor, no lo digas —murmura Beck cerrando los ojos en una súplica.

—*Ratatouille* —ríe Eva por lo bajo.

—Es que eres tonto.

—En mi familia —continúa Florence, aunque divertida por el comentario de su amigo— se alternan el cuidado de la casa. Durante la primavera, les toca a mis tíos Remy y Jérôme. Claudine, una amiga de toda la vida, nos ayuda a mantenerla todo el año. Ojalá esté, hace mucho que no la veo.

—Me la esperaba más... ¿grande? —dice Nina asomando la cabeza entre los asientos.

—Espera a verla por detrás, donde están los viñedos. Ya sabéis que mi madre dirige la empresa familiar de vinos.

—Tu padre es productor y tu madre, CEO. Es que no me extraña la pasta que manejáis.

—Tampoco que apenas estén en Aconte. Y desde que soy mayor de edad, menos. —Florence aparca junto a un olivo con la furgoneta en absoluto silencio—. Eh, relajaos. Ya sabéis que nunca ha sido un problema.

—¡Cero dramas quiero en este viaje! —los amenaza Mara con un dedo acusador y una risa contagiosa.

Mientras Florence se reúne con su tío hablando en francés a una velocidad imposible, el resto descarga las maletas y las mochilas. Luego

Florence los presenta uno a uno y Remy vuelve a sonreír de esa manera tan acogedora al decir:

—*Bonjour!* Soy el hermano mayor de Marjorie, ¡encantado! —El acento le da un toque cantarín a su castellano—. ¿Quién es tu novia, *chérie*?

El grupo da un ligero paso hacia fuera para separarse de Mara, pero ni ella ni Florence tienen tiempo de aclararle a Remy que no son pareja, porque el hombre enseguida lo celebra y anuncia a viva voz que han llegado.

Entrando con el equipaje, intentan que la mandíbula no se les caiga hasta el suelo al descubrir que la casa por dentro es incluso más grande de lo que aparenta. Mezcla un estilo tradicional de vigas de madera, paredes desnudas y azulejos con el estilo más moderno de algunos muebles y lámparas. Hay rincones llenos de plantas, espejos que les devuelven la mirada, decoración de cerámica y ventanas o puertas abiertas por las que entra la luz natural.

—*Salut, mon amour!* —Aparece un hombre que debe de ser Jérôme, el marido de Remy, por cómo Florence lo abraza. Espigado, el pelo canoso con algún matiz rubio echado hacia un lado y nariz aguileña.

Otra tanda de presentaciones con la que no dejan de reírse, porque solo Remy y Florence entienden ambos idiomas. Después los hombres se despiden, deben seguir trabajando, y el grupo se queda solo en el zaguán.

—Claudine tiene el día libre. Os la presentaré mañana —dice Florence—. Mis tíos duermen en esta planta, así que la de arriba es toda nuestra. Nos repartimos las habitaciones, recogemos las maletas y descansamos un rato, ¿vale? ¡Estoy muerta!

—Anda que me habéis echado un cable cuando Remy le ha preguntado por su novia —se queja Mara mientras suben las escaleras.

—¡Como si lo fueras! Estoy segura de que ya os habéis liado —ríe Nina.

—Sí que nos hemos tocado un poco, la verdad —confiesa Florence llegando a la planta superior.

—Espera, ¿¡qué!? —Beck salta varios peldaños para alcanzar a Mara y corroborarlo.

—Aquí hay un fantasma fijo, tío —le dice Eva a Zan, los últimos en la fila—. Yo haría una *ouija*.

Vaya, qué idóneo.

El aspecto de la segunda planta sigue en sintonía con el resto de la casa. Dos baños, tres habitaciones —una con cama individual y dos con camas dobles—, una sala de estar con varios sillones y un piano, y otra más pequeña cubierta por estanterías repletas de libros que embelesan a Beck, mientras los demás discuten el reparto de habitaciones.

—Rebeca, te toca dormir en el sofá del salón. Abajo.

Nina en la individual, los dos chicos en una doble y Florence y Mara en la otra.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Haber estado más atenta —le dice Mara arqueando las cejas.

—¿Esta es tu venganza por lo de antes?

—Podemos apretarnos en mi cama —plantea Nina.

—O podemos turnarnos —propone Zan.

—¿Es que no quieres acurrucarte conmigo, tío? —Eva finge que se ofende. Luego una idea le parte una sonrisa gamberra, pero nadie puede frenarlo a tiempo—: ¿O podríamos hacer un trío? Por mí...

—Da igual —los interrumpe ella antes de sonrojarse más—. El sofá no tiene mala pinta y, además, soy la que se duerme a las tantas. Así no molestaré.

—¿Segura?

—¿Ahora te preocupas? —Beck le da un empujoncito amistoso a Mara.

De reír no se cansarán jamás.

Son las 16:05h. Florence y Eva, que han sido los conductores, se han vuelto a quedar dormidos en las camas. En el salón, Mara y Nina están sentadas en el sofá, revisando las fotografías y los vídeos que han hecho durante el trayecto. Zan y Beck se han acomodado sobre la alfombra frente a la chimenea, ella escribiendo en una libreta y él disimulando que contempla lo que escribe y no a su amiga.

—¿Hay algún plano chulo? —pregunta Nina.

—El momento exacto en el que amanece y Florence conduciendo a contraluz. —Mara le acerca la pantalla para que vea el vídeo.

—Ostras, ¡qué pasada! Fíjate en esta Polaroid que le he sacado en los columpios de la carretera. Creo que tienen las mismas *vibes*.

Hambre es algo que, a medida que han pasado los días, más ha calado en ellos, sobre todo porque Florence no mintió: cada uno tiene una tarea que se le da bien y el disco puede quedar con ese toque casero y personal que busca. Mara grabará el minidocumental; Nina fotografiará en diferentes formatos; Beck ayudará a componer las letras; y la manía de Eva por pintarrajearlo todo por fin tendrá una utilidad: dibujar sobre las fotografías y pasar a limpio las canciones, pues, es cierto, tiene una caligrafía preciosa. Zan es el único que no puede aportar nada artístico, aunque Florence le pidió que lo mantuviera todo organizado e intentara que no se pelearan.

Y parece una gilipollez, pero es lo más importante.

—Hace frío —musita Beck.

—Si estás al lado de la chimenea —le dice Mara.

—Eva te diría que es porque esta casa atrae a los espíritus.

¡Sí, claro, observad cómo muevo el fuego con mi energía espectral!

Las llamas se sacuden como si un soplo de aire las hubiera intentado apagar. Pero no corre ni una pizca de viento y los cuatro se quedan paralizados por la misma sensación.

No puede ser.

—¿Estáis de broma? —se asusta Nina.

—No hemos hecho nada. —Zan levanta las manos.

—Eh, va, que me sugestiono rápido —insiste Mara.

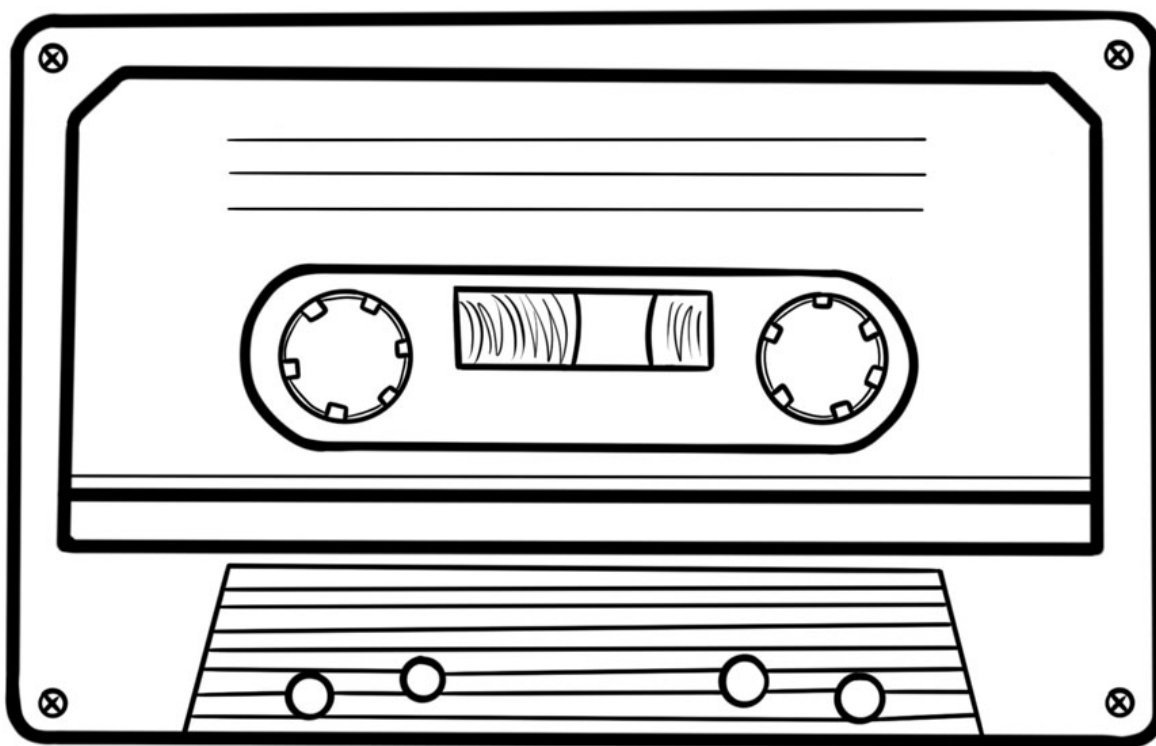
—¿Qué hemos hecho? ¿Abanicar la chimenea? —se defiende Beck, incrédula.

—A lo mejor... —susurra Nina.

La miran. Su primo confundido, las chicas temerosas porque enseguida entienden que está refiriéndose a los sueños de Mara. Sin embargo, Mara nunca ha experimentado nada más extraño que eso. Y puede que tengan una explicación lógica y consecuente, también el movimiento del fuego. Solo son coincidencias. Solo es...

—¿Andre?

OceanofPDF.com



30.04

Es imposible que, de existir las almas, todas tengan la misma forma. Ni siquiera los nombres que Beck percibe se esculpen igual sobre las cosas. Las flores baten el color de sus pétalos como las alas de una abeja. El sol jaspea sus rayos y los posee cierta iridiscencia. La música de Florence, en las cuerdas de la guitarra y en su voz, se dilata con la brisa. La mirada brillante de Mara, mientras la graba desde diferentes ángulos, podría atrapar y esfumar cualquier demonio. Y hay más almas, todas puras y desiguales. Si Andre realmente fuera una, ¿conservaría sus ojos verdes, los rizos castaños y su imperecedera sonrisa?

Mientras no me aparezca como el Niño de la Curva, bien.

Beck no ha podido parar de pensar en lo que sucedió el día anterior con el fuego de la chimenea, con Nina insinuando una historia de fantasmas, nombrando a Andre como si fuera posible. Un frío inusual, el rastro que dejan los muertos atrapados en el mundo de los vivos.

—Rebeca, prueba. —Eva la saca de sus pensamientos, acercándole un fresón que ella acepta, aunque primero le muerde los dedos—. ¡Tía! Eso se hace en la cama.

—¡Arg! —se queja Beck al masticar y notar un sabor metálico. Su amigo levanta los dedos manchados de tinta negra—. No vale, quiero otro.

Beck se pone de rodillas sobre el banco de madera y estira el cuerpo por delante de Eva para alcanzar la cesta llena de gruesos y rojos fresones. Pero, en cuanto logra hacerse con uno y está a punto de comérselo, Zan al otro lado se yergue, la detiene por la muñeca y le da un mordisco a la fruta. Ella coge aire a diez centímetros de que su nariz toque la del chico. Él se limpia el labio inferior con la lengua y la contempla antes de decir:

—Mía.

—Tramposo. —Beck sonríe.

—Estabas tardando mucho y me he impacientado.

—¿Por qué?

—Por comer.

—¿El qué?

—Sigo aquí delante, ¿eh? —protesta Eva.

Ambos se giran hacia su amigo, también muy cerca, y Zan enarca una ceja que acompaña a su pregunta:

—¿Te molesta?

—¿Y el qué? —repite Beck, robándole al propio Eva esa expresión de haber roto demasiados platos.

Y sucede lo inaudito: Eva ni siquiera es capaz de responder con una de sus habituales salidas. Solo permanece quieto, observándolos, porque a él nadie nunca lo pilla con la guardia baja, nadie nunca logra ponerlo nervioso.

—Tenéis las hormonas revolucionadas —resopla Nina en el banco de enfrente, separada de ellos por una enorme mesa sobre la que ha esparcido todas las fotografías Polaroid.

—Dice la mujer milenaria —se ríe Beck, de nuevo sentada y sin el fresón que había ido a buscar. En los dedos le hormiguea el aliento de Zan, mucho mejor.

—Nos quedan seis días aquí y hay que aprovecharlos para avanzar con *Hambre*. Hemos venido para eso.

—¡Mentira! —apunta Eva, recuperándose al fin—. Y para disfrutar, Florence lo dijo. Además, si ella moja, mojamos todos.

—Nina es mi prima, capullo —le responde Zan.

—He dicho que mojamos todos, no con quién. —El chico le guiña un ojo—. Me has rechazado muchas veces, culito perfecto, pero siempre te preguntaré por si acaso.

—¡Hemos grabado unos planos increíbles! —los interrumpe Mara—. ¡Va a quedar genial! ¿Cómo vais vosotros?

—Oh, estupendamente. —La Nina mordaz. Están acabados—. Ricitos Turquesa, Satanás y Culito Perfecto se han estado tirando la caña un buen rato. Yo sí he estado revisando algunas fotos...

—Nos tendremos que sorprender de que seas la más responsable —dice Florence tomando asiento junto a Nina y apoyando la guitarra acústica contra el canto de la mesa—. Claudine y mi tío Remy deben de haber acabado de cocinar. Podríamos comer aquí, hace un día perfecto.

Y es que Florence tenía razón: la parte trasera de la casa de campo es inmensa. Con su patio y piscina, con sus viñedos y más zonas verdes, con una fuente en medio de un pequeño estanque donde nadan algunos peces. Aunque hace un poco de frío, el sol calienta y permanece en la piel, así que les parece estupendo.

Con la mesa puesta y el grupo sentado de nuevo, Claudine y Remy salen al patio mostrando dos cazuelas enormes de *parmentier*. Varios estómagos rugen y prorrumpen en un aplauso que ruboriza a la mujer y hace reír al hombre.

Vacían algunas botellas de vino y Remy Dumont demuestra ser un narrador de anécdotas graciosísimo, sobre todo cuando lleva alguna copa de más encima. En cuanto las historias empiezan a adquirir un toque más desvergonzado y, además, implican a una joven Claudine desmelenada, esta decide que ya han tenido suficiente.

—Nina y Eva, nos toca recoger y fregar —les dice Mara.

—Florence —la llama Beck—, creo que he tenido una idea para los títulos de las canciones.

Cuando terminan de despejar la mesa, Beck apoya varias libretas y abre la que tiene la cubierta más usada, donde Florence ha ido escribiendo versos inconexos y pensamientos que son poesía durante meses. Luego pasa las páginas de una más pequeña, donde ella ha ido anotando versos que son suyos, pero que no ha querido unir a los de su amiga sin preguntar primero.

—Ha sido por estas estrofas de aquí.

*Hambre de tu significado,
porque no he probado
a decirlo en alto.
Porque si me sacio,
no lo quiero,
solo quiero tener más*

—¿Es por Mara? —pregunta Zan.

—Siempre tan avisado —responde Florence con una sonrisa ligera.

—Y tú siempre tan poco sutil.

—Aprende de la maestra y no te hará falta quitarle los fresones a nadie.

—¡En fin! —los interrumpe Beck con los rizos sobre la cara para ocultar su piel oscura al rojo vivo—. «De tu significado», «de ti». Son la clave, Florence. Si tu disco se llama *Hambre*, los títulos podrían completar de qué tienes hambre.

—De fresones.

—¡Zan! —ríe para calmar los nervios—. Bueno, ¿qué te parece?

Florence tiene los ojos negros clavados en las páginas que rellenó saliéndose de las líneas, en las que Beck ha plasmado más de lo que ha podido en esos casi dos años sin escribir una palabra. Pasa unos dedos por encima como si el relieve de la tinta pudiera componer lo que tanto le está costando, porque no es cierto que si hieres a un artista siempre surgirá una obra maestra.

Entonces ambas chicas se miran y leen esa verdad, que han creado lo mejor cuando mejor han estado. Sus historias y canciones también son catarsis, pero el dolor no ha hecho más que paralizarlas.

—Me encanta, Beck.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

Un abrazo y otro vistazo a las páginas, a las semillas de un nuevo jardín de palabras. Sus corazones ya latén al compás de las notas que arrullarán futuros versos.

Un círculo de sillas alrededor de una hoguera. La noche canta a través de los grillos para igualar la voz de Florence, que interpreta *Angels* de The xx. Una versión a guitarra que pellizca emociones. Se han pasado el resto del día trabajando en el disco y, después de cenar y algunos con un licor de hierbas calentándoles el cuerpo, son capaces de quedarse dormidos a la intemperie.

En cuanto Florence termina, un acorde final que los grillos por fin vencen con su canto, Nina anuncia:

—Me voy a dormir. Tenéis demasiado aguante.

—Ni yo tengo tanto —dice Eva levantándose.

—Me uno al grupo de los flojos. —Florence guarda la guitarra en la funda—. ¿Alguien más?

—Yo —suspira Zan, que observa un instante a Beck antes de abandonar la silla y dirigirse hacia la casa junto al resto.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Creo que Zan me matará por no haberme ido yo —comenta Mara una vez se quedan a solas.

—Tonterías. Si hubiera querido, se habría quedado.

—¿Aún estáis así? —Mara le da un sorbo a su vaso y respira tan hondo que el aliento le empaña las gafas—. A estas alturas, creo que es un tira y afloja bastante estúpido. Os habéis gustado toda la santa vida. De hecho, me parece que ahora os gustáis incluso más.

—¿Y me lo dices tú?

—Ya te conté que Florence y yo... Bueno. Casi.

—Ni siquiera os besasteis.

—Prueba a magrearte con Zan sin besarlo. Te vas a poner a mil.

—¡Mara!

—Shhhhh.

Sin embargo, se ríen con las caras hundidas en los cuellos de las chaquetas. En ese silencio tranquilo, el que solo puede ofrecer un lugar con pocos seres humanos, a Beck le entran ganas de sincerarse. O tal vez sea el licor. Todo de una, la más inevitable de las estampidas.

—Siento lo que ocurrió cuando empezamos primero de Bachiller.

—¿Cuándo nos alejamos? —Mara se inclina para que la mire a los ojos, pero Beck no puede—. No pasó nada, fue... sin más.

—Fue horrible. Siempre hemos estado juntas, Mara, siempre. Pero cuando Eva repitió y nos hicimos amigos, cuando nuestro grupo se fue ampliando... No sé. No sé cómo explicarlo. —Beck se frota los ojos, aunque no desatasca sus lágrimas—. No estuve ahí cuando más me necesitabas.

—Nunca dejaste de estar. —Mara le pone una mano sobre la rodilla—. Formábamos parte del mismo grupo, simplemente, no hablábamos tanto de las cosas importantes. Al menos, Andre y Nina se acercaron más a mí durante esos dos años antes de que me marchara a Londres.

—Ya. —Traga saliva. Le duele más—. Hasta el final, como todo amigo debe hacer. —Traga más saliva, o aire, o culpa—. Mara, lo siento. Lo siento muchísimo. —Beck la coge de la mano y por fin la mira a los ojos—. De verdad que sí.

—Era más fácil.

—No digas eso.

—Era más fácil no estar a mi lado.

—Mara, sabes que no era por eso. Lo sabes, ¿no?

—Claro. No te lo reprocho, Beck. Prometido.

—Cuando te fuiste sin decir nada, dejando esas cartas, sin ponerte en contacto después, cambiándote el número de teléfono... Me enfadé, me

entristeció, vi... —«todos esos nombres»—. Ese San Juan, entre tu huida y el accidente de Nina y Andre, me destrozó. Nos destrozó. Y cuando regresaste, me enfadé más, me entristeció más. Pero no tenía derecho. En realidad, estaba muy feliz porque te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

Se levantan. Se abrazan. Permanecen así, dos corazones encontrándose y asegurándose ser un pilar que no volverá a derrumbarse. Quizá alguna muesca, quizá algún tambaleo, pero jamás desaparecer.

La hoguera se apaga sola, las brasas siendo estrellas que han cumplido deseos en la tierra. Dentro de la casa, con los pies sobre el primer peldaño para subir al piso superior, Mara le dice:

—Cuando volvamos a España, quiero contarte una cosa.

—Es seria.

Una afirmación a la que Mara no responde. Beck no insiste, pero espera a que su amiga se pierda escaleras arriba por si se arrepiente y también acaba de sincerarse.

El vacío es absurdo, oprime estando hueco. ¿Qué puede ser lo que Mara todavía calla? De camino al sofá, solo con la luna y la chimenea iluminando, Beck se va desvistiendo. Zapatillas, chaqueta, sudadera, despasado el botón de los vaqueros. Entonces da un respingo, porque descubre a Zan tumbado en el sofá, con un brazo detrás de la cabeza y sujetando el ejemplar manoseado de *El imperio final* que tan enganchada la tiene.

—¿Qué haces ahí?

—¿Qué haces *así*? ¿No tienes la maleta en la habitación de mi prima?

Beck se baja el borde de la camiseta ajustada de tirantes hasta la bragueta abierta. Zan se fija en su hombro derecho por alguna razón que ella no se esfuerza en averiguar al responder:

—No quería despertarla. Iba a dormir en bragas. ¿Algún problema?

—Ninguno —responde él con las cejas arqueadas—. ¿Podemos dormir juntos? Yo con pantalón, claro.

—Claro.

—Claro.

Sin besar. Solo tocar. Podrían intentarlo. Beck coge aire y termina de bajarse los pantalones. No puede evitar sonreír cuando Zan aparta la mirada, los pómulos ardiendo una vez más. Ah, los valientes de verdad actúan más que parlotean.

—Estaremos incómodos. —Beck da un paso—. Siempre necesitas tu espacio. —Otro más, sus rodillas chocan con una esquina del sofá—. ¿Aguantarás? —Hinca una rodilla, la mano apoyada entre las piernas del chico.

El libro cae al suelo. Zan se incorpora y la coge del codo para acercarla a él, en seco. Todavía no la mira a los ojos, recreándose en hacer un repaso por su barbilla, cuello, escote. Desciende tan lento como el escalofrío que, al final, sacude el estómago de Beck. Se le ha subido la orilla de la camiseta, desnudando un poco más de piel, y el chico engancha dos dedos por dentro de la tela para bajársela con los nudillos tortuosamente cerca de rozarla. No lo hace, deja que la electricidad acumule una energía que a ella le retuerce el bajo vientre. Solo así Zan alza la mirada, más ruborizado si cabe, aunque con una expresión seria y ávida que incendia cada vena de Beck.

—¿Y si nos pillan? En el *paintball* dijiste que sería un engorro.

—Tú. En aquel Halloween. Tú paraste de besarme —murmura Zan, su voz áspera es un primer toque en la piel. No llega a morderse el labio inferior, como de costumbre.

—No, fuiste tú. Te separaste. Pensé que te había molestado.

—Nunca me has molestado. Fue un momento. Me giraste la cara.

—Me descolocó. Estábamos un poco borrachos.

—Estábamos hartos, Rebeca. Igual que ahora.

—¿De qué?

—De esperar.

Y tiene razón. Beck está harta de observarlo desde lejos, de que sus manos se rocen sin más, de que devoren el aire entre ellos y, aun así, sigan esperando y esperando y esperando. No necesita preguntarle, no necesita solo tocarlo, Beck le echa los brazos al cuello y lo besa. Labios contra labios que, al segundo, se abren aceptando más. Sus lenguas se enredan cuando Zan entierra las manos en sus muslos y la alza para sentarla a horcajadas sobre él.

No se besan como en aquel Halloween, temerosos de estropear su amistad, de hacerlo tan mal que ninguno quisiera repetir. Se besan con fuerza, desenterrando las ganas y pegando sus cuerpos. Beck se yergue un poco, desesperada por más sin saber cómo saciarlo, pero Zan la agarra de la cintura y, con firmeza, junta sus caderas hasta que la chica lo siente todo a través de la poca tela que le queda por quitar. Por eso se contonea y la fricción hace que ambos ahoguen un jadeo contra sus bocas para que nadie los escuche.

Pero ellos sí escuchan algo. Un carraspeo y un ruido en el pasillo. Y a la vez recuerdan que los tíos de Florence duermen en esa misma planta. Se separan mirándose, sus pechos acariciándose al subir y bajar alterados. Beck se humedece los labios ya húmedos porque desea más, sin importarle que la descubran con una fina camiseta y en bragas, sentada sobre el chico que nunca ha necesitado tocarla para erizarle la piel.

Sin embargo, se tumban uno al lado del otro y, rápido, Zan los cubre de arriba abajo con una manta. En la oscuridad escuchan sus respiraciones

cargadas, a pesar del pulso disparado. Se dan otro beso que no atina, los labios de Zan sobre la mandíbula de Beck. Otro ruido.

—No quiero parar, pero... —le susurra ella colando un muslo entre las piernas de Zan.

—Nos van a pillar. —Esta vez él si la besa en la boca y, de paso, muerde—. Y será demasiado fácil como sigas así.

A Beck se le escapa una risita y frota un poco más antes de que él la detenga con una fuerza de voluntad que ninguno cree que exista en este planeta.

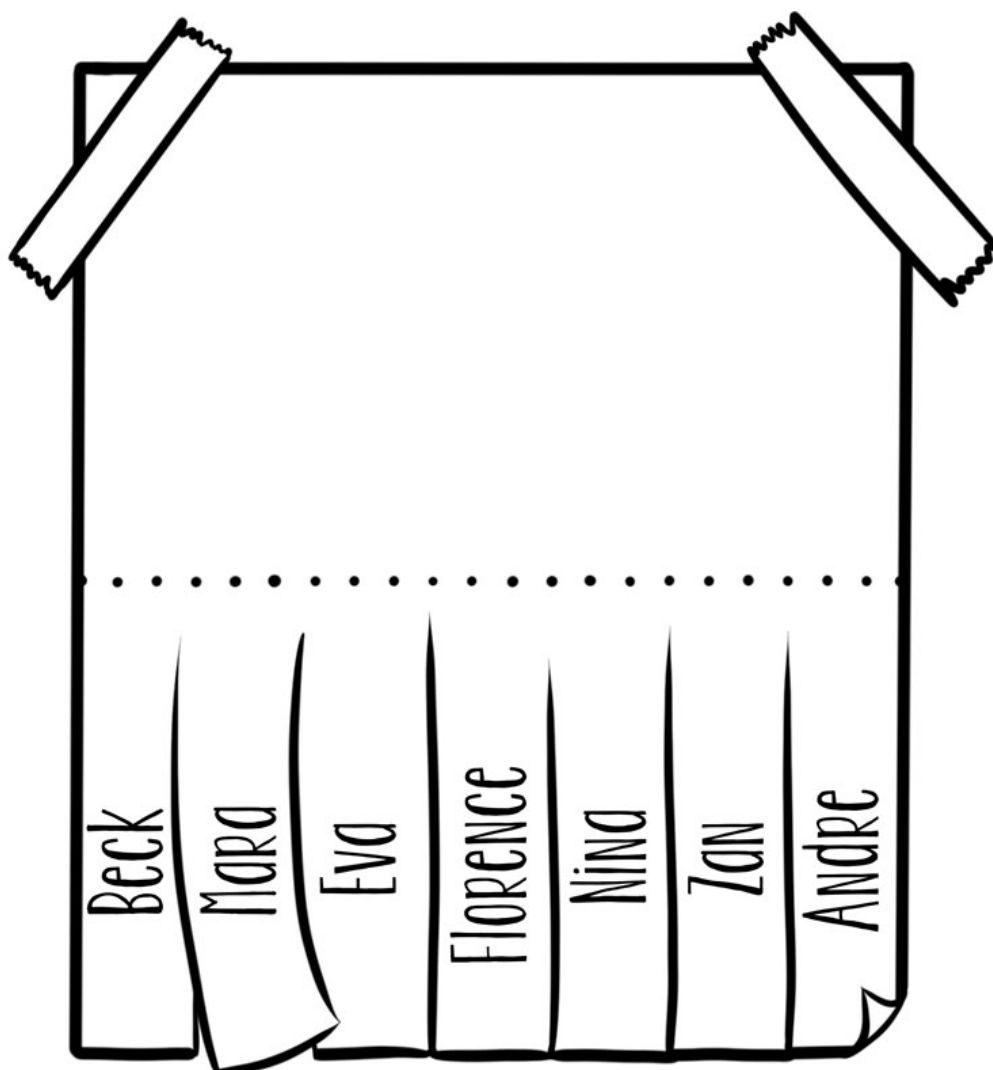
—¿Aún quieres dormir conmigo?

—Sí.

—Vale.

—Vale.

OceanofPDF.com



03.05

*Si salgo de esta, nos quedamos en tu luna.
Allí la noche es eterna, ¡sálvese quien pueda!
No hay opción, es nuestra canción.
Bailamos sin tregua, no se pone el sol.*

—¿Te mola? —Beck rodea la estrofa con el lápiz antes de añadir—: Me encaja con la música que compusiste ayer. Más... ¿fiestera?

—¿Sí? —Florence juguetea con sus anillos antes de darle un golpecito a la mesa—. Sí. Tienes razón: es bailable.

—¡Lo es!

Mara sonríe a unos pasos de ellas, cámara en mano. Hace *zoom* hacia el rostro de Florence cuando esta empieza a tararear las notas que el día anterior salieron del piano. El mediodía, que atraviesa la ventana de la sala de estar, juega con sus rasgos y Mara empieza a pensar que quizá su amiga es una mezcla de sirena y hada, de todas las criaturas que una solo puede ver bien, tal y como son, si se cree en su existencia con fervor.

—¿Ha nacido una nueva canción?

Ante la pregunta, Florence mira a cámara y responde: «Ya lo creo», antes de ponerse a tocar. Beck se levanta de la banqueta para dejarle espacio y entonces Mara la graba a ella, cómo rasga el papel de la libreta, frenética en contraste con esa expresión de paz que solo le ha visto cuando escribe. Única en su especie.

Francia se ha convertido en un oasis que dentro de unos días dejarán atrás cuando regresen a casa. Necesitaban su calma, la que está terminando de remendar con paciencia los pocos desgarros que quedaban en su amistad. Un aislamiento que los ha alejado del mundo real y que, a su vez, los está preparando para volver a enfrentarse a él. Más fuertes. Más unidos.

Apenas me habéis recordado muerto. Y eso que esta casa atrae a los espíritus.

En el patio trasero, Nina y Eva están estudiando, mientras Zan organiza las fotografías que su prima ha sacado y el otro chico ha garabateado. Mara graba unos planos de esas imágenes en las que Florence sale en medio de una carretera vacía o tocando la guitarra bajo el olivo. También sus sonrisas y su penetrante mirada, algunas desenfocadas. Paisajes, el piano, la casa de campo, el cielo, las flores. Ellos. Nina apuntando a las copas de los árboles

con la cámara analógica. Beck encorvada sobre las libretas. Eva sonriendo con una naturalidad inaudita y las manos manchadas de tinta. Zan avivando una hoguera. Y Mara. Sencillamente Mara, sin florituras, mirando a la nada, existiendo.

—Florence te la hizo ayer —dice Zan apartando esa fotografía del resto.

—Tu intuición a veces da mucho repelús —responde ella acercándose para cogerla y observarla mejor—. Salgo... ¿bien?

—La modelo es muy importante, pero la intención de la fotógrafa también.

—Sé por dónde vas, Zan, y no.

—Ya te digo yo que sí —interviene Nina con una sonrisilla—. Florence casi se la queda. La pillé dudando antes de dejarla dentro de la caja. —Le da un toque con el bolígrafo a la caja de zapatos que están usando para guardar los carretes y las Polaroid.

—¿Y por qué no lo hizo?

A Mara se le atraganta la duda de que los sentimientos de Florence sean diferentes, que junto a los suyos desafinen pues no están en el mismo tono. No lo sintió así aquella mañana en su cama, ni esas últimas noches que han compartido sencillamente abrazadas, pero es una experta en desear más de lo que tiene.

—Quizá porque nadie en este grupo está siendo sincero con sus emociones. Y no me tiréis de la puta lengua con la falta de comunicación, porque... ¡tela! —resuelve Eva, que cierra el cartapacio a rebosar de apuntes y se pone un cigarro en los labios.

—Uno: prohibido fumar fuera de la casa. —Nina se lo quita, escrito en el papel: «666», y lo rompe ante las protestas de su amigo—. Dos: ¿por qué siempre estás diciendo estupideces con lo razonable que eres?

—Porque es aburrido. Y porque mi padre estaría orgulloso de mí y no quiero que nadie lo esté.

—Eva... —empieza Zan.

Pero Florence lo interrumpe, saliendo al patio trasero con Beck:

—¿Pícnic para comer y celebrar que sois los mejores? —Frunce el ceño —. ¿Pasa algo?

—Que voy a ser un psicólogo cojonudo, al parecer. —Eva sonríe.

Por dentro no.

A veces realizar sueños depende de objetos. Sentirse libre es el primero en una de las innumerables listas de Andre. Y patinando con su skate lo logra —un objeto—, y cuando pueda recorrer mundo necesitará subir a trenes, aviones y barcos —más objetos— y también dinero —el peor objeto de todos—. Andre no se siente solo en esto porque muchos de los sueños de sus amigos también dependen de lo material: Nina y su cinta, Mara y sus diseños de ropa, Beck y sus novelas...

Aunque lo cierto es que todavía no ha averiguado lo que es sentirse libre de verdad. Las cadenas también pueden ser invisibles y odia verlas en él. Odia verlas en sus amigos y que eso forme parte de las muchas cosas que tienen en común. Se las arrancaría y se las quedaría todas para que fueran felices, pero la vida no funciona así, y es frustrante que pida dominar las reglas de su juego cuando no siempre las tiene. Eva es el ejemplo más claro de ello.

—¿Estás enfadado?

—Sí —gruñe Eva.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Y tampoco miente. Andre le pasa un brazo por los hombros para animarlo, sin embargo, alguien se cuela entre ellos con un fuerte empujón. Duele. Las salidas del colegio siempre han sido peligrosas para ellos, porque Juanjo García y sus amigos son unos perros de presa. Nada de compañeros de clase, ni adolescentes, ni humanos.

—¿Eres gilipollas o qué coño te pasa? —le espeta Eva.

—A follar a otra parte. —Y Juanjo añade uno de esos insultos que siempre han arrinconado a Andre.

—Tú no sabes qué es eso, mierda con patas.

—Eva, para.

—Eh, eh. —Siempre tan valiente e imprudente, Beck se interpone entre los chicos e hincha pecho para igualar la altura del acosador—. Sigue tu camino.

—Os tiene que defender esta. —Otro insulto—. Sois la acción de caridad de este colegio. —Más insultos, todos los que solo ladra en la calle porque ahí permanece completamente impune.

Juanjo y los suyos se largan entre risas, satisfechos como el peor inquisidor. Nina y Mara se acercan corriendo y Eva coge la mano temblorosa de Andre.

—Voy a contárselo a la directora —dice Nina—. No os mováis de aquí.

—No servirá de nada.

Mara inspira hondo y, de repente, lo nota. Nota que no es Andre, que es ella de nuevo. Que no pertenece a ese lugar, aunque perteneció en otro tiempo. Que no tiene quince años, sino veinte. Y que debería despertarse ya, no poseer el control dentro de ese recuerdo que fue una pesadilla. Aun así, piensa en dar un paso y lo da. Piensa en abrazar a Andre y lo hace.

En realidad, no sucedió de esa manera: esperaron a que Nina saliera del despacho de la directora y regresaron a sus casas llenos de miedo. Pero Mara rompe los límites de la memoria, del sueño, porque aquel día quiso abrazar a sus amigos, porque echa tanto de menos a Andre que, al menos, necesita mantenerlo a su lado pese a no ser real.

—Andre, te quiero mucho.

Mara.

—Ojalá aquel San Juan hubiera sido diferente...

Mara, ¿me escuchas?

—Ojalá...

¡Mara!

—Mara.

Mara despierta. Sus amigos la han rodeado y la observan con cara de preocupación. Está atardeciendo y, por primera vez en mucho tiempo, siente que el cielo está horrible teñido con el color de la sangre. Siguen en uno de los viñedos contiguos a la casa, donde han hecho un pícnic, y se yergue de golpe, unas punzadas aguijoneándole las sienes. Se las aprieta para que desaparezca el dolor, el cuerpo ingrátido de Andre, la culpa.

—He soñado con él. Esta vez ha sido diferente...

No me has escuchado, pero yo a ti sí. Estaba en tu sueño. En mi recuerdo, Mara.

Aunque la confusión se esparce, se alejan un poco para que la chica se recupere. Florence le acaricia el pelo mientras le tiende un termo lleno de agua fresca, del que Mara bebe como si el pasado diera la sed del futuro.

—¿Alguien me puede explicar qué cojones está sucediendo? —Eva, impaciente.

Y Mara tiene que parpadear para no verlo como aquel chico de dieciséis años que siempre expresaba toda esa rabia, una que sigue sintiendo y ahora muerde pues, por desgracia, ser adulto implica callarse en ocasiones. Sí, debe deshacerse de esa carga que ha arrastrado desde el fallecimiento de Andre. Debe tachar el penúltimo secreto y permitir que todo vuelva a su sitio, sea como sea.

—Volvamos a casa. Está anocheciendo y allí estaremos más cómodos —propone Florence—. Primero Mara necesita despejarse.

Ninguno se lo rebate y se instala un silencio inaguantable cuando regresan. No se cambian de ropa ni se colocan alrededor de esa hoguera que los ha visto compartir tanto durante las últimas noches. Esta vez la chimenea será testigo, ese fuego que ya se movió el primer día al son de un fantasma.

—Sueño recuerdos de Andre.

Mara habla de todos ellos, no se ha olvidado de uno solo. Al principio se respira cierta desconfianza, pero llega un momento en que nadie puede negar las apariencias. La más pura realidad.

—No eres la única a la que le pasa algo extraño, Mara —añade Beck—. Es lo que quise decirte en casa de Nina antes de que Alicia nos interrumpiera. Veo... nombres sobre las cosas. Los nombres de sus dueños. —Describe esa especie de letras incendiadas que se avivan o se apagan

según siente—. Creía que era fruto de mi ansiedad, pero, al igual que a Mara, me sucede desde San Juan y... Andre nunca dijo mi nombre.

—Me estáis vacilando —musita Florence—. Todo esto debe tener una explicación lógica.

—Supe enseguida que Mara hizo el cartel con las canciones porque leí su nombre sobre él —continúa Beck—, de la misma manera que leí el nombre de Andre sobre su mochila el día en que Nina me la enseñó. Sé que ahora mismo, Florence, llevas atado al pelo un pañuelo de tu madre y que varios de tus anillos son de una tal Allison.

—Una amiga de Nueva York. Joder...

—Eva —el chico mira a Beck con la siguiente verdad grabada en sus iris azules—, leo el nombre de Andre sobre ese bolígrafo negro que siempre usas, al que apenas le queda tinta.

—Me lo dio así —confirma él—. También me dijo que siempre sería suyo aunque lo utilizara yo. Y me lo tomé a risas, no sé. ¿Cómo es posible que dure tanto?

—Estáis de broma, ¿no? —interviene Zan con la voz estrangulada—. Decidme que...

—Falto yo. —Nina es la única que se levanta, los puños cerrados y unas lágrimas desfilando por sus pálidas mejillas—. Desde el accidente, no puedo ver el rostro de Andre en las fotografías. Sale de espaldas, aunque no lo esté. Por eso en mi habitación no hay ni una sola foto suya. Por eso os dije que estaba de espaldas en la que él guardó en su mochila.

—Lo recuerdo —dice Florence.

—No, no, no. —Zan es el siguiente en levantarse, inquieto—. A ver, es imposible. O sea. A ver. —Respira hondo—. Supongamos que es cierto.

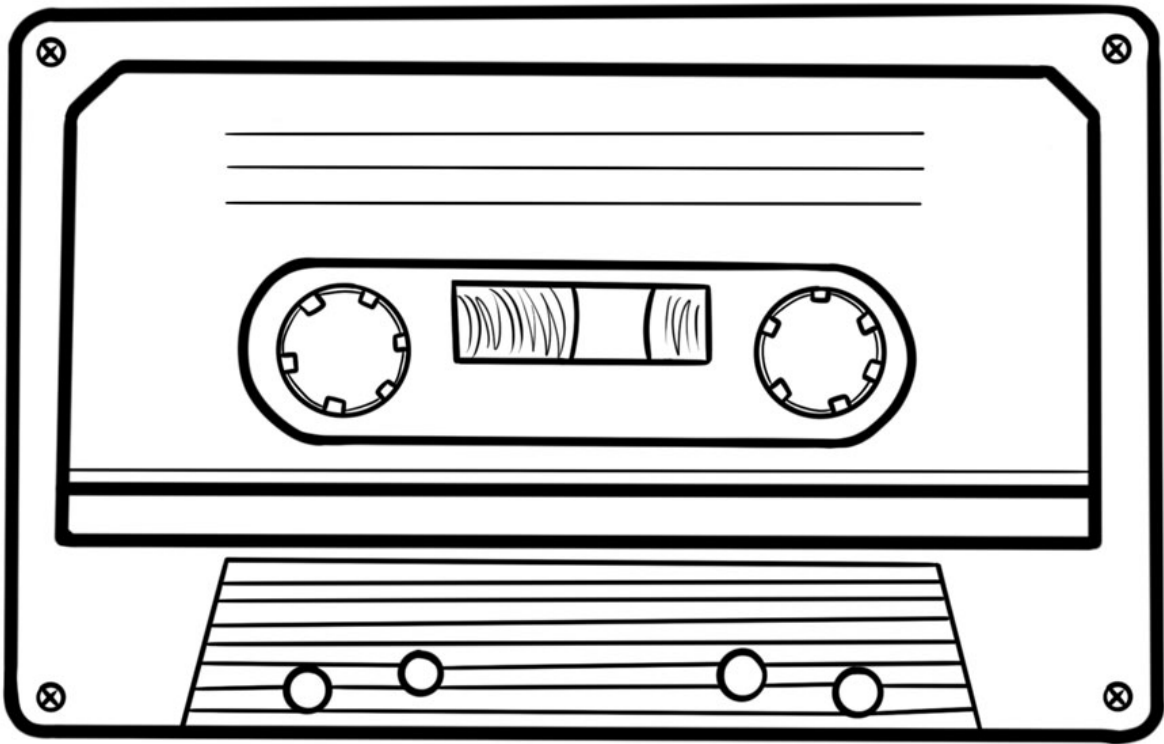
—Es cierto —insiste Beck—. Yo estoy tan alucinada como tú, pero es cierto.

—Vale. Es cierto. Entonces, ¿qué pasa con Florence y conmigo? ¿Por qué en nosotros no queda ni un rastro de Andre?

Porque aquella noche de San Juan, cuando nos graduamos, no estabais allí. Porque las últimas personas con las que tuve contacto fueron Nina, Mara, Beck y Eva. Porque a veces los cuerpos saben que se van a morir y el mío debió aferrarse a la vida hasta que solo dejó restos en ellos cuatro. Fotografías, sueños, nombres y tinta. Pero aquí me retenéis los seis.

Me recuerdan muerto. Se olvidan de que están vivos. Ese es el problema y la solución.

OceanofPDF.com



04.05

Andrés Rojas soñaba demasiado con dar la vuelta al mundo, no en ochenta días, quizá ochenta veces. Vivía con ganas, por eso los recuerdos que creaba eran los más fuertes, raíces que acabaron hundidas en Mara.

Andrés Rojas pintaba y dibujaba sin saber en realidad. Pero lo hacía porque disfrutaba, porque lo relajaba dejar su huella en el papel, las paredes, la piel, puede que así en el mundo. El último bolígrafo que tocó se lo dio a Eva, la tinta a punto de consumirse como sí hizo su vida unos días después.

Andrés Rojas salía en muchas fotografías. Posando y sin posar. Patinando y quieto. Siempre sonriendo si de él dependía. Le gustaba que Nina lo

retratara, un tercer ojo que lo miraba como nadie. Le gustaba ver a Nina feliz, por eso hay más fotos suyas que de otros.

Andrés Rojas llamaba a todos por su nombre menos a Beck. Porque cuando aquella profesora se confundió con sus apellidos y ambos conectaron, empezó a creer en las señales del universo. Porque Rebeca siempre sería Rebeca, pero Roy solo lo sería para él.

Andrés Rojas deseó con todas sus fuerzas que Zan y Florence pudieran acompañarlos en su fiesta de graduación durante San Juan, en aquella playa que tanto vio de ellos. Ni siquiera les envió un mensaje. Estaba seguro de que los vería pronto y graduarse no tenía tanta importancia porque muchos lo hacen.

Lo que no sabía es que también me graduaría de la vida con todos los honores. Porque morir no significó suspenderla. Suspenderla habría supuesto no vivirla lo más mínimo.

Beck no deja de darle vueltas a todo lo que confesaron como si solo se hubieran contado historias de terror. Todavía no puede creerse que Mara, Nina y Eva hayan estado atravesando una situación similar a la suya, indescifrable. Siguen sin entender por qué a Zan y Florence no les sucede lo mismo, pero nadie cree que sea por lo que piensan ambos: que no eran tan importantes para Andre, pues Zan se mantuvo lejos durante mucho tiempo y Florence no siempre estaba.

Mañana se marcharán de Francia y a Beck le pesa que su último día en un lugar que los ha reencontrado, donde el arte la ha atravesado hasta el punto de no saber cuándo empezaba ella y terminaba él, se enrarezca. Sin embargo, le parece normal el silencio que se asentó entre ellos y se ha ido arrastrando hasta el amanecer.

Culpa del efecto dominó: ninguno allí cree en lo sobrenatural y por eso han tardado tanto en hablar de ello.

La casa no está en completa quietud, se escuchan algunos ruidos en la cocina y, a pesar de que todavía es muy pronto, Beck necesita un café urgentemente. Allí están Remy y Claudine terminando de limpiar algunas frutas y verduras.

—Buenos días.

—*Bonjour!* —la saludan al unísono.

—¿Has dormido bien, Rebeca? —le pregunta Remy.

—Más o menos —responde ella sentándose en uno de los taburetes altos en torno a la isla de cerámica y madera—. ¿Hay café preparado?

La respuesta es Claudine dejando una taza frente a ella y rellenándola hasta arriba con una sonrisa. El aroma casi logra que Beck se ponga a llorar, o quizá es que hace semanas que no llora y ya toca. Un reloj como la maldita regla, que le bajó hace dos días.

—Gracias. —También sonrío porque la mujer es lo más semejante al sol sobre la tierra que ha tenido el placer de conocer—. ¿Alguien se ha despertado ya?

—Florence está ayudando a Jérôme en los viñedos. —Remy apoya los brazos en la encimera y la observa por encima de sus gafas ovaladas. Una mirada que solo ponen los magos más sabios cuando quieren curiosear o dar una lección—. Este es un buen lugar para hablar de fantasmas.

Beck se atraganta con el café y, estupefacta, contempla cómo Remy se ríe bien a gusto a su costa.

—¿Nos... escuchasteis?

—Un ratito. Confieso que soy un poco cotilla, pero... ¿Cuál es el problema?

—¿De que usted sea un cotilla?

—No —ríe Remy de nuevo—. De que el fantasma de vuestro amigo esté entre vosotros.

—Bueno, en realidad no dijimos que está... ¿aquí? —prueba Beck, indecisa.

—Ah, qué despiste. Matizo: que esté *en* vosotros.

Un señor muy sutil.

—Espere, ¿está insinuando que lo está? ¿Aquí, aquí?

—Ya vi en ti que eras una persona que le busca explicaciones a todo. Y no todo las tiene. —Otra vez esa mirada por encima de las gafas que augura una enseñanza—. ¿Qué te impide creer, tener fe, vivir, llámalo como quieras, lo inexplicable?

—¿La ciencia?

—Si eso te hace sentir bien, no hay nada de malo. Pero si no, los límites son para los cobardes. —Entonces Remy da una palmada—. *Allons-y, ma chérie Claudine!*

Cuando Beck se gira para pedirle al hombre que siga explicándose y, por supuesto, que no se marchen de su propia cocina, ve a Eva en la entrada, despeinado, aunque vestido.

—Hola.

—Hola.

—¿Café?

—La otra opción es que me enterréis debajo del olivo. He dormido como el culo.

Beck sirve otro café y regresa a su sitio mientras su amigo se sienta en el taburete junto a ella. Varios sorbos, sus codos se rozan, no se miran. Luego un vistazo, dos medias sonrisas que no se esfuman cuando dejan las tazas sobre la isla.

—¿Te ha visitado el fantasma de las Navidades futuras? —bromea Beck.

—¿En serio vamos a cachondearnos de la muerte justo ahora?

—¿Desde cuándo no te apetece el humor negro?

Desde la noche anterior, desde que empezaron a entender que Andre les dejó algo más que una mochila. Y porque así duele más, duele tener un pedazo de él clavado en el corazón sin que pueda regresar realmente.

—¿Siempre veré los nombres? —se pregunta Beck repasando el borde de la taza con la yema del pulgar—. Si no es cosa de mi ansiedad, ¿nunca desaparecerán?

—A mí no me importa tener un boli mágico —otra pequeña broma, van avanzando—, pero si está asociado a Andre de esa manera...

—Es curioso. —La chica vuelve a beber—. Andre te lo dio, pero sigue conservando su nombre. Normalmente, si los objetos cambian de dueño, cambian de nombre. ¿Será porque te dijo que siempre sería suyo?

—A lo mejor es por eso también que la tinta no se ha acabado, como si el boli fuera una cuenta pendiente de Andre. —Eva carraspea y le da un enorme trago a falta de una ristra de chupitos. No puede creerse que esté hablando de ello con tanta naturalidad—. Es que todavía estoy flipando.

—Todos.

Un silencio más que los reanima para poder continuar.

—Os he escuchado a Remy y a ti. Creo que Florence está hablando de lo mismo con su tío Jérôme. He entendido «fantôme» o algo así —suspira Eva—. Y me da que Nina y Zan también. Están paseando fuera, en la parte delantera. Mara no, está hasta roncando —ríe por lo bajo. Pero nombrarlos tiene un sentido—: ¿Esto nos volverá a separar?

Eva pone una mano sobre la de Beck, la que sigue rascando el borde de la taza, y esta suelta el café, enterrando sus dedos dentro de la palma de él. Por fin se miran y ella solo niega. Es de lo que más segura está: lejos o cerca, los seis seguirán juntos. Sin embargo, el chico frunce el ceño lo justo para transmitir que, de momento, no basta. No basta aunque todos se quieran tanto.

—Estás despeinado. —Con la mano libre, Beck le aparta un mechón de la cara.

—Pues péiname. —Acerca su rostro al de su amiga un poco más—. Por favor.

A pesar de que Beck se pone de pie y Eva está sentado en el taburete, sigue siendo más alto. Le entierra los dedos en la melena pelirroja, como ha hecho tantas veces.

—Oye, Mara me contó lo que dijiste ayer sobre que no quieres que nadie esté orgulloso de ti.

—Para guardar tantos secretos, largáis otras cosas con una jodida facilidad... —resopla Eva después de chasquear la lengua—. ¿Y qué? Ya lo sabes: no me importa la opinión del resto y me da igual todo.

—Lo que sé es que —Beck lo empuja hacia un lado para que la encare, frente a frente, no como cuando él levanta el rostro y le lame la nariz— no te quieres ni una pizca. Eso es lo que pasa.

—Y que la vida es una hija de puta.

—Bueno, pero tu padre y todos estamos muy orgullosos de ti.

—¿Por qué hemos empezado a hablar de mí? Lo de Andre es más bestia. *¿Balones fuera? Muy de su estilo.*

—Porque así es como el grupo se fue a la mierda: cuando dejamos de hablar de nosotros.

—Joder —Eva silba—, no sé si darte un premio porque lo has clavado, o porque te queda muy bien decir palabrotas.

—Pues dámelo. Mi premio.

—Ten cuidado y especifica, Rebeca —Eva deja de sonreír poco a poco y se encorva para ponerse a la altura de la chica, los ojos un tanto entrecerrados—, o algún día te llevarás una sorpresa.

Por segunda vez en toda su vida, Beck pestañea ante una clara insinuación de Eva. Ni siquiera se atreve a sonreír, a que su gesto revele que ha captado un chiste que sabe a la perfección, pero atónita, que no es tal. Mejor el silencio, mejor dejarlo estar.

—¿Interrumpimos?

Nina y Zan están bajo el dintel de la puerta con esa mirada inquisitiva que debe de ser genética.

—Justo a tiempo para otra tanda de cafés —responde Beck girando sobre sus talones.

—¿Otra tanda? —se escandaliza Nina, en modo deportista berserker—. Estáis podridos.

—Más muertos hoy. —Eva levanta su café.

—Pero más vivos que mañana —responden los tres al tiempo que Mara aparece limpiándose las gafas con la camiseta del pijama.

—Falta Florence.

—No —responde la aludida deteniéndose detrás de Mara.

Reunidos alrededor de la encimera, el sol se desliza por los azulejos, el humo baila sobre las bebidas recién hechas y un fantasma se enrosca entre ellos.

—Siento que anoche me pusiera así —empieza a hablar Zan para sorpresa de todos—. No quise decir que estabais mintiendo, solo es... complicado de entender.

—Y de creer —añade Florence.

—Es lógico. —Mara asiente—. Yo no siempre he sospechado la razón de mis sueños. Vamos, hasta anoche no sentí al cien por cien que se trataba de Andre.

—Me alegra que te atrevieras a decírnoslo. —Beck le da un sorbo a su taza—. Yo no sé si habría sido capaz de hacerlo en algún momento.

—Ser amigos no implica contárnoslo absolutamente todo —responde Nina—. Justo porque somos amigos, confiamos.

—¿Y cuál es el siguiente paso? Remy le ha dicho a Beck que Andre «está entre nosotros».

—Mi tío Jérôme me ha insinuado algo parecido —coincide Florence.

—¿Creéis que Andre está aquí ahora mismo?

Junto a ti, Mara. Y el Espíritu Santo también. Es broma.

—¿Y creéis que Andre está atrapado en este lado porque no lo hemos superado? ¿Que esa es la razón de los sueños, los nombres...?

Mmmm, tibio.

—¿En serio? —Florence enarca una ceja, siempre escéptica.

Otra pausa. Esta más larga, de vistas clavadas en la mesa, o en las bebidas, o en sus manos, en cualquier parte para no mirarse entre ellos. ¿Cómo se convence a alguien de que lo extraordinario es posible? Beck parpadea dos veces para que el nombre de Remy se difumine sobre su taza y entonces, como el consejo de un mago sabio que llega en el momento necesario, lo entiende:

—Creamos. En esto y en nosotros. Simplemente, vivámoslo. Si tiene una explicación lógica, llegará. Y si no... Andre está aquí, de alguna manera. Y es un poco tétrico, pero también alivia, ¿no?

Sí, porque parece una segunda oportunidad para zanjar lo que la vida les arrebató sin siquiera una despedida. Porque si lo extraordinario es posible, lo inalcanzable no existe. Solo es una circunstancia más, improbable y extraña, pero real.

—¿Por *Hambre* y Andre?

—Por *Hambre* y por Andre —corean todos.

La última noche en Francia no es una noche normal. Ninguno debería sorprenderse, porque ¿desde cuándo sus vidas lo han sido? Pero Beck piensa que empieza a rozar lo absurdo al pillar a Eva encorvado sobre varias partituras de Florence. Las ha unido con celo, y mal. En ellas está dibujando, nada más y nada menos, que una *ouija* con el bolígrafo de Andre.

—No te creo.

—Pues eres tú la que nos ha dicho que creamos, Rebeca. Revísate los discursos porque las incoherencias no le gustan a nadie.

Al final, siempre tiene que salirse con la suya.

—Lo invocaremos al lado de la chimenea. Ahí movió el fuego y he utilizado su bolígrafo. Fijo que todo esto ayuda a llamarlo.

—Y a los Cazafantasmas también, no te fastidia. Uf, Eva, es que me dan ganas de...

—¿Darme el meneo que nos merecemos?

—Un puñetazo.

—¿Qué está pasando? —Mara llega junto al resto—. ¿Una *ouija*?

—Qué frívolo, Eva —bufa Nina, como una canguro harta de vigilar a cinco críos a la vez.

—Venga, va. Yo ya dije que este lugar pide una *ouija* a gritos. ¿Y si Andre responde? ¿No os gustaría preguntarle por qué ha montado todo este tinglado?

Mira, sí, no tenía otra faena...

Definitivamente, Francia ha debido de trastornarlos porque, cinco minutos después, se ven dispuestos en círculo, rodeando esas partituras que, en realidad, deberían ser un tablero de madera. Al menos, tanto el alfabeto como los números están bien marcados y en el orden correcto.

Entonces Eva pone un vaso chato en el centro:

—Con el que tu tío Remy empina el codo en ocasiones especiales, Florence.

—Eres idiota y debe ser contagioso. Es la única explicación que le encuentro a todo esto.

—A ver, ya que estamos, lo hacemos bien —tercia Mara poniendo unos dedos sobre los de Eva, encima del vaso. Ya ha entrado en escena la más dramática—. Concentraos en Andre e intentad no prejuzgar.

—Está difícil —susurra Nina.

—Shhh. —Mara ha cerrado los ojos.

Beck y Zan se miran una última vez, incrédulos, antes de que todos acaben de apoyar las manos en el vaso y cierren los ojos. Aun así, la chica se esfuerza por evocar a Andre, todo lo que recuerda de él cuando estaba vivo. Le cuesta, también tragar el nudo que se le forma en la garganta. Mucho más cuando escucha a Eva:

—Andre, ¿estás ahí?

Y el vaso se mueve hasta el «sí». Lo sueltan con un grito y Eva se ríe:

—Perdón, perdón. He sido yo. No he podido evitarlo.

—Esto es una tontería —espetea Nina.

—Pero los fantasmas existen.

Y solo por esa incertidumbre, vuelven a probar por si acaso. Le preguntan a la nada. El vaso no se mueve. El fuego de la chimenea tampoco lo hace de nuevo. La tinta no ayuda y, sin embargo, sigue escasa e infinita. Cuando se miran, despierta cierta decepción.

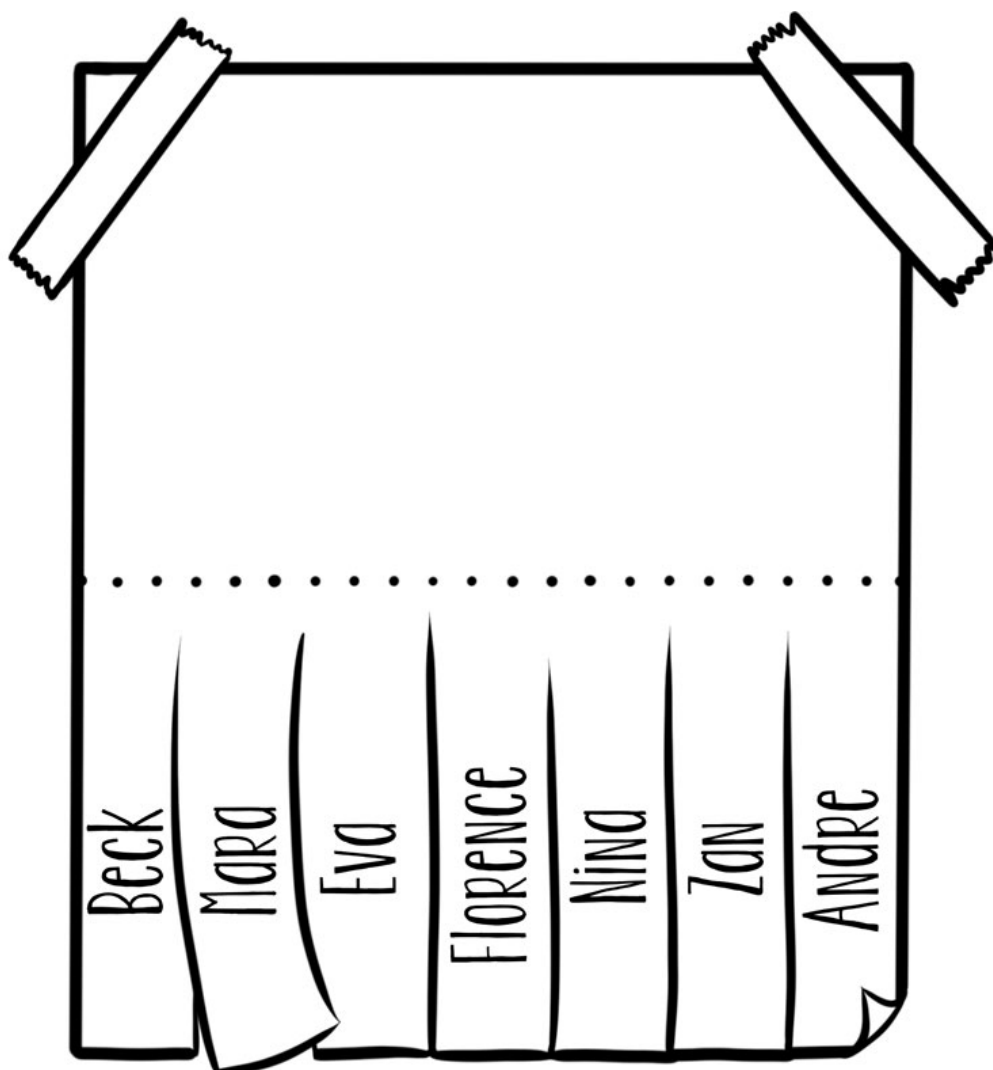
Creedme, a mí también me habría gustado que me invocaran a través de una ouija. ¿Cuántos pueden decir eso?

—¿Qué esperábamos?

—Una respuesta rápida.

Pero ni la vida ni la muerte las tienen. Así que no les queda más que buscarla de otra forma.

OceanofPDF.com



18.05

Hacerse un tatuaje de grupo.

Tinta en la piel. Hasta que la muerte los separe de ella. Un regalo muy apropiado, pedido por alguien preocupado con dejar huella y elegido por alguien que tiene un bolígrafo a punto de agotarse, pero inagotable, y bastantes tatuajes ya. Para Andre, de Eva.

¿Y un servicio de tatuajes en el Más Allá? Esto es espectrofobia.

—¿Soy el único desvirgado?

—¿Es necesario que lo digas así? —regaña Nina a Eva, quien le pasa un brazo por los hombros para apretarla contra él y picarla.

—Yo tengo uno —responde Florence.

—¿Dónde? —pregunta Zan.

—Hay una foto en mi Insta. ¿No la habéis visto?

—Tienes unas 9000 publicaciones —le dice Beck—. No nos tortures así.

—Yo quiero verlo. —Mara sonrío.

—Y lo verás.

—Follad ya, de verdad. Sois insoportables —gruñe Eva, que todavía no ha soltado a una Nina que forcejea para quitárselo de encima.

—¿Estáis listos? —La tatuadora los interrumpe y todos, menos Florence y Eva, se sorprenden al descubrir que se trata de Myriam, la batería de Mars Girls—. Por vuestras caras, intuyo que yo también formaba parte de la sorpresa.

—La seguí en redes la noche del concierto. Sus tatuajes son la hostia —les explica Eva.

—Vuestro diseño es muy simple, será rápido. ¿Vais a entrar todos en la cabina?

Qué pregunta. En menos de un minuto, el grupo está apiñado dentro de esas cuatro paredes, intentando no molestar a Myriam, sentada en un taburete, y no poner nervioso a Zan, acostado en la camilla y con un brazo extendido hacia ella.

—Mi tío lo matará —murmura Nina—, y luego mi padre me matará a mí. Ahora sí que te vuelves a China, Zan.

—No me voy a China.

—¿Qué...?

—Que no me voy a China. Mi padre ha aceptado que me quede en Aconte.

—¿¡Qué!?

El grupo se apretuja mucho más contra el rincón cuando Myriam los mira por encima del hombro con cara de pocos amigos. No se debe importunar a una artista cuando está a punto de crear, y ella lo es por partida doble, tatuadora y música. Aterradora.

—¿Queréis que os mande a la entrada como a niños de cinco años o nos portamos como los adultos que somos? —Asienten, y a Myriam regresa esa sonrisa divertida—. Me encanta acojonar a la gente, es mi tercera pasión. —Desinfecta la parte superior del antebrazo de Zan y luego le estampa el diseño—. Venga, acercaos. No muerdo.

Hacerse un tatuaje de grupo implica que el diseño sea el mismo. Cada uno ha escogido una parte de su cuerpo diferente, pero todos llevarán a Andre consigo para siempre. Es una «A» mayúscula invertida. Tres líneas negras que contienen una vida entera. Una declaración de que las cosas sencillas pueden ser inmensas. Así las veía Andre, sin filtros, puras.

En cuanto Myriam acaba con Zan, celebran que permanecerá junto a ellos, que él permanecerá en el lugar donde verdaderamente siente que desea estar, crecer, sanar.

Luego la aguja y la tinta siguen marcándolos. A algunos con una pizca de dolor, unas cuantas lágrimas, risas flojas. Después de Zan, Florence. Mara, seguida de Nina. Beck y Eva se juegan el quinto puesto a piedra, papel, tijera, peineta o Nyapoleón.

Menudo par.

Beck, en la parte interior de la muñeca, nota un cosquilleo, como si unos dedos invisibles la estuvieran tocando y no perforando. Eva ni se inmuta, la «A» invertida bajo la órbita de la luna.

—¿Lo estará viendo? —musita Mara.

Os veo.

El calor ya se mezcla entre los soplos de brisa fresca, esa combinación singular del Mediterráneo más próximo al verano que a una primavera irregular. Aun así, fuera de Mar en Tasca, varias gotas de lluvia recuerdan eso de no quitarse el sayo hasta el cuarenta de mayo.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta Zan.

—Creo que voy a pasar la noche en el piso de Florence. —Mara se arrebujaba dentro de la chaqueta.

—Pues te acompaño hasta su portal. —Se gira hacia Javi y levanta una mano—. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, viajeros —les responde el propietario, que tanto los ha ayudado.

Sus pasos resbalan con la humedad y el vaho traza las palabras que aún no han dicho. Un preludio que quiere contar muchas cosas, pero no sabe por dónde empezar.

—Qué bien que te quedes, Zan.

—Mi padre ha entendido que esta casa también es importante para los dos. —El chico mete las manos dentro de los bolsillos de la cazadora—. Durante mucho tiempo, no supe qué hacer: si estar en casa con mi madre, si huir de ahí. Ni aquí ni en Valencia. Era solitario, doloroso e injusto. Me sentía muy perdido porque pensaba que, si no tenía a mi madre por entero, entonces no quería nada de ella. ¿Me explico?

—Totalmente. —Mara conoce la pérdida de otra manera, el no comprender qué conservar. Si está bien guardar un poquito y odiar el resto.

—Pero Aconte es nuestra casa, la única que considero un hogar. Yo... —Encoge un hombro—. No tengo tantas inquietudes como vosotros, ni

siquiera sé si alguna vez me apetecerá estudiar. Solo sé dónde, cómo y con quién quiero estar ahora.

—«¿Quién?» —repite Mara, una ceja enarcada—. Se te ha olvidado el plural, guapo.

—Ah, joder...

Y ella se pregunta si, de haber estado Beck ahí, habría visto que el suspiro de Zan lleva su nombre.

—Nos besamos en Francia. —Zan hunde el rostro en la bufanda, aun así, las orejas entre su melena oscura se descubren rojísimas—. Mucho.

—¿Aclarasteis lo de Halloween?

—Sí. Fuimos bastante idiotas, qué novedad. Y hemos... perdido mucho tiempo.

—Tu faceta adorable me tiene al borde de espachurrarte en un abrazo —ríe Mara.

Como respuesta, él solo se esconde más, aunque por las arruguitas en las comisuras de sus ojos, la chica se da cuenta de que está sonriendo.

—¿Y tú y Florence?

—Voy a terminar de averiguarlo esta noche.

—Es absurdo —dice Zan cuando se detienen frente al portal de su amiga—. Las vueltas que damos a veces para acabar en el mismo punto. Beck, Florence, todos nosotros.

—Pero no iguales. Mejores. Por eso las vueltas son tan necesarias.

—Aunque mareen.

—Hasta tener ganas de vomitar.

Una carcajada es la despedida. Suena el timbre del telefonillo. Pasos que suben unas escaleras, nerviosos. Una puerta que se abre y, al otro lado, Florence Russo.

—Te he guardado algo de cena —le dice a Mara mientras esta entra y cierra la puerta.

—¿Eres tú?

—¿El qué?

«La cena», pero Mara solo carraspea, sacude una mano para quitarle importancia y añade:

—Dejo la mochila y el abrigo en tu habitación y enseguida bajo. Espero que sean macarrones con queso, ¡no he parado en toda la tarde! —Empieza a subir los peldaños—. A Zan y a mí nos va a costar un siglo recuperar las horas de Francia.

Dentro del cuarto iluminado por una lámpara de luz anaranjada, Mara se descalza, deja sus trastos cerca de la cómoda e inspira hondo. Avergonzada por lo que casi ha dicho, levanta una mano para darse en la frente; sin embargo, Florence aparece por detrás, coge sus dedos y la hace girar para que la encare:

—Tienes la mala manía de decir lo que quieres decir, pero esperando que yo no lo escuche.

—Y tú tienes la mala manía de decir con otras palabras lo que quieres decir, pero esperando que yo te entienda —susurra Mara, el rostro muy alzado porque Florence está casi sobre ella y es mucho más alta.

—Hmm. —Florence da un paso que la otra retrocede—. ¿Cuántas veces lo he hecho?

—He perdido la cuenta.

Más pasos hacia la cama.

—Yo de las tuyas no, Mara, y eso que no has parado desde que nos conocimos. Ahora, con la cena. Aquella mañana de Fallas, asomada a tu ventana.

Mara contiene el aliento, a pesar de que no debería sorprenderse. Aquel día, cuando le susurró «me gustas» desde lo alto, sintió en lo más hondo que Florence la había entendido. Pero todo continuó igual y no le importó seguir jugando.

Sus piernas dan con el borde de la cama y cae sentada. Florence se queda de pie ante ella, una silueta bordada por la luz de la bombilla. Se le ha resbalado un tirante del largo vestido por el hombro y Mara siente la tentación de enredar los dedos en él para tirar hacia abajo.

—Me gustas.

Dos palabras certeras de Florence, dos punzadas en el estómago de Mara porque ha pasado demasiados años soñando con que se las dijera. Y, sabiéndolo, los años se convierten en más capas de ropa que necesita desvestir. Por eso se levanta de golpe, invadiendo esos milímetros que las separan. La expresión de Florence es un poema y Mara está dispuesta a desordenarle todos los versos. A besos y más.

A Florence se le atasca un jadeo cuando Mara no se resiste más, enreda los dedos en ambos tirantes y estira hacia abajo. El amplio vestido cae al suelo con un rumor que les eriza la piel. Entonces Mara se queda sin aliento, la vista clavada en el pequeño tatuaje que apenas asoma bajo la goma de las bragas. Parece la cresta de una ola y piensa que tiene todo el sentido. Quiere besarlo. Sin embargo, Florence no espera a que se deshaga de las dos últimas piezas de encaje que viste, la sienta de nuevo con un pequeño empujón y se arrodilla para quitarle los pantalones.

Antes de tumbarse sobre ella, Florence arrastra los labios por la piel de Mara, quien arquea la espalda cuando siente su aliento sobre la ropa interior. Pero la chica solo suspira para arrancarle un gemido y sigue ascendiendo, metiendo una pierna en medio. Con cuidado de no rozar sus

tatuajes recién hechos, se acarician con manos ansiosas, persiguiendo los músculos que se contraen rogando por más.

Mara acerca sus bocas, pero Florence retrocede unos centímetros con una sonrisa voraz:

—Ya te he dicho que hablas mucho y bastante alto. ¿Qué le dijiste a Beck en Francia? Sin besos. Solo tocar.

—O tal vez es que estás demasiado pendiente de mí —susurra Mara, a la que se le van a agotar las palabras, la respiración, la paciencia.

—Desde hace mucho. Más del poco que te empeñas en creer.

Florence entierra el rostro en el cuello de Mara, dándole un débil mordisco, y la incorpora con una mano al final de la espalda. Después de quitarle las gafas con cuidado, le saca la camiseta de un tirón. Así de cerca, sus manos vuelan para deshacerse de los sujetadores y estos desaparecen a la vez. Mientras Mara recorre la piel que acaba de desnudar con la lengua, Florence dice entre jadeos:

—Al parecer, no soy la única experta en quitarlos.

Vuelven a caer contra la cama y Mara siente que acabará suplicando si Florence sigue mirándola de esa manera, brillante, oscura, para perderse en ella sin remedio. Pero Florence ni siquiera ha empezado, deseando volver a repasarle el cuello, entretenerse en sus pechos, trazar su vientre con los dientes y colarse bajo sus bragas.

Antes de que lo cumpla, Mara la sostiene por la barbilla con el pulgar, firme. Entonces gime:

—Bésame.

—¿Por favor?

—Ya.

Otro recorrido, este de boca a boca, lento para provocar la urgencia de Mara que, aun así, espera hasta que un roce precede al beso. El alivio es

momentáneo, porque luego el deseo ruge contra sus labios y terminan de desnudarse sin delicadeza.

Dan con los preservativos casi a ciegas y, tocándose y hundiendo dedos y boca donde se estremecen, se nombran, piden más alto y hacen y deshacen hasta que ambas quedan tendidas sobre las sábanas arrugadas.

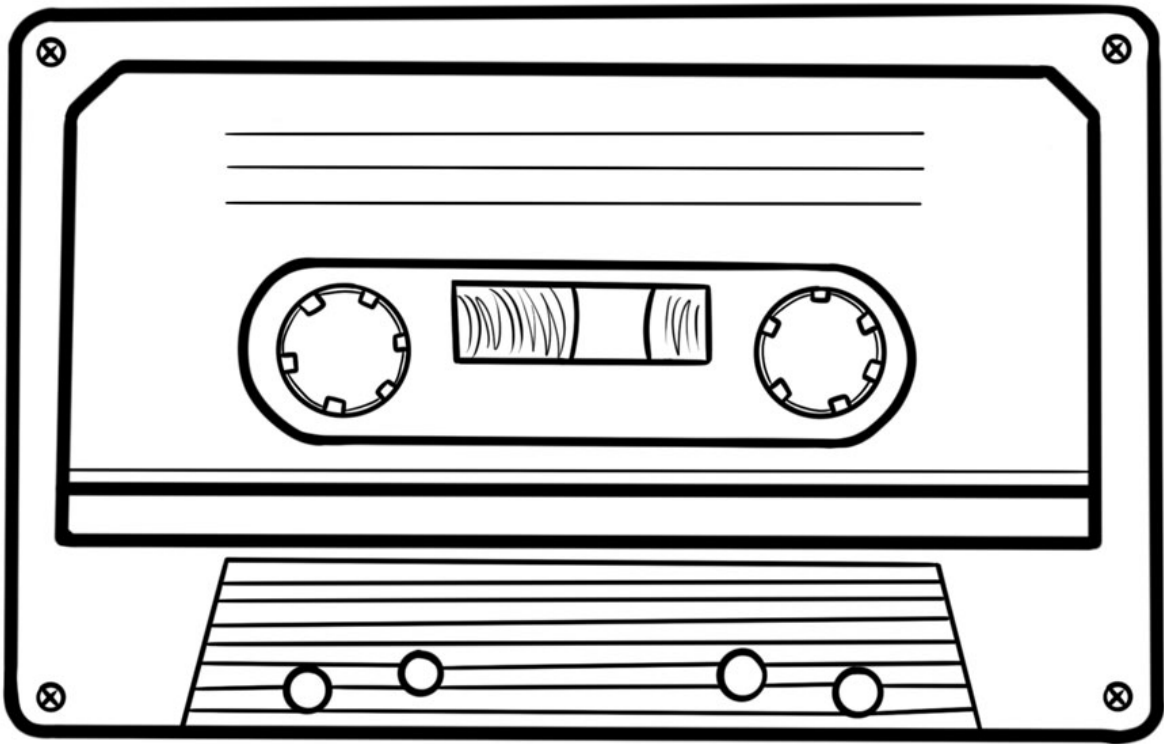
Un último beso que no será el último.

Al despertar, no está Florence. Huele a café y hay una página arrancada sobre Mara. Una estrofa:

*La peor de las hambres,
calcinante, insaciable.
Esa es la mía,
hambre de ti.*

De ti. La última canción del disco. Para Mara, de Florence.

OceanofPDF.com



25.05

La vida puede ser un tren descarrilado. La vida pueden ser raíles sin un tren. La vida puede ser un vagón que se ha desprendido del resto, abandonado en medio de esa nada por la que ningún tren volverá a pasar jamás, pero sí personas que lo habitarán de vez en cuando.

Ese último vagón es la vida de Beck ahora, en calma, llena de personas que la acompañan, comprenden y la hacen feliz. Donde los nombres tienen una cabida ínfima, casi luces desprendidas de los objetos como polvo suspendido al contraluz.

En la mesa del salón de su casa, Nina estudia porque está en plenos exámenes, mientras que Mara y ella trabajan en *Hambre*. Una seleccionando los vídeos más vistosos de su viaje a Francia, otra puliendo

algunos versos. También hay varias fotografías que deben darle a Eva para que las adorne y otras un poco más antiguas, en las que sale Andre. Porque Florence lo quiere en su disco.

Los mejores músicos mueren jóvenes, pero está claro que yo exageré bastante.

—Entonces, ¿no lo ves de frente aquí? —Mara levanta una fotografía en la que Andre está de pie en medio de una olla del *skatepark*. Atardece, pero él es más que una sombra.

—No —suspira Nina, cansada de que le pregunten lo mismo una y otra vez—. Está de espaldas y, además, un poco borroso.

—¿Y en esta? —Andre junto a Eva y Zan, sentados en la orilla de la playa, riéndose de cara a la cámara.

—Lo mismo. Ay, Mara, ¿cuántas veces tengo que decirlo?

—Perdona, es difícil asimilarlo.

—Lo dice la que sueña sus recuerdos. —Nina muerde el final de su rotulador.

—Beck, desempata.

—¿Hmm?

Beck las ha estado escuchando como un hilo de fondo al que, en realidad, no se presta atención. Entre las letras de las diez canciones que finalmente componen *Hambre*, tiene la lista de regalos de Andre. Solo faltan ellas tres por escoger y hay uno que le llama demasiado la atención.

—Un segundo.

Aunque Mara y Nina se quejan, Beck se levanta y se dirige a la cocina, demasiado centrada en releer el mismo regalo, ese que parece involucrar una historia. Y, si ella adora escribirlas, ¿por qué no descubrirlas? Hay algo de Andre que ninguno sabe.

Roy, el regalo que estás pensando es de mis favoritos.

En la cocina, Julia y Sofía preparan unas tartaletas dulces y Beck se detiene en la puerta, clavando la mirada en la lista, tímida, porque su madre está abrazando a su novia por detrás en una versión española y pastelera de *Ghost*.

—¡Cariño! ¿Cómo va? ¿Necesitáis algo? —Julia se separa de Sofía limpiándose las manos en el delantal—. ¿Y esa falda?

—Ah —Beck se mira la minifalda de cuadros escoceses que Mara le ha hecho probarse hace un rato y que luego no se ha acordado de cambiarse—, es de Mara. Quiere dármele, pero no sé... De caderas me viene, pero me tiene que entrar la cintura.

—A mí me gusta cómo te queda —dice Sofía.

—Y con lo bien que se le da la costura, no le costará arreglarla.

—En fin, quería preguntaros una cosa. —Beck se acerca a ellas, apretando el folio entre los dedos—. ¿Hay alguien en Aconte que se llame Felisa?

«Una última conversación con Felisa antes de hacer el Interrail. Si es con ellos, mejor», escribió Andre. Y aquella vez se preguntaron quién podría ser esa mujer, pero no continuaron indagando. El caso es que un nombre nunca es solo un nombre para Beck.

Julia y Sofía se miran, un misticismo que a la chica se le arremolina en el estómago porque no pensaba que sería tan fácil, pero tampoco que ese regalo supusiera de verdad una historia que desentrañar.

—*La bruixa* —dice su madre en valenciano—. De pequeñas nos daba mucho miedo, ¿recuerdas?

—Sí, sí, Felisa Herrero —coincide Sofía—. Se contaban muchas historias de terror sobre ella, la mayoría inventadas y tergiversadas de los cuchicheos de las vecinas. Por eso la llaman bruja. Es una mujer solitaria y sin familia que apenas sale de casa.

—¿Entonces vive aquí? —pregunta Beck.

—En la casa rojiza que tiene el caminito de piedra y un jardín tan descuidado que no se ve ni la puerta.

Beck no necesita más detalles, porque enseguida sabe de cuál están hablando: esa casa es la frontera con la Otra Parte, la zona de Aconte que jamás pisaban de pequeños si no era necesario —la piscina grande, la casa de Zan— y en la que, además, viven las personas con las que siempre se han peleado —Juanjo García y su séquito de acosadores, Ángela Miralles, Irene y Carmen—.

—¿Y ese interés por ella?

—Luego os lo cuento —se despide Beck, sus zancadas tan enérgicas que, cuando llega al salón, Mara y Nina se quedan calladas—. Sé quién es Felisa —alza el folio—, la persona con la que Andre quería hablar antes de hacer el Interrail.

—¿En serio?

—Quiero que este sea mi regalo. Quiero que hablemos con esa mujer y nos cuente por qué Andre la apuntó en su lista.

—Pero ¿quién es?

—Primero avisemos a estos. —Beck saca su móvil y revisa algunos mensajes—. Florence ahora está liada con *Hambre*, ¿no?

—Sí, tenía una reunión con su padre para enseñarle todo lo que hemos estado haciendo —le responde Mara.

—Y Eva está en casa de mi primo. Zan no tenía muchas ganas de salir, ya sabéis —musita Nina, haciendo referencia a su tía.

Beck

Sé quién es Felisa, la del regalo de Andre

19:35h

Eva

Muy bien, Sherlock. ¿Y?

19:40h

Beck

¿Zan está mejor? Me gustaría contároslo

19:40h

Eva

Dice que podéis pasaros. Aunque creo que le importa una mierda Felisa y solo acepta para verte a ti. Dais un asco terrible 🙄

19:43h

Beck

Yo también te quiero

19:43h

Eva

No lo suficiente

19:44h

Beck

Vamos ya 🐾

19:44h

Atardece en Aconte como lo hizo en muchas de las fotografías donde Andre sale. Las nubes rosáceas emborronando el azul con tintes violáceos. Suave, porque el de ellos es un mar donde solo amanece.

De camino a casa de Zan, pasan por delante de la casa de Felisa Herrero y, aunque Beck no dice nada, la observa atentamente por si descubre una sombra que delate la posición de la *bruixa*. Guarda también, muy en el fondo, que no ve ni un solo nombre en el camino de piedras que se adentra entre las flores y los arbustos, en la oscuridad que reposa sobre los rincones de una casa sin luz en su interior. Y prácticamente todo le pertenece a alguien, por eso piensa en esas historias de terror que tampoco ha escuchado. Que seguro son cotilleos de gente mala y aburrida.

Lo son.

Beck siente otro escalofrío y aprieta el paso. No quiere creer que es la esencia mística de Felisa Herrero, no quiere creer que es el fantasma de Andre. Solo se ha sugestionado, Mara no es la única melodramática en ese grupo.

—He estado pensando en Andre y todo el... temita paranormal —dice Nina antes de subir las últimas escaleras que las conducirán a la calle de su primo.

—¿«Temita» para suavizar lo que nos está pasando o que nos ejecutarían en una pira de estar en el siglo XVI?

—Ambas. Beck, dijiste que viviéramos esto y que ya veríamos de qué manera resolverlo, pero yo necesito hacerlo. Solo tengo las fotos para recordar cómo era Andre y me estoy... olvidando de algunos de sus rasgos.

—Se le quiebra la voz, un poco el cuerpo cuando se encoge—. No quiero verlo de espaldas nunca más, y no sé si es porque me cuesta aceptar su muerte o por otro rollo raro, pero lo necesito de verdad —insiste.

Nina.

—¿Qué? —responde esta, ahora la mirada cristalina en sus amigas, confusas—. Habéis dicho mi nombre.

—No.

Nina.

—Otra vez.

—Que no.

Nina.

Con el corazón desbocado, Beck ve cómo su amiga extiende unos dedos y después los dobla en el aire. Aunque no está cogiendo otros, el nombre de Nina se traza al final de la manga de su chaqueta junto a otro muy desdibujado. Tanto como aquel que distinguió en la pista de hielo, sobre una silla vacía.

—Está aquí. Andre está aquí, y ya ha estado en otras ocasiones.

—¿Es broma? —susurra Mara.

De repente, el móvil de Beck suena, el nombre desvaído se esfuma de golpe, los dedos de Nina se cierran en un puño y las tres se observan, consternadas. Eva está llamando y Beck descuelga con el pulso un poco tembloroso. Carraspea, pero su voz no se lleva los miedos.

—Estamos al lado. Sí. Perdón.

El cielo se tiñe de púrpura y las farolas se encienden con un parpadeo. Alguna estrella ya reina en lo alto. En silencio retoman el camino. No vuelven a mirarse, tampoco se fijan mucho en el alrededor. Las baldosas cobran todo el protagonismo hasta que llegan frente a la casa de Zan, donde ambos chicos esperan en la entrada, fumándose un cigarro entre los dos.

—¡Sois unas tardonas, tías! ¡Tanta prisa, tanta prisa! —las regaña Eva apagando la colilla.

—¿Ha pasado algo? —Zan es el único que se da cuenta de la tensión en ellas.

—Pues veréis... —empieza Beck, las manos sudadas y la sensación de que no es la brisa eso que le sopla la nuca. La brujería de Felisa, la presencia de Andre.

—¡Hostia puta, no me lo puedo creer! —la interrumpe alguien.

Ninguno se lo puede creer. ¿Cuántas probabilidades hay de que suceda lo peor en el peor de los momentos? Pocas, pero al destino le gusta sortear sus cartas y que salgan las combinaciones más remotas. Por eso parece una pesadilla que Juanjo García y su grupo —varios del colegio y de la Otra Parte, de quienes solo recuerdan robarles los tazos, defenderse desde la distancia y recortarla en alguna pelea— estén allí.

Hace mucho que no se cruzan, quizá desde la graduación. Beck ni siquiera se detiene a pensar en que aquel San Juan fue la clave del vuelco en sus vidas. Solo puede desear que ojalá esos chicos que a veces no los dejaban ni respirar hayan cambiado.

—Veo que la ONG sigue adelante.

No han cambiado ni un mínimo.

—Lárgate, Juanjo —le espeta Eva.

—¿Gallito o gallina?

Cuando Eva da dos zancadas para enfrentarlo, Beck se interpone y sus amigos se parapetan detrás, al igual que los de Juanjo tras él, quien resopla con una risa desagradable:

—Rebeca, siempre tan chulita. —Acerca una mano a su mejilla, pero ella se la aparta enseguida—. ¿Qué coño?

—¿Y si lo dejamos estar?

Sin embargo, el grupo de Juanjo jamás se ha conformado con dejarlo estar, por eso el cabecilla empuja a Beck y ninguno puede detener su caída. Una punzada en el tobillo hace que suelte un quejido y que Zan se acucille para intentar ayudarla.

—Vuelves a tocarla y no lo cuentas —le gruñe Eva.

—¿Te la estás tirando por fin? Porque todos teníamos claro que...

Hay una cosa de Eva que, si no se sabe ya, se recuerda: es perro ladrador, poco mordedor. Pero incluso la expresión dice «poco», no «nada», así que a veces muerde. Y fuerte. Por eso Juanjo no llega a terminar la frase, porque Eva coge impulso y le da un cabezazo.

—¡Joder! —protesta al instante.

—Serás hijo de puta —masculla Juanjo.

—Corred —los insta Nina—. Corred, ¡corred!

Todos reaccionan ante el grito y Beck se levanta, intentando obviar lo mucho que le duele el tobillo. El frío le apuñala los pulmones al respirar a bocanadas y apenas puede ver a sus amigos corriendo a su lado. También escucha los pasos de sus acosadores, que los insultan como cuando eran pequeños, prometiendo una revancha sin tregua.

Antes de descender las escaleras, Beck pierde de vista a Nina y se detiene en uno de los peldaños para mirar atrás por si acaso, pero Zan estira de su mano para que continúe. Avanzan por la dársena esquivando a la gente que les reprocha la carrera y, en la siguiente esquina, uno de los amigos de Juanjo se tropieza y cae al agua. Uno menos.

Se internan dentro del pueblo, esperando que los pasadizos y garajes los ayuden a despistarlos. Por desgracia, todos han jugado demasiadas veces a perseguirse y conocen hasta el último escondrijo. Así que la única opción es ser más rápidos y guarecerse en la primera casa a la que lleguen.

A pesar de que la mejor opción es atravesar las callejuelas en vez de meterse en los garajes, que no son una ratonera pero hará la huida más complicada, Mara se separa del resto entrando en uno.

—Todavía nos siguen —dice Eva sin aire, un hilillo de sangre dividiéndole la cara.

—La playa. Podríamos escondernos en una de las escolleras —propone Zan.

—¡Nos verán!

—No si nos dividimos. Nos vemos en la última.

Y, aunque a Beck le asusta ir sola, sabe que Zan tiene razón. Hay cuatro escolleras: las de los faros, la del medio y la que pone fin a la playa, a oscuras, donde podrán camuflarse mejor. Así que, con el flato hundiéndose entre sus costillas, elige el camino del paseo marítimo.

Le agradece a su yo del pasado haberse cambiado la minifalda de Mara por sus vaqueros más elásticos, porque a esas alturas el pueblo entero ya le habría visto más que el alma. Sale al exterior después de cruzar dos tramos estrechísimos, por los que solo caben de uno en uno, y se entremezcla con la gente. Escucha algún grito a sus espaldas, pero no titubea a pesar de que todos la están mirando. Ni siquiera frena cuando cree que sus amigos la están llamando, olvidado el dolor del tobillo, Felisa y Andre.

Sin pensárselo mucho, se sube al bordillo del paseo y salta a la playa. Todo su cuerpo se resiente, pero se recupera rápido. La luz de las farolas muere a cada paso y la última escollera parece una serpiente de piedra inmovilizada por el mar, cuyas olas braman pero no rompen con agresividad. Y entra, sus zapatillas hundiéndose en la arena arremolinada y el agua mojándole las perneras. Se esconde detrás de unas rocas y, solo entonces, se atreve a analizar la situación.

Juanjo y otro chico también están allí, buscándolos con la mirada, y Beck retrocede un paso sin mucha seguridad. La oscuridad apenas le permite distinguir siluetas y está segura de que algún animal marino la devorará como siga adentrándose.

Una mano le tapa la boca y ahoga el grito que no habría proferido de no haberla asustado así. Es Zan. Tras él, Eva con un índice sobre los labios. Se

ocultan más entre las rocas cuando sus perseguidores se acercan a la orilla. Aguardan con la respiración contenida y los músculos en tensión, el frío atenazando porque, pese a ser primavera, el agua está helada.

Dos, tres minutos. Duran como horas hasta que Juanjo y su amigo se marchan por fin. Aun así, tardan un poco en salir del mar y derrumbarse sobre la arena seca. Exhaustos y empapados, recuperan el aliento, contemplando el cielo nocturno.

Más calmada, Beck se yergue y se inclina sobre Eva. Su sangre aún está fresca, pero al menos ha parado la hemorragia, e intenta limpiarle el rastro de la barbilla con el pulgar. El chico, con los ojos fijos en ella, le aparta la mano, pero no la suelta.

—¿Estáis bien? —susurra Beck, la garganta irritada como si se hubiera atragantado con el agua salada.

—De milagro —dice Zan incorporándose y buscando algo en los bolsillos de su chaqueta.

—Le tenía ganas. No me arrepiento —contesta Eva—. ¿Y tú? —Estudia una de las palmas de su amiga, arañadas y un tanto ensangrentadas de cuando se ha caído al suelo.

—No es nada.

—Tomad. —Zan les tiende unos pañuelos húmedos que ambos aceptan para limpiarse.

—No me puedo creer que sigan siendo unos cabronazos.

—Y yo no me puedo creer que le hayas pegado —lo amonesta Beck—. No lo vuelvas a hacer. Así no se solucionan las cosas.

—Sí, mamá.

—Eva. —Lo coge de un brazo y aprieta hasta que vuelve a mirarla—. Por favor. Los detesto tanto como tú, son unos imbéciles, pero no vale la pena que te hagas daño, ¿vale?

—Comprobado: te queda demasiado bien decir palabrotas —ríe, bajito, tapándose los ojos con el antebrazo—. Siento haberos preocupado.

Beck y Zan comparten una sonrisa y él extiende un brazo por encima de Eva para rozar el pómulos de la chica, diciendo sin voz: «Arena». El contacto transmite la nostalgia de sus cuerpos, que anhelan demasiado desde Francia, pues ni siquiera han vuelto a besarse.

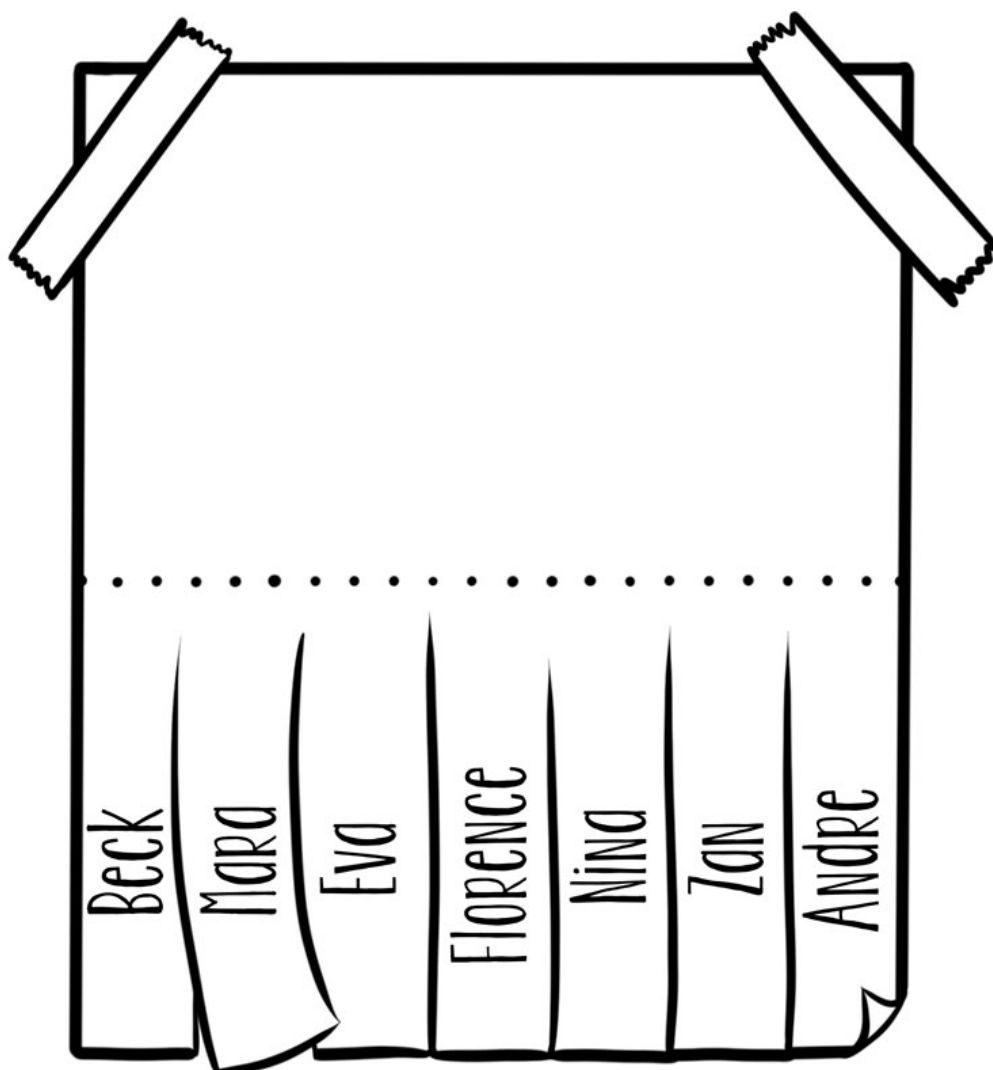
—¿Me acompañáis al ambulatorio? —los interrumpe Eva—. Me estoy mareando.

—Voy a llamar a mi prima y a Mara. Espero que estén bien.

Pero antes de que Eva se levante del todo y Zan encuentre los números en su móvil, Beck confiesa:

—Andre es un fantasma y Felisa es una bruja. Y ambos están aquí. Ahora.

OceanofPDF.com



30.05

Siete olas a medianoche. Las saltarán para pedir sus deseos de San Juan. Incluso algunos se han atrevido a saltar las hogueras, al fin y al cabo, se han graduado y el futuro parece asustar menos.

A unos minutos de las doce, Beck, Eva, Mara, Nina y Andre están esperando en la orilla. No pueden perderse la oportunidad de desear lo mejor, de que el mar se convierta en esa frontera que cruzarán a la vez para iniciar un nuevo camino juntos. No ha sido fácil llegar hasta allí y tal vez siga sin serlo, pero al menos se tendrán entre ellos.

Andre lo siente en el pecho, a pesar de los nervios. Mira uno a uno a sus amigos. A Beck, tan valiente que ya ha dado un paso al frente. A Eva, en paz por fin. A Mara, los ojos llorosos y esa sonrisa que solo puede desatar la libertad. Y a Nina, la cámara colgada del cuello sin temor a mojarla y la mirada en él.

—Estamos a unos minutos del final —le susurra Andre.

—Y de volver a empezar —responde su mejor amiga.

Un parpadeo, y Mara regresa a su cuerpo con ese vértigo que ya la embargó cuando pidieron sus deseos aquella noche, antes de que todo cambiara para siempre. Vence los límites del recuerdo y del sueño al igual que sucedió en Francia. Coge la mano de Nina, como no ocurrió en el pasado, y entreabre los labios para hablarle a Andre, como tampoco hizo.

Pero lo hecho, hecho está.

Desde el fondo del mar, se escucha el último aviso de un vuelo.

A sus espaldas, el estrépito de un accidente de coche.

Los pájaros trinan al son de Florence, unas notas cálidas que se enganchan en las pestañas de Mara para hacerle abrir los ojos. La mañana planea sobre la chica con sus rayos, sentada en el borde de la cama, tocando la guitarra. Se ha recogido el largo cabello ondulado en una coleta alta y viste la camisa que la noche anterior le quitó a Mara entre tirones y risas.

—«Supongo que es el riesgo de aquello que se rompe sin miedo. Nosotros, él, en el recuerdo» —canta tan flojito que, por un instante, solo parece la brisa soplando a través de las cortinas.

De memoria. La octava del álbum que Florence le ha dedicado, en especial, a Andre. Sobre la mesilla de noche hay algunas pruebas del libreto que incluirá el CD, y la primera es justamente la de esa canción. Una panorámica del paseo marítimo por la noche y Andre en la parte derecha, de pie sobre el bordillo, con su *skate* en una mano y una bengala en la otra, en alto. Los rizos castaños sobre la frente y los ojos cerrados porque, cuando reía, su sonrisa necesitaba todo el espacio de su cuerpo. A la izquierda, la letra escrita a mano por Eva.

—¿Saldrás conmigo? —le pregunta Mara de repente, todavía adormilada.

—¿Qué? —Florence deja de cantar, de tocar la guitarra, y la mira por encima del hombro.

—¿Quieres ser mi novia?

Porque Mara quiere todo lo que Florence esté dispuesta a darle. Quiere esas mañanas de música y sus brazos alrededor de la cintura por las noches. Quiere bañarse con ella en el mar y que sus besos sepan a sal. Quiere cogerla de la mano y hacerle promesas que simbolicen más de lo que aparentan, porque todo lo que digan siempre tendrá un significado mejor.

Florence deja la guitarra en el suelo y se acerca gateando. Algunos mechones se le escapan de la coleta y Mara levanta un brazo para recogerlos, pero la chica la agarra de la muñeca y la estampa contra el colchón. Luego escarba bajo las sábanas con las piernas desnudas, se sienta a horcajadas sobre ella y se inclina hasta que sus rostros están en paralelo.

—Sí. Claro que sí.

Aunque abre la boca, no llega a responder, porque Florence la atrapa en un beso que encaja con dos amplias sonrisas. Y, cuando va a separarse, Mara engancha la mano libre en su nuca y vuelve a besarla con más urgencia. Desciende los dedos por toda su espalda y los cierra en su culo antes de colarlos bajo la camisa. Entonces recorre esa cadera que ya ha aferrado con desesperación, esos pechos que ya ha lamido, ese cuello que ya ha mordido.

Florence empieza a desabotonarse la camisa, pero Mara interrumpe sus besos para verla hacerlo con el aliento entrecortado. Cuando la tela cae, se muerde el labio inferior y terminan desnudándose tan lentamente como entrelazan sus cuerpos, jadeando sus nombres con los dedos enterrados en el pelo, mirándose hasta que es imposible no cerrar los párpados y dejarse ir.

Una al lado de la otra, Mara le acaricia la piel erizada, humedeciéndose los labios irritados. Al sonreír, le escuecen las comisuras, pero no le importaría que incluso le ardieran si la razón es Florence.

—Preciosa.

—Porque no te has visto a ti.

—¿Te he despertado?

—¿Me preguntas eso ahora? —ríe Mara de manera queda—. Me gusta mucho *De memoria*, creo que es de mis favoritas.

—*Hambre* está quedando genial gracias a vosotros. Es el proyecto de mi vida, pero espero que, en parte, también lo sea de la vuestra. Y de la de Andre.

Mara asiente, despacio, aunque la mención del chico le encoge un latido. Se gira en la cama, de cara a los ventanales que dan al mar, para ocultar su tristeza. Florence la abraza por detrás y suspira:

—Lo siento.

—No, tranquila. He vuelto a soñar con él. Con aquel San Juan. Creo que es... la clave.

—¿La clave?

—De los sueños, los nombres, las fotografías y el bolígrafo. De que Andre esté atrapado aquí.

—Escucha —Florence se yergue sobre el codo y Mara la mira de reojo, consciente de que no puede reprocharle su recelo—, no hay pruebas de que Andre sea un fantasma.

—¿Piensas que es sencillo creerlo, a pesar de todo? Florence, Andre llamó a Nina. Ella escuchó su nombre y ninguna lo dijimos en alto. Ella sintió que él estaba a su lado, cogiéndole la mano.

—No os pongo en duda, de verdad, solo... No quiero que os hagáis más daño.

—Esto es todo lo contrario a hacerse daño. —Mara le acaricia las puntas del pelo para hacerle entender que no está molesta—. San Juan fue el punto de inflexión. Porque estuvimos los cinco, y eso explicaría por qué Zan y tú no habéis percibido nada extraño. Porque los cinco pedimos un deseo a la vez. Porque aquella noche me escapé de casa. Porque aquella noche sucedió el accidente de coche y Beck, Nina, Eva y yo empezamos a experimentar esos... efectos.

Empezó en San Juan, pero...

—Es San Juan, Florence, tenemos que repetirlo para ponerle fin a todo.

—Dentro de veinticuatro días.

—Exacto.

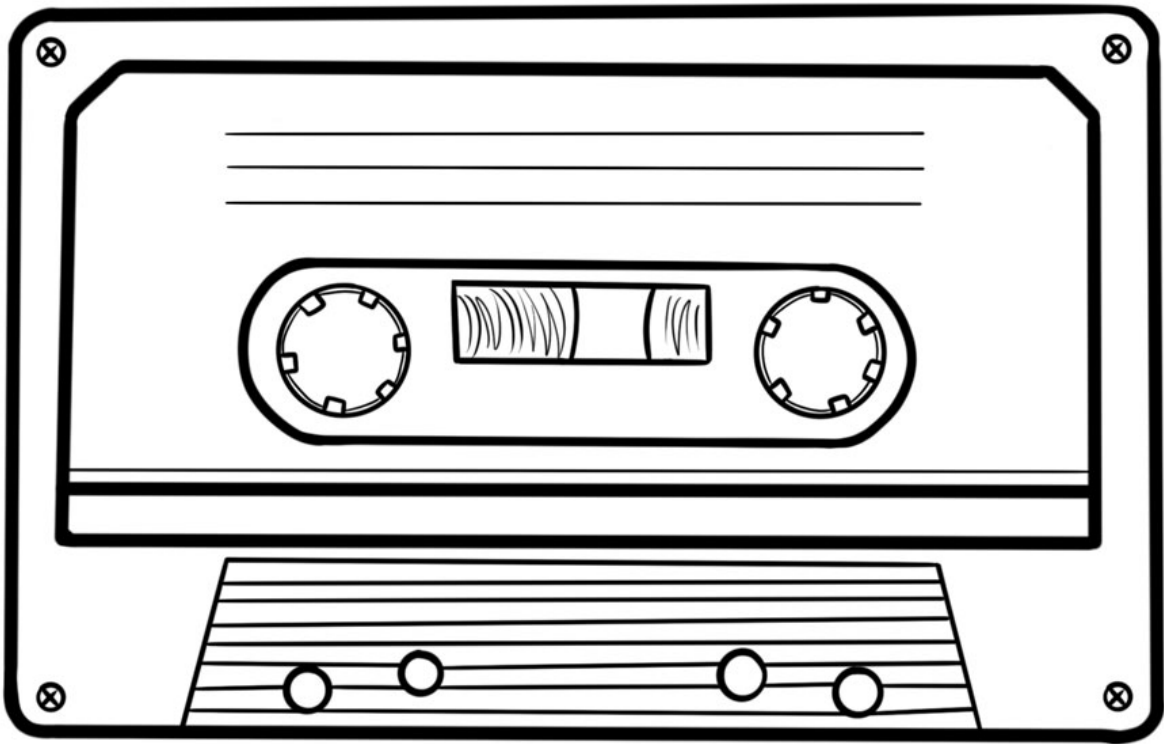
Lo que Mara debería sentir entonces es un profundo alivio, pero la culpabilidad se le enrosca en la garganta y asfixia. Retrocede a enero, a cuando regresó a Aconte y a aquel día en que Florence le confesó que Andre había fallecido. Revive el dolor que arremetió contra ella al ver la placa conmemorativa en la Alquería de los Gatos, esa que no ha vuelto a visitar.

El tiempo del silencio ha terminado. Mara sabe que no podrá seguir adelante a menos que sea completamente honesta. Se gira del todo y abraza a Florence. Quizá así no pierda a la única familia que la ha aceptado tal y como es.

—Tengo que contarte algo.

Y en esa habitación lloran tres.

OceanofPDF.com



01.06

El cuento lleva su nombre dos veces: escrito en el primer folio y tallado en el aire. Es la primera historia que Beck ha terminado después de dos años. Ya no hay desierto en sus dedos, las letras han inundado las grietas y todo le pertenece. Con el corazón más sano, su arte ha regresado.

Se aparta un rizo del rostro con nerviosismo antes de que Zan abra la puerta de su casa. Lleva el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca. Un vuelco al corazón. Las gafas de vista puestas. Infarto. Y, sobre el uniforme negro de la tasca que no ha tenido tiempo de quitarse, viste un delantal manchado de tomate que le entalla la figura. Asistolia.

¿112? Tenemos una emergencia.

—Qué puntual —dice él con ese tono que roza el susurro y una sonrisa más dilatada que breve. Por si no la había rematado.

23:29h, Beck ha llegado un minuto antes a su... ¿cita? No han vuelto a besarse desde aquella noche en Francia, así que, pese a que han quedado a solas para cenar, no se atreve a definir qué están haciendo. ¿Sinceramente? La etiqueta le importa poco, aunque le inquieta esa distancia que se ha creado entre ambos otra vez.

—Adelante.

Zan no se aparta cuando Beck pasa y, tan cerca pues entre la puerta y el aparador queda poco espacio, esta lo mira un instante con una ceja enarcada y media sonrisa. Entonces él cierra, un movimiento que lo obliga a aproximarse más, y no suelta el pomo enseguida, la contempla con la cabeza inclinada, sin tocarla, como la segunda vez que se reencontraron aquel 18 de enero después de tanto tiempo.

—Huele de maravilla —dice Beck para romper el aire que se ha estancado entre sus bocas.

—No esperes mucho. —Y añade—: De la comida.

¿Otro espectáculo de hormonas descontroladas? ¡Adiós!

Beck se quita las zapatillas en la entrada y lo sigue hasta la cocina. Recuerda perfectamente la última vez que estuvo en esa casa. Junto a Eva, despidiéndose de Zan pues se mudaba a Valencia por la enfermedad de su madre. Recuerda las lágrimas, unas que Zan le secó tímidamente cuando debería haber sido al revés, y la angustiosa sensación de que no lo vería más.

Casi acertó.

Sobre los fogones, hay una olla con agua hirviendo y una sartén en la que burbujea el tomate frito especiado. Beck deja su mochila y el cuento sobre

la mesa y se apoya en la isla mientras el chico remueve la salsa. Con una cuchara de madera, se la da a probar.

—No está envenenada —ríe ella tapándose la boca.

Zan silba y, sin abandonar esa nueva sonrisa que nunca desaparece pronto, responde:

—Menudo halago.

—Podríamos haber pedido algo.

—Me apetecía intentarlo. —Encoge un hombro, las orejas un poco ruborizadas, la verdad de que quería sorprenderla anclada en ese labio inferior que no llega a morderse.

—Te he traído una cosa. —Beck vuelve a la mesa para coger el cuento y se lo tiende—. Es una tontería, pero si te apetece leerlo...

—*A través del fuego* —lee Zan quitándose las gafas y dejándolas a un lado—. Pinta intensito.

—No sé escribir de otra manera.

—Y me encantará. Gracias.

Se contemplan con delicadeza, midiendo los centímetros que los separan, descifrando las razones de seguir permaneciendo tan lejos. Zan deja el cuento encima de la isla sin apartar la mirada y sus dedos viajan hasta la muñeca de Beck. Después se deslizan por su brazo hasta detenerse en el hombro derecho, sobre sus dos lunares perfectamente paralelos, idénticos. Dos puntos indicando que algo sucederá en ese cuerpo, pero no el qué.

—La primera vez que los vi pensé que era un tatuaje —comenta Zan rozándolos con un índice.

—Menuda vista. No suelo llevar camisetas sin mangas.

—Soy muy observador.

—Ah.

El suspiro no suena tan inocente como Beck piensa, pero el tomate frito la rescata de ponerse igual de roja haciendo estallar una pompa. Se apartan de los fogones entre risas y ella un poco más, de nuevo apoyándose sobre la isla en busca de un frescor que no aliviará sus impulsos.

—No me puedo creer que nos peleáramos con Juanjo García y media Otra Parte.

—Un clásico. ¿Recuerdas aquella vez que jugamos a pillar y acabamos llenos de moretones? Pues eso. Eva va a estar castigado durante meses, pero Nina lo habría estado de por vida si mis tíos se hubieran enterado.

—Evaristo lo soltará pronto. Lo que me sorprende es que a estas alturas no lo sepa Aconte entero.

Entonces hablan de las últimas series que han visto y compiten para demostrar quién ha revisonado *Gravity Falls* más veces. Por cada dato fallado, un trago a las cervezas que el chico ha abierto. Y, en cuanto Beck vuelve a repetir lo mucho que le gusta su banda sonora, la música le hace recordar algo:

—Por cierto, cambio de tema: Florence y Mara están saliendo.

—¡Ya era hora! —responde Zan, agachándose para coger una tapa con la que cubrir el tomate burbujeante antes de apagar los fogones.

Pues resulta que esos vaqueros negros que viste también son un atentado contra la salud de Beck, quien aparta la mirada de su culo con los dedos cerrados fuertemente en el borde de la isla.

—¿Y la carrera qué? ¿Ya te has decidido? —Zan se cruza de brazos y descansa medio cuerpo contra la encimera, frente a Beck.

—Grado en Estudios Hispánicos. A la tercera va la vencida. —Sonríe—. ¿Y cómo estás tú?

—Hmm. ¿Bien y mal? Me gusta estar solo, pero echo de menos a mi padre. La casa se me hace grande.

—Normal. ¿Vas a redecorar alguna habitación?

—De momento, lo dejaré todo como está. Aún tengo que empaquetar algunas cosas que mi padre no pudo llevarse a China y... me gusta así.

Zan ladea la cabeza y el flequillo le cae sobre los ojos, también esa sombra que empezó a envolverlo cuando diagnosticaron el cáncer de su madre. Beck quiere espantarla, por eso se suelta de la isla y alza los brazos para retirarle esos mechones que a veces parecen garras. Entonces él se yergue y da un paso. Sus cuerpos chocan ligeramente y, por primera vez, Beck nota que Zan tiene los hombros más anchos y está un poco más fuerte de lo que pensaba.

—¿No crees que ya hemos aguantado suficiente?

—Aquí no hay nadie.

—Solo los dos.

—Solo los dos.

Beck siente que se ha inclinado un poco hacia atrás, que se tropezará y fastidiará el momento, pero Zan le pasa un brazo por detrás de la cintura y entierra la otra mano en su cadera para sostenerla y sentarla sobre la isla. Al instante, ella abre las piernas y el chico se cuelga en medio.

—¿Pararás esta vez? —suspira Beck, tan encima de él que lo nota entero.

—¿Te separarás tú?

Y, al fin, Zan se muerde el labio inferior, las ansias y todo lo que ha reprimido hasta ahora. Nariz contra nariz. El aire se calienta entre sus bocas, el cuerpo de Beck palpita de anticipación y mueve un poco las caderas para juntarse más. Él respira hondo, concentrado en no soltar las riendas de golpe. Y se besan como si no lo hubieran hecho ya, como si no reconocieran la presión, sus resuellos. Zan arrastra las manos desde la cintura hasta la parte interna de las rodillas de Beck, donde tira para acercarla del todo y ser quien mueva las caderas, encajados. Luego vuelve a

ascender, sintiendo la aspereza de las medias bajo la falda, se detiene al inicio de sus muslos y aprieta.

Beck lo engancha de las cinchas del delantal para desatarlo y, con una tela menos, ahoga un «¿puedo?» contra sus labios, a punto de quitarle la camiseta. Zan usa un solo brazo para sacársela y volver a deslizar la mano por la pierna de Beck, quien acaricia su torso, su nuca, para desenredar la goma que le ata el pelo.

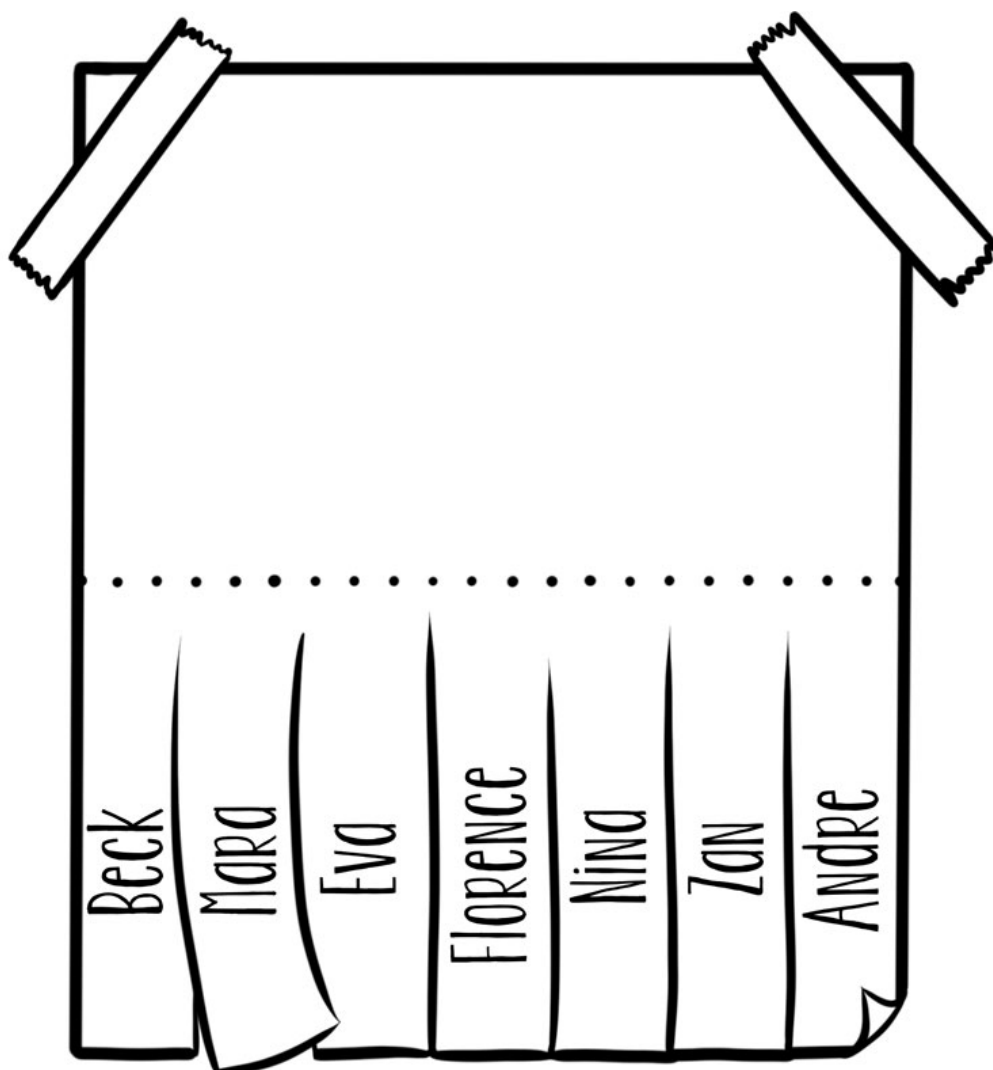
Un tanto recostados, Zan coge la cinturilla de la falda y las medias, tira dos veces y Beck siente que le tiemblan las piernas desnudas cuando los dedos del chico vuelven a repasarlas con firmeza, cuando desliza uno de los pulgares entre ellas, sin dejar de ascender por su vientre entre besos.

—¿Vamos a tu habitación? —gime al notar la boca de Zan cerrándose en uno de sus pechos, sobre la tela ajustada.

Zan jadea asintiendo y, a trompicones, llegan al dormitorio en la planta superior. Beck lo detiene por la muñeca cuando va a encender una lamparita y le cuela la mano bajo su camiseta, haciéndolo trepar y descubrir que no lleva sujetador. Mientras él pellizca con suavidad, le desabotona los vaqueros. A medio desvestir, se tumban sobre la cama, Zan hincando los codos y apretando los labios cuando la chica mete una mano en sus calzoncillos.

Impacientes, se muerden y tocan hasta terminar de quitarse el resto de prendas, seguros de que la noche no será lo suficientemente larga como para recuperar todos esos años de distancia. Tras sacar un preservativo, se retan con una mirada, dilapidando la pausa con un beso todavía más profundo. Continúan con cuidado, pero sin parar, hasta que desligan sus nombres entre jadeos una última vez.

Antes de repetirla.



10.06

Una última conversación con Felisa antes de hacer el Interrail. Si es con ellos, mejor.

La magia no es pronosticable. ¿Cómo podría serlo una energía capaz de alterar el estado natural de las cosas? Por eso Mara debería estar inquieta frente a la casa de Felisa Herrero, la *bruixa*, pero no lo está. No ve peligro en los arbustos retorcidos, en las flores que ya parecen crecer secas, en el

caminito de piedra que se inclina hacia arriba para conducir a una puerta que apenas se aprecia. Al fin y al cabo, están allí por Andre. Y Andre jamás sería la brújula que guía a la catástrofe.

Ni caso. Siempre han tenido demasiada fe en mí.

—Mi madre me contó que Felisa no tiene muy buena fama —dice Nina.

—No nos hace falta para que nos hable de Andre —apunta Florence.

—Es una señora que no sale de su casa ni para ir al puto Alcampo. Me da malas vibras. —Eva se frota los brazos tapados con una chaqueta de algodón. Llega el verano, el frío para él. Su eterna contradicción.

—Odias que tu padre te haga ir al Club Náutico vistiendo mocasines, ¿y ahora te centras en las apariencias?

—Rebeca, me centro en que ves nombres sobre las cosas, en que Mara sueña recuerdos de Andre, en que Nina lo ve de espaldas en fotografías donde claramente sale de cara, en que tengo un boli mágico a lo Doraemon, en que decís que Andre es un fantasma atascado en este mundo por nuestra culpa y en que a esa mujer la han llamado bruja tooooda la vida. Y bruja de sombrero puntiagudo, verruga y gato negro.

Vuelve a arrastrarse ese peso que solo dejan las pesadillas, como si estuvieran dentro de una. Se sueña con lo extraordinario, no se vive. Pero ¿cuándo se vive? Se acepta o te devora.

—Es mi regalo —insiste Beck—. Andre quería hablar con Felisa antes del Interrail. El viaje no lo podemos hacer, pero sí reunirnos con ella.

Aunque hay espacio suficiente para que avancen por parejas, llegan hasta la puerta en fila de uno. Una puerta normal, sin telarañas ni aldabas terroríficas. Miran atrás, como si toda la vegetación de esa casa rojiza fuera a entretejerse para obstruir la salida. Desde allí se distingue la dársena y la proa de algún barco. Luego se miran entre ellos, buscando al tributo que se

presente voluntario para llamar. Es Florence, que pulsa el timbre con un resoplido y los ojos en blanco.

El silencio. Unos pasos. La puerta se abre y una anciana alta, con el ojo derecho más claro que el izquierdo, los contempla unos segundos antes de preguntar:

—¿Sí?

Ni un: «Os estaba esperando», o «ah, sois vosotros».

—¿Felisa Herrero?

—Sí.

—Somos amigos de... Andrés Rojas. ¿Se acuerda de él?

Ese es el problema de los rumores. Para ellos, Felisa los ha recibido con una expresión malhumorada, suspicaz, de bruja de cuentos, casi con un reproche en los labios por molestarla. Pero toda esa impresión es fruto de los cotilleos, pues en cuanto Mara nombra a Andre, lo único que hunde aún más sus arrugas es un profundo pesar.

—¿Queréis pasar? —Felisa se hace a un lado.

—Muchas gracias.

La casa huele a vainilla y miel. A café recién hecho y a libros antiguos. Los listones de madera que sostienen el techo se sienten rugosos en los dedos con solo verlos. En el aire, se esparce el frescor de la cerámica que decora algunas paredes y se resiste al calor de un prematuro verano. Cuando llegan al salón, la mujer les indica que tomen asiento donde les apetezca, mientras prepara más café.

Lo echaba de menos.

Beck se sienta en uno de los sillones y Zan en el reposabrazos. Al otro lado de una mesita y la chimenea, Mara, Florence y Nina se acomodan en el sofá. Eva escoge la mecedora, no quiere que de repente empiece a moverse sola si el ambiente se pone muy místico.

Más silencio, uno que roza la incomodidad hasta que Felisa reaparece con una bandeja repleta de tazas, una cafetera, una azucarera, una jarra de leche y un plato de galletas. La deja sobre la mesita y sirve los cafés al gusto antes de repartirlos y sentarse en el otro sillón.

—Las galletas son caseras. Están muy ricas. Probadlas.

Las brujas se comen a los niños y remueven pótimas espesas en sus enormes calderos, no hornean galletas con pepitas de chocolate y hacen café de aroma intenso. Hasta Nina le da un sorbo.

—Sentimos mucho molestarla —empieza Beck—. Se preguntará por qué estamos aquí.

—Supongo que por Andre, ¿no, jovencita?

Andre. No Andrés. Esa es la muestra de afecto, diminuta en apariencia, que necesitaban para respirar con más calma, para comprender que sus nervios se deben a que hay algo de su amigo que desconocen, que quizá están a punto de descubrir gracias a una mujer de la que nunca han escuchado hablar.

Y se presentan uno a uno. Le hablan de su vínculo con Andre, de la lista de regalos de cumpleaños. Se la tienden a Felisa y esta coge el folio con una leve sonrisa que convierte sus arrugas en refugios, las lágrimas empañando esos ojos dispares al leer el regalo que incluye su nombre.

—Tan único y curioso —susurra—. Siempre hablaba de vosotros.

¿A que son los mejores, Felisa?

—Entonces, ¿desde el principio ha sabido quiénes somos?

—Intuición —Felisa le devuelve la lista a Beck—, pero jamás hay que dar las cosas por sentado. Juzgar es un gran enemigo.

Como la han juzgado a ella durante tantísimo tiempo.

—Que no le sepa mal, pero... Andre nunca nos habló de usted —dice Nina.

—Porque yo le pedí que no hablara de mí. Leal como su abuelo.

Algo de bruja tiene. Hay sabiduría y misterio en sus palabras, también un mensaje a medias que huele a pasado, a profecía, y que tiene al grupo sin pestañear.

—¿Conocía a su abuelo?

—Realmente no sabéis nada, ¿verdad? —La sonrisa de Felisa tiene una comisura que transmite calidez y otra temblorosa, la de la pena—. Su abuelo Federico y yo fuimos amigos desde pequeños. Nos separó la guerra, nos vimos una sola vez durante la dictadura y me volví a reencontrar con él cuando Andre llamó a la puerta de esta misma casa.

—¿Cómo que...? —Mara no termina la frase al comprenderlo.

Federico murió durante el franquismo. Y, para Felisa, Andre fue su viva imagen. Una fortuita reencarnación que estaba allí para despedirse como siempre merecieron.

—Vino por un trabajo de Historia. Estabais dando la posguerra y, como ya no le quedaban abuelos, su madre le dijo que podía preguntarme a mí. No es fácil hablar de aquella época, no...

Solo entonces, cuando la anciana mira en dirección a la chimenea apagada, se dan cuenta de que su ojo más claro está ciego, de que todo su cuerpo cuenta una historia que, quizá, solo pudo desempolvar junto a Andre. Porque Andre tenía ese don con los secretos, los guardaba sin dañarlos.

—Los topos de la posguerra —recuerda Nina de pronto—. Andre sacó un diez. Expusieron su trabajo en los pasillos del colegio cuando estábamos en cuarto de la ESO.

—¿Topos? —pregunta Eva frunciendo el ceño.

—Personas que se escondieron durante la época franquista por miedo a las represalias del régimen —explica Felisa, la mirada todavía perdida, el

café ya tibio entre sus manos manchadas por el sol y el tiempo.

Esa es la historia de Felisa Herrero. La de cientos de españoles enterrados en vida durante meses e incluso años para huir del odio injustificado y desmedido de aquellos que vencieron. Más que las ideas políticas grabadas en las balas que terminaron fusilando a muchos de los que persiguieron y encontraron.

—No tiene que hablarnos de ello si no quiere —musita Zan.

—Hoy hay... demasiados fantasmas aquí.

El frío se encrudece y Mara busca la mano de Florence para apretar sus dedos y, de paso, la tristeza. Quizá todos los rumores que hablan mal de Felisa provengan del pasado, de los bandos que se formaron y de lo imposible que es para algunos comprender que la memoria no solo pertenece a unos cuantos. Quizá Andre fue una bengala en la oscuridad, alguien con los rasgos de un antiguo amigo que sufrió lo mismo que ella, que regresaba para pedirle que viviera y despedirse por fin.

—¿Andre la visitó más veces?

—Sí. Venía una vez a la semana. Siempre llevando detrás esa endiablada tabla con ruedas.

Skate. Os juro que se lo repetí mil veces.

Cuando Beck suelta una risa, se le desprenden las primeras lágrimas y luego no puede parar. Como un chaparrón, el resto también llora. Sanan en un hogar que superó el horror y sembró paz con las conversaciones entre una anciana herida y un joven soñador.

—A Andre le gustaría estar aquí —dice Eva, cabizbajo, los mechones ondulados tapándole la cara.

—Andre está aquí —responde Mara.

—Y lo seguirá estando hasta que descubráis la verdad. —Felisa se incorpora y recoge las tazas.

—¿Eso qué significa? —pregunta Nina—. ¿Usted... lo percibe?

—Es por San Juan, ¿verdad? —insiste Mara, un poco inclinada hacia delante porque el corazón le late tan fuerte que la empuja.

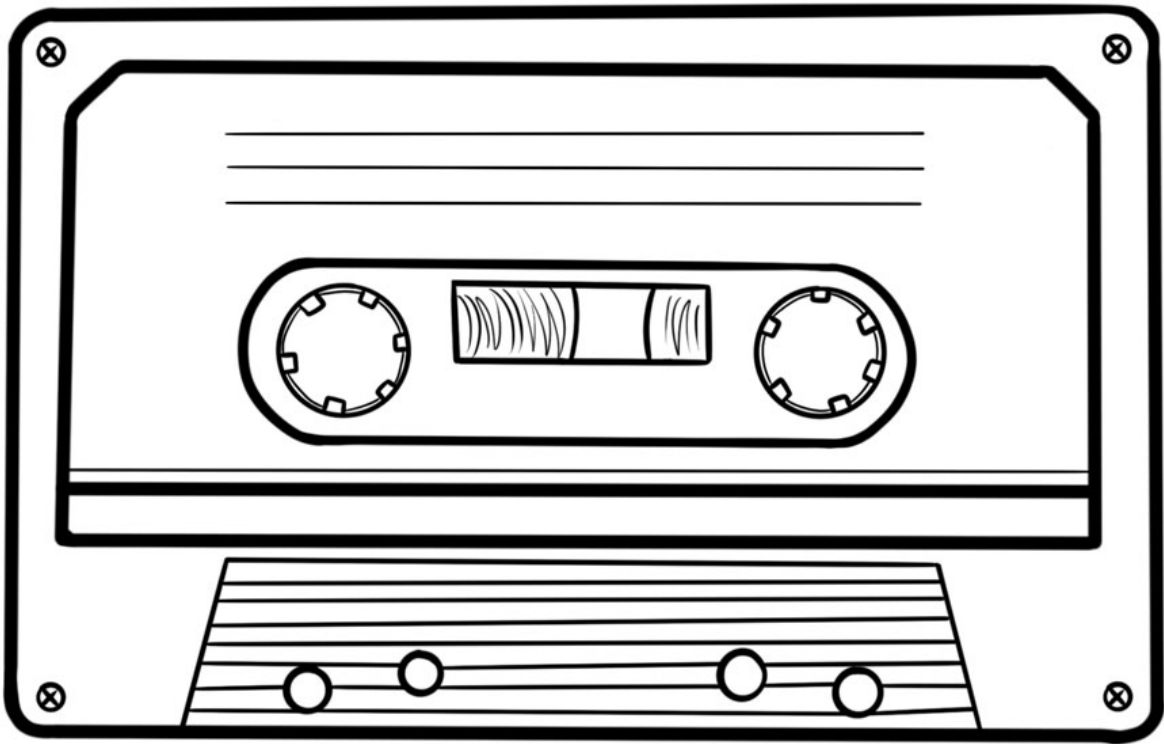
—Andre falleció aquella noche —la mujer asiente, erguida y sujetando la bandeja—, pero su vida no terminó ahí. Él me lo hizo entender. Espero que vosotros lo entendáis ahora. Pronto.

—Explícanoslo, por favor.

—La vida y la muerte no se resuelven así, Rebeca. Es algo del corazón.

La magia no es pronosticable. Ni sencilla de obtener. Si lo fuera, la naturaleza se descompensaría y entonces los seres humanos no serían seres humanos. Y, sin serlo, nada de lo que está sucediendo tendría sentido.

OceanofPDF.com



14.06

Sienten el final como un hilo del que se puede tirar, enredar entre los dedos, prender como una mecha hasta que no quede rastro. Hasta ahora lo habían intentado atrapar, pero, tan cerca de él, temen no saber vivir sin los nombres, los sueños, las fotografías, el bolígrafo. Sin Andre.

Y no tiene por qué ser así.

—¿Cómo va la herida?

Eva, que ha terminado los exámenes de la universidad esa misma mañana, se gira para que Beck, tumbada en la cama del chico y con los auriculares del *walkman* puestos, le aparte unos mechones y vea mejor el inicio de su frente.

—Le diste un buen cabezazo a Juanjo.

—Una pena que no lo desintegrara. No tengo la cabeza tan dura, al parecer —ríe Eva, bajito, mientras apoya los brazos encima del colchón y luego la barbilla sobre ellos, sentado en el suelo.

—¿Te sigue doliendo?

—No si me das un besito.

Con los ojos cerrados, él espera a que Beck haga un movimiento y no prevé el lametón que le da en la nariz.

—Esta es mi venganza por todas las veces que lo has hecho.

—¿Y ya está? —Eva abre un ojo, media sonrisa—. Yo lo esperaba un poquito más largo y un poquito más abajo.

—¿Cuándo te cansarás de las indirectas?

—Nunca, porque me provocáis. —Engancha un rizo de Beck—. Tú la que más. —Un pequeño tirón—. Por eso eres mi mejor amiga.

—Y tanto que soy la mejor —suspira recostándose y quitándose los auriculares—. Estoy cumpliendo tu castigo cuando podría estar...

—¿Follando con Zan?

—¡Eva!

—¿Qué? —El chico se sube en su cama y se acomoda de lado, un brazo doblado bajo la cabeza y los ojos azules clavados en ella—. ¿Cómo fue?

—Bien —musita Beck contemplando la «A» invertida tatuada en el interior de su muñeca—. Torpe. Tierno... —carraspea— hasta cierto punto. —Rojas las mejillas—. Como una primera vez con alguien nuevo, pero mejor.

—Aunque la suya sí era la primerísima vez.

—Eres un cotilla.

Se ríen y Nyapoleón maúlla a sus pies. Juegan con él un rato hasta que el gato se cansa, les lanza una de sus miradas hastiadas y se marcha de la habitación. De nuevo, uno al lado del otro, mirándose.

—Entonces, ¿San Juan?

—¿De verdad celebrarlo hará que Andre se marche y lo demás desaparezca? —Eva bufa—. Te juro que no me acostumbro a todo esto.

—Mara está empeñada en que sí. Al menos, es lo que más sentido tiene.

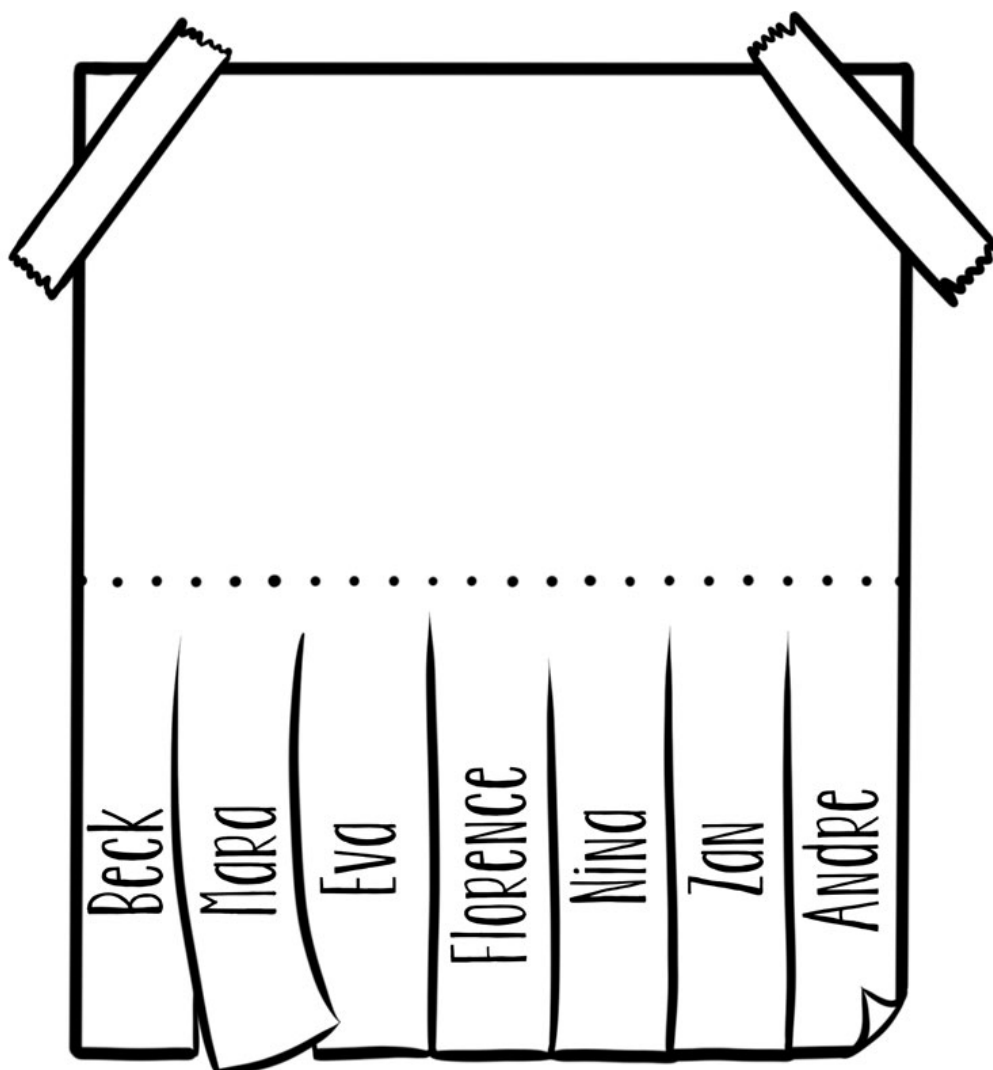
—No sé si quiero deshacerme de un bolígrafo infinito.

—Como si no tuvieras dinero suficiente para comprarte mil Bics.

Beck intenta que su respuesta también sea carcajada, pero sabe por qué lo dice. Porque, si se acaba la tinta, si el nombre de Andre desaparece de él, significará que tenían razón y que su amigo ha estado ahí todo el tiempo. De alguna manera que Felisa no les quiso explicar. ¿Qué es lo que deben entender? ¿Qué se terminará cuando lo entiendan?

Andre sigue incrustado en ellos, fantasma o no, y quizá las olas de San Juan puedan liberarlo. Regresar al principio de todo para alcanzar el final.

OceanofPDF.com



23.06

La hoguera crepita futuros deseos. La arena está fría y Aconte compite con las estrellas por iluminar la playa. San Juan empieza con risas y anécdotas, la cena metida en bolsas y una nevera llena de bebidas. Entre todos han logrado encender el fuego, como si esa noche pidiera que todo sea juntos, que todo acabe juntos.

No como hace dos años.

Aunque de momento están animados, Mara ya siente cierto dolor cerrándose en torno a su corazón. En unas horas será el segundo aniversario del fallecimiento de Andre. De su fuga a Londres. Del inicio de los sueños, los nombres, las fotografías y la tinta. Del final de esa amistad que ha renacido más fuerte que nunca.

Quizá solo sea miedo al miedo. A que pidan los deseos después de saltar las olas y entonces emerja el fantasma de Andre, la inevitable verdad que los hunda junto a él.

—Antes me gustaba mucho pescar a estas horas en la escollera —le dice Zan mientras se sienta a su lado y le tiende una lata de cerveza—. Andre aparecía a veces y me hacía compañía.

—¿Y no te asustaba estar solo?

—Él pensaba lo mismo. Por eso, siempre que podía, ahí estaba. —Le da un trago a su lata.

—¿Y ya no pescas?

—No he tenido tiempo, pero me gustaría retomarlo. Relaja. Si algún día quieres acompañarme... Necesito a alguien con dos dedos de frente que me proteja como hacía Andre.

—Porque si te vigila Beck...

—No pescaría. —Esa sonrisa extraña en él, longeva, traviesa.

—Y si te vigila Eva...

—Acabamos los dos en el fondo del mar.

Ríen y observan a su amigo, que está contándole a Nina y Florence cómo se ligó a un compañero de la facultad dejándole el número de teléfono en el parabrisas del coche.

—Pero no escribió su nombre —añade Beck— y el chaval lo tiró pensando que era publicidad.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Florence antes de darle una calada a su cigarro.

—Al día siguiente, me apoyé en su coche con mi número escrito en la palma —cuenta Eva— y le dije que, si apuntado en un papel no le molaba, conocía otras formas de que se lo aprendiera. —Y sacude la mano.

—¡Eres un guarro! ¿De verdad te funcionó? —Nina frunce el ceño, ruborizada—. Me vienes tan de cara y te doy un guantazo.

—Y luego te suplicaría que lo repitieras.

—¿En serio? No. ¡Basta!

Best anecdota ever.

Nina se levanta, bordea la hoguera y se sienta junto a su primo. Florence hace lo mismo, pero para acomodarse junto a su novia y apoyar la cabeza en su hombro. Mara le acaricia el final de la espalda, observando cómo Eva y Beck pelean entre risas y se buscan las cosquillas. Primero mira de reojo a Zan, que también los mira unos segundos de más antes de girarse hacia Nina. Luego regresa a ellos dos y recuerda su graduación, cuando se pasó toda la fiesta queriendo contarle a Beck que iba a marcharse después de saltar las olas, pero no lo hizo porque su relación ya no era la misma. Porque no quería que sus problemas volvieran a empantanar un día tan feliz para ella.

Aquella noche, por un instante, pensó que era mejor así. No ser amigas. Pero Beck siempre ha estado a su lado, sin cuestiones ni reproches. Y sabe que también habría querido estar en aquel momento decisivo, despedirse y prometerle que su amistad jamás se agotaría.

—¿Estás bien?

—Recordaba... todo lo que pasó hace dos años. Justo dos años, Florence.

—Esta vez estamos juntos.

—Pero Beck no sabe toda la verdad. Le dije que se lo contaría al volver de Francia y, como siempre, ella no ha venido a por esa explicación.

—Tal vez no sea necesario dársela.

—Lo es, porque ahora todos lo sabemos y se lo hemos ocultado pensando que es lo mejor. Y Andre está atrapado aquí por alguna razón. No quiero que esto lo empeore solo por esquivar la bala.

—¿Y por qué tienes que ser tú? Esa decisión no fue solo tuya.

—Porque yo lo provoqué. —Mara la contempla con los ojos empañados—. Porque Beck era y siempre será mi mejor amiga.

Juntan sus frentes con un suspiro y después se besan. Mara encuentra paz en sus labios, en esos dedos que crean rutas con principio y desenlace bajo el tatuaje de Andre, encima del codo. Suspira. Es hora de que las olas se lo lleven todo.

—*Baby's on fire! She got me fucking crazy!* —gritan Beck y Eva la canción de Die Antwoord que están poniendo en la hoguera contigo.

Empiezan a saltar, o a bailar, una combinación letal entre un pogo y las convulsiones de la niña del *Exorcista*. Enseguida arrastran a los primos Wu y hacen aspavientos en dirección a las chicas para que se unan. Florence esboza una media sonrisa a la que Mara no puede resistirse, dejando la tristeza enterrada en la arena para moverse sin sentido.

Y el sinsentido libera. Ahora entiende un poco más lo que Beck dijo en Francia: creer en lo irreal sin razonarlo. Si no hay respuestas, ¿qué importan las preguntas? Andre es un fantasma, ella sueña sus recuerdos y no se arrepiente de haberlo vivido. No se arrepiente de haber estado en la piel de su amigo, conocerlo un poco más, antes de soltarle la mano del todo.

Solo vive, Mara. Vive como tus padres no te lo permitieron.

—¿Cenamos? —pregunta Florence después de bailar la tercera canción—. El flato me va a matar.

—Fumar te va a matar —aclara Nina—. Un poquito de deporte no te vendría mal. Te puedes venir conmigo a entrenar cuando empiece con el atletismo.

Cinco cabezas se giran hacia ella de una.

—¿Qué has dicho?

Nina resopla antes de repetirlo, como si no tuviera mayor relevancia:

—Voy a hacer atletismo: 100 metros lisos y salto de longitud. Aún tengo que hacer las pruebas y, si sale bien, entonces tendré que mudarme a un Centro de Alto Rendimiento, pero...

—¡Nina, que ya te veo en unos Juegos Paralímpicos!

—¡Felicidades!

Todos caen sobre su amiga mientras le dan la enhorabuena. Aunque Nina refunfuña un poco más, sonrío ampliamente. Durante esos dos años, se ha preguntado cómo era posible que pudieran pesarle tantísimo las dos cosas que ya no tenía: su pierna y su mejor amigo. Un accidente se lo arrebató todo de golpe: la gimnasia rítmica, los Juegos Olímpicos, el patinaje, Andre. Pero esas piedras ya no son una carga, hacen su camino, y se alegra de que en él la acompañen quienes ahora la abrazan.

Siempre has estado destinada a hacer grandes cosas, Nina Wu.

Y San Juan se desliza hasta la medianoche mientras cenan y beben. Nina saca algunas fotografías con una cámara desechable. Bailan y cantan y ríen más, a pleno pulmón. Un desgaste que vale la pena, que los deja afónicos y con el corazón eufórico.

—Cinco minutos para la medianoche —anuncia Mara—. ¿Listos?

No. Se habían olvidado completamente de qué los ha reunido alrededor de esa hoguera. Aun así, ninguno se siente culpable. Andre los querría tan vivos como él lo estuvo durante diecinueve años. Y, aunque el chico regresa muerto a sus cabezas, se acercan a la orilla con la intención de dejarlo ir.

Casi lo tenían.

—¿Qué hacemos Florence y yo? —pregunta Zan sintiendo el mar en los tobillos.

—Quedaos —responde Beck—. Esto no es solo por lo que nos ocurre a Eva, a Nina, a Mara y a mí. Ni se debe solo a aquel San Juan o al accidente. Es más inmenso. Nuestra amistad. Lo que nos une a él. Es Andre.

Ninguno, ni siquiera Eva, bromea sobre la solemnidad con la que Beck ha hablado. Junto a muchas otras personas, se adentran un poquito más en el mar. Se cogen de las manos, se miran entre ellos. El mismo deseo palpitando a la vez.

Mara cierra los ojos y respira hondo. Ojalá no olvide los recuerdos de Andre que ha soñado. Ojalá se quede con ella para siempre, a pesar de perder ese don. Escucha cómo Nina cuenta hasta diez para saltar las olas. Segundos regresivos, por desgracia, también hacia su propia oscuridad.

Uno. El odio de sus padres.

Dos. Las películas rotas.

Tres. Las puntas de *ballet* entre el polvo.

Cuatro. Unos patrones inexactos y dedos heridos por agujas de coser.

Cinco. El distanciamiento con Beck.

Seis. Las ganas de huir.

Siete. Desear huir con más ganas, con rabia.

Ocho. Arrastrar a Andre y Nina a esa espiral.

Nueve. Culpable.

Diez. Culpable de absolutamente todo.

No, no, no, ¡no!

—¡Saltad!

Aun llorando, asfixiada por el último secreto, Mara salta siete veces e intenta soltar la mano invisible de Andre. Despedir sus recuerdos, deseando

que descanse al unísono con el resto de sus amigos.

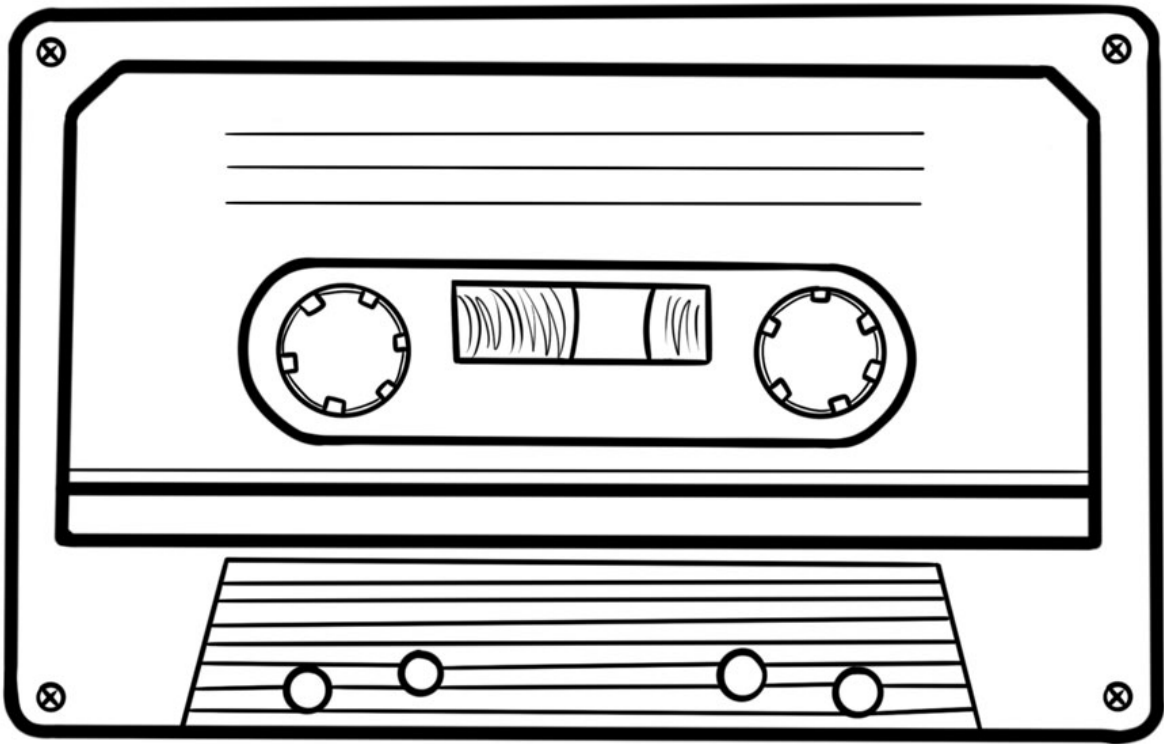
La gente a su alrededor celebra el momento. Ellos vuelven a observarse con sonrisas nerviosas, pero Mara no necesita dormir para saber que no ha funcionado. Porque Beck no clava la vista en ellos, sino en puntos exactos sobre ellos, en los nombres que solo ella distingue. Porque a Nina se le escapa una fotografía de entre los dedos y no es capaz de recogerla. Se marcha, cabizbaja.

Mara se acucilla para rescatarla del mar y la arena: Andre y Nina, medio abrazados, mirándose con una sonrisa inabarcable. Lo habrá visto de espaldas.

Sus habilidades siguen despiertas y Andre, entre ellos. Anclado, irresoluble.

¿Y qué esperabais? No soy un acertijo. ¡Sé que estoy muerto! Ya me jodería que lo más reseñable que he hecho en diecinueve años de vida haya sido morir. Yo no soy el problema, vosotros sois los que me recordáis como lo hacéis. Estoy cansado y, si no puedo estar vivo con vosotros, no quiero estar en ninguna parte. Mierda...

Pero nadie puede escuchar a alguien que ha soportado demasiado e, irremediablemente, se ha roto en soledad.



05.07

Ir a una tienda de segunda mano con estos, vender e intentar no comprar nada.

Objetos huérfanos. Como sus propietarios los han dado para que tengan una segunda, cuarta o enésima vida, no pertenecen a nadie y, por tanto, no tienen nombres. Beck estaba temiendo entrar y ser incapaz de mirar sin marearse. Pero las prendas en las perchas y los libros sobre las estanterías están libres de su habilidad especial.

Una que ni Mara, ni Eva, ni Nina, ni ella han podido dejar atrás. San Juan no funcionó, nada se acabó —los dones— o se liberó —Andre—, aunque era la respuesta más obvia: se cumplían dos años del accidente y del

despertar de los nombres, los sueños, las fotografías y la tinta. Dos años de que su amistad se fracturara y de que sus huecos parecieran tan irreparables que daba miedo llenarlos de nuevo. Dos años de un final que no lo fue.

Pero se equivocaron.

Os perdono. Ah, sí, hola, ya estoy más calmado. Moraleja: nunca sobrepaséis los límites de un sagitario. Y mucho menos si es un fantasma.

—Rebeca, Rebeca, Rebeca.

Eso sí, su nombre siempre estará en la boca insistente de Eva.

—Estoy seguro de que si no me compro esto —se ha puesto un sombrero de *cowboy* marrón oscuro—, Andre nos lo hará pagar lanzándonos una maldición espectral.

Meterse con los muertos está feo, tío.

—Pareces el de *Pasión de gavilanes*.

—Los tres estaban buenísimos, así que no veo el problema. —Eva apoya los brazos encima del perchero en el que Beck está inspeccionando unas chaquetas—. Aunque yo me veo un rollo más *Brokeback Mountain*. Pero siendo el Heath Ledger de pelo largo y, por supuesto, pelirrojo.

Un aire tiene.

—Por supuesto —responde Beck con una carcajada cosquilleándole en la garganta—. Tienes los estándares bajísimos. Una humildad de acero. Un gusto exquisito.

—Joder, sabes cómo sonrojar a cualquiera. —Mete la mano entre las chaquetas y saca una beisbolera negra y amarilla con pinta de pertenecer a algún equipo estadounidense—. Pruébatela.

—Vender. No comprar. Eso dice el regalo de Andre.

—Si de verdad Andre está aquí, que lo impida.

¿Me está retando el muy creído?

Por un instante, Beck quiere negarse por esa misma razón. Porque si Andre estuviera allí, en carne y hueso, se lo habría impedido solo por fastidiar a Eva. Y, si está como fantasma y pudo mover el fuego y coger la mano de Nina, también debería. De no hacerlo, podría significar que no está de ninguna manera. Que lo que están viviendo es una invención o algo peor.

Pero lo cierto es que a Beck ya le ha llamado la atención esa chaqueta, por eso estaba toqueteando otras, por si así se le pasaban las ganas. Le quita la percha y se la prueba a pesar del calor veraniego. Se gira hacia el espejo de cuerpo entero que tiene detrás y el flechazo es instantáneo. Le viene bastante grande, como la bomber que no jubila ni aunque su madre se lo suplique.

—Estás guapa.

Una mirada a través del espejo. Dos sonrisas. Beck vuelve a contemplarse. Su nombre podría estar bordado en el espacio vital de esa chaqueta, pero entonces el regalo de Andre no se cumpliría.

Roy, por Dios bendito, ¡cómpratela!

—A la próxima —murmura ella quitándosela para devolverla a su sitio.

—Escucha —Eva apoya la barbilla sobre sus brazos—, el sábado que viene hay una cena importante en el Club Náutico. Algo de empresarios o no sé qué mierdas. Hasta los padres de Florence están invitados. Y ya sabes...

—Tu padre te obliga a ir.

—Mi madre también estará.

—¿Tu madre?

Eva jamás demostró padecer con el divorcio de sus padres. A Beck siempre le ha costado creerlo porque ella lloró todos los mares del mundo cuando sus padres lo hicieron. La diferencia es que los de ella se llevan bien y los de él no.

—Así de «importante» es —susurra Eva—. Fingir que somos la familia perfecta si es con mi padre me jode, pero al final me la suda. Fingirlo estando mi madre solo me jode. Y mucho.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Los dos siglos que no tengo.

—¿Y me lo cuentas porque...?

—Porque me gustaría que me acompañaras. Si puedes, claro. Florence también estará allí. Nos reímos de los pijos, nos hinchamos a comida y bebida, y a las doce en punto prometo llevarte a casa como buena nieta de abuelos católicos que eres.

—Uf, Eva —el chico frunce el ceño, pensando que se negará—, las doce ya es hora de maleantes. —Beck le da un golpecito a la visera del sombrero para levantárselo un poco antes de añadir—: Acepto, vaquero. Y ahora vende las trescientas cajas que has traído. ¡Y deja el sombrero donde estaba!

—¡A sus órdenes, mi capitana!

Y es que Mara no supo lo que estaba haciendo cuando escogió ese regalo en la lista de Andre. Porque, de hecho, su novia y ella están en la zona de instrumentos, Florence cantando por lo bajo una canción de *Hambre* y tocando un piano eléctrico desconectado.

Nina está sola frente a unos *skates*, sonriendo como si Andre siguiera a su lado y le estuviera contando un chiste graciosísimo. Quizá lo esté haciendo y la chica solo esté callándose su presencia porque todavía duele pensar en San Juan.

Esto es un caracol y derrapa. A ver, es que somos una generación más de memes y TikToks.

La tienda de segunda mano es más grande de lo que Beck había pensado en un primer momento, por eso le cuesta encontrar a Zan, escondido en

medio de un laberinto de estanterías, leyendo un ejemplar de *El libro de las tierras vírgenes*, cuyas páginas están casi desprendidas. Lo contempla desde lejos antes de perderse con él entre esas baldas que huelen a polvo y vida. Cabizbajo, frunce el ceño y luego se muerde el labio inferior, y Beck se pregunta si ahora no para de hacerlo porque al fin se han besado, porque al fin no hay secretos que silenciar tras los dientes.

—¿Ya has vendido algo?

Está tan concentrado que da un ligero respingo al escucharla. Beck suelta una risita y se gira hacia los libros que tiene a la derecha. El ensayo no le interesa lo más mínimo, pero lee sus lomos como si le resultaran apasionantes.

—Mara ha tenido demasiada fe pensando que pasaríamos más rato vendiendo nuestras cosas que sintiéndonos tentados de comprar toda la tienda.

—¿Por qué crees que Andre pediría un regalo así? —pregunta Beck poniéndose de puntillas para alcanzar la última balda, donde un manoseadísimo *Olvidado Rey Gudú* le está haciendo ojitos.

—¿Porque quería que toda su vida cupiera en una mochila para viajar con ella a todas partes?

Beck se vuelve de golpe cuando nota el cuerpo de Zan pegado a su espalda. El chico ni siquiera debe extender las puntas de los dedos para coger el libro y luego tendérselo con una sonrisa ladeada.

—Bien visto. —No le sale la voz, tal vez porque siempre están compitiendo por el oxígeno que apenas queda entre ambos cuando están tan cerca.

—Siento que no nos estemos viendo mucho. —Zan apoya las manos en una balda, sus brazos a ambos lados de Beck, y se inclina—. Al ampliarme el horario... En fin, la hostelería es la muerte en verano.

—Prefiero que descanses.

—¿Hmm? ¿De verdad?

El beso llega despacio, dos bocas que se rozan antes de cerrarse con fuerza la una en la otra. Zan pone una mano sobre la cadera de Beck y después engancha el índice en una de las trabillas de su pantalón corto. Ella le echa los brazos al cuello, de puntillas otra vez, y hunde los dedos de la mano libre en su melena oscura. Quieren estar a solas, que el tiempo pierda la noción a la vez que ellos.

Cuando Zan acuna su rostro con las manos, Beck se aleja lo justo para poder mirarlo a los ojos, no sin antes soltar un leve gruñido que la sonroja, pues se ha olvidado de que siguen en medio de la tienda. Aun así, preferiría que las manos de él estuvieran enterradas bajo su ropa. Que no parara.

—Esta noche podrías...

—Vale.

—No he acabado.

—Me da igual. Vale.

Otro beso, este hace cosquillas por la risa que sueltan ambos.

—Oye, el sábado que viene sí que libro por la tarde-noche y...

—Ah, pues...

—¿Tienes planes? —Zan se aparta del todo—. No importa.

—Espera, Zan.

—No pasa nada.

—¡Eh, dejad de comeros la puta boca y venid a vender vuestros bienes más preciados!

El grito de Eva desde la otra punta los hace sonreír, pero breve, una fugacidad que Zan había desaprendido por fin. Beck entreabre los labios para insistir, aunque el chico asiente una vez, sin mirarla, y se marcha.

Páralo, Roy, páralo.

Pero ella se queda sola entre los libros.

—¿Vamos a tomar algo? —propone Florence bajando de su Hummer y dirigiéndose también hacia los que bajan del coche de Nina.

—Zan y yo tenemos turno infernal en la tasca hasta medianoche. *Pray for us* —se lamenta Mara.

—Bueno, podemos ir allí y animaros desde una mesa —comenta Nina.

—Por favor, necesito un descanso de *Hambre* —suplica Florence.

—Ayudo a Eva a dejar en su casa todo lo que no ha vendido y nos unimos —responde Beck.

El grupo decide quedar en Mar en Tasca dentro de diez minutos, pero Beck no tiene tiempo de acercarse a Zan y pedirle una explicación a su silencio. Algún nombre estalla aquí y allá. Cierra los ojos e inspira hondo varias veces como su psicóloga siempre le pide que haga.

—¿Beck? —Mara le pone una mano en la espalda—. ¿Te encuentras mal?

—Me he mareado.

—Estás un poco pálida...

—Ahora se me pasa. —Se gira hacia Eva, que ya carga dos cajas de cartón—. ¿Vamos?

Unas cuantas despedidas parcas. Beck puede notar la mirada de sus amigas clavada en la nuca, pero, como Zan, no se explica. Calla. Traga.

En casa del chico, suben a su habitación y, mientras él se encarga de vaciar la caja llena de objetos aleatorios que seguro no necesita, Beck se dedica a doblar bien la ropa para meterla en los cajones y dejar dos pares de zapatos dentro del armario.

Eva. Eva. Eva. Un Evaristo sobre un jersey anchísimo de color granate. Interesante. Eva. Eva. Eva. Zan en una camiseta que, es cierto, huele a él.

Beck sonríe, leyendo nombre tras nombre en las prendas. Entonces uno diferente al fondo del armario le escuece en los ojos como si estuviera demasiado cerca del fuego.

Andre. No sobre esas zapatillas que Eva jamás se ha vuelto a poner y que, de hecho, Beck pensaba que había tirado, porque son las que se puso el día de la graduación y no se atrevió a usar de nuevo ya que le recordaban al accidente. El nombre está sobre una colilla enredada entre los cordones.

Imposible. Andre tenía un Zippo guardado en la mochila de senderismo, pese a que no fumaba. Eva aseguró que no lo hacía y, sin embargo, ahí está. Un cigarro que Andre apagó a mitad, pero que le dio otra persona porque, en el papel medio consumido, destaca parte de la reconocible caligrafía de Eva: «a fuego».

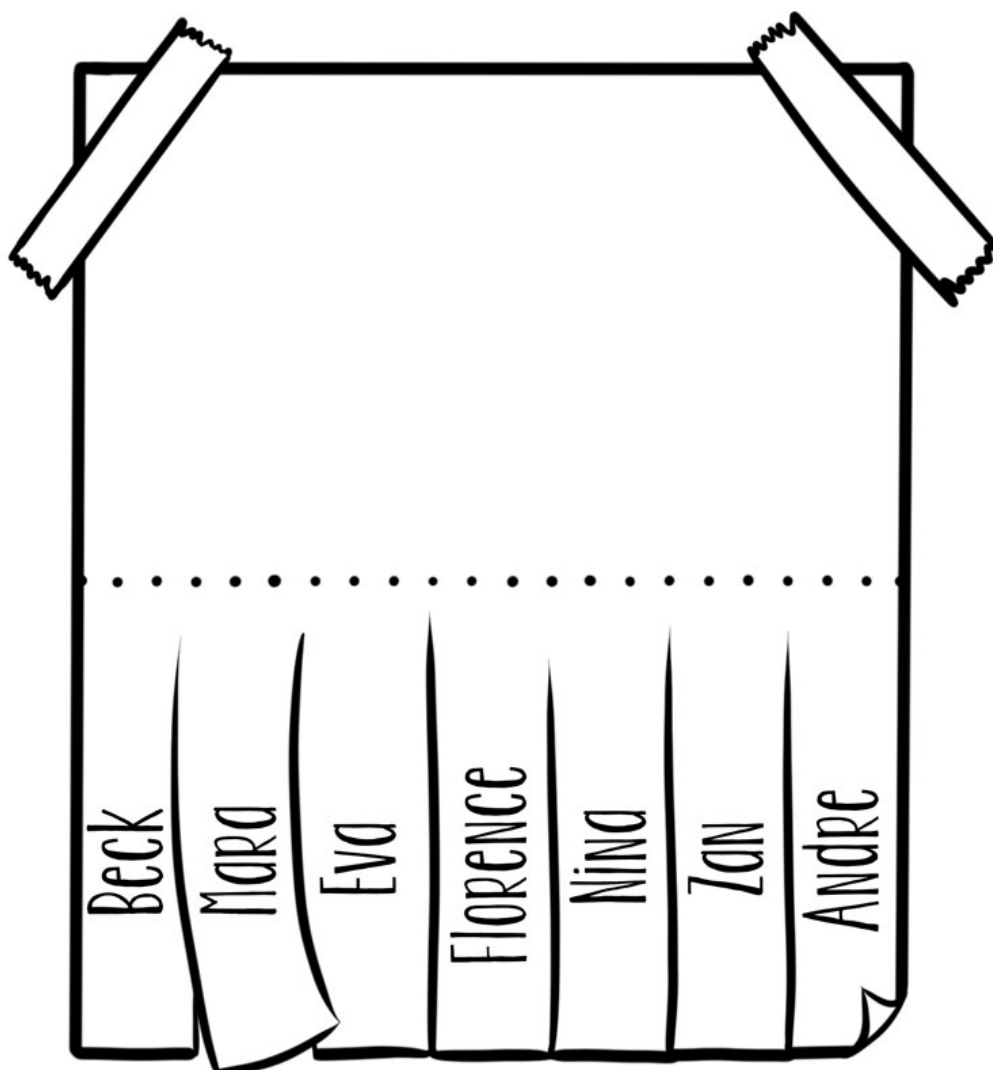
Pudo fumárselo en aquel San Juan, o pudo hacerlo antes y, por alguna extraña razón, Eva lo tuvo enganchado en los cordones hasta que abandonó esas zapatillas. Luego no fue capaz de tirar nada. Es lógico, aunque, por otra extraña razón, a Beck le vuelve a faltar el aire.

—¿Has acabado?

Arrodillada en el suelo, mira a Eva. Él sacude la cabeza a modo de pregunta; sin embargo, Beck es incapaz de hablar. Su lengua se esmera en diluir las preguntas y un nuevo miedo. El de los secretos que faltan. Mara le debe uno desde Francia. Y quizá no sea la única porque Eva mintió.

El problema es que si escarba y no le gusta lo que halla, regresará al mismo pozo del que tanto le ha costado salir. Ahora están bien. No le importa el pasado.

A pesar de que, si no le importara, no le respondería a Eva con una falsa sonrisa que sepulta las peores emociones.



10.07

La felicidad es esa clase de riesgo que suele salir bien, aunque a veces se atravesase por una cuerda floja y sin paracaídas. Mara se ha lanzado al vacío y sonríe. No es la más limpia de las caídas, pero se siente bien. Aún no puede creerse que esté saliendo con Florence Russo, la chica que ha admirado durante toda su adolescencia, la sirena que en realidad es muy humana, la flor que ha permanecido a su lado estación tras estación.

Mientras asea varias mesas de la tasca, escucha las maquetas de *Hambre*. ¿Es posible que no pueda escoger una favorita? La voz de su novia se arrastra, rasga, se eleva, cae en picado y susurra a voluntad. No están ordenadas, así que de pronto suena *De ti*, y Mara inspira hondo porque es su canción. Florence la compuso pensando en ella y, a pesar del calor asfixiante del verano, se le eriza la piel. ¿Se la cantará durante algún concierto mirándola a los ojos? ¿Al final dirá su nombre en alto y todo el mundo sabrá que tiene la mejor de las suertes?

Que le venda sus cursiladas a Netflix, por favor.

Con un resoplido, estampa el trapo contra la mesa, agachando la cabeza para que nadie descubra en sus mejillas ardiendo las ganas que tiene de quitarse el delantal, correr a donde esté Florence y besarla hasta desgastarle los sentidos.

—¿Calor? ¿Envidia? —escucha decir a Zan de fondo.

Mara se arranca los auriculares, esperando que estar lejos de la voz de Florence le devuelva un mínimo de cordura y le entibie las ansías que ya le estaban descendiendo por el vientre.

—¿Qué?

—¿Calor? —Zan mueve un índice en el aire—. ¿Envidia? —Con el mismo dedo, señala la playa, donde la gente está bañándose, aprovechando las últimas horas de sol.

—No, qué va.

Aunque un poco sí. Preferiría estar tirada sobre una toalla, escuchando *Hambre* sin interrupciones y que, de repente, Florence apareciera mojada por el mar, oliendo a sal y...

—Ya veo. —Zan sonrío—. Florence.

Como no ha pausado la canción, su rumor se cuela entre ambos y Mara se apresura a sacar el móvil y detenerla. Eso quería evitar, que medio

Aconte leyerá en su rostro lo colada que está por ella. Entonces ve que le ha llegado una marabunta de audios de Beck, pero los escuchará al salir de su turno en media hora.

—Oye... —dice el chico apoyando el hombro en una de las columnas de la terraza—. ¿No notas a Beck un poco rara? —Baja la mirada un instante, luego vuelve a alzarla. Duda.

—Me ha mandado unos treinta y cinco audios. Creo que está bien. —Mara se echa el trapo sobre el hombro y se cruza de brazos—. ¿Es por Eva?

—¿Qué? —Zan frunce el ceño y sacude la cabeza—. No. ¿Por qué lo dices?

—Habré malinterpretado señales.

—Hmm. —Enarca una ceja, pero se le destensa la espalda al suspirar—: Desde la tienda de segunda mano está más distante, ¿más apagada? Quizá es la ansiedad o los nombres. Ninguno hemos hablado de San Juan y... ¿Tú estás bien con los sueños? ¿Ha cambiado algo?

No. Y tal vez ese sea el problema: todo se ha vuelto inamovible por temor. Engañarse es mucho más fácil de lo que parece.

—Bueno, hay algo que todavía no le he contado —murmura Mara—. En Francia, le dije que hablaríamos a la vuelta, pero hemos estado tan bien que...

Injusta. Egoísta. Esa es la cara de la moneda que ahora mismo está ocultándole a Beck para eludir cualquier discusión.

—¿Es sobre el San Juan de hace dos años? —intuye él.

—¿Lo sabes?

—Claro. Me lo contó mi prima cuando se recuperó del accidente. ¿Por qué estás tardando tanto?

—¿Y por qué no se lo has dicho tú?

Zan frunce el ceño, un tanto molesto por la brusquedad de la respuesta, y Mara se arrepiente enseguida de que la desesperación haya escapado de su jaula y se le haya colado en la voz. Tanto aprieta esa última verdad, exasperada.

—Perdona. Es que... Entiendo que debo ser yo, pero todos lo sabemos.

—Y se lo hemos ocultado.

—Exacto. ¿Tan grave es?

—Bastante.

—¿No tienes miedo de que se enfade?

—Mucho.

—¡Eh, holgazanes! —les grita Javi con una sonrisa—. ¡A currar!

Se miran una última vez, el peso de las decisiones no tomadas desplomando las comisuras de sus labios, como si la gravedad hubiera regresado en medio de esa felicidad abismal y la colisión contra el fondo fuera inevitable.

Mara termina su turno sabiendo que debe sincerarse con Beck, que ya lo ha rehuido demasiado, pues su amistad no merece menos. Se despide de Zan con una cabezada y, ya en el paseo marítimo, saca el móvil y los auriculares otra vez.

De camino a casa de su amiga, escucha sus audios. Quizá concentrarse en su voz, como ha hecho con la de Florence durante toda la tarde, la calme.

Primer audio: «Mara, a ver... No sé cómo decirte esto... Ostras».

Segundo audio: «Vale, o sea... ¡*Guau!* Cerebro, cállate un momento. Espera».

Cinco audios más en los que Beck se traba con las palabras, los murmullos, las inspiraciones nerviosas... Cerebro ladra hasta diez veces. Mara mide cada sonido, cada segundo. Ya lo hacía de pequeña con el

volumen de los gritos, la intensidad de los portazos, los pasos que sus padres recortaban hacia ella.

Gira en la esquina de la piscina pública para internarse en Aconte y entonces sus zancadas van perdiendo ritmo. Ella, siempre tan hábil en imaginar los patrones, ni siquiera ha intuido las costuras del futuro. Antes de entrar en la parte de la dársena donde está la casa de Beck, reconoce varios muebles y un pequeño abrigo rosa sobresaliendo de una columna de cajas mal apiladas junto a unos contenedores.

Enésimo audio: «Mara, ¿tus padres han vuelto a Aconte? Me ha parecido verlos salir de tu casa y... No sé. ¿Paso por la tasca?».

Durante un instante, se le nubla la vista sin lágrimas. Nota el puñal de un frío imposible a lo largo de la columna, la garganta irritada por los secretos y la hiel, sus miedos entonando un pitido agudo e incesante en sus oídos.

Los audios de Beck continúan, pero ya no la escucha. Ni siquiera siente sus piernas moverse en el momento en que se lanza sobre lo que otros han convertido en basura. Su pasado. Su vida. Quién fue. Quién es. La cómoda tras la que dibujó un corazón y escribió dentro: «M x F», las perchas infantiles de Mickey Mouse que colgaron su ropa hasta los dieciocho años, el espejo de bordes oxidados con una grieta en la esquina, las baldas que sostuvieron sus películas y los muñecos con los que dejó de jugar, pero recordaban a una Mara que de mayor no quiso perder. Dentro de las cajas, está su ropa de cuando era bebé, aquella camiseta que sus abuelos le regalaron al regresar de Benidorm, cintas VHS en cuyas etiquetas apenas se puede leer «5º cumpleaños de Mara» o «Villancicos Colegio Navidad», los tutús que le regalaban hasta que decidieron que estaba demasiado gorda para hacer *ballet*... Todo desorganizado, sin plegar, porque la basura no necesita orden para terminar olvidada.

Su propio sollozo la despierta del trance y la voz de Beck vuelve a ella, aunque sigue sin entenderla. No entiende el mundo en el que nació, la casa en la que creció, los padres que la odiaron como si fuera natural. Mara solo coge dos cajas al azar, las salva, y echa a correr. No le importa que la gente la mire, la reconozca, lea en su rostro que jamás fue una hija amada, alguien que no se ha ganado el derecho a existir.

Pasa por delante de la casa de Eva. Pasa por delante de la casa de Beck. Delante de la misma Beck que aún pasea a Cerebro. No se detiene, gira una esquina, se dirige a su casa. No a la de Lupe, aunque su vecina le ha hecho sentir que nunca ha habido otro hogar. A la suya. A las paredes que fueron cueva, intemperie, un agujero negro.

Ni siquiera piensa qué pasará si se encuentra cara a cara con sus padres, con las personas que le recordaban día a día lo poco que valía hasta que las silenció huyendo de allí. Necesita una explicación. No, necesita escuchar una disculpa. No, necesita sus lágrimas de arrepentimiento. No, necesita que le aseguren de una vez por todas que nunca la quisieron. No, necesita que desaparezcan y que sea mentira que carga una nimiedad de su vida en brazos, que la otra parte está en la habitación de un misionero, que lo restante está en un contenedor.

—¡Mara! ¡Mara!

Vuelve a escuchar a Beck. Dos veces. En sus audios: «Mara, no te acerques a tu casa. Voy a por ti». A su lado: «Mara, mírame. No sabía cómo decírtelo».

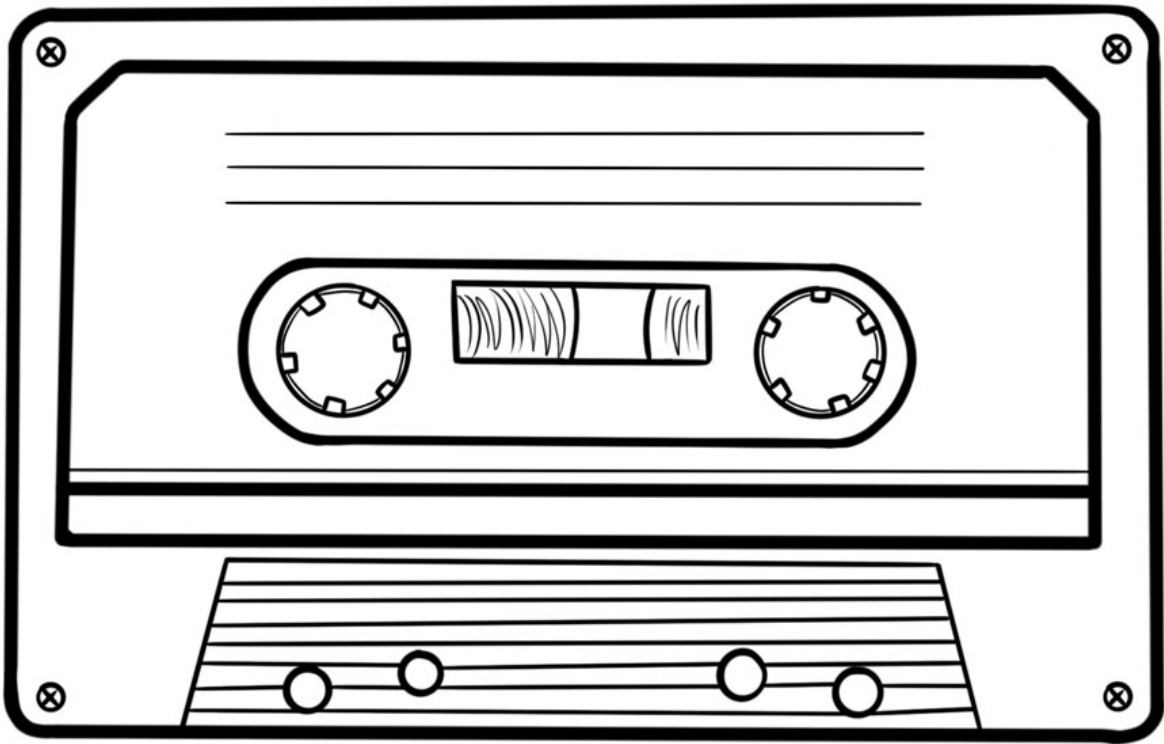
En venta. Ese es el cartel gigante que hay pegado en la ventana de su habitación. Los maceteros que había en la entrada, cuyas plantas arregló al inicio de año, están vacíos. No hay felpudo. Las persianas están completamente bajadas.

En venta.

Suelta las cajas como si dentro no contuvieran nada frágil, al fin y al cabo, otros ya han decidido que no es importante. Se detiene delante de la puerta y saca de su bolsillo una llave que no encaja en la nueva cerradura. Vergüenza, eso siente. Por haber llevado consigo la llave de un lugar siempre hostil para ella. Por haberse aferrado a la esperanza. Por pensar que quizá algún día podría terminar de vaciar su habitación, despegar las estrellas fluorescentes del techo, tirar la llave.

Sus padres han vuelto a tejer su futuro con nudos y Mara solo puede resbalarse hasta el suelo, desconsolada, pegada a esa puerta tras la que tantas veces la encerraron, pero que, ahora sí, jamás volverá a abrirse.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)



13.07

Se puede tocar una vida. Beck no se había dado cuenta de que ella misma ha tocado muchas veces la suya hasta que se ha visto ante la de Mara. Porque los objetos en la esquina de la habitación de Florence podrían ser solo objetos si su propietaria así lo hubiera decidido. Pero no es el caso, y Beck nota en sus yemas que no solo está acariciando unos tutús, el marco de un espejo, unas fotografías antiguas.

Es Mara. La niña que conoció en tercero de primaria con los mofletes sonrosados y los ojos azules más despiertos del universo. Recuerda aquel recital de *ballet*, la noche en que pusieron mal el DVD de *Shrek* y rompieron el reproductor, las meriendas indigestas en el suelo de su habitación mientras hacían los deberes.

Los padres de Mara lo han vuelto a hacer. Intentar destrozarla hasta que no queden ni los huesos. Beck se acerca a la cama gigante, donde su amiga descansa con las pestañas húmedas y los dientes apretados.

—Mara...

—¿Te vas? —No abre los ojos.

—¿Necesitas que me quede? Puedo enviarle un mensaje a Eva y decirle que...

—No, no. —Los ojos azules más despiertos del universo se abren turbios—. Ve. Florence se queda conmigo.

—Vale. Pero si necesitas algo, ya sabes que estamos en el Club Náutico.

—Sí.

—Descansa.

—¿Rebeca? —la llama Mara cuando ya se ha alejado—. Eres mi mejor amiga.

—Y tú la mía. Te quiero mucho.

La sonrisa de Beck inunda su cara sin vacilaciones porque es cierto: quiere mucho a Mara. Por eso nada ha conseguido dividirlos del todo. Levanta una mano, retrocediendo unos pasos, y sale de la habitación. Baja al piso inferior, donde Florence está a punto de subir con una bandeja en la que ha preparado una infusión y un plato con algunas ensaimadas.

—¿Tus padres saben que no vas a la fiesta?

—Sí, sí. —Florence asiente—. Les he contado por encima lo de Mara y lo entienden.

—Genial. En fin, para lo que sea...

—Lo sé. Tranquila.

El verano valenciano siempre permite un día de lluvia intempestiva y ha escogido ese sábado, como si supiera que dentro de varias personas ya está lloviendo. Beck espera que las nubes aguanten hasta que termine la cena del

Club Náutico para dormir, no enterarse de la tormenta y despertar con la tristeza un poco menos azul que el cielo despejado.

Al entrar en casa, Cerebro la recibe con sus saltitos animados. Su madre y Sofía, sentadas en el sofá, tienen puesto el ventilador a toda potencia y están viendo una reposición de *Sí, quiero ese vestido*.

—¿Es que os vais a casar? —ríe Beck mientras deja las llaves dentro de un cuenco.

—¡No digas tonterías! —responde Julia—. ¿Cómo está Mara?

—Está. Se ha quedado en el piso de Florence. Y bueno... —Encoge un hombro.

—En el pueblo ya están hablando de ello —dice Sofía, apenada—. ¿Sinceramente? Ojalá vendan la casa pronto y dejen que Mara rehaga su vida.

—Me alegro de que estéis a su lado, cariño —añade Julia.

—Sí. —Beck piensa que no es suficiente, que ahora mismo le gustaría quemar aquellas cuatro paredes hasta los cimientos, que esas personas que se hacen llamar padres deberían ser los únicos señalados por su crueldad—. Voy a cambiarme, ¿vale? Eva no tardará en pasar y no quiero hacerlo esperar.

La ducha arrastra algún miedo y el desagüe se lleva todos sus nombres. Varios Maras. Algún Eva, algún Zan. Muchos Rebecas. Frente al espejo de su habitación, se ve diferente a aquel 1 de enero que ahora parece muy lejano.

Aquel 1 de enero reflejaba sus inseguridades, el tiempo enquistado, los fantasmas que todavía no conocía, el vestido que no conquistó a la chica que nunca le gustó realmente, el maquillaje deshecho como su corazón.

Este 13 de julio refleja sus fortalezas, el tiempo sanado, los fantasmas que conoce demasiado bien, el vestido vaporoso y floreado con el que

ayudará a su mejor amigo, el maquillaje sutil que ojalá la lluvia no deshaga.

Con un suspiro y recolocándose una de las mangas abullonadas bajo el hombro, Beck sale al balcón. La noche está a punto de caer y se sorprende cuando no encuentra a Eva sentado en la ventana, sino en la calle, bajo su casa.

Se miran sonriendo. Ninguno habla. Beck va a saludarlo con una peineta, como siempre, pero él levanta dos dedos y los sacude una vez. Extraño. Todo lo está siendo desde hace unos días, como si el espacio-tiempo estuviera quebrándose y eso alterara su dimensión.

Beck retrocede unos pasos sin dejar de mirar a Eva hasta que lo pierde de vista. Coge el bolso diminuto en el que ha logrado meter el móvil, la cartera y el pintalabios rosado. Luego baja, acaricia la cabeza de un Cerebro que jamás dejará de postularse al ser vivo más feliz del planeta, encaja las llaves como bien puede dentro del bolso-Tetris y se despide de su madre y Sofía.

Fuera, Eva fuma, cabizbajo. Cómo no, va vestido completamente de negro —camisa arremangada hasta los codos, unos pantalones de pinza informales, Converse nuevas— y se ha peinado de manera diferente. En vez de la raya en medio, se la ha hecho a la izquierda y lleva gran parte de las ondas pelirrojas tiradas hacia un lado, mientras que el resto se lo ha remetido detrás de la oreja. A pesar de cierta formalidad, su esencia sigue ahí: en los tatuajes que muestra su brazo derecho, en el cigarrillo, en la cadena enganchada a las trabillas, en las gafas de sol colgadas entre los botones.

—Te van a confundir con los camareros —ríe Beck.

—Pero, como sé que te ponen —responde Eva exhalando el humo de ese cigarro adornado en tinta con un: «Veneno»—, te haré más agradable la velada.

Este tío resucitaría a los muertos si fuera posible. Lo digo con conocimiento de causa.

—Qué altruista. —Beck le aplana una arruga de la camisa—. Estás muy guapo.

—No te ha costado tanto decirlo, ¿eh? —Sonríe, se coloca el cigarro en los labios y le arregla las dos mangas—. Ahora sí. Perfectamente simétrica.

—¿Y perfectamente guapa?

—Eso siempre.

Aunque Eva es un adulator, Beck necesitaba oírlo porque no se siente muy segura con el vestido que Florence le ha prestado. Su amiga es una línea recta, mientras que ella siempre ha sido un triángulo. Ambas formas muy bonitas, pero incompatibles en lo que a ropa se refiere. Aun así, el vestido es vaporoso a partir de la cintura, así que no está sufriendo por sus caderas. Le gusta el cuello de barca, sin embargo, es de color crudo, salpicado de pequeñas flores rosas de hojas verdes, y tiene ese corte romántico que cree que no le pega en absoluto.

—¿Preparada? —Eva se pone las gafas de sol y luego le pasa un brazo por los hombros.

—¿Supongo?

—Respuesta correcta.

Porque él jamás lo está. Además, la presencia de su madre es otro cantar. Siempre distante, siempre crítica. Y, de camino al Club Náutico, se mantienen en silencio mientras unos truenos resuenan a lo lejos.

Ya en el paseo marítimo, como si el aliento del mar les otorgara una tregua a sus pulmones, recuperan el habla.

—¿Cómo está Mara?

—Hecha polvo.

—Con toda la razón —suspira Eva—. Supongo que Florence no vendrá.

—No. Esto es lo último que sus padres podían hacerle...

Se estrechan, un abrazo breve, antes de entrar en el Club Náutico. Aunque el edificio no es grande ni lujoso, más bien con ese aspecto playero de muros blancos y puertas de rejillas azules, Beck se queda boquiabierta, pues toda la decoración le da ese toque de exclusividad que en realidad sí tiene.

Decenas de bombillas y farolillos derraman su luz tanto hacia el mar como hacia la dársena. Han cubierto una parte de la terraza con una gran pérgola de madera por si llueve. De ella, caen finas cortinas que se mecen con el viento. El interior del restaurante imita el exterior, y los camareros se pasean con bandejas repletas de canapés y bebidas entre los invitados que justifican toda esa pomposidad: atuendos elegantes y distinción en cada saludo, sonrisa o gesto. Todo medido, no sea que otros piensen que son humanos.

La jet set del pueblo.

—Nos ha quedado claro, Rebeca —le dice Eva, quitándose las gafas de sol antes de poner un índice bajo su barbilla y cerrarle la boca.

—¿Es siempre así?

—No. Se nota que a esta cena viene gente importante de fuera. Aunque, bueno —el chico coge una tostadita de *foie* sobre manzana a la miel y se la come antes de continuar—, el *catering* y la bebida —se hace con dos copas de champán— sí.

—Solo por todo esto ya vendría.

—Créeme. No renta.

—¡Eva! ¡Rebeca! ¡Por fin!

Evaristo se abre paso con una enorme y calculada sonrisa. Primero abraza a su hijo y luego a ella tras darle dos besos. Apenas es un roce, el

decoro dicta que el contacto no dure demasiado. Una vez más, a Beck le parece que Evaristo quiere mandar las imposiciones a tomar viento.

—¿Y mamá? —pregunta Eva secamente.

—Junto a la barra. —El hombre sonríe como si su divorcio no hubiera sido un infierno y la comidilla de Aconte durante una larga época—. Está espléndida.

Con un resoplido, el chico contiene la rabia, pues le gustaría que su padre fuera honesto consigo mismo. Debieron dolerle las veces que le insistió para que acudiera a esa fiesta, casi parte del castigo por haberse peleado con Juanjo García. También debe dolerle que su exmujer esté allí, con su nueva pareja, aparentando que son la familia estructurada que jamás han sido a pesar de la separación.

—No entiendo cómo no se cansa —musita Eva cuando su padre se aleja para recibir a otros invitados—. Se piensa que la gente dejará de venir al club si no demuestra que nada ha cambiado realmente. Ni mi madre, ni él, ni yo. Es absurdo, lleva cinco años así...

—Tendrá que darse cuenta él solo, ¿no? Es más mayorcito que nosotros.

—Ya. —Eva se gira hacia ella con una sonrisa triste aunque genuina. Enreda sus brazos y carraspea—. Hora de la peor parte.

¿Listos para comprender por qué es Satanás?

Se dirigen hacia la barra, donde Claudia, la madre de Eva, está charlando con un hombre tan apuesto y refinado como ella. Cuando se detienen delante de ambos, la mujer se gira con una comisura partida por una emoción que ninguno logra definir:

—Eva, cariño, qué alegría verte. —Casi monocorde, esbozando una mueca que desde lejos todos confundirán con una sonrisa y el buen hacer de una madre severa pero afectuosa.

Mentira. Hace meses que no hablan. La última llamada apenas duró dos minutos. Eva no conoce las razones por las que su madre lo detesta tanto como a su padre, aunque tampoco las ha exigido nunca. Aceptó que incluso la persona que supuestamente más debe amarte no tiene por qué hacerlo, pues solo es eso: una suposición que se da por sentada. Por eso comprende a Mara en cierta manera.

—Y... ¿Rebeca Roy? Qué mayor.

Claudia le pone una mano sobre el brazo sujeto al de Eva y Beck siente el fogonazo de los nombres como metralla. Parpadea para controlar las lágrimas, para ordenar su reacción y obligarse a componer un gesto afable:

—Me alegro de volver a verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Este es Ricardo —presenta la mujer a su pareja, obviando corresponderla con una respuesta similar.

—Me han hablado mucho de ti —miente Eva, que extiende una mano que el otro estrecha enseguida.

—Y a mí de ti. Eres un chico hecho y derecho. Cómo se nota que te ha criado tu madre...

Beck traga saliva, las ganas de gritar. De pronto, entiende lo que implica que Evaristo le pida a su amigo que asista a los eventos del Club Náutico. Claudia es una máscara que se adapta a los rostros y asfixia, por la que ahora todos pensarán que están en buenos términos: unos padres exitosos y un hijo en camino de demostrar que también lo será. Nota la tensión en los músculos de Eva, la urgencia por que alguien rompa toda esa excelencia que cuenta los billetes de diez en diez y se vanagloria de su propia falsedad.

—Un placer —añade Eva hacia Ricardo—. Vamos a saludar al resto de invitados, ¿vale?

—Por supuesto, cariño. Nos vemos luego. —Y Claudia le da un beso en la mejilla más semejante al beso de la muerte.

Casi corren cuando se alejan y ni siquiera brindan al beberse la copa de champán de un trago. Continúan en silencio, escondidos en un rincón del restaurante, hasta que cada uno devora varios huevos de codorniz rellenos de caviar, algunas tartaletas de salmón y queso y una *mousse* de atún y tomate. Con el estómago un poco más lleno, los nervios se templan.

—Es cierto. No renta.

—Es una tortura. —Eva le da un trago a su tercer champán—. Mi padre te aprecia muchísimo, pero mi madre... En fin, ya la has visto.

—¿Por qué los ricos lo hacen tan complicado si tienen todo lo que necesitan y más?

—Porque la avaricia es un pecado capital.

—Amén.

Y se ríen quedamente. Luego salen al exterior para tomar el aire y la cuarta copa. Intentando alejarse del área de acción de Evaristo y Claudia, ambos se topan con un señor corpulento que descarga todo su peso en un bastón de madera de roble.

—¿Eres el hijo de Evaristo? ¡Sois dos gotas de agua! Soy Eduardo, el de las motos. ¿Me recuerdas?

—Por supuesto. —El chico le estrecha la mano, pero, si el hombre lo conociera un mínimo, descubriría que no se acuerda de él ni un poco—. ¿Está disfrutando de la noche?

Intercambian unas cuantas frases más, naturales, y Beck se queda boquiabierta al comprobar lo bien que su amigo se maneja en ese entorno. Hasta el momento, nadie se ha fijado en los detalles de Eva que desentonan allí: los tatuajes, la cadena, las Converse. Al fin y al cabo, es un imán que sabe cómo redirigir su magnetismo.

—¿Y esta chavalilla quién es? ¿Tu novia?

Menuda cagada.

«Menuda cagada», piensa Beck también. Sin embargo, Eva se echa a reír con ese tono ronco que lo caracteriza:

—Error. ¡Dios nos libre! Rebeca pronto será novicia.

—¿En serio?

Le cuesta un instante comprender que está tomándole el pelo, pero Beck se suma al teatrillo sin que se note su confusión:

—Ave María Purísima.

—Amén —responde Eva justo lo que ella ha dicho unos minutos antes.

Qué tío.

Y se pasan un buen rato convenciendo a Eduardo El De Las Motos de los motivos por los que una jovencita como ella querría meterse en un convento. Beck ni siquiera piensa en las mil y una formas de devolvérsela a Eva por haberla convertido en una futura monja, lo cierto es que está divirtiéndose muchísimo.

—Hermana —se despide el hombre después de lanzarse a darle dos besos, arrepentirse, y luego extender una mano, y arrepentirse otra vez.

Deben ocultarse entre las cortinas de la gran pérgola, que ahora se sacuden con más fuerza por culpa del viento nocturno, antes de echarse a reír a carcajadas.

—Don Eva. —Beck se persigna.

—Hermana Rebeca —se mofa él santiguándola con exageración.

—Reírse de los ricos es una fantasía —le da un trago a su copa, las mejillas ardiendo por la diversión y el alcohol—, pero no entiendo cómo tu padre soporta... —Sin palabras que puedan describirlo, mueve una mano en dirección al club—. Toda esta gente se cree que está en el Upper East Side cuando sigue en medio de un pueblo.

—Las apariencias.

—Lo siento mucho —suspira Beck apoyando la cabeza en el hombro de su amigo—. Ojalá no tengas que volver a una fiesta así. Ojalá nunca hagas nada que no quieras hacer.

—Es que... ¡Arg! —Se separa para poder rascarse la nuca—. Al final, lo hago por mi padre. Sé que en el fondo no es así. Sé que pelea consigo mismo para ahorrarme todo este mal trago. Sé que me quiere. Y yo no estoy a la altura.

—La has sobrepasado.

—Pero soy un capullo.

—Tu padre también sabe que en el fondo no lo eres y está muy orgulloso de ti.

Eva resopla con una sonrisa tímida. Y ha resoplado tanto durante toda la noche que a Beck le sorprende que aún le quede aire. O quizá necesita eso: soltar lo oscuro que esas personas han ido enquistando en él.

—Gracias por venir, Rebeca.

—No hay de qué.

Beck alza dos dedos para imitar el saludo que Eva ha hecho bajo su casa. Entonces él se los coge, aprieta y se encorva para abrazarla, envueltos por las cortinas. Todavía sonríen cuando se alejan, las manos cogidas.

—Venga, te acompaño a casa.

—Pero queda una hora y algo para las doce.

—Así seguiré demostrando que soy el amigo perfecto para una nieta de abuelos católicos.

—¿No te despides de tus padres?

—Ya han tenido suficiente de mí.

De vuelta a las calles de Aconte, todavía escuchan el rumor de la fiesta y el bullicio del paseo marítimo. Ni siquiera ha lloviznado y Beck piensa que, tal vez, es porque la vida de Eva se ha enderezado un poquito.

Pero cuando un rayo parte el cielo en dos y descubren a Zan sentado en las escaleras que conducen a la casa de Eva, Beck se da cuenta de que el dolor permanece intacto. Lo que estaba roto se agrieta más y no hay nada mejor en una noche que ya ha augurado lo peor.

—Increíble —gruñe Zan.

—Espera. —Se adelanta Eva para detenerlo—. ¿Qué pasa?

—¿Qué ha pasado? —insiste Beck llegando a su lado.

—Que Eva es un mentiroso.

—Eh, eh. —Beck coge a Zan por el brazo, pero lo suelta al ver cómo frunce mucho más su expresión herida—. Explícate.

—Te dije que quería invitar hoy a Beck porque libraba. Que era algo importante —le espeta a Eva—. Pero, desde luego, tenías que anteponerte.

—No me dijiste que era importante.

—Ni a mí —añade ella—. En la tienda de segunda mano cortaste la conversación de cuajo.

—Ahora os defendéis entre vosotros.

—Estás dolido. Lo entendemos, pero...

—Justo dentro de tres meses es el primer aniversario de la muerte de mi madre, no solo estoy dolido.

—Tío, no tenía ni idea de que fuera algo relacionado con tu madre, si no...

—¡Daría igual! Siempre consigues que todo salga como te conviene.

—Zan, no es el momento. —Afectado, Eva extiende una mano para tocar el hombro de su amigo, pero este se aparta—. Zan.

—No. Todos se lo hemos ocultado a Beck y estoy harto. Porque mi madre está muerta, Andre está muerto y nuestra amistad también lo está desde hace años.

Mierda.

—¿Qué os habéis callado? —musita la chica retrocediendo un paso.

Los nombres estallan como bombas atómicas y Beck debe cerrar los ojos porque ahora los escucha gritar. Gritan lo que sus amigos sienten, engullendo sus propios latidos. Por alguna razón, le viene a la mente lo que Mara todavía no le ha contado y el cigarro de Andre enredado en los cordones de las zapatillas de Eva.

Indicios que no tendrían por qué pertenecerle al mismo secreto lacerante. Pero lo hacen.

—Rebeca, escucha... —Eva se acerca tan cabizbajo como la ha esperado por la tarde. Ella sí permite que le coja la mano—. Creíamos que Mara te lo contaría antes, pero... Perdóname, ¿vale? Perdónanos porque pensábamos que, si nos callábamos, sería más fácil de superar.

—Dímelo.

Durante un instante, Beck mira a Zan, a quien le cae una lágrima y ya no parece tan enfadado. Los tres empiezan a convertirse en los escombros que estaban destinados a ser.

—Aquel San Juan, Andre me avisó de que Nina y él estaban a punto de irse. Insistí tantísimo en que se quedara porque era nuestra fiesta de graduación que al final tuvo que contármelo: iban a llevar a Mara al aeropuerto porque se marchaba a Londres.

El secreto se desgañita y los nombres se apagan de golpe. Beck siente que pierde pie, pero se desase de la mano de Eva con un tirón. Lloro antes de acucillarse, porque no entiende cómo callar algo tan relevante puede haberles servido de algo. Por desgracia, otra certeza termina de desgarrar su ansiedad: si Andre y Nina no hubieran llevado a Mara hasta el aeropuerto, no habrían sufrido el accidente de coche.

Eso no se sabe.

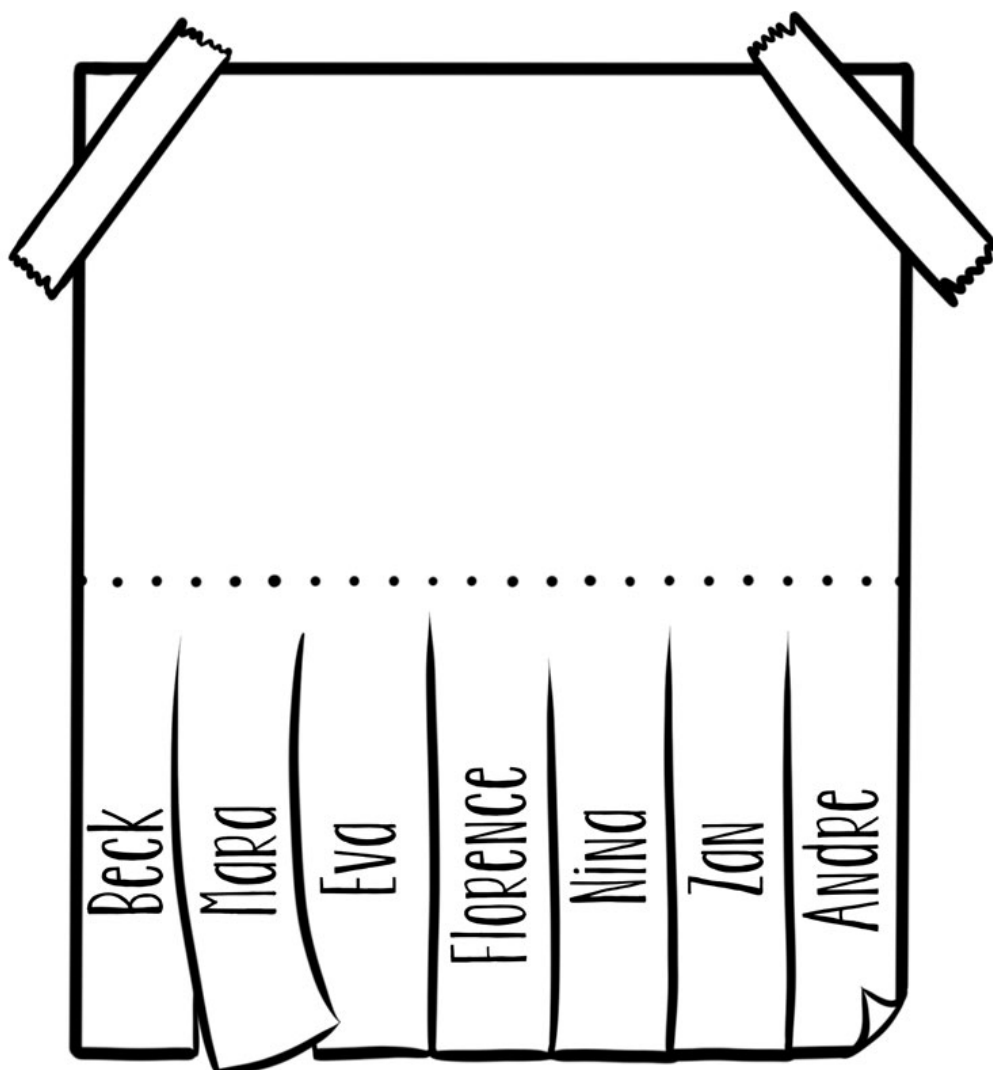
Nina seguiría conservando su pierna y compitiendo en gimnasia rítmica.

Eso no se sabe.

Y Andre seguiría vivo.

Eso no se sabe.

OceanofPDF.com



14.07

Han pedido los deseos de San Juan. Andre no sabe si Mara habrá deseado que el futuro tenga un color diferente a su presente, que Londres sea amable o que nunca más existan las cárceles con aspecto humano. El caso es que Mara, con sus dieciocho años y graduada, ha planeado durante meses cómo y cuándo marcharse de Aconte sin que sus padres se enteren. Empezar una segunda vida que, en realidad, sería la primera después de tanto sufrimiento.

Andre se pasa una mano por los rizos castaños, nervioso. Aún recuerda el momento en que su amiga les confesó sus planes a Nina y a él. Solo a ellos; Eva, Zan, Florence e

incluso Beck completamente ignorantes de que San Juan sería la última oportunidad que tendrían de estar con ella. Entiende su recelo, el miedo, las ganas de desaparecer hasta que nadie sepa dónde está.

Le da una calada al cigarro que Eva le ha dado, escrito en su papel: «Siempre a fuego». Odia fumar, no necesita una segunda vez para corroborarlo.

—¿Cuándo os vais? —pregunta Eva entonces. Inquieto, triste, es complicado descifrar su ceño fruncido.

—Ahora. Su vuelo sale en unas horas. —Andre apaga el cigarro contra la arena, a pesar de que todavía le queda la mitad.

—Dame. —El chico se lo quita y lo engancha en los cordones de sus zapatillas—. Truquito de fumador para no cabrear a Greenpeace.

—Y para ser una persona decente.

—Sí, tampoco estaría mal. Escucha...

—No. No puedes contárselo a Roy. Ni a nadie. Yo lo haré, ¿de acuerdo? Pero mañana. Mara no quiere estropear esta noche y... Sé que está jodido respetar la manera en que quiere hacer esto, pero es lo que hay.

—Claro —responde Eva, no muy convencido—. ¿Y qué excusa vais a ponerle a Beck?

—Que Nina quiere irse a casa ya y que Mara me acompaña para no volver solo. Se lo está pasando genial, no sospechará. —Ambos miran a su amiga, que ahora está bailando con Ángela y algunos compañeros más de clase—. Siento mucho todo este secretismo.

—Ey, más siento yo que Mara tenga unos padres de mierda. Si esto es lo que quiere, me parece bien, pero tened cuidado.

—¿Eva Lahoz en el rol de padre preocupado?

Sin embargo, Eva solo da un paso y lo abraza. Andre respira hondo, necesitaba que alguien lo sostuviera aunque fuera un segundo. Tiene miedo de que no salga bien, de involucrarse demasiado, de que esa no sea la mejor solución para Mara.

—Ánimo. No tardéis —susurra Eva cuando se separan.

—No tendrás tiempo de echarme de menos.

Andre le guiña un ojo, recuperando un poco más de esa valentía que siempre lo ha guiado. Después se acerca a Beck, la coge de la mano para separarla del grupo y le da una vuelta entre risas antes de abrazarla con fuerza.

—Amigoooo —dice ella contra su oído—. ¿Ya te has puesto en modo exaltación de la amistad?

—¡Eres la mejooooor! —Andre finge que su lengua se entorpece. No ha bebido ni una gota de alcohol—. Mara y yo desaparecemos un momento. Nina quiere irse a casa y vamos a acompañarla.

—Vale, vale, vale. Te quiero muchísimo, Andre.

—Y yo a ti, Roy. Sé buena mientras yo no esté.

—Sé muy malo mientras yo no esté.

—Prometido.

Y le da la espalda. Luego avanza hacia Mara y Nina, que se han alejado de la hoguera. Esperan a que Mara se tome su tiempo en dejar de mirar a Eva y Beck. Sonríe sin ganas, como si sus comisuras pesaran toneladas, y empieza a andar.

Salen de la playa y se suben al coche de los padres de Andre, en cuyo maletero ya han cargado el escaso equipaje de Mara. El chico espera que no descubran que les ha quitado las llaves, no se le ocurría ninguna excusa convincente para cogerlo justo esa noche. La radio rellena el silencio con canciones animadas y así llegan al aeropuerto.

Frente al control, se paran.

—¿Avisarás cuando llegues?

—A Lupe —musita Mara.

—Podemos ayudarte, podemos...

—Nina, ya lo hemos hablado.

La tensión siembra el tiempo. Cuando queda media hora para embarcar, a Andre le parece que todo ha pasado demasiado rápido, que ahora es demasiado real. Va a insistir como ha hecho Nina, pero Mara lo frena con un abrazo.

—No, Andre. Ya está, ¿vale? Ya está.

—No quiero que te pase nada.

—Lo único que pasará es que estaré mejor.

—Cuídate. Mucho.

—Y tú. Gracias por todo.

Nina se une al abrazo y se estrechan con cariño. Mara se separa con otra de esas sonrisas frágiles y se dirige al control. A punto de cruzar los detectores, recupera su posición en el recuerdo, pero esa Mara sabe lo que ocurrirá después e intenta por tercera vez romper las reglas de los sueños. Lucha por retroceder, por detener a Andre y Nina, por pedirles que esperen, pues si cogen el coche tendrán un accidente mortal. No lo consigue y los ve irse como ya hizo en aquella ocasión.

Sin embargo, y como nunca ha sucedido, regresa de pronto al cuerpo de Andre en el instante exacto en que unos faros lo ciegan en la carretera y ambos coches colisionan.

Las canciones animadas de la radio suenan distorsionadas.

Él está al revés, atrapado entre el volante y el asiento.

La boca le sabe a sangre.

Escucha a Nina resollar.

Le pitan los oídos.

Suda.

Llora.

Grita sin garganta.

Se muere.

—¡Andre! ¡Andre! —Mara despierta con la lengua hinchada porque se la ha mordido, las lágrimas empapándole el rostro, el móvil en la mano con el chat de Beck abierto sin que uno solo de sus mensajes le haya llegado.

Mara, joder, estoy aquí. Mara.

Siente un escalofrío y alza los brazos hacia la nada esperando que el helor sea Andre, como Beck y Nina ya sintieron una vez.

Soy yo. Soy yo.

Sin embargo, Lupe entra corriendo en la habitación e inmediatamente se sienta en la cama para atraerla hacia ella y acunarla. Su calidez disuelve al buen fantasma y Mara solloza en alto. Le duele el corazón, todo el cuerpo, existir.

Son las cinco de la mañana y no lo soporta más. Que la casa de al lado ya no sea suya, que la mitad de sus cosas las recogiera el camión de la basura, que Beck se haya enterado de lo que sucedió aquel San Juan y se lo haya tenido que contar Zan, pues su amiga se ha encerrado en su casa y no quiere hablar con nadie.

En algún momento, Mara vuelve a dormirse en los brazos de su vecina, pero no sueña ni un recuerdo. Es una nada profunda, en calma. Dos horas después se despierta con los ojos hinchados y la sensación de que necesita huir, aunque sabe que, en esta ocasión, no hay razones para ello. Solo el miedo a enfrentarse a los errores. A la culpa.

Cuando baja al piso inferior arrastrando los pies con la boca seca, se encuentra a Lupe sentada en la mesa del salón, entre sus manos una taza que humea a pesar del tórrido verano.

—¿Cómo estás?

Es una pregunta estúpida, pero Mara la agradece. Solo asiente, como si fuera una respuesta clara y lógica. Lupe no le pide más explicaciones, se levanta y, como una madre comprensiva, vuelve a rodearla con un brazo para conducirla hasta el sofá. Se esfuma un instante para regresar con una infusión ardiendo.

—Toma. ¿Quieres contarme lo que está pasando?

Mara asiente de nuevo, aunque primero le gustaría pedirle perdón por el hecho de que deba rescatarla una vez más. Lupe fue su contacto con la realidad tras marcharse a Londres. La acogió cuando todavía podía entrar en su casa. La animó a encontrar trabajo y no ha dejado de cuidarla ni un solo día. Y ahora tiene que recoger unos pedazos que solo se mantenían encajados a presión.

—Voy a llamar a Javi para decirle que hoy no puedes trabajar.

Cuando Lupe regresa después de hacer la llamada y se sienta a su lado, pasan horas mientras Mara se sincera con la mirada clavada en su móvil, donde solo destacan los

mensajes de Florence. Nadie más ha respondido a sus preguntas, a sus disculpas.

—No es tu culpa —susurra Lupe apartándole las greñas—. Pero sé que, solo porque yo te lo diga, no lo vas a creer. Y es que... Mara, necesitas ayuda.

—Lo sé. No sabía cómo pedirla.

—Si es por el dinero, yo puedo ayudarte.

—Lo siento mucho. Eres una buena persona y yo soy...

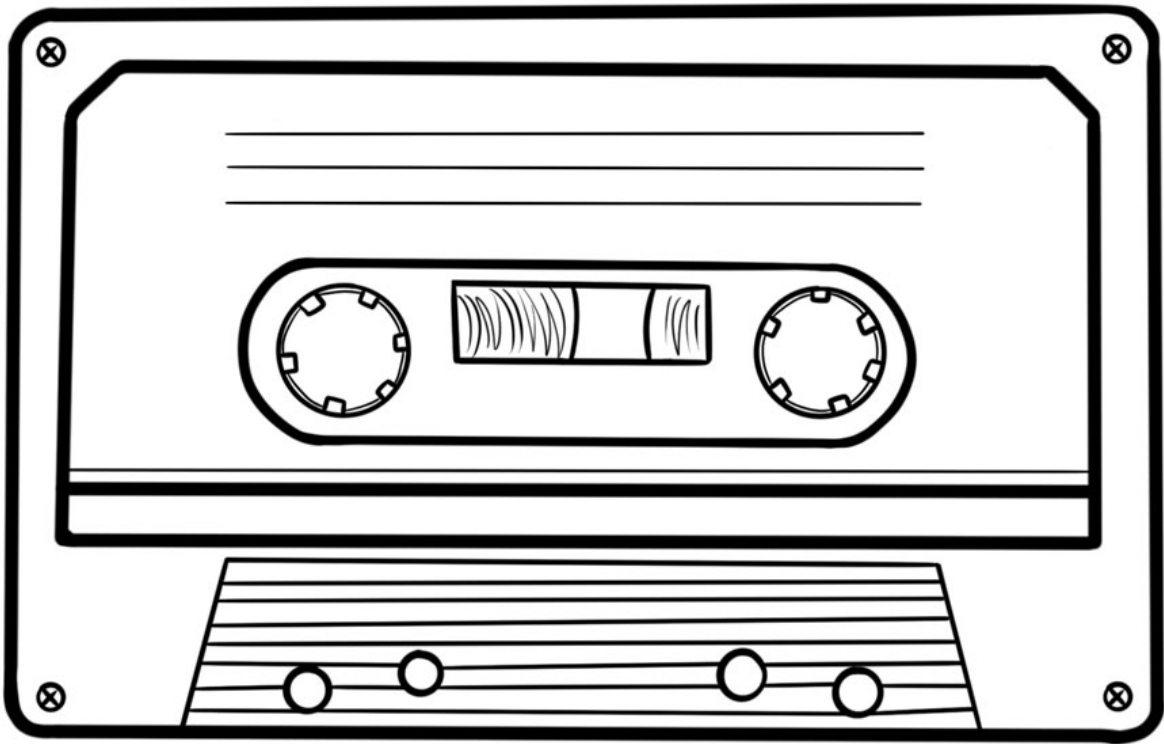
—Y tú tienes que recuperarte y ser feliz.

—Me odian. Rebeca me odia.

—No es cierto. Tal vez necesita un poco más de tiempo para asimilarlo. Tú necesitaste el tuyo en su momento y tus amigos nunca te lo han reprochado, ¿verdad? Han podido enfadarse, pero siempre te han entendido.

—Sí.

Mara se esfuerza por no aceptar el pensamiento de que ha pasado tanto tiempo sola que, quizá, se ha olvidado de cómo estar acompañada y por eso ha fallado. Sin embargo, como Mara se esfuerza, se aferra a la cuerda salvavidas que Lupe le tiende para escalar lejos de su oscuridad. Porque, si la redención realmente existe, quiere recibirla con la mente limpia. Sana.



31.07

Aunque la noche anterior Beck soñó con el 24 de junio de hace dos años, no lo hizo como Mara. En algún momento, Aconte se transformaba en un lugar extraño y hacía frío y no reconocía ningún rostro. El comienzo sí se parecía mucho a lo que sucedió: despertar con resaca, su madre llorando e intentando decirle que Andre y Nina habían tenido un accidente de coche y que Mara había desaparecido, ir al hospital leyendo la carta idéntica que su mejor amiga dejó en los buzones explicando su marcha...

Recuerda el primer estallido de los nombres cuando le comunicaron que Andre había fallecido. Se recuerda febril, escuchando el buzón de voz de Mara con ira, soportando el sufrimiento que germina de las emociones desconocidas.

Desde entonces, Beck ha ido arrastrando el duelo, la duda, el arrepentimiento. Gestionar la ansiedad, aceptar que Mara tuvo que escapar así y que no se comunicara después, recuperar a sus amigos, comprender que Andre se ha quedado enganchado entre la vida y la muerte, superarlo. Pensaba que todo eso era sólido, que cabía dentro de sus manos y por eso estaba segura.

Sin embargo, un solo secreto más la ha dislocado y todavía no ha conseguido que sus sentimientos vuelvan al sitio. Han pasado más de dos semanas desde que discutió con Eva y Zan, desde que envió un mensaje al grupo antes de desinstalarse el WhatsApp para que supieran que, de momento, no quería hablar con nadie.

El tiempo lejos de ellos está reconstruyendo los pedazos, pero Beck todavía no puede quitarse de la cabeza que todos callaran algo tan importante, que solo ella creyera que ya habían superado el pasado y podían mirar al futuro sin ninguna lacra.

Aún le avergüenza que lo primero que pensó, en cuanto Eva se lo contó, fue que nada les habría ocurrido a Andre y Nina de no ser por la huida de Mara. Beck podría haber estado en ese coche si no se hubieran distanciado. No, seguro que habría estado. La habría acompañado al aeropuerto y ahora mismo se encontraría en la posición de Nina, de Andre u otra diferente.

—¿Están ricas? —le pregunta Felisa tomando asiento en el sillón, junto a ella.

—Mucho. —Beck le da otro pequeño mordisco a la galleta de avena casera.

—Es la quinta vez que vienes en semana y media. ¿Seguro que estás mejor? —Cruza los dedos nudosos sobre su regazo—. Me preocupa que una joven tan vivaz como tú malgaste su tiempo visitando a una anciana.

—Me encanta visitarla, y no solo porque Andre lo hiciera. Me gusta estar aquí, con usted...

Sabía que la primera en volver sería Roy.

—¿Y no te gustaría más quedar con tus amigos?

—Sí, bueno... Sí. —Otro pinchazo de culpabilidad.

—Sé que no es cabezonería, Rebeca. Te sientes dolida y traicionada y está bien darte el espacio que necesites para recobrarte.

Los silencios en casa de Felisa Herrero calman como si sus muros, al vivir la guerra, comprendieran qué vale la pena atesorar. El sol sobre los azulejos, las flores en los alféizares, las fotografías de tiempos mejores y peores, incluso las humedades y algunas motas de polvo sobre los muebles antiguos.

—¿Echa de menos a Federico?

—Ya no tengo más familia que yo misma, así que echo de menos a mucha gente. Pero si lo dices porque el abuelo de Andre era muy amigo mío y estás pensando en los tuyos, entonces me repito: sí, muchísimo.

—A veces pienso que si pudiera olvidarme de algunas cosas sería más fácil. —Beck encoge un hombro—. Sandra, mi psicóloga, siempre me repite que «fácil» no es sinónimo de «mejor», pero... ¿cómo de importante es la memoria?

—Es lo más importante. Gracias a ella, revisitamos, repetimos y evitamos repetir. Aprendemos, recordamos a otros y nos recordamos a nosotras mismas. Por la memoria vive lo que está muerto y puede morir lo que es mejor no revivir. Rebeca, la memoria es el verdadero poder de muchos seres vivos, entre ellos, los humanos.

—Aunque a veces somos unos irresponsables con ese poder.

—Sí.

—Y... —se estruja las manos— cuando se sienta con fuerzas, ¿me hablará de aquella época?

La mirada de Felisa vuelve a la chimenea y Beck no acierta el porqué, si en sus cenizas puede percibir las que tiñeron Aconte mientras resonaban los pasos, las balas, los ruegos. Espera a que le responda, pues allí también se atesoran los segundos lentos, sin prisas. La existencia al son del propio corazón y no de las manecillas que otros colocan.

—Mi padre fue el último alcalde republicano de Aconte. Durante la dictadura, lo persiguieron, pero se escondió para que no lo encontraran.

—¿Dónde se escondió?

—Aquí. Ahí.

Con un vistazo, Beck repasa el salón de techos altos, la mesa camilla y, al final, el lugar que Felisa siempre contempla al recordar. La chimenea.

—¿En la chimenea?

—Detrás. Hay un fondo falso que da a un hueco entre las paredes.

—¿Su padre sobrevivió así...?

—Durante dieciséis años. La vecina lo ayudó a subsistir. Yo tenía ocho por aquel entonces y me llevaron a un colegio de monjas porque era huérfana de madre. Nunca volví a verlo. Lo descubrieron y lo fusilaron en estas calles.

Beck no se da cuenta enseguida de que está llorando. ¿Cómo es posible que esas calles de las que habla Felisa sean las mismas que ella ha recorrido jugando al escondite, charlando, cogiendo la mano de un ser querido? ¿Que fueran testigos de las represalias, el horror, la muerte?

—¿Solo Andre conocía su historia? —pregunta sin apenas voz.

—Sí. Pocos quieren rememorar lo que ocurrió. No es sencillo.

Por eso la llaman *bruixa*. Por quién fue su padre, por la etiqueta que le impuso la guerra, por juzgar en qué tipo de persona se convirtió después.

Solitaria, reservada y triste. Aunque solo hace falta conocerla para atisbar su amabilidad y compasión.

¿Ahora entendéis por qué no podía dejar de visitarla?

—¿Y por este recuerdo vive lo que está muerto o muere lo que es mejor no revivir?

Contra todo pronóstico, Felisa compone una sonrisa escueta que a Beck le recuerda inmediatamente a Zan. Se lo quita de la cabeza para concentrarse en la anciana, que ha decidido exponer una vez más sus cicatrices.

—Reconozco que, aparte de una joven muy enérgica, eres muy astuta. Me recuerdas bastante a Andre. Se nota por qué erais amigos. Este recuerdo, Rebeca, jamás debería olvidarse. Jamás.

—¿Me lo ha contado por eso?

—También.

Otro enigma que Felisa no esclarece, pero Beck no insiste, agradecida por la confianza que ha depositado en ella. El corazón todavía le retumba con el peso de una historia que debería estudiarse más y mejor. De esa chimenea compuesta por algo más que ladrillos y cenizas.

Se acaba el resto de café con un trago largo. Son las seis de la tarde y tiene que volver a casa para terminar de hacer la maleta. Desde el divorcio, Diego y ella siempre pasan el agosto con su padre en Barcelona y, al día siguiente, su tren sale a primera hora de la mañana.

—Rebeca. —Felisa nunca recorta la distancia que las separa, por muy cerca que estén. Sin embargo, esta vez alarga una mano para posarla sobre las de Beck—. Por la memoria de Andre también vive lo que está muerto. Él. Esa es la clave.

Hala, menuda pista. Eso es hacer trampas, Felisa.

Felisa sonrío.

—No... creo entenderla.

—Tranquila, tómate tu tiempo. Aunque mi padre te diría que los años ahí fuera corren más que aquí dentro. Que aproveches.

—Gracias.

Beck la abraza y, al percatarse de su impulso, intenta separarse; pero la anciana la retiene un poco más. Después la acompaña hasta la entrada y la chica promete volver a visitarla en cuanto regrese de Barcelona.

Cuando la puerta se cierra tras ella, Beck saca el móvil dispuesta a enviarle un mensaje a sus amigos, pero entonces recuerda que se desinstaló el WhatsApp. Mientras baja por el caminito de piedra, hacia la frontera entre una y la Otra Parte, atravesando los arbustos y las flores salvajes, teclea para volver a descargarse la aplicación. Quiere contarles que ha estado visitando a Felisa, que le ha hablado del pasado y le ha dado una pista sobre Andre.

De repente, choca contra un cuerpo y el móvil se le resbala de la mano. La otra persona lo atrapa al vuelo y, cuando levanta la cabeza, Beck se topa con los ojos oscuros de Zan. Lleva parte del pelo recogido en un moño alto y el resto suelto, con el flequillo bien apartado a un lado, por lo que puede atisbar su expresión sin problemas. Ni sorpresa ni duda, solo alivio y una pizca de pena.

—Hola.

—Hola.

Como si hubieran retrocedido al inicio del año e hiciera meses que no se ven. También sienten a la vez y exactamente lo mismo, como si sus emociones fueran primerizas, aprendiendo desde cero.

—Por fin —suspira Zan, más cerca de ella, atrevida la sonrisa que esboza porque no quiere equivocarse en ninguno de sus gestos.

—Hola —repite Beck, un hormigueo en la boca porque necesita besarlo. No lo hace.

—¿Te vas a Barcelona?

—Mañana.

—Sé que aún no quieres hablar con nadie, pero... —Las yemas de él le acarician el interior de la muñeca. La chica agacha la cabeza, la frente casi rozando el pecho de Zan—. ¿Podríamos hacer un intento?

Lo sorprendente es que, para que los sentimientos se vuelvan cálidos, primero la cabeza debe llegar a una conclusión de manera muy fría. Y Beck la ha buscado durante esas semanas con el corazón helado, tan racional que no se ha reconocido. Tal vez no esté lista del todo, pero no quiere que los años corran demasiado entre ellos y que, cuando esté preparada, resulte que lo estaba desde hace mucho y ya no haya vuelta atrás.

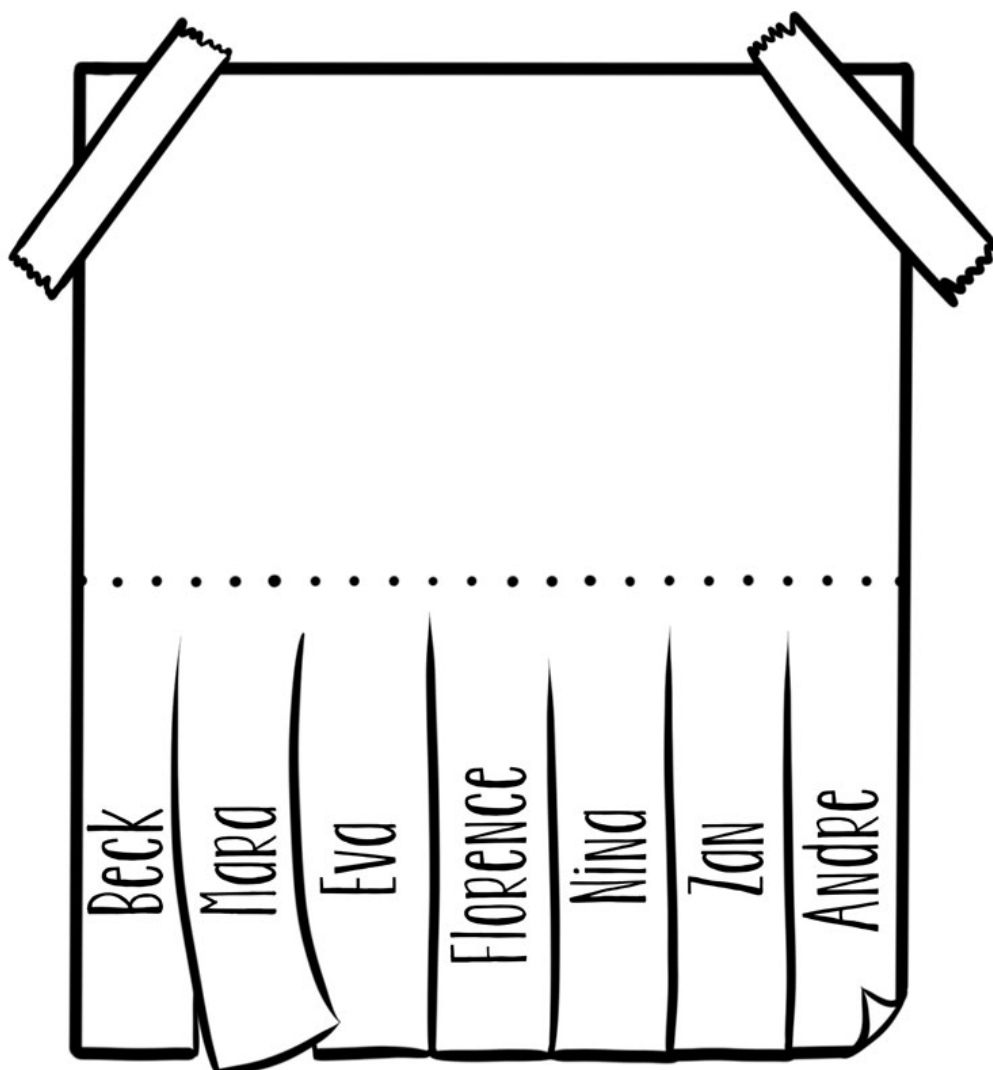
—¿Puedes acompañarme a casa?

—Me encantaría.

Zan sonríe más ampliamente, se inclina y le besa la mejilla. Luego, poco a poco, reclinan las cabezas hacia el mismo lado, apoyándolas en el otro, y respiran hondo sobre sus cuellos. Él huele a algo fresco, y Beck se da cuenta de que nunca se ha parado a averiguar si tiene un olor específico. Si, al contrario que ella, Zan ha memorizado el suyo y conoce algo más que el sabor de su piel.

Cuando se separan, se roban el aliento sin que sus labios lleguen a juntarse, a pesar de que el deseo rezuma en ellos como una colmena rabiosa. Zan suspira y Beck lo mira con una disculpa, pues van a tener que esperar de nuevo. Una última vez.

Y atraviesan una Aconte que se resiste a olvidar el pasado, que los mantiene en un presente que siempre es futuro porque el tiempo nunca se detiene.



01.09

El verano envejece de manera diferente al resto de estaciones porque, cuanto más mayor te haces, menos tiene de lo que toda tu infancia te ha enseñado que ofrece. Vacaciones durante tres meses, oler a cloro y salitre 24/7, ser más marítimo que terrenal, cenar bocatas en medio de la calle, dormirse tarde, despertarse aún más tarde... Lo único que no cambia es que

tiene la vida más corta, porque el verano dura un parpadeo con cinco u ochenta años.

Mara pensaba que ese verano reptaría con todo su peso y dolor pues no empezó bien: San Juan dio el pistoletazo de salida y a quemarropa contra ellos. Una herida que solo fue abriéndose más y más con la venta de su casa y la última verdad sobre el accidente de Andre y Nina. Pero lo cierto es que ha transcurrido tan rápido como siempre promete.

Porque el trabajo en Mar en Tasca ha sido intenso, porque lleva más de un mes yendo a terapia cada semana y está funcionándole, porque ni su novia ni ninguno de sus amigos la ha juzgado, rechazado, apartado después de que todo estallara. Solo Beck se alejó como ella ya hizo una vez y, aun así, no desapareció del todo. Algún audio, alguna foto...

De hecho, el móvil le vibra con un mensaje suyo en el grupo de WhatsApp. Avisa de que está a media hora de Aconte. Mara está deseando que le cuente cómo le ha ido ese mes en Barcelona con su hermano y su padre, aunque sabe que primero se deben una conversación. Disculpas que les permitan, al fin, empezar de cero.

—¿Es Beck? —pregunta Zan mirando por encima de Mara, un brazo apoyado en la columna de la terraza.

—Dice que llega en media hora.

—Joder, y yo termino en tres.

—Yo termino ya. —Ella sonríe y relee el escueto mensaje de Beck como si entrañara un mundo—. Tengo ganas de explicarme y solucionarlo todo. Estoy nerviosa.

—Irá bien.

—¿Qué irá bien?

Por el paseo marítimo, Florence y Eva se acercan con el neopreno bajado hasta la cintura y empapados. Por alguna razón, él se ha empeñado en que

la chica le enseñe a surfear y, sinceramente, tiene más posibilidades como modelo que sobre la tabla.

—Ni se os ocurra entrar en la tasca así porque, si tengo que sacar la fregona, será para daros una paliza —los amenaza Zan.

—No me importa que haya juguetitos de por medio. —Eva le guiña un ojo—. ¿Es que Beck está al caer?

Florence aprovecha para darle un beso en la boca a Mara, a quien de pronto le resulta irrelevante no haber vivido ese verano en condiciones, porque le basta con ver a su novia en bikini, el pelo recogido en una coleta alta y rastros de arena dorada sobre su piel oscura.

Una básica, pero comprensible porque Florence y Eva parecen sacados de una revista.

—Que no se te escape nada sobre su regalo.

—Seré una tumba. —Mara comprueba la hora en el móvil y da un respingo—. Tengo que irme.

Entra en la tasca quitándose el delantal, recoge sus cosas y sale. Los tres todavía están allí, hablando entre risas. Eva y Zan se reconciliaron rápido. Florence medió antes de que la brecha entre ambos se pronunciara más por culpa de un malentendido. Nina ha estado un poco ausente por los entrenamientos y las pruebas para empezar a competir en atletismo adaptado, pero, al igual que el resto, ha esperado con ansias el regreso de Beck.

Juntos a pesar de la catástrofe.

—Bueno, me voy —dice Mara antes de darle otro beso a Florence.

—Suerte.

Cuando se detiene frente a la casa amarilla en la que vive su amiga, duda entre llamar al timbre y que la reciba Julia, o esperar a que Beck llegue y no

molestar. Quizá ya está dentro, quizá hay un atasco y su autobús se ha quedado en mitad de la carretera.

Mientras abre la mochila en busca de un folio en concreto, Mara reordena sus pensamientos. Le hará entender el remordimiento que sintió cuando regresó a Aconte y se enteró de la muerte de Andre y la pérdida de Nina. De cómo se responsabilizó del accidente. Demasiado. Algo que no le permitió confesarle todo lo que su huida implicó al final, mucho menos cuando empezaron a reconciliarse y, egoístamente, temió perderla.

—Nunca te culpé del accidente —le repitió Nina hace un mes con una mano sobre su prótesis. Ya lo habían hablado, pero necesitó hacerlo una vez más—. Te acompañamos porque quisimos ayudarte. No me arrepiento, y estoy segura de que Andre tampoco. —Habló en presente.

Cierto.

Ni siquiera había reparado en lo mucho que había estado aislando sus emociones para no enfrentar las consecuencias. Y, pese a que a Nina le enfureció el hecho de que cortara todo contacto y no la pérdida de su pierna, Mara hacinó la culpa en completo silencio.

El folio que ha preparado es muy similar a aquellos que pegó por todo Aconte con cuatro canciones. La diferencia es que ha escrito: «Escógeme y ponte en contacto», y en las tiras que se pueden arrancar: «Perdón», «paciencia», «tiempo»...

Para no cometer el mismo error que aquella primera vez, Mara ha decidido dárselo a Beck en cuanto la vea, pero le sudan las manos por los nervios, así que se decanta por pegarlo en la puerta de su casa con un trozo de celo —siempre lleva un poco en su kit de costura para emergencias—.

Luego se aleja unos pasos, muy cerca de la dársena, y espera. Apenas pasan cinco minutos cuando se escucha el sonido de unas maletas sobre los adoquines, también las voces animadas de Beck y Diego. Entonces Mara

entra en pánico y se acerca para arrancar el folio antes de que su amiga lo vea.

Sin embargo, no logra desprender ni una esquina: un brazo pasa por encima de su hombro, con una «A» invertida tatuada en el interior de la muñeca, y arranca la palabra «perdón». Cuando Mara se gira con la espalda pegada a la puerta, se encuentra cara a cara con una Beck sonriente que le dice:

—Siempre tan peliculera.

—Ho... ¡Hola! —la saluda con voz chillona.

De pronto, la puerta se abre y cae de espaldas. Julia y Sofía se apartan a tiempo, entrecortado un: «¡Bienvenidos!», mientras Cerebro ladra entusiasmado, corriendo alrededor de Mara sin decidir a qué brazos lanzarse primero.

La entrada triunfal que merecen.

Ya en la habitación de Beck, tranquilas y sentadas en la cama, intercambian un par de miradas inquietas. Dos sonrisas que tiemblan tanto como sus voces al coincidir con un:

—Lo siento.

—Empieza tú.

—No, empieza tú.

Divertida, Beck resopla sin abandonar una sonrisa ahora más segura. Deja entre ellas el papelito de «perdón», se cruza de piernas para estar cómoda y se deshilacha el borde desgastado de sus vaqueros cortos antes de continuar:

—Siento mucho haberme... esfumado durante el resto del verano.

—Bueno, Diego y tú siempre pasáis agosto con vuestro padre.

—Ya sabes por qué lo digo. —Se atusa unos rizos de un turquesa desvaído—. Me bloqueé cuando Eva confesó. Tanto que hasta los nombres se apagaron por un momento.

Y Beck le habla de lo perdida y engañada que se descubrió. De que la ansiedad destrozó incluso lo que, más tarde, razonó. De la debilidad y los pensamientos intrusivos sobre ellos, sobre ella. De lo incomprensible, casi incompatible, que le parecía sentirse tan desprotegida y a su vez quererlos tanto.

—Entendemos por qué necesitabas tiempo, Rebeca. Soy la primera que lamenta haberse callado.

Y Mara le habla del arrepentimiento. De lo absolutamente oscuro que es sentirse culpable del accidente de dos amigos. De que también ha estado tan perdida que confundió la felicidad de recuperarlos con estar sana.

—Menudo año.

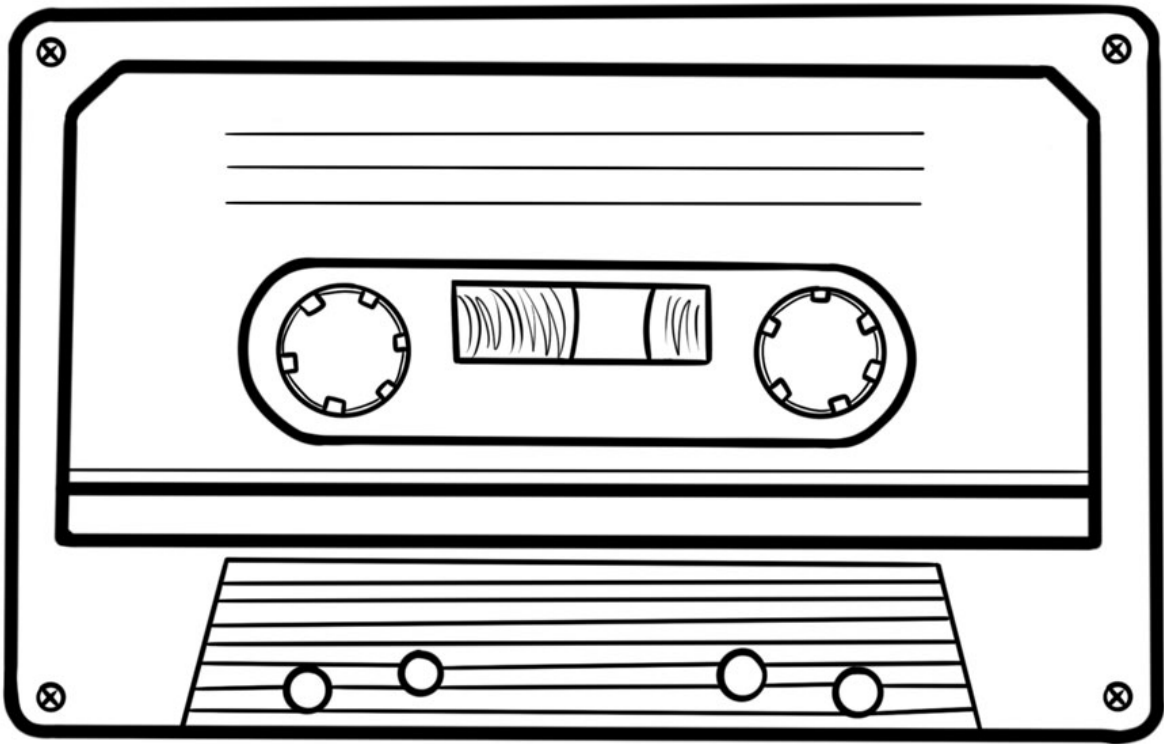
—Es como pegar el estirón, pero versión madurez —ríe Beck. Se mira las manos entrelazadas, luego a Mara—. ¿Me perdonas?

—¿Y tú?

El abrazo sella todas y cada una de las fisuras que se abrieron al chocar contra el mar, contra un coche, contra ellos mismos. Los nombres y los sueños siguen ahí, pero también ambas.

Y esa aparente simpleza es la más grande de las esperanzas.

OceanofPDF.com



09.09

Las primeras veces en todo están ahí para fastidiar. Habrá un pequeño porcentaje que sea emocionante, pero, en general, te convierten en un atajo de nervios. Paradójicamente, la primera vez de algo en concreto se puede repetir.

Como ahora, que Beck sale de la facultad después de su primer día de clase, pese a ser su tercer intento de sacarse una carrera. Tres primeras veces, por suerte, esta es la que mejor ha ido. Aun así, deberá acostumbrarse a la cantidad de nombres que distingue sobre los portátiles, las libretas, las mochilas, los bolsos, la ropa... Todos culpables de su actual dolor de cabeza.

En mitad de las escaleras exteriores, guiña los ojos porque la intensidad del sol le taladra las sienes un poco más. Entonces nota unos dedos sobre sus orejas y está a punto de girarse de sopetón para defenderse, cuando esos dedos le enganchan dos auriculares y le dan un *walkman* que reconoce enseguida.

Suenan The Smiths: «*Good times for a change. See, the luck I've had. Can make a good man turn bad*», mientras frente a ella, un escalón más abajo, se coloca Eva. Él se mete las manos dentro de los bolsillos de su vaquero negro y sonríe. Beck también lo hace, más en calma, los nombres tenues y esa templada sensación de que todo irá mejor porque se ha reconciliado con sus amigos.

Eva habla, pero no lo escucha del todo bien, algo similar a: «Enhorabuena por tu tercera primera carrera». Si es que comparten la misma neurona. Y Beck le susurra, pues la canción sigue sonando alta y no quiere llamar la atención del resto:

—Enhorabuena por tu primer tercer año de carrera.

Se miran unos segundos más antes de que Eva alce los brazos, le quite los auriculares y diga:

—Aún no he terminado de disculparme.

—Ya lo hablamos el otro día. Todo está bien.

—Prefiero asegurarme. No quería hacerte daño, Rebeca.

—Ninguno quisimos.

—Supongo que estudiar Psicología no me enseña a dejar de cagarla constantemente.

—Tampoco la cagas tanto. Lo mismo que yo.

—Sale una buena media. —Eva le coge la punta de los dedos y tira de ella para que termine de bajar las escaleras—. Pero ¿hay algo más que pueda hacer? ¿Tatuarme tu cara sobre el corazón...?

—Por favor, no.

—Hmm... ¿Tienes hambre?

—Nivel perder la cabeza.

—Cojonudo. —Eva tira más de ella hacia la calzada de la avenida—. Aunque quiero que sepas que me tatuaba tu cara si hacía falta.

A estas alturas no tengo que convenceros de que, efectivamente, sería capaz.

—Eso sí que es amistad —ríe Beck, que enseguida ve el Hummer de Florence aparcado en doble fila.

No le da tiempo a preguntar, porque su amigo le abre la puerta y ella se aúpa para entrar en los asientos traseros. Desde los delanteros, Florence y Zan se giran, sonrientes.

—¿Qué hacéis aquí?

—Ha sido vuestro primer día de clase —empieza a decir Zan.

—Y eso merece una recompensa.

—No creo que funcione así —vuelve a reír Beck poniéndose el cinturón de seguridad.

Con el *walkman* guardado en la mochila, ahora todos escuchan la música que Florence ha escogido. No es *Hambre*. Ha llegado ese punto en la posproducción del que la chica no quiere revelar nada más. Que el resultado final sea una sorpresa.

Solo cuando han bajado del coche y entran en el Jardín del Turia, al fondo la Ciudad de las Artes y las Ciencias, Beck adivina a dónde están conduciéndola. De lejos, ya se escuchan las ruedas surcar la piedra, las caídas, las risas... Es el *skatepark* al que solían ir Andre y Nina, cuando el puñado de rampitas y barras que Aconte instaló en uno de sus pequeños parques no bastaban.

A un lado de las instalaciones y bajo algunos árboles, Mara y Nina los esperan con una manta extendida sobre el césped y varias cestas.

—¿Pícnic? —pregunta Beck.

—¿Te parece bien? —se preocupa Florence, sabiendo que detesta las sorpresas.

—Me parece genial.

Los seis se reúnen entre abrazos y sus estómagos rugen al unísono cuando sacan toda la comida y la bebida. Empanadillas, tortilla de patata, sándwiches, croquetas, quesos, aceitunas, papas, frutos secos, refrescos, cervezas...

—Más muertos hoy —dice Mara levantando un vaso para brindar.

—¡Pero más vivos que mañana!

El mediodía despierta una brisa tibia que no llega a sofocar y, en cuanto Beck se termina la última croqueta, se tumba sobre la manta. No cierra los ojos, sabe que se dormirá. A punto de echarse a reír, atiende a la discusión sobre cuál es la mejor película navideña de la historia. Por supuesto, al final Nina pone los ojos en blanco y se abstiene de opinar, tumbándose junto a ella.

—He guardado un táper de *jiaozis* que mis padres han cocinado para ti.

—¿Solo para mí?

Nina asiente con una sonrisa y se aparta unos cuantos mechones, aunque no todos se quedan recogidos tras su oreja, antes de aplastarse los más cortos de la nuca, nerviosa.

—¿En son de paz?

—¿Qué os pasa? —La mirada de Beck se entristece—. Ya le he dicho a Eva que está todo bien. Está hablado, perdonado y zanjado. —Busca la mano de su amiga para cogérsela y apretar.

—Mara nos pidió que no contáramos nada. Y entre mi pierna, Andre, que no supe gestionar nada, que nos íbamos alejando...

—Me lo explicaste y te entiendo. Todos os encontrabais en una posición complicada y estaba claro que yo tampoco era capaz de gestionar nada. Mira cómo me puse...

—Vale —suspira Nina, más tranquila—. ¿Sabes? Tenía muchas ganas de contarte esto: voy a competir en atletismo adaptado. A final de mes me iré a un Centro de Alto Rendimiento en Madrid.

—¡Enhorabuena! —Beck se lanza sobre ella y la abraza. Ni siquiera le pregunta desde cuándo lo sabe o si el resto está al corriente, solo quiere celebrarlo—. Estoy muy orgullosa.

—Por eso... ¿patinarías conmigo?

Beck se separa y la mira con el ceño fruncido.

—¿Ahora?

—He traído dos pares de patines. Quiero despedirme de este *skatepark* en condiciones y no tengo a Andre para hacer el cafre conmigo.

¡Ey, estoy aquí! Y, como fantasma, tengo la gran habilidad de deslizarme por donde quiera.

—Sí, claro que sí.

Sentadas en un banco, se los ponen. Nina respira hondo al atarse los cordones y verse con sus antiguos patines amarillos de cuatro ruedas, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Recuerda cuando fueron a la pista de hielo y lo mucho que le costó mantenerse en pie o impulsarse con la prótesis. Pero no está allí para patinar de la manera en que lo hacía con Andre, está allí para divertirse y demostrarse que no hay límites.

—Ponte el casco, Beck, no quiero tener que llamar al 112 —ríe Mara aplastándole los rizos con uno.

—¡Oye, que me acuerdo de patinar!

Beck se incorpora y, aunque hace unos cuantos aspavientos para no perder el equilibrio, le resulta mucho más fácil que sobre el hielo. Prueba a recorrer unos cuantos metros y no se cae. Vuelve a por Nina y, cogidas de la mano, se deslizan por las zonas llanas.

Sus amigos se unen para ayudarlas a subir y bajar algunas rampas poco empinadas, y las caídas llegan aparatosas, pero siempre entre risas. Mientras, Mara los fotografía con la Polaroid de Nina hasta que Beck le pide sustituirla porque tiene el trasero dolorido. Suerte que los patines en línea son de una talla intermedia que les viene a todas menos a los chicos.

Sentada en lo alto de una de las rampas más inclinadas, Beck saca algunas cuantas fotografías más. A su mente acuden todas esas que Nina tiene de Andre allí, subido al *skate*, hablando con otros patinadores, posando con las rodilleras arañadas, descansando en el mismo lugar desde el que ahora ella observa a sus amigos.

—Este sitio te pegaba mucho, Andre —dice Beck al aire, sin esperar que su fantasma responda.

Lo sé.

—Mira todos esos grafitis —no lo ha escuchado, pero continúa—, y la piedra desgastada, y el color desconchado... Has dejado huella.

Comprobado: los fantasmas pueden llorar.

Sobre los hombros de Beck, alguien coloca la chaqueta beisbolera de la que se enamoró en la tienda de segunda mano, pero que no compró. Entreabre los labios, pasmada, al tiempo que Zan se sienta a su lado.

—Es un regalo de todos por tu cumpleaños. Habríamos preferido dártela aquel día, claro.

—Bueno, hoy hace un mes justo, así que... Gracias. —A pesar del calor que aún hace, Beck hunde los brazos dentro de las mangas negras y se

arrebujada dentro—. ¡Gracias! —le grita al resto, que le responden con varias carcajadas controladas para no perder el equilibrio sobre los patines.

—¿Qué tal tus compañeros de clase?

—Solo les saco dos años, pero ellos me sacan mucho de entusiasmo universitario.

Ríe antes de volverse hacia Zan, quien le mira la sonrisa con una intención muy diferente a imitarla. Al darse cuenta de su falta de sutileza, aparta la cara, un tanto avergonzado, pero Beck pone una mano sobre su mejilla y se la gira con delicadeza para darle un beso. Los labios juntos, la presión justa, se aleja. Entonces es Zan el que se inclina, una mano cerrada en torno a la muñeca de la chica que todavía le roza la barbilla, enterrando la otra bajo la chaqueta, sobre la línea de piel desnuda entre el top y los vaqueros de Beck.

Al instante, olvidan dónde están. Más pegados. La pierna de ella sobre la de él, las manos de él abarcando la cintura de ella. Un sonoro silbido los separa, pero no como siempre: sus bocas desprendiéndose lentamente, sin timidez.

—¡Un poquito de castidad, por favor! —les dice Eva.

—¡Hay niñas delante! —añade Florence, refiriéndose a Mara, pese a que enseguida aprovecha que su novia va con los patines para deslizarla hasta ella y abrazarla.

—Están fatal —ríe Beck de nuevo.

El atardecer cercena el cielo, una calidez que ralla el púrpura de la noche. Beck lo fotografía y contempla sus colores, pensando que están vivos de una forma muy distinta a cómo los percibe su ojo.

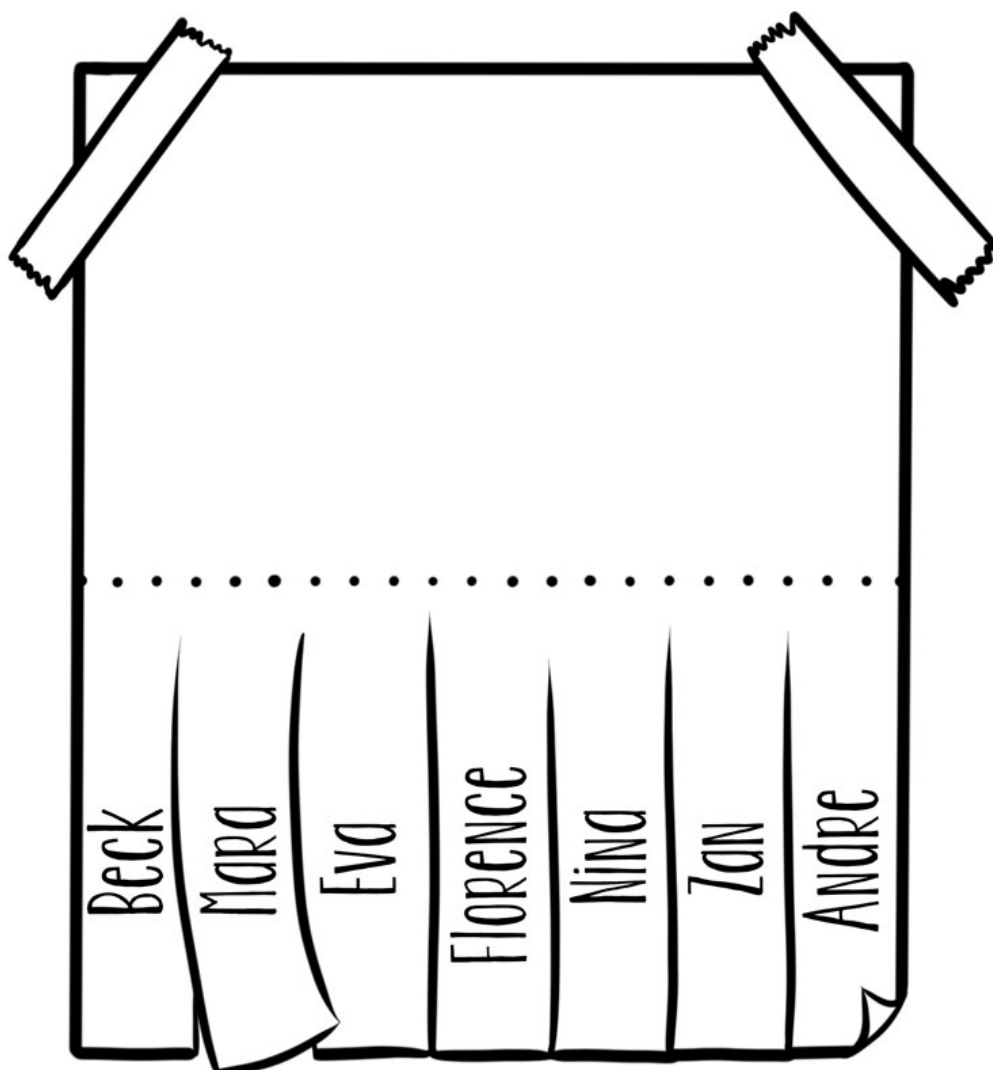
—Zan, ¿recuerdas lo que me dijo Felisa la última vez que la visité, cuando me buscaste antes de que me fuera a Barcelona? —musita, sumida en sus pensamientos—. «Por la memoria de Andre también vive lo que está

muerto. Él. Esa es la clave». Por muchas vueltas que le he dado, no lo he entendido.

—Ni tú, ni nadie.

—Aunque... Espera. —Beck respira hondo, observando la imagen de ese cielo que existe, pese a cambiar según se mire—. Esta es la clave de que Andre aún sea un fantasma y nosotros todavía tengamos estas habilidades. —Una idea cruza por su cabeza—. Creo que ya lo entiendo. Creo que he dado con la solución.

OceanofPDF.com



26.09

El otoño los engaña con ese calor propio de un verano que ya han dejado atrás. Suerte que Felisa piensa más que todos ellos juntos porque, cuando la visitan por la tarde, ya ha preparado una merienda fresquita sobre la mesa bajita entre el sofá y los sillones. Horchata, granizado de limón y fartons.

Mara no puede evitar echarle miradas furtivas a la chimenea. Un lugar en el que nadie se fijaría de no saber lo mucho que escondió. El padre de

Felisa estuvo enterrado entre tabiques durante dieciséis años y, aun así, no logró escapar de la brutalidad del franquismo. Desde que Beck se lo contó, ha estado pensando en que es un pedazo de historia acontense que debería conocerse.

No ha sugerido nada, porque Felisa es muy reservada con su intimidad y ella no es quién para hablar de un episodio tan traumático que ni siquiera vivió. Ojalá le hubiera prestado más atención al mural que Andre hizo sobre los topos de la posguerra, aquel por el que le pusieron un diez. Pero entrañaba un relato que, en su momento, sintió lejano. Ahora se arrepiente.

—Venga, lo digo —interviene Beck de repente, acomodada en un cojín sobre el suelo, con la boca llena de fartons.

—Traga antes —la regaña Florence dándole una palmadita en el cogote.

—Eso le diría yo si... —Eva no termina la frase, pues Florence vuelve a la carga, aunque esta vez más fuerte.

—Tía, que ha sonado —se ríe Zan.

—Dejad de pelear —los avisa Felisa mientras sale de la cocina secándose las manos con un trapo. Se sienta en su sillón—. Dime, Rebeca.

—Si acierto, ¿dejará de ser tan críptica?

—Pero va en contra de mi condición de *bruixa*, ¿no?

Hasta ahora, ni Felisa ni ninguno ha hecho referencia al apodo que el pueblo le puso a base de rumores. Aunque ¿puede que para Felisa no sea despectivo? Tal vez se lo haya apropiado con orgullo para no sentirlo nunca más como un insulto. Además, ya se sabe quiénes quemaban a las brujas y por qué.

—¿Trato? —insiste Beck.

A Mara está a punto de escapársele una risita porque ella será la peliculera del grupo, pero Rebeca Roy es la testarudez y osadía personificadas.

—De acuerdo. —Felisa entrecierra los ojos y enreda las manos sobre su regazo como las ramas de un viejo árbol.

No seas mala, Felisa, ya lo tienen.

—Andre es un fantasma —tampoco han dicho jamás delante de la anciana cómo entienden la presencia de su amigo, pero ella siempre ha insinuado que también lo percibe así— no porque tenga cuentas pendientes, sino porque lo recordamos muerto, ¿verdad?

—Pero ¿qué puta locura dices, Rebeca? —Eva aprieta los labios en cuanto Felisa le dedica una ceja enarcada por la palabrota.

—Es así, ¿no? «Por la memoria de Andre también vive lo que está muerto». Esa es la clave: cómo lo recordamos.

Al centro de la diana.

—¿Quieres decir que estamos reteniendo a Andre en «este lado» porque lo echamos de menos? —pregunta Nina, confusa.

—Porque lo recordáis muerto —determina Felisa sin que le tiemble la voz. Algún latido duele por lo directa que ha sido—. Su pérdida es algo con lo que tendréis que convivir siempre, pero os habéis pasado todo este tiempo arrastrando su muerte, no recordando su vida.

—A veces sí que lo recordamos en vida —apunta Zan.

—Pues así es como más libre ha estado. Menos aquí y más allí.

—¿Quieres decir más muerto?

—Él ya lo está, Mara. Eso es lo que tenéis que aceptar.

Y los nombres, los sueños, las fotografías, la tinta. Todo lo que jamás les ha pertenecido y que Andre debe llevarse consigo. Lo que se llevará cuando comprendan que a los seres queridos que ya no están es mejor recordarlos celebrando su vida, no lamentando su muerte.

Mara empieza a entenderlo. Cuando intentaron despedirse de Andre en San Juan, solo pudo evocar la culpa que sentía por su accidente. En ningún

momento se acogió a lo mucho que le gustaba el mar, a que en esas mismas orillas pidió decenas de deseos, a que no dejó de sonreír hasta el final. Por las expresiones del resto, intuye que algo similar debió sucederles.

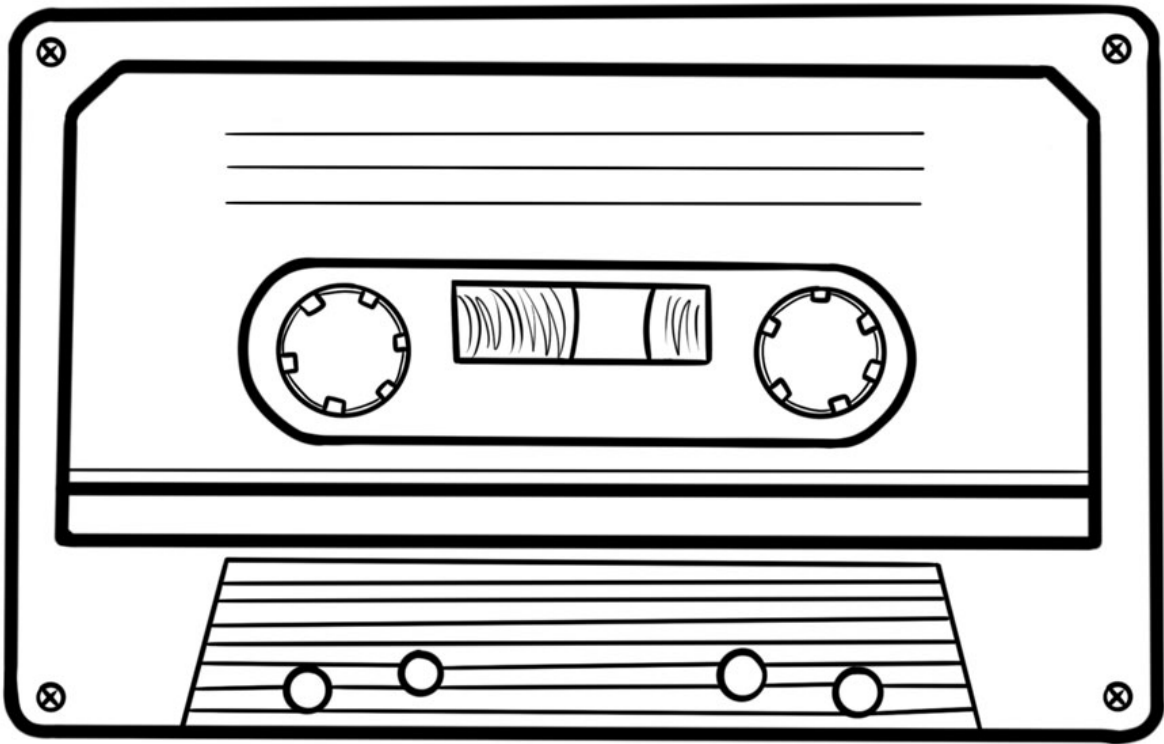
—Falta mi regalo para Andre —dice Nina de pronto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Andre escribió que quería celebrar su cumpleaños con nosotros y no pudo. Quiero que este año lo hagamos, pero tiene que ser justo el 24 de noviembre. ¿Qué mejor manera de despedirnos de él que acordarnos de su vida el día en que nació?

Y cuando me recuerden vivo, podré morir al fin.

OceanofPDF.com



05.10

A través de la ventana, el leve vaivén de los barcos amarrados hipnotiza a Beck, pero enseguida vuelve a escribir para no perder la inspiración. Ni siquiera tiene sueño, pese a que es una madrugada otoñal que permite dormir con las ventanas abiertas sin sudar ni pasar frío.

Sabe que será una novela larga, de personajes que le arrebatrán el corazón y luego le pedirán regresar a la vida en una segunda parte. Echaba de menos esa sensación de encuentro y deriva, porque nunca se esfuerza por planificar el final de sus historias.

La casa de Zan está en absoluta quietud y es mucho más fácil concentrarse sin escuchar a su madre y Sofía charrando en el salón, a Diego

viendo la tele en su habitación, o a Cerebro rascando el parqué y ladrando para reclamar su atención.

Es que Cerebro es el centro del mundo.

En un folio, escribe: «Vendrán tiempos peores». Eso les dijo Felisa la última vez que la visitaron. Bueno, no exactamente así, sino: «Me alegra que estéis juntos. Cuando vengan días peores, porque los habrá, os tendréis los unos a los otros». El augurio terrible de una bruja o la mala broma de una anciana encantada de tomarle el pelo a un atajo de chavales.

Beck le da vueltas y vueltas. Cómo no, si Felisa no ha dejado de responder con misticismos desde que la conocen. ¿Días peores? ¿Después de todo? Pese a esa diminuta y molesta paranoia, sonrío porque le gusta pasar tiempo con ella, incluso en silencio. Aunque no podía ser de otra manera, Andre jamás los habría conducido hasta una persona horrible.

—¡He llegado! —anuncia Zan desde el piso inferior.

Cierra el portátil, apaga la luz del escritorio y desciende las escaleras para recibirlo. El chico ha ido a pescar y tiene una expresión plácida, como si solo el mar pudiera doblegar los brotes oscuros de su memoria.

—¿Cómo ha ido?

—No he pescado ni uno —responde él dejando la caña y un cubo lleno de utensilios junto a la entrada—. Pero está bien. No era lo importante.

Lo importante era despejarse. En ocho días se cumplirá el primer aniversario de la muerte de su madre, y en Zan ya se advierten esas lascas de bordes afilados que lo aguijonean al sonreír de más, al despertar, al salir a la calle, al simplemente estar.

—¿Te apetece comer algo?

—Si hemos cenado hace unas horas.

—Escribir me da hambre. —Beck encoge un hombro—. O sea que, si preparo unos sándwiches de Nocilla, ¿no me pedirás ni un bocado?

—Te van a sentar mal.

—Bueno —se dirige a la cocina y coge el paquete de pan de molde—, estoy segura de que no podrás resistirte.

—Empiezo a pensar que tienes razón. No podré resistirme.

Beck lo mira con una sonrisa que pretende acumular toda la osadía que su cuerpo no puede soportar, pues Zan se ha acercado mucho a ella, apoyando una mano en la encimera y apartándose la melena hacia un lado con la otra. ¿Sinceramente? Debe coincidir: tampoco podrá resistirse.

Y no están hablando de los sándwiches. Yo me piro.

La quietud de esa casa se transforma cuando se carga de electricidad. A Beck le cuesta horrores no cortarse con el cuchillo, sintiendo a Zan pegado a su espalda, las caderas más pegadas todavía, su aliento detrás de la oreja presagiando una boca mucho más exigente. Pero demuestra tener un autocontrol de chef profesional cuando termina de preparar los sándwiches, vuelve a alzar la cabeza para dedicarle otra sonrisa y se escabulle, dirigiéndose al sofá con las piernas temblorosas.

Lo ha calentado a base de bien, puede verlo en su mirada entrecerrada y en lo lento que se mueve para seguirla hasta sentarse en el sofá. Aun así, a Beck le sorprende. No entiende cómo ha podido provocarlo, si viste una sudadera holgada y unos pantalones cortos pero desgastados.

—Entonces, ¿estás mejor?

—Ahora sí. Mañana no lo sé. Dentro de una semana, fijo que no.

Es cierto que Beck quiere asegurarse de que Zan se encuentra bien. No cometerá los mismos errores, y mucho menos quiere que se fuerce a hacer cualquier cosa que no le apetezca solo para aparentar cierta normalidad.

—¿Qué tal la sesión de escritura? —pregunta el chico, que estira un brazo para coger uno de los sándwiches.

—Genial —responde Beck alejando el plato.

—¿Perdona?

—Perdonado —dice antes de darle un mordisco al suyo, triunfante, divertida—. No quiero que te sienta mal.

Quizá lo ha estado provocando con ciertas palabras, con la manera en que le habla. Beck debe reconocer que algo insinuante ha sido a propósito. Sin embargo, le queda claro que ha sido toda ella, pues Zan la aferra por los tobillos y la arrastra hacia él, contemplando su cuerpo desde arriba. Acostada y con el brazo en equilibrio para que no se le caigan los sándwiches, intenta contener un jadeo cuando Zan se estira para coger el plato y dejarlo sobre la mesita. Cuando permanece entre sus piernas con esa seriedad que siempre le ha devorado los nervios. Cuando no se inclina del todo para besarla, a pesar de que tiene sus labios prácticamente encima, y ella entreabre los suyos al humedecérselos porque le hormiguean, desesperados.

—¿Qué haces? —murmura, un poco ronca, conteniendo aún el gemido que Zan parece prometer que será el primero de muchos con su mirada oscura.

—¿Prefieres que te lo cuente?

—No.

A Beck todavía le cuesta asimilar que, con ella, Zan ha perdido gran parte de esa timidez que lo sonrojaba a la mínima y ese reparo ante el contacto inesperado. No cree que puedan aguantar mucho más, pero entonces Zan se yergue y, con una sonrisa que le derrama un escalofrío por toda la columna vertebral, le sube la sudadera lentamente, estremeciéndola entera hasta detenerse bajo el sujetador. Sin soltarla, hundiendo un poco los pulgares en su carne, se encorva para besarle la piel erizada. Sube, baja y Beck entrelaza las piernas por detrás de su cadera, intentando sofocar los

cosquilleos en los rincones más sensibles. Y por fin él se quita la camiseta tirando de ella desde la espalda, y regresa a sus labios.

—Rebeca —susurra él metiendo una mano bajo el sujetador.

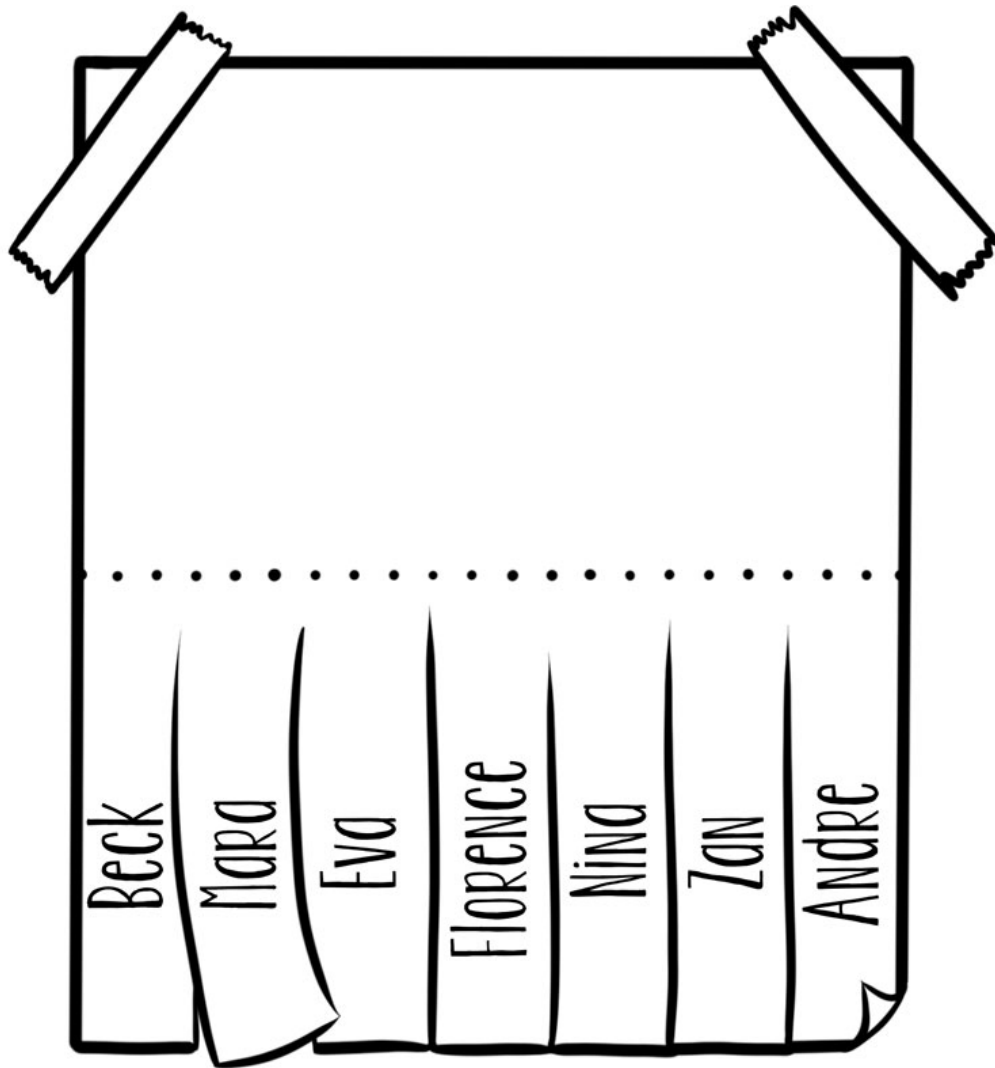
—Ah... Sigue.

Y se besan, aunque la chica le muerde la boca cuando Zan continúa acariciándola. Luego entierra los dedos en su espalda, apretando las piernas para sentirlo más cerca. Desordenan el salón cuando tiran los cojines y toda su ropa al suelo. Rompen el aire entre ellos y la delicadeza al tocarse con más ansias, como si sus cuerpos fueran infinitos y no tuvieran suficientes años para encenderse de mil formas.

Ahora están bien.

Y ahora basta, pueda o no predecirse el futuro.

OceanofPDF.com



20.10

Durante mucho tiempo, Mara odió los espejos. No por superstición, sino por verse reflejada. Sus padres le habían repetido tanto lo desagradable que era por fuera que, al menos, intentaba consolarse con que no existían espejos que reflejasen el interior de las personas. Porque entonces en su casa se habrían roto todos.

Hacía mucho tiempo que no se sentía insegura frente a uno, pero tal vez es porque hace mucho más que no se pone un maillot. Por encima de la tela elástica, se pasa los dedos por el pecho voluptuoso y los pliegues del vientre, hasta detenerse en la cinturilla del tutú que ha terminado de coser. Se siente orgullosa de esa pieza que ha confeccionado a partir de sus tutús antiguos, esos que sus padres metieron a presión en varias cajas y tiraron a la basura. Pese a los diferentes colores y adornos, las capas de tul combinan y Mara sonríe porque así es ella: una mezcla de diferentes instantes y emociones que empiezan a convivir en armonía.

Sus viejas puntas, colgadas sobre el busto de costura que le regaló su abuelo, ya no le vienen. Su psicóloga le dijo que le sentaría bien practicar algún deporte, y pensar en el *ballet*, aunque quizá ya no sea capaz de hacer ni un *plié*, le agita las ganas de retomarlo.

Lucha por que sus padres no regresen en ese momento a su mente para cortarle las alas. Ya tienen una colección de ellas. De aficiones, sueños, futuros. Y Mara se resiste a que le arrebaten algo más. No le está siendo sencillo cicatrizar sus voces, todo lo que le hicieron dar por sentado sobre ella misma. Pero avanza, y el reflejo adquiere una forma más amable.

Se ve bien.

Aun así, empieza a bajarse las medias que se ha puesto sobre el maillot solo para probar. Entonces Florence entra sin llamar.

—Está en su habitación, ¿no? —escuchan a Lupe desde el piso inferior.

—¡Sí! —responde Florence con un brillo en los ojos al darle un descarado repaso de arriba abajo. Relucen más al cerrar la puerta.

—Ni se te ocurra —susurra Mara, viendo tan claras las intenciones de su novia que se le retuercen algunos músculos. No da más de un paso porque se enreda con las medias enganchadas a sus tobillos.

—No va a subir.

—Florence. —Cojea y mueve los pies para quitárselas con varias sacudidas.

—¿Ese es el tutú que has hecho a partir de los otros? —pregunta la chica, de pronto quieta al reparar en él—. ¡Es una pasada!

Por un instante, a Mara le arden las terminaciones nerviosas porque, en realidad, esperaba que Florence no le hiciera el menor caso y se lanzara contra su boca. Suspira para deshacer sus fantasías, atusándose la falda para que la rugosidad del tul barra el hormigueo en sus manos.

—Estoy pensando en retomar el *ballet*, pero...

—¡Hazlo! Nunca debiste dejarlo. Aprovecha que vuelve a apetecerte.

—¿Sí?

—Desde luego que sí.

Florence se cruza de brazos con una sonrisa orgullosa y Mara está a punto de descruzárselos, pues sigue sintiéndola demasiado lejos.

—No te esperaba —opta por decir—. ¿Qué pasa?

—*Hambre* está listo.

—¿En serio? —Mara se emociona—. ¿Me has traído una copia?

—¿Trato preferencial? —Florence se lleva las manos a la espalda y se pasea remolonamente sin apartar la mirada de ella—. Lo verás a la vez que el resto el día de la presentación. Será en un garito de Valencia, muy íntimo. Quiero que todo siga en la línea que planteamos.

—¿Cuándo?

—31 de octubre.

—¿En Halloween no estará todo muy petado?

—La intención es limitar el aforo. Así también podemos celebrar el cumple de Eva y Zan.

—Bien pensado. Entonces —Mara se acerca—, ¿ni siquiera un pequeño adelanto?

A Florence le vuelven a brillar los ojos cuando su novia se detiene a medio metro, pero, impaciente, no aguanta, la coge por la cadera para retenerla contra el armario y le quita el tutú tan poco a poco que ya se escucha la súplica en la respiración desacompasada de Mara.

—¿Ahora sí que quieres? —Florence planea sobre su boca con una media sonrisa antes de besarle la barbilla y el cuello.

—Mientras no hagamos ruido...

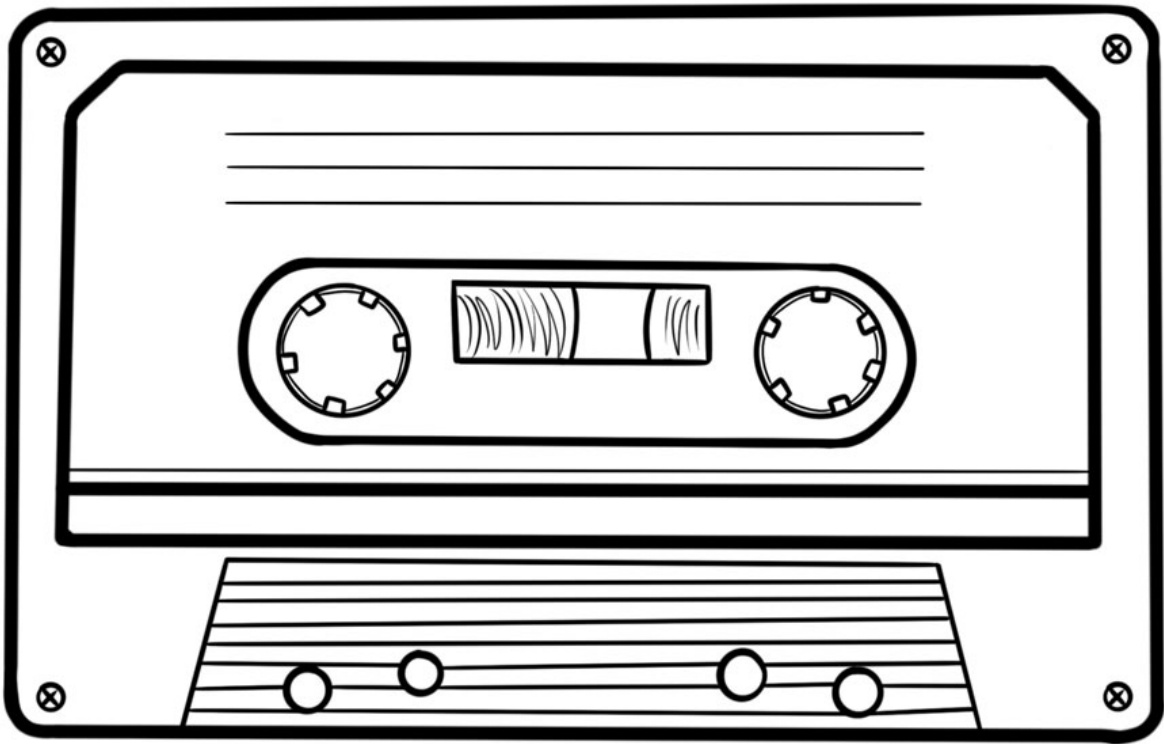
Mara se tiene que aplicar su propia restricción, mordiéndose los labios para callar, cuando la acaricia entera sobre el maillot de una manera muy diferente a como ella lo ha hecho frente al espejo. Ningún reflejo podría convencerla de que su cuerpo está mal pegado al de Florence, menos aún cuando le baja los tirantes del maillot y le besa los hombros, el aliento inquieto y las manos deslizándose desde sus muslos desnudos hacia dentro.

Y, cuando su cuerpo amenaza con no sostenerla más si Florence termina el recorrido, esta se aleja, retrocede hasta sentarse en la cama y, taimada, cruza una pierna sobre otra. Mara protesta con una especie de gemido, imaginando cientos de formas de desenredárselas, aunque sus manos le imploran separarle las rodillas de una y dejarse de juegos.

—Ven —dice Florence.

Mara no sabe si ha sido una petición o una orden, pero le aviva el apetito igualmente. Va, se sienta a horcajadas sobre su regazo y le permite ser quien la desnude del todo, midiendo cómo y cuándo volverá a devorar cada centímetro de su piel.

Irá todas las veces que quiera, porque ya nada la detendrá jamás.



31.10

Hambre son diez canciones sonando en instrumental por los altavoces. *Hambre* son las letras compuestas por Florence y Beck, transcritas con la peculiar caligrafía de Eva, que ahora se proyectan en las paredes del club. *Hambre* son las imágenes de Francia, captadas por Mara y Nina, sucediéndose en varias pantallas. *Hambre* son ellos, y esa noche por fin se mostrarán al resto del mundo.

La presentación del disco es un evento privado con la cantidad justa de invitados y prensa. Después de tocar varios temas, lanzarán el minidocumental de cómo se produjo *Hambre* en YouTube, y en Beck despierta una oleada de nervios porque ella forma parte de ese proceso.

Pese a que es Halloween, nadie se ha disfrazado. La estética general está más relacionada con el otoño y los claroscuros que caracterizan el disco de Florence. Beck pone los ojos en blanco ante el enésimo resoplido de Eva porque él estaba deseando disfrazarse.

—¿Qué sentido tendría con *Hambre*?

—¡Ayer fue el cumple de Zan y mañana es el mío! ¿Qué otro sentido quieres? Mira, ¡este podría ser yo!

Eva teclea en su móvil y le enseña la fotografía de un chico de pelo negro, ojos azules y un lunar en el labio inferior. Va disfrazado de cura y, por esa sonrisa de romper muchos platos que luce, Beck intuye que debe tener un arsenal de expresiones similar al de Eva.

—Ese chico está buenísimo. ¡Ni por asomo podrías ser tú!

—¿Cómo te atreves? —se indigna Eva con una mano en el pecho.

—¿Quién es?

—Adrián, un colega de Madrid. ¡De cura, Rebeca! Amén a lo sexis que iríamos. Habríamos puesto de rodillas a medio planeta.

Uf, os aseguro que sí.

—Empieza a preocuparme que estés tan obsesionado con el tema religioso. Me hiciste monja, ahora te va el rollo cura...

—¿Te pone? —Eva mueve las cejas—. ¡Ah, no! Que tienes novio.

Beck se sonroja cuando lo dice en alto porque, es cierto, está saliendo con Zan. Se lo pidieron casi al unísono mientras paseaban por la playa durante una tarde. Nada cursi ni de película, como Mara habría imaginado, pero a Beck le gustó que fuera así. Sin presiones, natural, sintiendo que siguen siendo ellos mismos y el uno para el otro.

—Aunque... ¿vuestro grado de exclusividad?

—Ya te avisaremos —contesta Zan apareciendo entre ellos con tres tercios de cerveza.

—¿O sea que hay una posibilidad? —se ilusiona Eva antes de darle un trago al botellín.

—Por favor, decidme que no estáis hablando de sexo —dice Nina cuando llega hasta ellos.

—¿Por qué? ¿Lo echabas de menos? —Su amigo le da un ligero codazo.

Nina se mudó al Centro de Alto Rendimiento en Madrid hace un mes y, al fin, ha recuperado esa viveza que solo el deporte consigue despertar en ella. Es algo indescriptible, un aura que se percibe en las personas felices.

—Ey, chicos —los llama Mara, de puntillas y con el brazo en alto para hacerse ver entre la gente—, Florence quiere que nos hagamos una foto juntos.

Mientras se dirigen a la esquina del club donde han montado un *photocall*, Beck vuelve a contemplar el disco antes de guardárselo en el bolso. Los colores cálidos de un viñedo francés rodean a una Florence un tanto desenfocada, que corre entre ellos mirando atrás, una mano extendida como si alguien fuera a cogérsela, su vestido agitándose. En la parte inferior, *Hambre* destaca en mayúsculas y con una grafía sencilla. La «A» está invertida, como el tatuaje que se hicieron por Andre. Bajo el título, un poco más pequeño: «Florence Russo».

En el *photocall*, la protagonista de la noche los espera con una sonrisa tan preciosa —más, es posible— como toda ella, arreglada para la ocasión. Y la prensa empieza a disparar los flashes incluso antes de que posen.

Por supuesto, los padres del grupo se suman a los profesionales. Junto a las grandes cámaras, plantan sus teléfonos móviles y maniobran para sacar a sus hijos desde todos los ángulos. A Beck le entra la risa cuando su madre se ofusca con las funciones del suyo y es Sofía la que termina fotografiándolos.

No puede evitar pensar en Andre, en que ojalá estuviera allí con ellos, en que ojalá aquel San Juan hubiera acabado de otra manera. Sabe que añorarlo con culpa hará que permanezca como un fantasma, pero él debería estar, con sus suaves carcajadas y su energía arrolladora.

—¡Aquí! ¡Aquí! —les indica Alicia, la madre de Nina, que sujeta la Polaroid de su hija.

Posan una última vez para esa fotografía, la más importante de todas, porque ninguna otra cámara ha visto tanto de ellos.

¡Patata!

Después de que diferentes medios los entrevisten y Eva se dé más importancia de la que tiene, Nina comprueba cómo ha salido la foto que ha sacado su madre. Frunce el ceño, pero pronto se le suaviza la expresión.

—¿Qué ocurre? —Beck se asoma para verla también.

—Que está aquí.

En una esquina, junto a Zan y Mara, hay un borrón blanco. Podría ser un efecto del revelado, pero Beck distingue un nombre difuminado sobre él. Seis letras prendidas que no se vuelven nítidas, pero que relaciona al instante con su amigo.

Salgo guapísimo.

Su sonrisa la delata ante una Nina que no necesita más explicaciones, solo la emoción compartida de que es verdad: Andre está ahí con ellos y, de alguna manera, podrá vivir *Hambre* antes de morir definitivamente el 24 de noviembre.

—Venga, que va a empezar ya —las avisa Mara cogiéndolas de la mano y tirando de ellas hacia el escenario.

Un escenario ensombrecido, en cuyo centro puede distinguirse la silueta de Florence. A su alrededor, varios músicos se preparan tras una batería, un

teclado y un bajo. Pero cuando todo se ilumina sin previo aviso, deja de existir la frontera entre el arte y quienes lo escuchan.

Porque la sala es la que se oscurece de golpe y el escenario es lo único que parece existir. Un mundo salpicado de cientos y diminutos leds dorados, al igual que luciérnagas, suspendidos entre guirnaldas de hojas verdes, racimos y algunas flores. Una de las enredaderas trepa por el pie del micrófono y parece enredarse en las manos de Florence, cogidas a él, y en las mangas bordadas con pétalos y semitransparentes como el resto de su vestido. Uno que confeccionó Mara exclusivamente para ella.

Florence entona el inicio de *De adolescencia*, la primera canción del disco, y unas notas dispersas del piano la acompañan. Juega con la suavidad de su voz y algunos graves que estremecen al público. Entonces la batería se une y Beck tiene que llevarse una mano al pecho, porque ha cambiado el ritmo de su propio corazón. Y, cuando llega el estribillo, algunos son incapaces de contener varias exclamaciones. La cantante arranca con toda la fuerza de sus órganos, cierra los ojos y termina de transportarlos al lugar exacto que ella pretende con su música.

El final crea una abstinencia inmediata, pero Florence no encadena enseguida con la segunda canción, sino que sonríe entre aplausos antes de decir:

—Esta primera canción se la dedico a mis amigos, de quienes he aprendido que la amistad merece un cuidado tan especial como el que nos damos a nosotras mismas. Va también por Andre, que nos enseñó a vivir sin frenos y a exprimir cada maldito segundo. Me gustaría desear que estuviera aquí, pero no lo haré, porque sé que está.

Directo al corazón que no tengo.

Otra ronda de aplausos le da el respiro necesario a la chica para no romper a llorar. Luego presenta a la banda que la acompaña esa noche y

explica de manera resumida qué quiere transmitir con *Hambre*. No necesita explayarse mucho, pues su música se describe sola.

Las siguientes cinco canciones se pasan volando. En las pantallas, sigue proyectándose Francia. Beck sentada en la pequeña biblioteca con la libreta atestada de versos. Mara grabando a Florence, que canta entre los viñedos. Eva probando distintas caligrafías con su boli de tinta infinita. Nina entre carretes y fotografías reveladas. Zan organizando todo el trabajo. La música aviva aquellos mediodías que disfrutaron en el patio trasero y acuna las noches que pasaron alrededor de la hoguera entre risas y anécdotas.

La última que Florence canta es *De ti* y no deja de mirar a su novia mientras lo hace. Un «te quiero, Mara» al final desborda los aplausos y los vítores del público, que busca a la chica para ver cómo ha reaccionado.

—Aguanta —le dice Beck, que la abraza bien fuerte para que no se derrita ahí en medio.

—¡Otra, otra, otra!

—Bueno —suspira Florence, acalorada pero absolutamente radiante—, me chivan por el pinganillo... Siempre he querido decir esto. —Se ríen—. Me chivan que ya es medianoche, así que primero de todo: ¡feliz cumpleaños, Eva! Sigue echándole pulsos al universo. —El chico aúlla y todo el grupo vuelve a reírse antes de felicitarlo a pleno pulmón—. Voy a terminar con la versión de una canción muy especial para mis amigos y para mí. No tiene nada que ver con *Hambre*, pero, como habréis visto en las pantallas, *Hambre* no habría sido nada sin ellos. Gracias. Ahora me gustaría que Mars Girls me acompañaran.

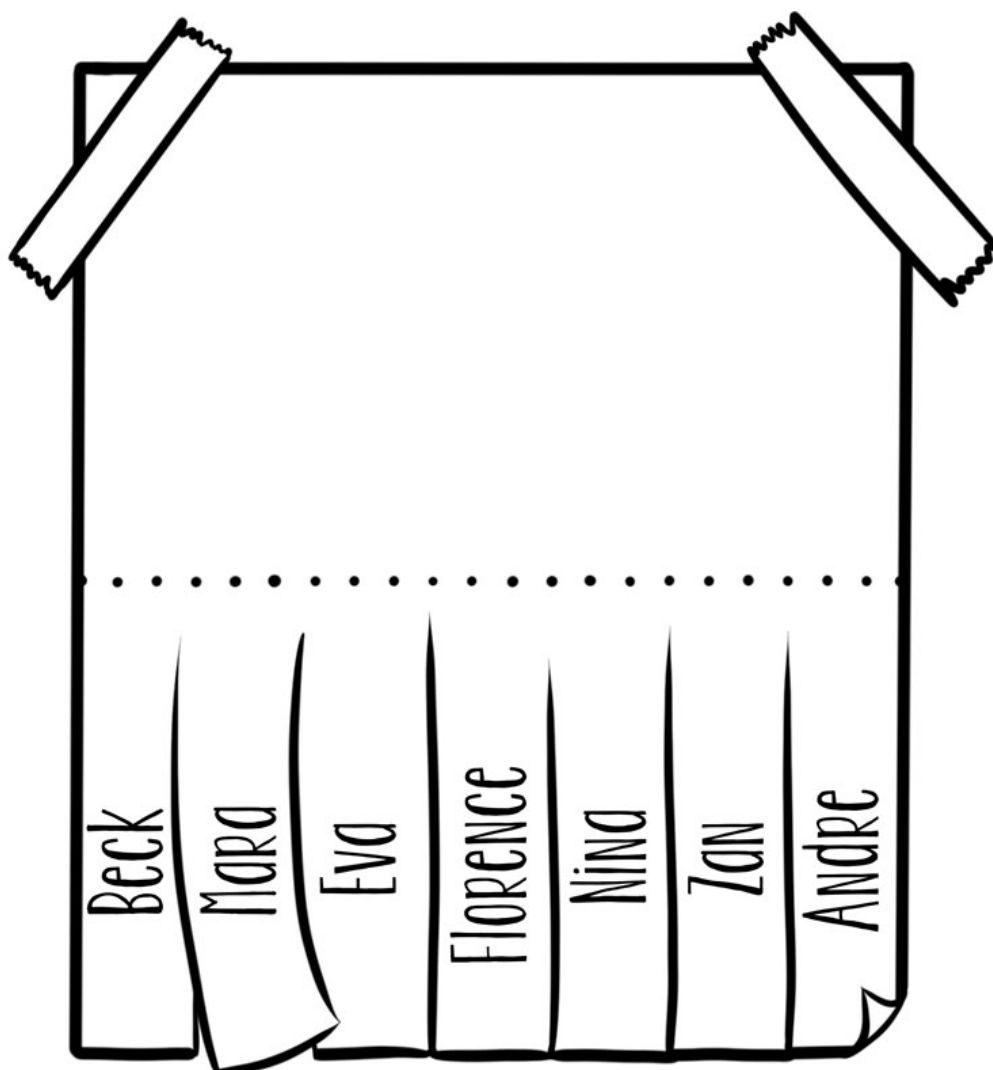
La banda de chicas, que ya tocaron esa canción durante la noche en que cumplieron el primer regalo de la lista de Andre, sube al escenario y ocupa el lugar de los otros integrantes. Myriam, batería y responsable de que seis

personas en esa sala tengan tatuada la misma inicial en la piel, entrechoca las baquetas tres veces para dar pie a la cantante:

—Acabamos con —Florence sonríe, sus amigos sonríen, Andre sonríe—
Midnight City.

Y viven tan fuerte que hasta los fantasmas se quedan en silencio.

OceanofPDF.com



24.11

Celebrar mi cumpleaños y apagar las velas de una sin que nadie más sople.

Y ahí están, unos amigos que siguen madurando a trompicones en medio de una fiesta que celebra la vida de un fantasma. De milagro, han conseguido que parezca un cumpleaños y no una sesión de *ouija*, decorando el salón de la casa de Zan con globos y banderines de colores dispares. Nina

ha llevado unas cuantas fotografías de Andre y las han pegado en una de las paredes más despejadas.

Hoy cumpliría veintiún años.

—Si todo sale bien esta noche, le veré la cara otra vez —musita Nina con una sonrisa.

—Seguro que sí —responde Mara contemplando el mural, al Andre de once años embadurnado de arena, al Andre de trece sobre su primer *skate*, al Andre de diecinueve, el último, mirando a cámara como si el objetivo no existiera.

—¿Has soñado más?

—Sí. —Mara suspira, haciendo memoria—. Con un día en que Andre estaba leyendo, sentado en un autobús, y justo a su lado alguien leía el mismo libro. Con una noche en la que estabais patinando y él te preguntó si alguna vez te has arrepentido de dar tanto por la gimnasia rítmica. He soñado mucho. Hasta hoy, espero.

—¡Esto está listo! —escuchan decir a Beck.

Ya han recogido los restos de la cena y la chica ha terminado de adornar la silla que preside la mesa y ha estado vacía durante toda la noche. En el respaldo, ha colgado la camisa floreada que Andre metió en la mochila de senderismo. Sobre la mesa, al lado de una tarta de tres chocolates con veintiuna velas apagadas, ha dejado la lista de regalos que una vez escribió.

—¿No dijimos que nos ahorraríamos la movida lúgubre? —bromea Eva—. Parece un puto altar. Y ya cuando encendamos las velas, ni te cuento.

—Eres el sacrificio de este ritual, no te preocupes —contraataca Beck enseñándole el dedo corazón.

—Déjate de rituales —Zan apoya un codo en el hombro de su amigo—, con un Satanás tenemos suficiente.

Estoy de acuerdo.

—En fin —los interrumpe Nina—. ¿Cómo lo veis?

El final. Seis miradas que buscan en otras la respuesta correcta. Porque tienen clara la teoría: superar la muerte de Andre recordándolo en vida, añorándolo de una manera sana, atesorándolo sin culpa ni arrepentimientos.

Estará bien ser felices por él. Estará bien llorar por él. Crecer y romperse. Pero que siga muy vivo en sus memorias.

El silencio no resuelve las dudas, así que van sentándose sin decidir exactamente cómo continuar. Después de dos años, se han reencontrado, han fulminado los secretos, se han destrozado y perdonado, han convivido con un fantasma, visto nombres donde no los hay, soñado recuerdos ajenos, desfigurado fotografías, escrito sin apenas tinta.

¿El siguiente paso será más sencillo? ¿Soplar las velas y dejarlo ir? Sus corazones todavía tiemblan, pero así es existir: mientras se vive, nunca nada deja de vibrar ante las emociones.

—Vale, encendamos las velas —determina Florence, a quien Eva le pasa su mechero con esa solemnidad de la que casi siempre se burla.

Enciende dieciséis velas y le tiende el mechero a su novia. Mara prende otra, luego Beck, Eva y Zan, hasta que es Nina quien sostiene el fuego cerca de la última mecha. Titubea, mira las fotografías de su mejor amigo en la pared y susurra:

—Apagad las luces.

Solo cuando las velas son el único punto de luz en el salón, Nina enciende la última vela. Sentados, observan la silla vacía, las llamas que Andre habría soplado de una, intentando que ninguno de ellos se metiera de por medio tras pedir un deseo con los ojos cerrados.

—Feliz cumpleaños, Andre —musita Nina—. Gracias por vivir en nosotros.

—Feliz cumpleaños —repite el resto con la voz queda.

Entonces el fuego de las velas se sacude una vez y alumbra unos rasgos traslúcidos, una sonrisa gigantesca, unos ojos verdes y despiertos que jamás dejaron de contemplar la vida como una gran aventura.

Se quedan petrificados, a excepción de Eva, que extiende unos dedos hacia el fantasma, y de Nina, que está a punto de nombrar a Andre cuando este la interrumpe:

—Deseo que sigáis así. Nina, Mara, Eva, Zan, Florence..., Rebeca.

Y las velas se apagan de golpe sin que nadie sople. No se escucha nada más, el frío que se ha intensificado por un instante remite y cierto peso en sus pechos se desvanece. La quietud se rompe cuando Florence aprieta el interruptor y el salón vuelve a iluminarse. La silla está vacía. Desde las mechas, siguen serpenteando hacia el techo veintiún hilos de humo.

—Imposible —murmura Zan—. ¿Habéis...?

Sin embargo, no termina la frase porque Beck lo coge de la mano, contemplando las pulseras de su muñeca con los ojos anegados de lágrimas.

—No hay ni un solo nombre.

—Ni tinta —añade Eva, que ha rayado una servilleta con el bolígrafo que Andre le dio, sin dejar rastro. El tubo, de pronto, completamente vacío como la silla.

—Su cara. Ya no está de espaldas —solloza Nina frente al mural de fotografías—. Te veo, Andre.

Una noche que tardarán días en asimilar. Una en la que, por primera vez, los recuerdos no persiguen a Mara al dormir, son solo sueños. Caóticos, imposibles de describir con detalle a la mañana siguiente, suyos.

Érase una vez en este cumpleaños que, como excepción a la regla, ha celebrado la vida de un muerto. Menudo remix. De no estar a punto de irme al otro barrio por fin, habría sido un buen negocio. Este, desde luego, ha sido un buen viaje. El mío. A ellos les queda tanto camino que, en parte, me da pena perdérmele. Pero esas ya no son mis reglas. Las de la vida.

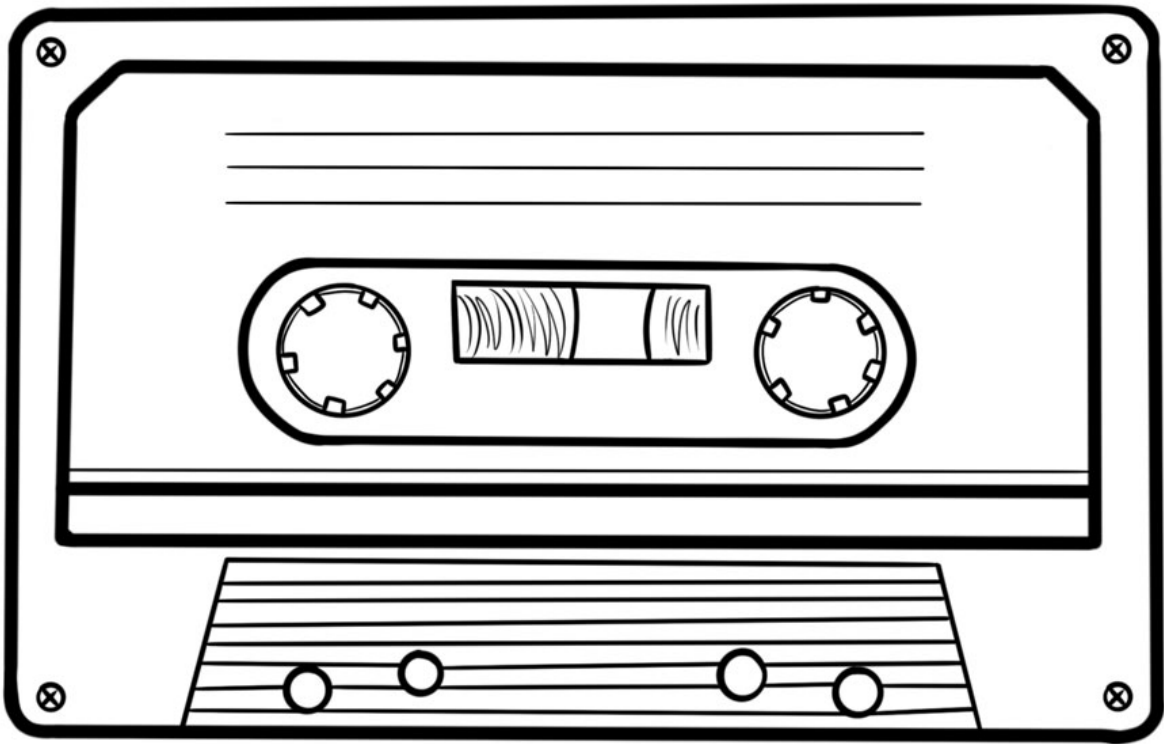
Confieso que aparecerme de repente, desearles lo mejor y soplar las velas ha sido una concesión del Más Allá que solo puedo agradecerles a ellos. Me conformo con esos pocos segundos que los han dejado boquiabiertos. Espero que ahora no se obsesionen con resucitarme, no me veo como zombi.

Marcharme así no es tan complicado. ¿Cómo dicen...? Ah, sí. No es un adiós, es un hasta luego.

He sido un vivo excelente, un fantasma mediocre y estoy a punto de averiguar qué tipo de muerto soy. Ojalá sea del que me recuerden por sonreír demasiado, por patinar las rampas más empinadas, por nadar hasta la boya sin miedo a las medusas, por soñar con recorrer el mundo y por ser un amigo y un hijo de los que duele perder, pero más alegre haber tenido al lado.

Porque, ahora sí que sí, ya me conocéis y... O todo.

O todo.



31.12

Era el final de la historia de Andrés Rojas. En la historia de Rebeca Roy, Mara Blanch, Eva Lahoz, Florence Russo, Nina Wu y Zan Wu todavía aguarda un pequeño giro. Tal vez esa última moraleja, el cabo suelto que aún ronda en sus cabezas. Y, vestidos de gala y con las uvas preparadas, están a doce campanadas de descubrir qué significa aquello que Felisa Herrero les dijo una vez: «Me alegra que estéis juntos. Cuando vengan días peores, porque los habrá, os tendréis los unos a los otros».

Una uva detrás de otra.

Unas risas.

Todas las bocas llenas.

La última campanada.

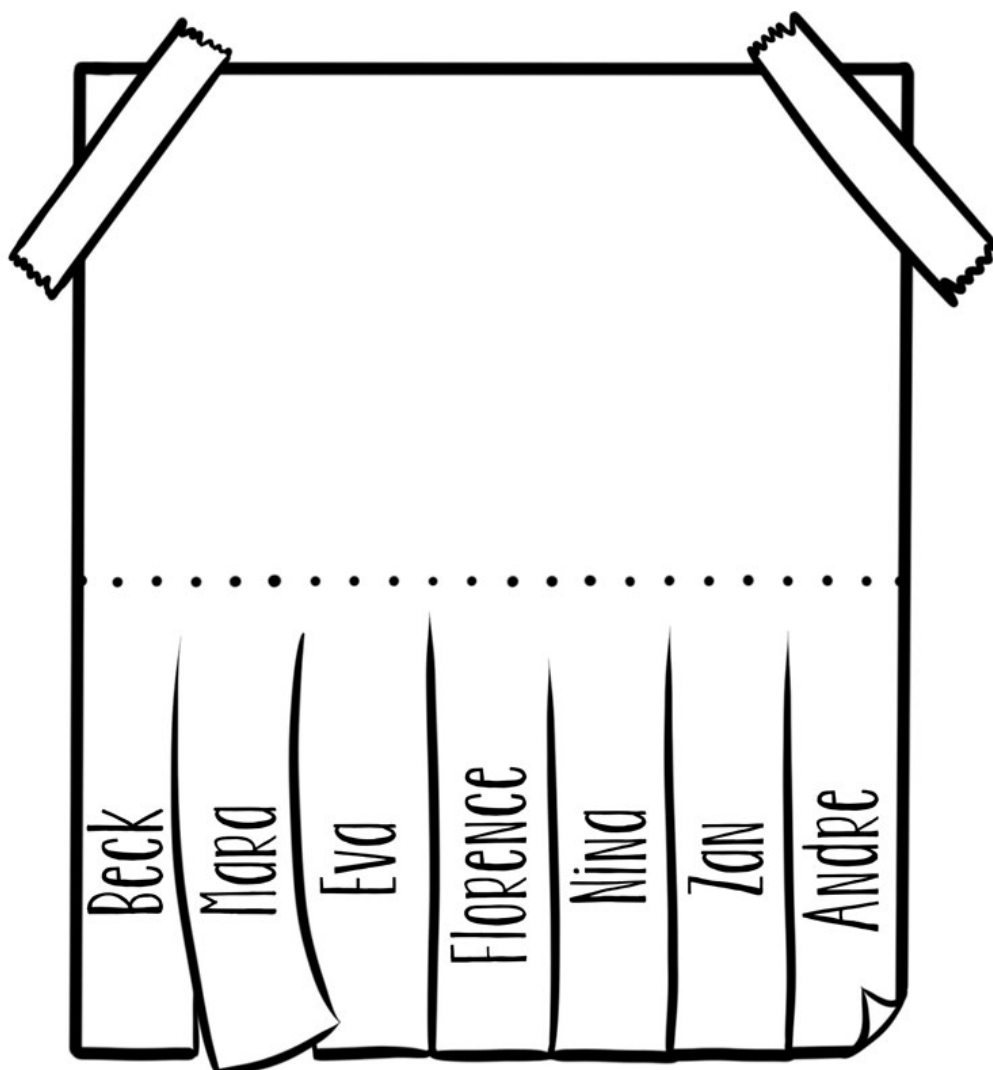
Aquello que dijo no hacía referencia a Andrés Rojas, ya no hay fantasmas entre ellos, sino a su amistad, a no estar solos, pues siempre habrá momentos en los que se necesitarán más que nunca.

Es 1 de enero de 2020.

El mundo está a pocos meses de cambiar.

Y Felisa Herrero acaba de fallecer.

[***OceanofPDF.com***](http://OceanofPDF.com)



02.01

Para algunos, los cementerios son un lugar de despedida donde jamás querrían despedirse de alguien. Para otros, los cementerios son un lugar de reencuentro donde jamás querrían reencontrarse con alguien, pero donde, al menos, se reencuentran de alguna manera con quienes ya no están.

Frente al nicho de Felisa, no hay muchas personas, pero las que hay valen por miles. Aun así, a la anciana no le habría gustado tanta parafernalia solo

para demostrar que había gente en el pueblo y fuera de él que la apreciaba.

El último día que los seis pasaron con ella, comieron castañas y le regalaron una de las ruedas rojas del *skate* que Andre guardó en su mochila. Un regalo arriesgado que le arrancó varias carcajadas antes que un puñado de lágrimas.

Lloraron mucho, tanto como aquel 24 de noviembre, tanto como ahora.

—Tranquila —le susurra Florence a Mara, acariciándole el pelo rubio.

La muerte es repentina. Incluso tras una larga enfermedad, lo es. Porque no hay modo de probar con ella, devolverla si no nos gusta la experiencia. Tiene una única forma y es definitiva. Por eso asusta, pero por eso también hace la vida tan compleja e intensa. Felisa lo tenía claro, así que existió como mejor supo y murió en paz, de repente, entre los muros que la vieron nacer, resistir y vivir al fin.

Cuando terminan de sellar la lápida en el hueco, Eva y Beck piden permiso para coger unas cuantas flores de la corona que han comprado entre todas las familias. Dos rosas rojas y dos blancas.

—Queremos llevárselas a Andre —musita Beck con los ojos enrojecidos.

—¿Ahora? —se sorprende su madre.

Desde el funeral de su amigo que no habían vuelto al cementerio. Para todo el grupo, es un lugar de despedida. Sin embargo, algo ha cambiado, y cuando los padres de Andre sonríen al escucharla, ese algo inexplicable se transforma mucho más. No saben si volverán, porque han aprendido a reencontrarse con Andre de otras maneras, pero sí que no tienen miedo de ir.

Un círculo se cierra cuando los seis se despiden de Felisa y deambulan entre los pasillos hasta detenerse frente al nicho de Andre. Colocan las cuatro rosas dentro de los jarrones de mármol que flanquean su lápida. Un

rayo de sol cruza su sonrisa en la fotografía. Está tan vivo en cada corazón que les parecería imposible de no ser por el año anterior.

—¿Os acordáis de aquel mural con espaguetis que nos mandaron preparar a los dos sextos de primaria y que Andre hizo con espaguetis cocidos? —comenta Nina, un sollozo atravesado y una sonrisa—. La clase apestaba y la profesora de Plástica le dijo que a ese paso repetiría de nuevo.

—Creo que los pegó con tomate y saliva —ríe Beck entre lágrimas.

—¿Y el día en que se le ocurrió construir unos trineos con cuatro palés para deslizarnos por las dunas? —añade Zan.

—No he comido más puta arena en mi vida.

—¡Eva! Ni en un lugar santo te cortas —lo regaña Mara.

—Es que entonces Andre no lo reconocería. Ya es bastante logro que no haya ardido después de poner un pie aquí —bromea Florence.

—Estoy segura de que esto es lo que deseó en su cumpleaños —les dice Nina sin que sus comisuras decaigan.

Seguir. Vivir. Juntos.

—Vimos un fantasma y no sacamos tajada llamando a *Cuarto Milenio*. Eso es amistad.

—Remy estaría feliz sabiendo que ni siquiera chillamos del susto. —Y luego, contemplando de nuevo la fotografía en la lápida, Beck suspira—: Dijo mi nombre.

—Eso es lo único que se te tiene que quedar aquí. — Mara le da dos golpecitos, uno en la frente y otro en el pecho.

Poco a poco, por si eso los vuelve a alejar de lo importante, se marchan.

Sin Andre.

Y con él.

Epílogo

Hay una balanza en los seres humanos que no se puede descompensar, como si el orden cósmico dependiera de que existieran las rachas. Dos años después, sigue siendo una época complicada para el mundo entero, pero, como la anciana ya vaticinó, habría sido peor de no estar juntos. Ahora se encuentran frente a la casa de Felisa con el mar a la espalda.

—¿Entonces? ¿Qué te han dicho? —pregunta Beck.

—Lo harán —responde Mara, cogiendo la mano de Florence y compartiendo la misma sonrisa—. Van a convertir la casa de Felisa en un museo.

—¡Joder, claro que sí! —celebra Eva abrazando a sus amigas.

—Contará con una exposición sobre los topos de la posguerra y podrá verse el escondite de su padre completamente preservado.

—Otros podrán conocer su historia —dice Nina—. Eso es lo que intentó Andre.

—Que no se olvidara —añade Zan.

No ocultar más lo que ya estaba oculto.

Otro silencio se desliza entre ellos como las olas, suave, pacífico. Agradecen comprenderlo, incluso a veces buscarlo, después de tanto tiempo viviendo en picado. El universo les debe un poco de equilibrio y están dispuestos a recuperarlo, aunque el universo se resista.

Porque, honestamente, siguen siendo un grupo de chavales con más preguntas que respuestas, pese a que han empezado a aceptar que quizá la vida sea así: estar siempre perdidos para nunca dejar de encontrarse.

Agradecimientos

Nunca se llega sola a esta última parte del libro. Porque, sí, después del final de la historia, nos toca el nuestro. El que comparto con mi familia, amigos, compañeras y tú, que me lees. El que quizá jamás tenga un punto y final, pues, de momento, estáis haciendo posible que siga escribiendo no solo para mí.

Nunca será como siempre no existiría sin mi amiga Melanie. Mel, este es un agradecimiento doble porque te he dedicado la novela, pero lo hemos conseguido. Por aquellas niñas a quienes los profesores les requisaban las historias que leían escondidas tras los libros de textos. Por aquellas niñas que le enviaron el principio de un guion cinematográfico a la *Super Pop*, pensando que las contactarían para rodar su película. Por aquellas niñas que vieron y vivieron más de lo que deberían y su amistad lo fue todo. Gracias por participar en aquella yincana casera en la que nos conocimos y ya no hubo marcha atrás.

El siguiente eres tú, Álvaro. Ya no te debe sorprender demasiado encontrarte por estos lares, aunque sé que siempre te emocionará. Gracias por descubrirme Port Saplaya hasta su último rincón. Tuvo mucha más magia en cuanto me contaste sus secretos y los tuyos entre aquellas calles en las que casi me pierdo. Aconte es Aconte por Port Saplaya y por ti. El próximo San Juan lo pasamos allí, prometido.

No hay escritoras sin otras escritoras. O, al menos, yo no lo sería tanto de no ser por amigas y compañeras a las que admiro mogollón. Myriam, amiguita, menuda conjunción astral fue conocernos. No sé si el mundo estaba preparado para la cantidad de oscuridad *turboflipante* que

desataríamos juntas, pero seguimos en él. Y yo sigo agradeciendo todo lo que me ayudas y tu amistad. No olvidemos que, además, esta ha hecho posible que tu Adrián y mi Eva sean amigos.

Rolly, gracias por continuar a mi lado con todo. Bea, gracias por aquel almuerzo antes de dar una charla literaria en el que escuchaste de qué iba esta historia y te emocionaste con su fantasma antes de conocerlo. Victoria, gracias por ser el mensaje que siempre llega a tiempo. Gema, gracias por confiar en mí incluso cuando yo dejo de hacerlo.

Desde luego, no habría llegado hasta aquí sin ti, Jordi. Eres el mejor agente habido y por haber y lo dejo escrito para que nadie tenga la osadía de dudarlo. Ya no sé cuántos altares metafóricos te he puesto, pero jamás serán suficientes para agradecerte todo tu trabajo, ilusión y constancia. Por creer en lo que hago y en lo que puedo llegar a conseguir. Gracias por tenderme la mano que me ha dado alas.

Unas alas con mucha fuerza gracias a Cristina, mi editora. Nada de esto habría sido posible sin ti. No sin ti (es una broma interna, aunque no lo parezca). Hacer equipo contigo ha sido maravilloso y el resultado es una prueba irrefutable. Con todas las risas que nos hemos echado y tu dedicación, era imposible que saliera de otra manera. Gracias también a todo el equipo de Neo, por abrirme un camino tan increíble como este, y a Marina, por ilustrar la cubierta más bonita de la historia.

Evidentemente, debo terminar con el mejor de los finales: gracias a mis lectores por darme la primera u otra oportunidad. Como siempre, esta historia ya es vuestra y ojalá os hayáis encontrado en ella. Ojalá Beck, Mara y el resto os sigan acompañando más allá de las palabras, porque ellos son más que letras en un papel y vosotros sois más de lo que el mundo os diga. Recordadlo y, sobre todo, vivid con fuerza.

Y, aunque debo poner un punto y final porque lo dictan las normas ortográficas, yo espero de todo corazón que este solo sea un «hasta luego».

OceanofPDF.com

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y
nuestras redes sociales:

www.plataformaneio.com

www.facebook.com/plataformaneio

[@plataformaneio](https://www.instagram.com/plataformaneio)

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.



OceanofPDF.com